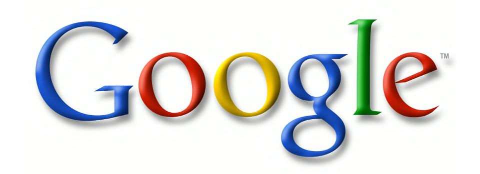
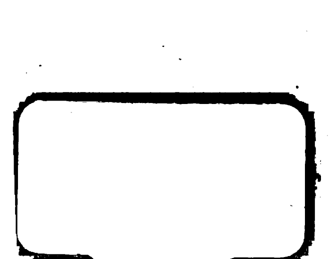

Google


NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08157982 7





8 - 21 - 1908

HISTORIA CRITICA

DE

ESPAÑA

Desde los tiempos protohistóricos hasta nuestros días

CON UN APÉNDICE SOBRE LA ISLA DE CUBA

POR

Eugenio Sánchez de Fuentes y Pelaez

Antiguo Catedrático de Historia de España, Universal, Geografía y Retórica en el Instituto de Matanzas, en la actualidad Catedrático de Historia Crítica de España en la Real Universidad de la Habana y Doctor y Licenciado en las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho.



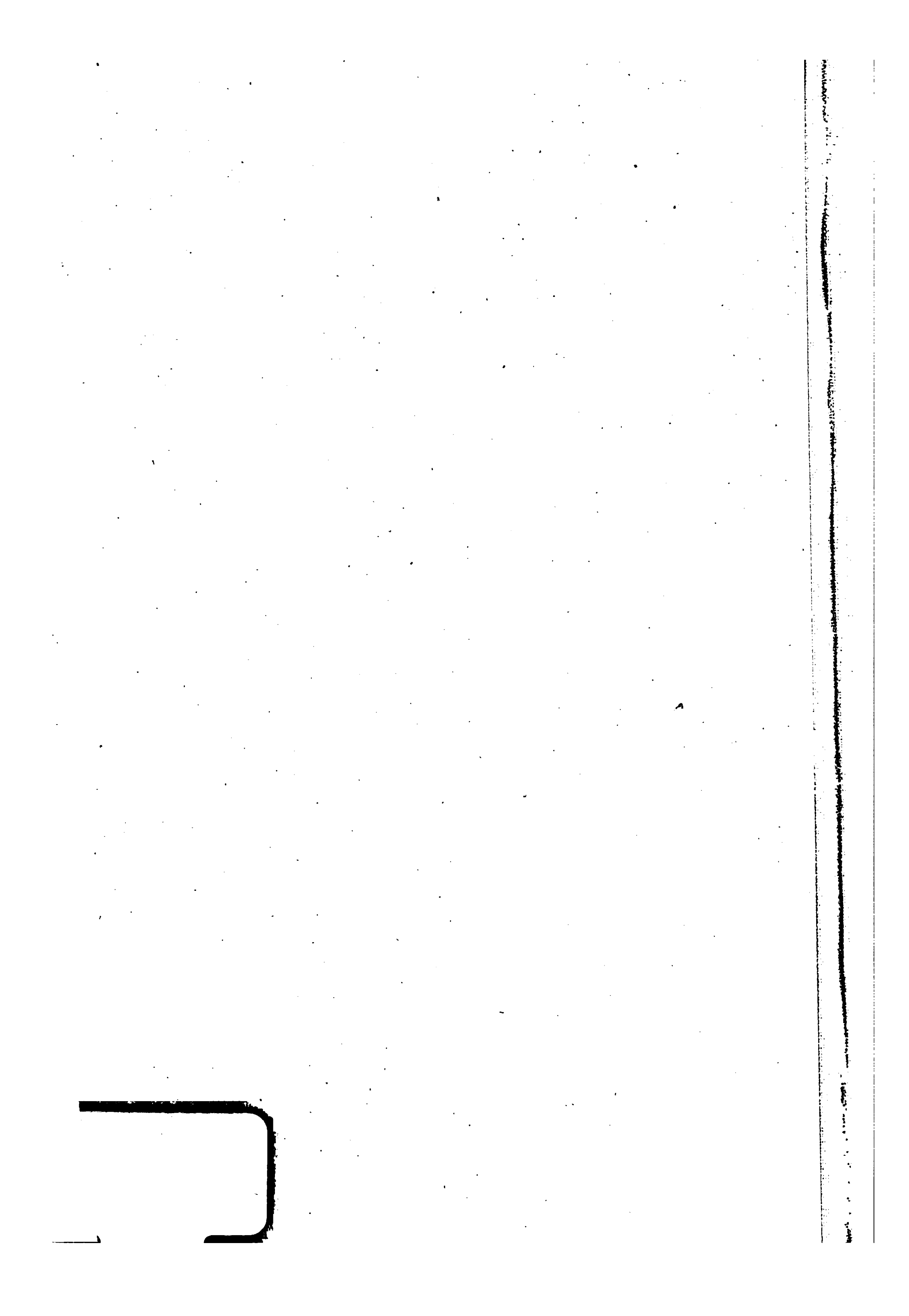
PRIMERA PARTE

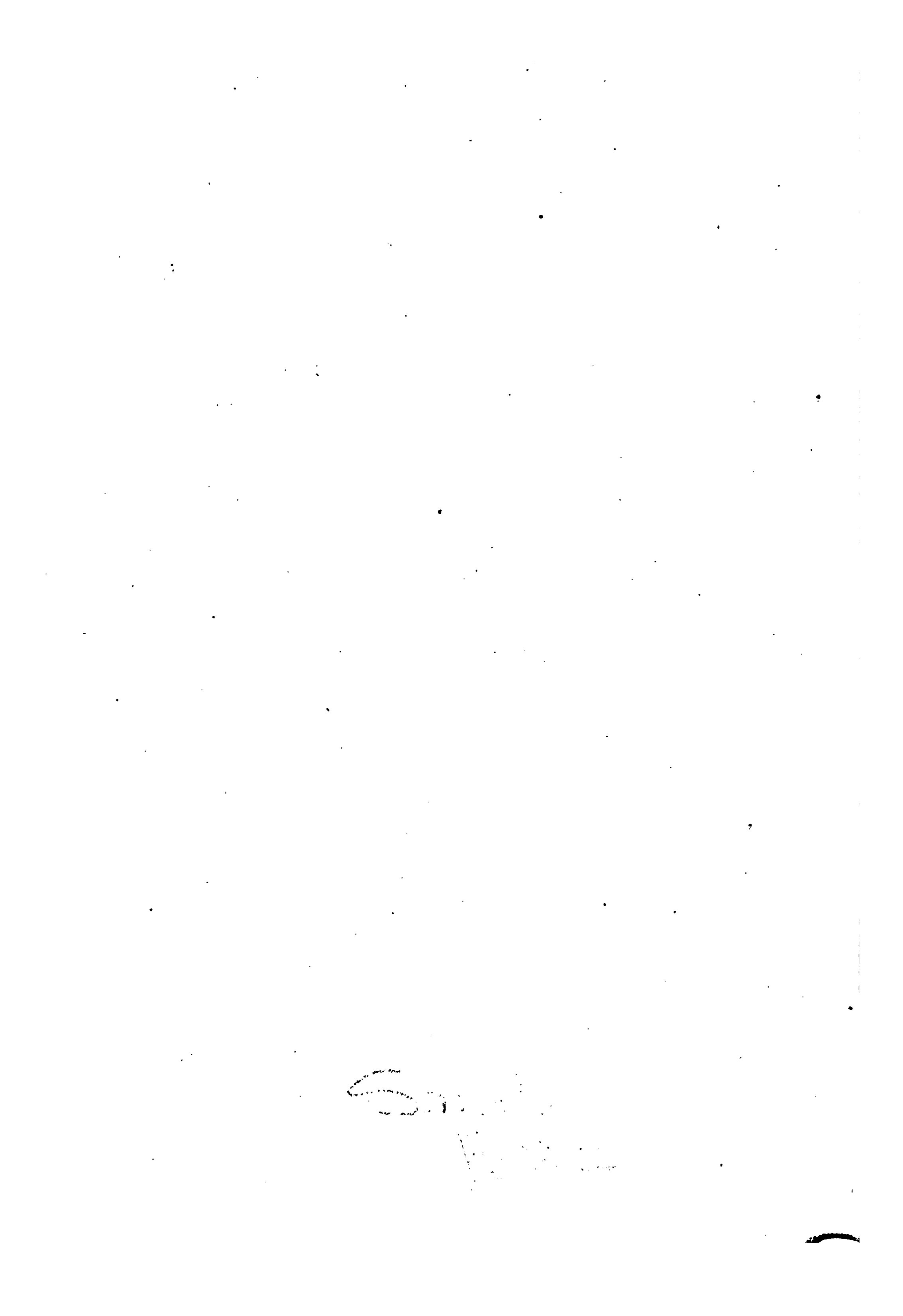
HABANA

LIBRERIA, PAPELERIA Y EFECTOS DE ESCRITORIO, LA POESIA

CALLE DEL OBISPO 135, CASA ESQUINA A BERNAZA

1892





I

Definición de la Historia Critica

De fijo nadie mejor que el sabio cuanto malogrado historiador inglés Henry Thomas Buckle (1) en sus disquisiciones filosóficas, incompletas, por cierto, por haber muerto en la flor de su juventud; ha definido lo que debemos entender por Historia. La modificación sucesiva y constante, impresa en la Naturaleza por el Hombre, y la transformación, también lenta, pero innegable de aquélla en el humano; es para el antiguo Embajador de Damasco la más exacta definición de esa ciencia hermosa que hoy comenzamos y á la cual llámase Historia.

Y en efecto, si por breves instantes detenemos nuestro pensamiento y los fijamos en el valor, y sobre todo en el fondo de lo anteriormente escrito hallaremos de fijo que semejante definición es tan profunda, como clara y lógica en su enunciación. El hombre, héroe principal de la Historia, encarnación de la Humanidad; vá realizando día tras día desde el primero de su existencia sobre el globo, sus ideales, traduciendo en actos su voluntad, en una palabra modificando como asegura Buckle, á ese medio ambiente en que se agita el cual le sirve además de vasto teatro á sus acciones, no sólo en el terreno de las actividades, traducidas en la Historia, por las luchas, las guerras y los cataclismos sociales; sino en el de las creaciones intelectuales, cuyo resultado es el arte y sus múltiples manifestaciones, y lanzando por último su indagadora mirada al través del infinito, allí mismo hace florecer su atrevido pensamiento, y brotan las maravillas de la ciencia. A no menor influencia se hallá sometido el hombre con respecto á la naturaleza en que se desarrolla y vive. Ella no es sólo el sitio, el tablado, el circo, en donde el hombre libra sus batallas, representa sus creaciones, aplaude frenético al victorioso gladiador; no, es algo más, ella imprime también, graba de una manera indeleble en el pecho y en la

(1) *History of civilization in England:* fron the second London edition New York, D. Appleton and Co 1888.

conciencia de los mortales esas inclinaciones, esos hábitos que podemos llamar nacionales, y que forman en los diversos pueblos del orbe la típica nota con que se distinguen unos de otros al ser contemplados dentro del inmenso organismo histórico. (1)

Nadie podrá negarnos que el Indio, por ejemplo, habitante de los espesos bosques de su patria, embalsamados de aromas de sándalo, siente entumecerse su conciencia y enervarse su espíritu. El, no atreviéndose á mirar cara á cara al sol, aplastado, digámoslo así, por la exuberante vegetación que le rodea, náufrago en fin en piélagos de aromas y de luz; es un ente, lleno de extrañas supersticiones, cándido como un niño, y á la par suspicaz y receloso como un avaro, insensible y ageno por sus hábitos y creencias, resultado de su vida puramente contemplativa; á esa gran evolución de los tiempos cultos, que arrastrados por un ideal, acaso quimérico, aspiran sin cesar al progreso. (2)

He aquí, como se explica, ese influjo de que ha poco hablábamos, ya con relación al hombre, ya también con relación á la Naturaleza misma y en verdad que no se vé á primera vista, no se siente, es algo intangible que nos aprisiona; pero sus efectos son tan enérgicos é inmediatos, como los que producen en nuestros pulmones la carencia de aire.

Inútil sería añadir que la Historia, como ciencia ha recibido distintas definiciones debidas á los más exclarecidos escritores y hombres de saber y considerada dentro del organismo de la ciencia nómbrasela estudio de aquello que cambia, que muda incesantemente, de lo temporal, de lo transitorio en una palabra, en contraposición á la idea de Dios que engendra á la Teodicea, y cuyas bases son la eternidad, lo perenne y lo invariable al través de los siglos. Hasta ahora la Historia ha sido por nosotros considerada como la misma ciencia en general, si entrar en divisiones ni marcar diferencias, según que la idea que persigamos sea el conocimiento de la Historia Universal, ó la de un país ó nación cualquiera en particular. Más como quiera, que nuestros estudios tienen necesariamente que encerrarse en mas estrechos límites, el desenvolvimiento, no más sucesivo, de la Historia de España, nuestra patria, claro resulta; que ese, y no otro, es el campo de nuestras investigaciones, y de él nos posesionamos afanosos de seguida, que no por ser pequeño, deja de ofrecernos vivísimos cuadros, verdaderas epopeyas, cuyo sólo relato inunda nuestra alma de dulce y santa devoción hacia la Pátria y enardeciendo el espíritu nos hace soñar en las famosas lides en donde siempre como pendón augusto y victorioso han brillado los vivos colores del trapo nacional.

---

(1) *Introducción al estudio de la Historia* por J. de la G. Artero: Granada 1881.

(2) A. Barth *Les religions de l' Inde.—Ensayo histórico de las Religiones* por Max Muller.—Madrid 1878.

Para fortuna nuestra la misión que nos proponemos realizar aparece si cabe aún más interesante que la de aquellos que solamente presentan la relación de los hechos humanos bajo un carácter marcadamente narrativo, sin entrar en consideraciones de ningún género sobre las condiciones en que se efectuara el acontecimiento, de sus funestas ó ventajosas consecuencias, para la nación, y por último de los medios morales y materiales de que pueden echar mano para librarse en la vida los pueblos mismos, de ciertas enfermedades tanto sociales como económicas que á veces hacen tambalear y caer á los imperios más fuertes y mejor constituidos. Y precisamente el estudio de esa faz de la Historia del nuestro, es lo que nos proponemos alcanzar, sirviéndonos como innegables elementos los que el mismo, pródigo nos ofrece en sus diversas épocas y periodos; limitándose nuestro esfuerzo tan sólo, á ir ordenando y agrupando los hechos y sus efectos, por la mayor ó menor analogía que entre ellos se advierte. Y este y no otro, es el procedimiento de que se vale la crítica, á lo cual hásele dado hoy todo el valor é importancia que en sí encierra, valor no reconocido en el pasado, como vivamente nos lo demostró el castigo impuesto al primero que en materia literaria levantó su voz censurando al padre de la poesía en Grecia. Cuéntase de Zoilo que se había dado el nombre de *Homero mastix*, esto es, el azote de Homero y que habiendo venido á Macedonia, leyó al rey Ptolomeo Filadelfo los libros que había escrito contra la *Iliada* y la *Odisea*. Ptolomeo se llenó de indignación porque se habían atrevido á atacar de aquella manera al Maestro del buen decir en todo género de literatura, durante su ausencia, vituperando los escritos de aquel que era objeto de la admiración universal; pero entonces el crítico no respondió nada; mas habiendo prolongado su residencia en Egipto se vió precisado á pedir algunos socorros al Rey. ¡Cómo, exclamó Filadelfo; Homero que hace diez siglos que ha muerto, hace vivir á millares de personas y aquel que se cree más habil que él no encuentra medios para sustentarse? Y por último le impuso el suplicio de los parricidas, es decir, mandó que lo clavasen en la cruz ya que no se crea que murió apedreado ó que los habitantes de Smirna le quemaron vivo. Porque este hombre, añade Vitrubio, de quien sacamos la siguiente relación, se hizo merecedor al más horrible suplicio al atacar al que ya no existía. (1) La crítica á pesar de todo cuando ha sido honrada siempre se ha oído, se ha aplaudido, y en los tiempos modernos forma algo más importante que una apreciación particular; constituye una ciencia interesante á la par que erizada de dificultades, tanto que no son por cierto los críticos los que más abundan; antes al contrario, los que más escasean, por virtud de las condiciones que se les exige para ser llamados de esa manera.

(1) Enciclopedia moderna.—Z. C. pág. 695.

Consecuentes, pues, con nuestro plan definiremos á la Historia Crítica de España, las modificaciones que la Naturaleza Ibérica recibe del hombre y éste de aquella; pero teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar y acción, elementos indispensables que han de darnos como último resultado el antecedente, la causa y la consecuencia, trinidad grandiosa sobre la que se eleva la crítica, dictando sus fallos y alumbrando con su luz llena de verdad los antros tenebrosos que casi siempre encontramos en la historia de los pueblos.

La Crítica, pues, es una ciencia que nos sirve para someter los hechos á su examen, de donde salen á la manera de un metal sometido á la acción del fuego, limpios y puros; es decir, separados de toda idea fantástica ó mitologica que les hacían aparecer ciertos bajo tales ó cuales aspectos, ó vice versa falsos; y en este concepto tiene para el historiador un válor inapreciable, pues á ella sola está encomendado el estudio y presentación de los acontecimientos, como se han verificado en el tiempo y en el espacio, sin nada que tienda á desfigurarlos ni á obscurecer sus resultados.

El primer requisito de la Historia, dice el erudito historiador D. Fernando de Castro (1) es el que el hecho sea verdadadero. Tal es el objeto de la Crítica histórica que examina el hecho en todas sus circunstancias y pormenores, tanto con relación al testigo como á la cosa testificada, hasta depurar su verdad ante el crisol de la razón y de la experiencia.

Los principios ó reglas que aplica la crítica se fundan principalmente en los cuatro establecidos por Cicerón én su libro de *De Oratore*, hablando del Historiador: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiæ sit in dicendo, ne qua simultatis.*

Ella, como se vé, es una necesidad para la Historia, es una compañera inseparable, decidida siempre á realizar el principio de la verdad en los hechos tenidos por tales en el orden de los tiempos, y está llamada á consignar aquello de que se tenga certeza absoluta, aquello que en efecto se haya realizado. Por eso al examinar la Historia de España le anteponemos el calificativo de *Crítica,* dado que la Historia nacional, como todas las historias particulares también necesita del apoyo de dicha ciencia tanto que gracias á ella, hemos podido declarar que el pacto de las *cien doncellas*, por ejemplo, fué un mito, que la batalla de *Clavijo* se realizó en algún sueño del rey Ramiro, y desechar un sinnúmero de hechos, que sometidos á su escalpelo, han resultado del todo fálsos.

Sin que nosotros abriguemos la idea de trazar reglas para la Crítica, consignaremos que el primer deber del crítico es la perpétua desconfianza de sí mismo y una lucha constante contra el abu-

(1) Resumen de Historia Universal, tomo único. Madrid, 1878.

so de sus disposiciones naturales. El sistemático debe apartarse de los hechos; el investigador, de los detalles, elevarse al poder de los sistemas; el indócil debe acostumbrarse á respetar á los grandes genios y el satélite se violentara para ascender á otra órbita que la de su sol. Pero cualquiera que sea este trabajo interior, los empleos no por eso dejan de estar consignados de antemano; conviene que existan críticos que estriben sus análisis en la comparación, y críticos que paren mientes en los pormenores; la admiración de los unos nos ilustra tanto como la diatriva de los otros: al crítico universal se le llama fénix.

Además, el crítico debe tener una percepción clara y un talento grande que le sirva para hacer sus abstracciones y estudios, no en el terreno de los hechos, sino en el mundo de las teorías é hipótesis. Otra cualidad importante es la severidad en los juicios que ha de emitir, esto, según distinguidos publicistas, sólo se adquiere merced á un trabajo mental verdaderamente analítico, unido á una manera especial de ver las cosas; en suma, que el crítico debe poseer condiciones personalísimas. Un conocimiento profundo de la Historia hasta en sus más mínimos detalles, amén de una cultura general en las demás ciencias, también le es sumamente útil al crítico por que la Historia es tal vez el organismo científico con quien se relacionan más ciencias.

La imparcialidad en la manera de juzgar es la piedra de toque de estos conocimientos. Un crítico que sea parcial, que con facilidad se apasione, hace de la ciencia, que es cosmopolita, un sentimiento verdaderamente particular. Cuatro, pues, son las operaciones que el crítico lleva á cabo: el juicio, el análisis, la descripción y la clasificación.

Después de haber indicado siquiera sea someramente las condiciones personales del crítico, deberíamos analizar el talento de la Crítica; pero llegamos á un terreno tan variable como la organización misma de los individuos. Hay pocos escritores científicos que no hayan escrito algunas páginas de Crítica, y estas páginas son sin duda las mejores, ó al menos las más instructivas.

La Historia es la ciencia que más se relaciona con los demás conocimientos, hasta tal punto, que todos los ramos del saber humano vienen á cooperar á la formación de la obra histórica de una manera directa. A estos conocimientos generales, á estas artes y ciencias que integran la narración de la vida de un pueblo, es á lo que llamamos ciencias auxiliares, y son principalmente la Geografía y la Cronología.

Los antiguos designáronlas con el nombre de Ojos de la Historia, y es en efecto así: la Geografía indicándonos el sitio donde se realizó el hecho y la Cronología determinando la época, el tiempo, prestan al estudio de la Historia, un gran refuerzo, pues casi casi á ella le deja el examen del acontecimiento. Viene á completar es-

2

te trabajo otra ciencia llamada Etnografía, cuya misión es estudiar las filiaciones y orígenes de los pueblos, dándonos á conocer hasta la configuración propia de las distintas razas que pueblan el globo. Los monumentos también son libros en los que la humanidad ha trazado una parte de su vida; por eso la Arquitectura también le sirve de ayuda á la verdad histórica; pues dicha ciencia comprende la Pintura, la Escultura y la Diplomacia; además la Epigrafía, ciencia que estudia las inscripciones; la Numismática que se ocupa de las monedas y medallas; la Paleografía de la escritura y la Paleontología cuyo estudio de los fósiles tanta luz ha dado al conocimiento de las mas remotas edades del hombre, bajo la denominación de Proto-historia. También la Estadística reduciendo á número los esfuerzos de los pueblos y teniendo mas presente la cantidad que la calidad, determina un conocimiento de las bases ya artísticas, ya científicas de un pueblo. Así, hablando de la instrucción pública de un país, cualquiera dirá tantas escuelas, tantas Universidades, tantos Centros literarios, etc., etc., y los compara con los esfuerzos de otras naciones ó los estudia aisladamente. La Arqueología y la Paletnología que unidas forman la ciencia antropológica son tal vez los auxiliares más poderosos y decididos con que la Historia cuenta en los tiempos modernos. Tampoco debemos olvidar á la Geología que nos muestra los componentes y la naturaleza de nuestro planeta; utilísimo estudio sobre todo cuando de Proto-historia de una nación cualquiera hablamos. Como se vé, la ciencia histórica recibe más ó menos inmediatamente un auxilio precioso de todas las ciencias y artes, auxilio que ella agradece devolviendo en cambio del favor recibido el más acabado cuadro de la actividad del hombre en la tierra, es decir, la Historia.

Otros elementos constitutivos de esta ciencia son las fuentes históricas, cuya importancia es tan grande que sin ella nuestro estudio resultaría incompleto.

Alguien ha dicho que las fuentes históricas no son otra cosa que las diversas pruebas de la existencia de los acontecimientos, ó bien las distintas formas en que los hechos se consignan.

Las fuentes históricas, pues, según su manera de ser particular varían, por que de muy diversa manera el pensamiento humano nos da á conocer la existencia de los hechos pasados. La primera división que de ellas hacemos, es en directa é indirectas, agregando algunos historiadores las de general y especial y las de mediata é inmediata. Pero las que á nosotros nos interesa conocer aquí son las generales que se subdividen en tres manifestaciones: monumentos ó forma monumental, tradiciones ó forma oral, y narraciones ó forma escrita.

Las tradiciones constituyen en el orden cronológico la primera fuente histórica, porque la historia de los tiempos primeros de todos los pueblos no se consigna por escritos ni por medio de monu-

mentos, sino en el relato que de aquellos hechos pasa de una á otra generación. Esta fuente histórica es el medio importante que tenemos para conocer los hechos realizados por la humanidad en los principios de su historia, en los cuales son desconocida la escritura y las artes. En épocas posteriores aparecen los monumentos, los cuales aunque son de varias clases, como luego veremos, tienen de común el dejar consignados por medios exteriores y sensibles los hechos de que dan testimonio y de cuya existencia certifican. Aparecen después las narraciones, que en el orden del desarrollo de las fuentes históricas, son las últimas y comprenden las narraciones escritas, ó sean las historias propiamente dichas. (1)

Mas como para llegar al perfecto conocimiento de los hechos no basta estudiar simplemente las fuentes históricas, sino que se hace necesario además examinar y juzgar esas formas para obtener la verdad, de aquí el que satisfagamos esta necesidad con la crítica, cuyos fines, con relación á las fuentes históricas, son tres: *autenticidad, sentido claro* y *verdad.*

La palabra tradición, dice el Dr. D. Rafael Fernández de Castro, nuestro querido Maestro, puede tomarse en tres sentidos distintos: en el biológico, en el jurídico y el histórico. En el primero expresa aquellas doctrinas de fé que, sin estar consignadas en los libros religiosos, pasan como ciertas para los creyentes, por que revisten carácter de revelación milagrosa; en el segundo indica el acto de dar ó entregar alguna cosa; y en el tercero (á que aquí nos referimos) significa el conjunto de rumores, narraciones verbales de familia, himnos y poesías de los primeros tiempos, fundado todo en creencias vagas, sin más carácter de autenticidad que el que da el prestigio de lo antiguo.

Las tradiciones cuyo orígen se encuentra en las primeras edades de los pueblos, es decir, en su infancia, refiriéndose á su valor, las menos parecen tenerlo en absoluto; por que las que no son del todo falsas, llegan tan alteradas por la ignorancia, la superstición ó la vanidad, al tiempo en que se fijan por la escritura, que merecen muy poca fé, ya por desconocerse completamente el testigo de vista ó de oidas que deponga del hecho, ya por lo inverosímil, y á veces absurdo de lo testimoniado, más como quiera que sea si las tradiciones son falsas en cuanto á los pormenores, no lo son en el espíritu por el que se viene en conocimiento de las creencias y costumbres de los antiguos tiempos. (2)

Es un hecho fuera de toda duda que el hombre ha tratado siempre desde los primeros tiempos de su vida, de sobrevivirse, de levantar algo que le diese vida en la posteridad; y este constante deseo es lo que crea esa fuente de conocimiento denominado *forma*

---

(1) Ensayo de un programa razonado por el Dr. Fernández de Castro.
(2) Sales y Ferré. Madrid 1878. H. U.

monumental, tales, pues, son los monumentos obeliscos, pirámides, túmulos, arcos, puentes, etc., trabajados en piedra ó en bronce con inscripcion ó sin ella. Es una fuerte histórica muy importante para el completo estudio de la humanidad antigua. Para el ignorante la presentación de un monumento cualquiera, nada le significa; para él es un hacinamiento de piedras, que permanecen unidas; en cambio para el hombre instruído es un verdadero tesoro, sobre todo si llega á hacerse sabedor de las inscripciones que contenga, pues casi siempre es la narración sucinta en que consta por qué se levantó, su fecha, y la persona ó personas á quien fué dedicado. Mas para que el monumento tenga carácter y pueda servir por tanto al estudio del hecho histórico, se hace necesario, primero, que sea auténtico, y lo es, cuando resulta pertenecer á la época que él mismo dice, segundo, ha de tener sentido claro, es decir, que sus inscripciones sean legibles y no ofrezcan duda alguna, y por último debe ser verdadero, y lo será siempre que lo que afirme esté en consonancia con lo que depongan el testimonio de sus coetáneos; bien pertenezcan al orden numismático, al epigráfico ó al histórico.

Bajo este punto de vista, de más está consignar, que los museos de antigüedades son preciosos veneros de donde el historiador puede tener ciertísimas ideas sobre la cultura y desarrollo, no sólo del pensamiento sino de las artes, hasta en su más simple expresión, cuales son los trabajos mecánicos y manuales. En esos panteones de las actividades humanas que llamamos museos, puede el erudito conocer admirablemente las sociedades y civilizaciones perdidas en las noches de los tiempos.

Réstanos, pues, hablar de otra fuente histórica, tan necesaria é importante, como las que hemos mencionado; nos referimos á las narraciones escritas en las que está consignado el hecho por lo menos con relación á los elementos que le forman, es decir, teniendo en cuenta lo sucedido, el lugar y el tiempo. Las narraciones suelen dividirse en históricas propiamente dichas, generales, nacionales y locales, que añaden á los elementos que antes hemos mencionado, los pormenores y circunstancias del hecho y los juicios que acerca de sus causas y resultados se hagan; y en narraciones simples, tales como los actos oficiales de los gobiernos, las sesiones parlamentarias, los diarios privados y hoy día los políticos, los apuntes y las notas biográficas, la correspondencia epistolar literaria ó diplomática, las memorias, y según algunos los análes y las crónicas. (1) Es, pues, sin duda, la fuente de conocimiento más abundante que tiene á su disposición el historiador. Antes del descubrimiento de la imprenta la tarea del hombre estudioso se hacía bastante difícil por carecer en la mayor parte de los casos, de docu-

(1) Obra citada, Castro.

mentos necesarios para el examen de los hechos históricos; mas hoy, desde que, según la frase gráfica de un ilustre escritor y poeta á quien nos unen lazos de cariño;—las prensas á millares,—difunde y desparrama, fatigando los ecos de la fama,—á través de los montes y los mares—(1) los conocimientos de que antes carecíamos se multiplican de una manera tan prodigiosa que se hace imposible el establecer comparación alguna, ni siquiera pueden ser leídos los luminosos trabajos que sobre cualquier punto se han escrito y mucho menos formar propio juicio de los acontecimientos y de las causas y consecuencias á que han dado origen. Pero no hay otro camino: á pesar de lo ímprobo y difícil de la tarea, no se nos sugiere otro medio para estudiar la historia; es necesario que bebamos en sus puras y genuinas fuentes.

(1) Sánchez de Fuentes. Oda á Cervantes. Habana 1886.

II

Idea geográfica de España.

Ninguna posición más señalada que la de este hermoso país, puesto que la mano misma de la naturaleza trazó sus lindes al rodearlo por todas partes del mar y de la inaccesible cadena de los Pirineos. (1) Destinado, pues, á formar una sola nación, rica, fuerte y poderosa, se vió, sin embargo, dividido desde largos siglos en multitud de estados independientes, y enemigos unos de otros, y aun hoy al cabo de tan sangrientas guerras, convenios y revoluciones, permanecen separado el Portugal, que debía ser, como en tiempos no muy lejanos, una provincia española, y el importante Peñón de Gibraltar,

---

(1) Como quiera que España forma parte de la tierra, seguramente no estarán de más los interesantes datos que acerca de ella, publicamos á continuación. Hélos aquí:

En 1872 publicó el Instituto Geográfico de Perthes, en Gotha, una estadística de la población de la tierra; desde esa época ha continuado trabajando constantemente, y ahora acaba de publicar por octava vez la estadística de los habitantes del globo terráqueo.

Un escritor inglés decía que la mentira tiene tres formas: la mentira propiamente dicha, la broma y la estadística. Aunque esta afirmación es exacta en muchos casos, debemos esperar que los sabios alemanes sean verídicos, y que no son erróneos los datos últimamente publicados.

En 1886, la población de la Tierra era de 1.350 de individuos.

En 1880, según el Instituto de Gotha, fué de 1.556 millones, observándose, por lo tanto, un aumento de 106 millones en catorce años, debido indudablemente á mayor exactitud en los cálculos. En 1882, la cifra indicada solo se eleva á 1.434 millones, porque en la estadística anterior se supuso que la población china era de 405 millones, cuando solo llega á 350.

La edición de este año dice que en la Tierra existen 1.480 millones de individuos, cuya cifra puede considerarse como exacta, porque el error probable será sólo de 50 millones en más ó en menos.

Europa tiene un total de 357.379.000 habitantes; Asia, 825.954.000; América, 121.713.000; Africa, 163.953.000; Australia, 3.230.000; las islas del Pacífico, 7 millones 420 mil, y las regiones polares, 80.000.

La densidad de población en Europa es doble que en Asia, y la de Asia triple que en Africa.

Bélgica es la nación de Europa donde la población es más densa; sigue Holanda y después Inglaterra.

que desde el siglo pasado forma parte de la Monarquía Británica. La Península, pues, á que damos el nombre de Ibérica ó Española, presenta en las cartas geográficas una figura semejante á la piel de un toro, forma las veinte y tres avas partes del continente Europeo, excede en un sexto á la Italia y á la Prusia, en un tercio á la Alemania, y á los tres reinos de la Gran Bretaña, y en más de dos mil leguas cuadradas á la Francia. Concretándonos, pues, á la España propiamente dicha, hoy día, diremos que confina por el Norte con el Oceano, que aquí toma el nombre de Cantábrico, Francia y la República de Andorra; por el Este con el Mediterráneo; por el Sur con el mismo mar, la plaza inglesa de Gibraltar, el estrecho de este nombre que separa á Europa de Africa, y el Oceano Atlántico. Finalmente, los límites de España por el Oeste son, el Reino de Portugal y el referido Atlántico. Su extensión está comprendida entre los 36° y 44° de latitud Norte y entre 1° de longitud Oriental y 12° Occidental. (1) Del cabo de Creux en Cataluña, al de Finisterre en Galicia se mide el largo de España que serán como 220 leguas (2) y la anchura desde el cabo de Peñas en Asturias, á la Punta de Tarifa, que asciende á 190 leguas. (3) Estas dimensiones dan por resultado una superficie de 28,900 leguas cuadradas. (4) En el Mediterráneo tiene España 252 leguas de costas y en el Atlántico 234. (5) Si á éstas se agregan las 92 de la frontera de Francia y Andorra y las 187 de la de Portugal, forman un perímetro de 765. (6) Después de Italia es España la región de Europa, que goza mejor clima, y aunque varía mucho en algunos contornos, puede asegurarse es generalmente seco y templado. En la época de los equinoccios caen frecuentes lluvias; pero en lo restante del año, se goza de un cielo puro y brillante, que cautiva la atención de los extranjeros nacidos en los nebulosos paises del Norte. Por lo demás ningún panorama más pintoresco y variado que el que ofrece España por doquiera, pues ya se ostentan á la vista del observador, montañas elevadísimas coronadas de perpétuas nieblas, espesos bosques, llanuras desnudas de árboles, áridas y abrasadas, costas

(1) Según Verdejo, *Geografía* y Vázquez, *Atlas Geográfico*, España se halla comprendida entre los 67° 46° 43′ de latitud N. y entre 1° de longitud E. y 11 36 O.

(2) E. Cortambert: *Curso de Geografía*. España tiene 200 leguas de largo y 160 de ancho, pag. 343. Paris 1880.

(3) El P. Vázquez en su obra citada solo dá á España 157 leguas de largo y 120 de ancho. Verdejo 209 leguas de la 1ª dimensión y 150 de la 2ª y 15,000 de superficie. Mellado, en la *España Geográfica* señala 300, 160 y 14,853. Aristizabal 240, 177 y 21,845. Fernández de los Ríos 158, 156 y 15,697. Nosotros seguimos al erudito escritor Romey en su *Historia de España, Barcelona 1839*.

(4) *Enciclopedia Moderna*. Letra E. T. 17 pag. 371 y siguientes. Mellado.

(5) Cortambert O. C. 16,356 (507,036 kilómetros cuadrados.) C. *España* T. U.

(6) Elisee Reclus en su *N. Geo. Uni*. París 1883 dice que la península tiene de superficie sin las Baleares 534,301 kil. cua. España propiamente 494,946; el Portugal sin las Azores 89,355. La altura media según Leipoldt 701. m. pag. 647 c. x. L' Espagne.

templadas, fértiles y deliciosas campiñas regadas por multitud de ríos, otras secas y estériles, tierras dichosas, en fin, donde la naturaleza derrama con mano pródiga sus más preciados dones, y otras donde se muestra avara é ingrata á los afanes del labrador, aunque no niega en ninguna los necesario para la subsistencia. De esta variedad de climas y estructura de pais, nace la variedad de producciones, repitiéndose frecuentemente el extraño fenómeno de crecer á pocos pasos de distancia la palmera de la Palestina y el liquen de Islandia, la caña de azúcar del Nuevo Mundo y las delicadísimas frutas de la India y de la China. Exceptuando á la Zuiza, España es sin duda la región mas montuosa de Europa. En todas direcciones la recorren grandes cadenas de montañas, á que suelen darse el nombre de sierras, las que reunidas forman uno de los trece sistemas europeos que se distingue con el nombre de *Hespérico*. Las cordilleras principales pueden reducirse á tres grupos subdivididos en muchas cadenas. El *septentrional* que comprende los *Pirineos*, desde el cabo de Creux en el Mediterraneo hasta el de Finisterre en el oceano. Su punto culminante es el *Maladetta* que mide 3,482 metros de altura sobre el nivel del mar. *El grupo central* formado por las montañas situadas entre el Duero y el Tajo y las que corren desde el Ebro hasta el cabo de Palos. Su mayor altura es la *sierra de Gredos*.

Y el *Meridional* robustecido por los montes situados al mediodia del Tajo y al O. del grupo central, extendiéndose hasta Gibraltar y alcanzando su mayor elevación en el Pico de *Muhahacen*, en Sierra Nevada que es de 3554 metros de altura.

De todos estos elementos orográficos origínanse muchísimas corrientes de agua de las que solo unas 250 merecen verdaderamente el nombre de rios, no siendo las demás, sino arroyos, torrentes ó ramblas. Ocho son los principales que desembocando ya en el Oceano Atlántico, ya en el Mediterraneo, merecen especial mención, así por el caudal de sus aguas, como por su extensión.

Preferente lugar ocupa desde luego el *Ebro*, el mas famoso y celebrado por los antiguos y el que según algunos dió nombre á los primeros habitantes de la España, y al territorio mismo, pues en latín llamóse *Iberus* (1). Recibe unos 140 tributarios y riega una extensión de 2,996 leguas cuadradas.

El *Duero (Durius* de los antiguos) cuyo recorrido es de 130 leguas, siendo navegable desde Fregeneda hasta la ciudad de Oporto.

El *Tajo* cantado por los poetas y escritores de la antigüedad, bajo los nombres de *Tagus aurifer*, *Auratus Tagus*, *Tagus Opulen-*

(1) Otros suponen que el nombre de Ibero fué dado por un hijo de Tubal así llamado. Búscase también la etimología de semejante nombre en la palabra Fenicia *Iberin* ó *Ibrinn* (término, confin) y finalmente, algunos creen que *Iber* significaba en el idioma de los Celtas, *corriente de agua dulce*.

tissimus (1) por las arenas de oro que arrastraba, la amenidad y belleza de sus riberas, y por llevar mas caudal de agua que ningún otro rio de la Península. El *Guadiana* ó *Rio Annás*, llamado así de la voz fenicia *Ana* que significa *¿donde está?*, por razón de ocultarse en Herraderos de Guerreros, y aparecer después de siete leguas de navegación subterranea por los famosos *ojos* (2) cerca de Villa rubia. Su curso total es de 1,112 leguas cuadradas. El *Guadalquivir* conocido desde los tiempos primitivos con los nombres de *Tarteso*, y *Betis*, que quieren decir *Rio profundo*, desemboca en el Oceano por San Lucas de Barrameda después de 80 leguas de curso. El *Miño*, *Minius*, de los antiguos, por el bermellón ó minio que arrastra su corriente en la que suele á veces encontrarse gran cantidad de oro: mide 433 leguas de extensión y recibe 44 grandes tributarios, siendo uno de los rios mas caudalosos de España.

El *Segura* conocido por los romanos con el nombre de *Thader*, con el de *Alana*, por los árabes y por los escritores modernos con el de *Benéfico*, nace en la provincia de Jaen, desembocando en el Mediterraneo por Murcia y Alicante, después de haber recorrido 45 leguas, regando 200,000 tahullas del terreno mas feráz en las provincias nombradas.

Por último el *Júcar* que nace en el cerro de San Felipe, tiene 74 leguas de extensión, y desemboca en el Mediterraneo por Cullera.

Además de estas vias fluviales existen en España una porción de pequeños rios cuyos nombres sería prolijo enumerar. Respecto de los cabos de la Península merecen especial mención, los de *Machichaco*, *Peñas* y *Ortegal* en el Cantábrico; *Finisterre*, *Corrubedo* y *Trafalgar* en el Oceano Atlántico, y la *Punta de Europa* *Gata*, *Palos*, *Martín*, *San Antonio*, *San Sebastián*, y *Creux* en el Mediterraneo.

Las islas que pertenecen á la Monarquía Española pueden reducirse á tres clases; peninsulares, abyacentes y ultramarinas.

Entre las primeras señalamos la de los *Faisanes* ó de la *Conferencia*, la del *Desierto* en la ria de Bilbao, la de *Chacharramendi* en el Mundaca; *Mayor*, *Menor* y *Cristina* en el Guadalquivir, é *Higuerita* y *Canela Saltes Alcira* y *Buda*. Las vecinas á las costas mas notables son; *San Antonio Abad*, *Ladisaro*, *Aquech*, *Gaz-*

(1) Lafuente Obr. cit. Barcelona 1889 T. I pág. 2.

(2) El Sr. Madoz en su *Dicc. Geográfico;* supone fábula esto del Guadiana intentando explicar semejante fenómeno, diciendo que son dos rios, á los que denomina *Guadiana de Ruidera*, y *Guadiana de Villa-rubia*. Nuestra opinión es contraria á este modo de pensar, toda vez que tanto los geógrafos antiguos y modernos, como la experiencia misma, nos enseñan lo posible de tal accidente. Sin ir mas lejos, en San Antonio de los Baños (Isla de Cuba) el rio Ariguanabo, desaparece en una caverna volviendo á salir después de algunas leguas por la playa de Banes.

leluqache y *San Nicolás* en Vizcaya, *San Ciprián*, *Cisarga*, *Quiebra*, *Salvora Aroza*, *Cortegada*, *Oms*, *Tamba Faro* y *Stelas* en Galicia. La *Isla de León*, *Santi Petri*, *las Palomas* y la de *Tarifa* en Cádiz. La de *Grosa* y *Hormigas* en Murcia; *Nueva Tabarca*, *Oplana* y *Benidor* en Alicante; y las de *Planes*, *Blanca*, *Negra*, *Malaentrada*, *Medas*, *Creux*, *Portalen*, *Medas de Fornells* y *Glado*, entre las abyacentes posee España las *Baleares* (Ginnesias) y las *Canarias*, que se hallan en el oceano Atlántico y son *Tenerife*, *Gran Canaria*, *Gomera*, *Fuerte Ventura*, *Lanzarote*, *Palma* y *Hierro*. Las ultramarinas principales son; en el Golfo de Guinea; *Fernando Poo*, *Annobon* y *Corisco;* en la Oceanía; las *Filipinas*, *Bisayas*, *Marianas*, *Carolinas y Palaos*, y en la América la hermosa *Isla de Cuba* y *Puerto Rico*.

Entre los golfos, solo merecen propiamente este nombre, el de *Vizcaya* y el de *Rosas;* pero existen excelentes bahías, como las de *Vigo*, *Cádiz*, *Cartagena* y *Alicante*. Lagos no hay verdaderamente en España; pero sí lagunas de considerable extensión, tales como las de *Ruidera*, *Antequera*, *Mar menor*, *Albufera*, *Gollo-canta*, *Benavente* y otras. (1)

Mal se encuentra España respecto á vías terrestres de comunicación; (2) hay buenas carreteras que enlazan recíprocamente las provincias, pero faltan caminos vecinales, siendo imperfectos los que existen. Los mejores datan de la época romana y otros son del reinado de Carlos III, y en la actualidad las líneas principales son las que en número de siete, partiendo de Madrid, se dirijen á Francia, Cataluña, Valencia, Andalucía, Extremadura, Galicia y Astúrias. En ferrocarriles, á pesar de haber sido indudablemente la nación más atrasada de Europa, en este punto, cábenos hoy la satisfacción de consignar que nuestro territorio se halla materialmente cruzado en todas direcciones por ese importante factor de la civilización en los modernos tiempos, habiéndose hecho diversas concesiones en este sentido á opulentas compañías. Los principales ferrocarriles españoles son: la línea del *Norte*, la de *Bayona á Madrid*, la de *Perpinán á Madrid*, el ferrocarril del *Este*, el de *Madrid á Barcelona*, la línea *General de Andalucía* y el del *Oeste*. En canales de navegación solo tenemos el *Imperial ó de Aragón*, comenzado en tiempos de Carlos V., el de *Castilla*, *Manzanares*, *Guadarrama*, *San Carlos*, *Murcia*, el *Fernandino*, *Isabel II* y *El de la navegación del Ebro;* y como canales de riego; merecen especial mención, el de *Fauste*, *Urgel*, *Infanta Luisa Carlota*, *Acéquia del Rey*, *Tamoriste* y las famosas *Acequias de la Vega de Granada*. Entre los numerosos puentes que poseemos en la Península, debemos mencionar los de fábricas y muy antiguos de *Martorell*, *Alcán-*

(1) *Breves nociones de Geografía.* Palacios y Rodríguez. Sevilla, 1880.
(2) *Nueva Geografía Universal* M. L. Gregoire. T. 1o, 3a edic. París, 1890.

tara, *Mérida*, *Badajoz*, *Orense*, *Zuazo*, *Córboba*, *Tudela*, *Zaragoza*, *Villafranca del Arzobispo*, *Zamora*, *Salamanca*, *Alba de Tormes*, *Almaraz*, *Puente Eume*, etc., etc.: de hierro y colgantes, como los de *Bilbao*, *Aranjuez*, *Carandia*, *Fuentedueñas*, *Arganda*, *Menjibar* etc., y de construcción moderna, como los de *Toledo* en Madrid: *Molins de Rey*, *Lladoner*, *Acueducto del Canal Imperial*, *Lérida*, *Segovia* y *Sevilla*.

Como ya hemos indicado, crecen en nuestro afortunado suelo, todas las producciones diseminadas en la superficie del Globo. Desde la antigüedad más remota, son famosos por su agilidad y belleza los caballos asturianos que aunque de poca alzada son muy solicitados como así mismo los gallegos y lusitanos, y especialmente hoy, los airosos andaluces. Su número según el Dr. M. L. Gregoire (1), es de 700.000. No ménos celebrado es el ganado cuya carne y lana son de las más estimadas de Europa. La caza mayor y menor y la volateria abundan por extremo. De animales dañinos, solo existen en los montes más fragosos, y cada día en número más escaso, el *lobo*, *oso*, *jabalí* y *zorra*, y de reptiles venenosos, la *víbora*. El mar que baña las costas de España, y los rios que recorren su superficie, producen variado y copiosísima pesca, debiendo recordar del primero las *sardinas*, *merluzas*, *cóngrios* y *atunes*, y de los segundos, á la rica *trucha*, la *lamprea* y la *anguila*. También en las costas de Galicia existen excelentes criaderos de ostras; y cerca de Rosas hay muchos bancos de coral. Pocos países son tan privilegiados en el reino mineral como España; pues prescindiendo de las antiguas minas de oro, de las que Estrabon (2), Justino (3) y Aristoteles (4), nos hablan, en la actualidad cuenta un número grande de ellas poseyendo abundantes vetas de *plata*, (5) *cobre*, *hierro*, *plomo*, *estaño*, *azogue*, *mercurio*, *zinc*, *sulfato de soda*, *manganeso*, *antimonio*, *calamina*, *cobalto*, *arsénico*, *vitriolo*, *azufre*, *carbón de piedra*, *lápiz plomo*, *ocre*, *bol*, *imán*, *alumbre*, *azabache*, *amatistas*, *alcohol*, *jacintos*, *galena argentífera*, *alabastro*, *mármol y jaspe*. En las cercanías de Toledo se hallan: *topacios*, *rubíes y cristal de roca*; y en el cabo de Gata, preciosas *amatistas*, *cornerinas* y *ágatas*. En aguas minerales y salinas puede decirse que España poseé un número considerable, citándose entre las primeras las de *Alhama de Aragón*, *Bejar*, *Fuencaliente*,

---

(1) O b. C. pág. 198, T. 1º 1890.—Paris.
(2) Lib. 3o Cap. I *Geographia*.
(3) *Delectun aurum, velut Dei munus permittitur* Lib. XLIV.
(4) Ciencias Lib. II.
(5) En lo antiguo la parte de la Orospeda, en el día *Sierra de Cazorla* donde nacía el *Betis*, se llamaba la *montaña de Plata (Argentarius mons)*, ya fuese por la gran cantidad de plata que de allí se extraía, ó por los destellos del estaño, cuando el sol lo iluminaba. Véase Herodoto l. IV c., 152 y á Diodoro Siculo l. V., cap. 35.36, etc.

Caldas de Reyes y *Archena;* y entre las segundas, las de *Torrevieja, Cardona, Alcalá de la Vega, Belenchón, Remolinos* y *Sástago.* En el reino vegetal por doquiera nace el cáñamo y el lino y todas las especies de cereales y granos, tales como el maiz, arróz y las patatas. En maderas de construcción, Asturias, Galicia y Extremadura. poséen notable variedad. Las frutas de España son exquisitas, particularmente las manzanas, limones, membrillos, uvas, granadas, moras, pavías, melocotones, melones, peras, sandías, higos almendras y avellanas.

Los vinos españoles tienen fama universal. Además produce abundantemente ricos aceites, algodón, azafrán, esparto, corcho, cochinilla, zumaque, sosa, barrilla y otras plantas medicinales que enriquecen también su privilegiado suelo.

La población de la Península, según el más reciente catastro, asciende, incluyendo las islas adyacentes y las posesiones del N. de Africa, á 17.565.632 millones de habitantes (1). Si á esta cifra agregamos á Cuba que cuenta con 1.631.687, á Puerto Rico que posée 798.561, y á las posesiones del Golfo de Guinea y á las islas Filipinas que arrojan respectivamente 1.969 y 5.996.161, tendremos un total de 25.994.014. Reuniendo ahora todos los países en donde se habla la lengua castellana, aparecerá la enorme suma de 60 millones de habitantes. La capitál de la monarquía española es la bella ciudad de Madrid, una de las capitales principales de Europa en donde el arte, la ciencia y la viva inteligencia de sus hijos, tienen ancho campo de evolución en todos los ramos del saber humano. Hállase territorialmente España dividida en 49 provincias, contando con las adyacentes; pues, las ultramarinas considéranse aparte de esta división.

Los españoles pertenecen á la raza blanca ó caucásica, y tienen su origen histórico en la rama céltica y goda, cuando como ahora, nos referimos exclusivamente, á los habitantes de la Península. Son de buena estatura, de aspecto robusto, de corazón magnanimo y valiente, muy adictos á su religión y á la patria, por quien derraman gustosos hasta la última gota de su sangre generosa, Su carácter es alegre y son muy activos é industriosos, honrados y afa-

---

(1) Tales datos nos lo suministra el Censo Oficial, que acaba de publicar el Instituto Geográfico y Estadístico de Madrid, fechado en 31 de Diciembre de 1887. Son curiosos además los detalles que estampa acerca de un resumen del recuento verificado cien años antes, en 1787, con el fin de sacar muy curiosas é importantes comparaciones.

Véanse algunas:

El aumento de población en ese siglo ha sido de 7.155,753 habitantes.

Madrid, que contaba entonces con 156.672 almas, tiene hoy, después de cien años, 682.644.

El último censo conduce, además, à los siguientes resultados·

Aumento de población en un período de diez años, de 1877 á 1887, el 5.60 %.

bles (1). Las mujeres españolas aunque no de estatura muy elevada, unen á la belleza de sus encantos cierta gracia y vivacidad, que les es peculiar, y que las conquistó celebridad europea.

La religión de España es la católica, pero según la Constitución vigente se establece en uno de sus artículos que existe la tolerancia de cultos, cosa muy natural, dada la avasalladora corriente de libertad, que en todos sentidos impulsan á los pueblos.

En cuanto á su forma de gobierno nuestra patria ha atravesado por todos los cambios gubernamentales en pocos años realizados. En la actualidad nos regimos por una monarquía constitucional, amplia en ideales y esencialmente demócrata. El Senado y el Congreso de diputados, forman las Córtes que son convocadas por el Jefe Soberano, hoy dia S. M. Don Alfonso XIII, bajo la regencia de su augusta y santa madre Dª María Cristina de Austria, que aunque extrangera, ha sabido grangearse todos los corazones, aún los de aquellos que no ven con buenos ojos á las testas coronadas, y mucho ménos á las minorías. La sucesión al trono es heriditaria, aún para los hombres mismos, llevando el monarca entre sus dictado el de *Católico y el de Príncipe de Asturias*, el primogénito.

Para los actos de gobierno, el Rey cuenta con ocho Ministros responsables que originan otro tantos Ministerios que son; Hacienda, Gobernación, Gracia y Justicia, Marina, Guerra, Ultramar, Fomento, y Estado, que hacen mover la complicada rueda administrativa.

La instrucción pública cuenta en la Península con diez Universidades en donde se estudian todas las carreras, en cada capital de provincia hay además Institutos de 2ª Enseñanza y en varias de ellas Escuelas Mercantiles, de Náutica, Industriales y muchas cátedras de Ciencias Naturales y exactas, que costean las Juntas de Comercio, las Sociedades Económicas y otras Corporaciones.

Las Escuelas de Enseñanza Primaria son muy numerosas, no habiendo pueblo por pequeño que sea, que carezca de una buena escuela. (2)

En Madrid por último existen muchas escuelas especiales, tales como las de *Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos*, la de *Comercio, Administración, Montes* y *Plantíos*, la de *Agricultura, Botánica, El Conservatorio de Artes*, y además siete academias muy nombradas, que son: la *Española, Historia, La de Nobles Artes de San Fernando*, la de *Ciencias Naturales*, la de *Ciencias Eclesiásticas, Jurisprudencia y Legislación* y la *Greco-Latina.*

---

(1) Ob, cit, Cortambert. París.

(2) En un periodo de diez años, es decir, desde 1877 á 1887 el progreso de la instrucción pública, medido por el número de habitantes que saben leer y escribir, en el mismo periodo arroja un 4.01%. Observándose á la par que la instrucción se difunde con mucha mayor rapidéz en el sexo femenino que en el masculino, puesto que en 1877 sabían leer y escribir el 7,50% de las mujeres y en 1887 el tanto por ciento llega á 9.60.

Comprende la Monarquía Española diez Arzobispados, ocho de ellos en la Península y dos en Ultramar, y cincuenta y nueve Obispados, cuarenta y ocho en la España misma, seis en las posesiones adyacentes y cinco en ultramar. El número total de parroquias calcúlase en 21,065; cuenta también con 65 catedrales, 33 seminarios conciliares, y 100 colegiatas, capillas Reales, Abadías y Magistrales. (1)

Judicialmente, divídese la España en 15 Audiencias territoriales, á mas del Supremo Tribunal de Gracia y Justicia, que se halla en Madrid. Los juzgados ascienden á 497, y á un número considerable las Audiencias menores. Militarmente cuenta con 14 Capitanías Generales, y como plazas fuertes, de primer órden tenemos á *Cádiz*, *Ceuta*, *Cartagena*, *Barcelona*, *Pamplona*, *Jaca*, *Gerona*, *Figueras*, *Badajoz*, *Ciudad Rodrigo*, *Alicante*, *Melilla*, *Ciudadela*, *Rosas*, *Peñas de San Pedro*, *Zamora y San Sebastián*.

Hay cuatro departamentos ó apostaderos que son: *Cádiz*, *Cartagena*, *Ferrol* y la *Habana*, 25 tercios navales y 33 capitanías de puerto. Hoy construímos nuestros barcos sin tener necesidad de ir á los arsenales del extranjero, como lo prueban los de guerra, *Alfonso XII*, *Infanta Isabel* y muchos otros, en los cuales á la elegancia más acabada se haya reunida la fortaleza, que es necesaria en tales embarcaciones. Etnográficamente, ó sea por idiomas, los pueblos de la península Ibérica también pueden dividirse en varias clases. El *eskaldunac* es el más antiguo de todos, no tiene analogía con ninguno de los demás, pretendiendo algunos sea la antigua lengua fenicia, ó la primera que hablaron los españoles. En la actualidad úsase en Vizcaya, Guipúzcoa y en algunos pueblos de Alava y Navarra (2). El *Castellano*, que es el idioma general de la nación, llamado así por Castilla, la provincia en donde con más pureza se habla, es hermoso, sonoro y de una flexibilidad y cadencia notable: nació del latin como hemos apuntado formándose primero el *Romance*, allá por el siglo XII, según la opinión de Marina (3) de la corrupción de la lengua del Lacio, que luego purificado, forma la nuestra, tal cual hoy la conocemos. El monumento más antiguo que conservamos en romance es el *Fuero de Avilés*. El Castellano ha recibido también la influencia de otros idiomas tales como el Hebreo, Caldeo, Fenicio, Griego, Godo y Árabe, y otros cuyos orígenes no nos es conocido, que le han prestado voces en gran número, giros curiosos, y elegancias en la construcción y sonidos. Los distintos acentos en la pronunciación han engendrado, dialectos como el Aragonés, el Andaluz, Sayagues, y son sus principales el *Bable* el *Gallego*, *Mayorquín*, *Catalán* y *Valenciano*, esos tres últimos,

---

(1) Malte-Broon. Obr. cit. II.
(2) Cortambert. Ob. Ct. pág. 500.
(3) *Teoría de las Córtes.*

hánse formado del dulce y vetusto *lemosin*, unido al francés en el país de *Limojes*. El Africano es el idioma de los naturales de las islas del Golfo de Guinea, y las lenguas malayas de los filipinos y marianos. Tal es á grandes rasgos la descripción de la geografía de nuestra patria en los modernos tiempos, estudio utilísimo, pues, solo á el debemos, el conocimiento de las bellezas, que adornan á su suelo, como el de las obras que por estímulo del pueblo unas veces, y la iniciativa del gobierno otras, se han efectuado, conduciéndola todos siempre por el camino del progreso. Y grande importancia adquiere también la geografía de España en el estudio de su historia, pues debido á su posición topográfica y á sus condiciones climatológicas, España se ha visto desde las más remotas edades frecuentada por antitéticas razas; que ya en son de conquista, como los Cartagineses y Romanos, ya como meros comerciantes y aventureros, tales como los Fenicios, han ido coadyuvando, á la grandiosa obra de su civilización: Y por eso desde antiguo, semejante país mereció ser descrito por insignes geógrafos y poetas, cuyos datos, nos sirven hoy afortunadamente, para poder apreciar su estado topográfico primitivo y las transformaciones á que se ha hallado sometido merced á los cambios naturales, su vasto territorio, desde su formación geológica hasta nuestros días.

A la exposición de estas noticias curiosísimas es á lo que vamos á consagrar breves palabras.

A descripciones del suelo de la península, únicamente, redúcense las memorias más remotas que hemos hallado, y que nos hablen de España. Los escritores llamados clásicos nos la pintan materialmente dividida por grandes depósitos de agua que ó bien formaban profundos lagos, estanques ó lagunas, ó bien extendiéndose por la tierra en sentido longitudinal, engendraban ríos tan profundos como caudalosos. El agua en semejante cantidad, ó era embebida por las tierras bajas, dando lugar á tremedades y pantanos, muy frecuentes en esta época, ó como afirma el profesor Sr. Fernández y González (1) abríase paso, al través de los terrenos que rompía buscando marítimo desagüe. Casi todo el litoral de España ofrecía siglos antes de la era Cristiana, abundantes pantanos, albuferas dilatadas y lugares húmedos y mal olientes. Si desde la región del Bidasoa, seguimos la costa hasta el famoso estero formado por el Sella, no lejos de Villaviciosa, y desde esta natural división (2) perseguimos en nuestro camino hacia el mediodía de España, hasta llegar al paraje comprendido entre los cabos Prior (Aras Sextias) y el Neria (Nerija); podemos observar claramente que tanto los esteros, como los puertos, la desembocadura de los ríos, las lagunas y los lagos anchurosos, en íntimo consorcio con las tierras ba-

(1) *H. de E.: Primeros pobladores.* Madrid, 1890 p. 4. T. I.
(2) Estrabon—*Geographia* .lib. 3o, cap. IV., Paris, 1853.

jas y pantanosas, orígen de los terribles tremedales, dan al suelo pátrio un aspecto tan variado como variable.

Desde el cabo de Vénus ó Afrodisio, afirma el escritor aludido (1), el litoral ofrecía el espectáculo de un arenal interrumpido también por frecuentes charcos, y más allá de las bocas del Thader, pasado el puerto llamado de Illici, (2) comenzaban una série de ciénagas que llegaban hasta el cabo de Ferrarias (San Antonio) donde se veía un gran lago en comunicación con el mar, de 400 estadios (63 kilómetros) de circunferencia. (3)

Algo análogo sucedía por la línea de Poniente á Levante, pues no lejos de la costa llamaban la atención del viajero los esteros de Onaba, laguna Moguer y sobre todo el Bétis (Beatis), cuyas finas arenas, tan celebradas fueron por los escritores antiguos.

En estos tiempos existían en la península verdaderos lagos, cuyo número, según el geógrafo de Amasia (4) era considerable, pues haciendo caso omiso de los estanques de Baccares y Enol, que aun se ven en la actualidad, *Larcobrija*, *Lacos y Laccuris* son buenas pruebas de que en el curso y nacimiento de muchos ríos, al decir de geógrafos é historiadores, hallábanse grandes lagos y lagunas en el territorio Ibérico. Lo mismo sucedía con las islas que se hallaban en aquellas épocas, más ó menos próximas á la península; así por ejemplo, en el mar Ligústico á que Plinio nombró mar Vadoso (5) como en el Oceano; fueron notables las Cassitéridas, descritas por Ptolomeo, la Isla de los Dioses, las Hespérides, la Hagónida, la antigua Petánea (Isla Verde) la Noctiluca que fué consagrada á la Luna, como la Isla de los Nácares á Minerva, la de Ophiusa, la Pituisa, actual (Ebusos), las Balcares, la de Annibal, y otras más cuyo relato sería enojoso. Su número, sin embargo, aumentaba en ciertas épocas del año, al decir de Estrabon, por las inundaciones periódicas del mar sobre la tierra firme. Refiérese que el Atlántico principalmente llegaba á veces á remontar sus aguas á 400 estadios tierra adentro, habiéndose dado el caso de confundirse con el Tajo, creando á una altura de 500 estadios de la costa, una isla, cuya extensión era de 90 cuadrados. Semejante fenómeno engendraba trastornos topográficos, haciendo las más de las veces desaparecer campos cultivados, bosques enteros, apareciendo en su lugar súbitamente grandes lagos y variadas islas como se comprueba con las palabras de Avieno, al describirnos el territorio de los Libios Fenicios. (6)

Más tarde, cuando la España mejoró en condiciones climatoló-

---

(1) Fernández y González. ob. cit. pág. 9. 1890.
(2) Ptolomeo. lib. II, cap. VI. T. I. pág. 85. *Geographía.*
(3) Extrabon O. C. pág. 132.
(4) Libro 3o, cap. 4o, pág. 155.
(5) *Hist. Nat.* cap. 3º, lib. 2º
(6) V. 431.—455.

gicas y la agricultura comenzó á desarrollarse de una manera extraordinaria; vióse visitada por diversos pueblos que coadyuvaron á la obra de su civilización. Entonces fué cuando, al decir de Estrabón Plinio y Ptolomeo, la Península fué dividida en regiones más ó ménos bárbaras, siendo las más renombradas *Cantabria, Astúria, Galecia, Lusitania, Celtiberia. País de los Vascos, Carpetania, Edeta, Oretania, Vasconia, Vardulia, Jacetania, Cerretania, País de los herjetas, Lacetania, Ausetania, Batestania, Bética Beturia, Vettonia* y *Baleares.*

En una época de más adelanto, los Romanos hicieron de España una sola provincia, después la dividieron en dos *Citerior* y *Ulterior*, más acá ó más allá del *Ebro*, luego en tres, la *Tárraconense*, la *Lusitania* y la *Bética*, añadiendo por último en tiempos de Adriano; la *Cartaginense*, la *Galaica* y la *Balearica.* Durante la dominación goda, España permaneció igualmente fraccionada en seis provincias, pero al verificarse la invasión árabe, los antiguos límites provinciales fueron borrándose y nacieron una multitud de pequeños estados, que debían su formación al lento, pero, continuado esfuerzo en pró de la reconquista del suelo patrio, ó á las revueltas intestinas de los *moro-españoles*, tomando las denominaciones de *reinos, condados, emiratos, y califatos* ó *valiatos.* El primer reino cristiano fué el de *Asturias* y á éste siguieron los de *Navarra, Castilla, Galicia, Aragón, León* y *Portugal.* Los árabes en los primeros años de dominación dividieron á la Península en cuatro provincias ó gobiernos: *Andalos, Toleitola, El-Mereda* y *El SarKosta.*

En la Edad Media, la madre patria, presenta una división política análoga á la que conocemos hoy, llevando las provincias los títulos de *reinos, señoríos* y *principados*, hasta que por fin en nuestros días hállase, como dicho queda, dividida en provincias que abarcan á los reinos.

Y hora es ya, de que nos ocupemos, de los diversos nombres que España ha recibido, los cuales son tan variados como discutidos por los más eminentes filólogos. Tal vez el primero por ser el que goza de mayor antigüedad como nos manifiesta Estrabón (1), fué el de *País de los Igletas* ó *Iletas* según el Dr. Fernández y González, quién supone semejante designación originaria de los pueblos latinos (2).

Por los árabes al decir del Sr. Orodea (3) mereció la denominación de *Andaluz* que en aquella lengua, expresa la idea de cosa occidental.

Otros le dieron también el nombre, hoy poético, de *Hesperia*, desde los tiempos mas remotos, siguiendo á algunos escritores grie-

(1) Ed. Didot. pág. 129 Col. I. I.
(2) Ob. cit. p. 22 y sigs.
(3) *Curso de Lec. de H. de E.* Cádiz.—1889.

gos y latinos, de *Héspero*, hermano de *Atlante*, nacido en Africa, y uno de los compañeros de Hércules, que fué nombrado para el gobierno de esta región por muerte del último y de *Hispalo*, que murieron sin sucesión; no faltando quien como Macrobio é Isidoro digan que se llamó así de *Héspero*, lucero de la tarde, en latín, Hésperus, con el cual solían orientarse los que hácia esta tierra navegaban y que no es otro que el melancólico Venus.

El nombre de *Iberia* (1) suponen algunos que España lo tomó del río Ebro, que la baña, llamado en latín Iberus. Arias Montano, Josefo, Varrón, Plinio, y algunos mas, piensan que la península Ibérica tomó este nombre de una colonia de *Iberios Asiáticos*, que la ocuparon antes de la fundación de Roma. El erudito Megasthenes por el contrario en un fragmento, trasladado por Eusebio y Estrabón, atribuye el orígen de Iberia dado á la comarca asiática á *Ibin*, lo cual está probado ser un error. Los filólogos hacen derivar la palabra Iberia de la voz fenicia *Eben*, que en esta lengua equivale á *pasage*, y *el resto mas allá.*

Cree Astarloa que semejante denominación se deriva; de las palabras vascas, *ibaya eroa*, que significan *río espumoso*, creyendo Lafuente (2) que sea cual fuere el orígen de la voz Iberia, parece ser el de mas natural aplicación á nuestro país. Por último escritores de nota afirman que Iberia proviene de *Iberus*, *Iberis*, hijo de Tubal y nieto de Japhet, el cual vino de las partes Septentrionales á poblar á España. Cualquiera que sea la suerte y el valor de estas disquisiciones filológicas; Iberia, es el nombre que ha prevalecido y con el cual conocemos á la península en la actualidad. Los romanos llamáronla *Hispania* probablemente del *Rey Hispalo*, cuyo nombre latinizado, produjo *el de Hispano.* El insigne historiador Humboldt afirma que España se deriva de *Ezpaña* que en lenguaje vasco quiere decir lo que se *halla al extremo de una cosa, borde, situación etc.*; también los Hebreos la bautizaron con el nombre de *Sepharad (término)* aludiendo á su situación geográfica. El historiador Samuel Bochart hace derivar á España de *Span conejo* (3) por ser, dice, semejante país, muy abundante en estos roedores, y por consiguiente *Span* vale tanto como país de los conejos. (4) Pero apesar de la sutileza del aludido escritor parece ser

---

(1) Tal nombre apareció por vez primera en el Pediplo de Escilaz de Carianda que se escribió 500 años antes de J. C. como afirma Pausanias, el cual dice que habiendo llegado á la costa Oriental, halló un río llamado *Iber Ibris* ó *Iberus* y que por eso aplicó el primer nombre á toda la Península y á sus habitantes.—Véase á Romay ob. cit. pág. 11 tom. I.

(2) Ob. cit. pág. 12 nota.

(3) Cuniculosa: abundante en conejos

(4) Los romanos así lo creyeron tanto que en una moneda del tiempo de Adriano hallamos que España está representada por una mujer con un conejo al lado. Véase al P. Florez en su obra *medallas de España* t. I. Pág. 109.

lo mas lógico y probable que el nombre de España se derive de *Spania* cuyo significado es el de *país oculto, escondido,* con lo cual se indica claramente su posición con respecto á Europa, cosa que indudablemente despertó gran interés entre los antiguos marinos, desconocidos como lo fueron, casi todos los medios de orientación en los dilatados mares que la rodeaban.

III

Divisiones de la Historia Crítica de España

El dicho de Leibnitz, que lo presente, producto de lo pasado enjendra á su vez lo futuro, es una verdad tan grande para nosotros, que creemos en la perfectibilidad humana, como carente de sentido é ininteligible para los pueblos primeros que entre sus creencias contaban doctrinas tan extrañas como las del *Año grande*, (1) negación de todo progreso, estancamiento moral y social del pensamiento cuya misión sublime consiste en elevarse sobre lo que le rodea, volar á lo infinito, alumbrar el tenebroso porvenir, y trazarle á los pueblos la senda más segura, la vía más rápida para alcanzar la suprema civilización.

En esta marcha magestuosa que la humanidad necesariamente ha de emprender, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse también; las sociedades se transforman y de las ruinas de una nace, se levanta otra nueva, y al través de estas desapariciones, de estas muertes, y mudanzas, una sola cosa permanece en pié, que por encima de todas las generaciones y de todas las edades camina constantemente hácia la perfección: esta es la gran familia humana, jigante inmortal que avanza dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pié en lo presente y levantado el otro hácia el futuro. Tal es la humanidad; y la vida de la humanidad no es más que su historia; (2) en la cual como en límpido espejo se reflejan de una manera acabada, para no borrarse jamás, las múltiples manifestaciones de la humana actividad. Como el hombre sometido también á la ley imperiosa del tiempo, que le señala sus primeros pasos en la vida, muéstrase después con los encantos de la juventud y desengañada y triste se presenta más tarde con las ilusiones perdidas, el corazón muerto para los placeres y la mirada sin brillo ni entusiasmo alguno, que indiferente se fija en la barbarie más absoluta y en la ne-

(1) Laurant, Filosofía de la Historia, tomo I.
(2) Lafuente, Hist. de España.

gación del ideal, patrimonio de las rudimentarias colectividades de la historia. Así es la senectud en el hombre y así también aparece la edad antigua en el desenvolvimiento del mundo, regazo de todas las ideas; germen caótico del pensamiento que ha ido poco á poco aclarando la humanidad al través de generaciones y siglos; más ha necesitado de una mano suprema y bienhechora que sin desviarla un ápice de la senda comenzada la ha conducido á su final destino.

La historia pues, como los individuos tiene sus épocas y cuenta sus años, de aquí el que la dividamos primeramente en cinco grandes porciones de tiempo nombradas edades: protohistórica, antigua, media, moderna y contemporánea. Algunos escritores modernísimos designan con el nombre de Protohistória á la edad que señala la aparición del hombre sobre la tierra, concluyendo en el instante mismo en que el arte comprueba las fechas.

Desde los tiempos más remotos llamados mitológicos ó fabulosos en la actualidad, hasta la invasión general de los bárbaros que allá por el siglo V tuvo lugar en Europa, y de la cual los suevos, vándalos, alanos y godos llegaron á España en el año de 414, constituye para nosotros, la edad antigua de la historia patria. La llamada media por encontrarse como afirma el historiador Cantú (1) entre las edades antigua y moderna; tiene su arranque en la Península en el advenimiento de la monarquía goda y finaliza en el gloriosísimo reinado de los Reyes Católicos abrazando el período de tiempo comprendido entre los años de 414 á 1517 de Jesucristo. (2) Y la moderna que termina en la famosísima guerra de la Independencia española, es decir, desde 1474 hasta 1808 de J. C. en que comienza la edad contemporánea que alcanza hasta nuestros días.

Mas no es sola esta división, la única que hacemos de nuestro estudio, sino que cada uno de esos grandes lapsos de tiempo fracciónanse en varios períodos, según el acontecimiento culminante que en ellos se halla realizado.

Así en la edad primera ó protohistórica encontramos dos períodos; el de los tiempos heróicos, y el de los tiempos protohistóricos. También en la edad antigua hallamos cinco, que son: tiempos aborígenes, dominaciones fenicia y griega, cartaginesa y romana, por más que algunos autores no admitan más que tres: el pheno-helénico, cartaginés y romano. (3) De la edad media también pueden hacerse varias é importantes divisiones que son: la visigótica que á su vez se fracciona en tres sub-períodos, de crecimiento, fusión y poderío; la árabe, donde las dos razas cristiana y mulsumana tienen una historia separada é independiente, siéndonos por tanto, nece-

(1) H. U. tomo 5º

(2) 414 á 1506, es decir, 1092 años, según Sales y Ferré.—R. de H. de E· Madrid 1878.

(3) El mismo Sr. Orodea. o. c.

sario estudiarlas aisladamente. El período árabe, pues, abarca otros tres sub-períodos que llamaremos de establecimiento, de poderosa civilización y de división iniciada por los famosos reyes de Taifas; señalando asimismo en la raza cristiana varias épocas que son las siguientes: desde el caudillo Pelayo hasta Fernando I, es decir, el tiempo comprendido entre 718 y 1030 en que la lucha es constante y la idea de la reconquista es la sola ambición de los españoles. Desde Fernando I hasta D. Alfonso VIII ó sea de 1030 á 1158. Desde Alfonso VIII hasta Sancho IV en que aparece la idea de la unidad legislativa abrazando los años desde 1158 á 1295. Desde Sancho IV hasta los Reyes Católicos D. Fernando y Dª Isabel; es decir, desde 1295 á 1474 y por último, desde estos reinados hasta la completa unificación social, religiosa, política y territorial, ó más claro, desde los años de 1474 hasta los de 1517.

También la edad moderna admite división plausible en tres períodos: España bajo la casa de Austria; durante la guerra de sucesión y la dinastía borbónica hasta 1808. Cuatro le asignamos á la edad contemporánea, y son: guerra de la Independencia, guerra civil por la sucesión al trono, período revolucionario y restauración de los Borbones, con cuya última época completamos el cuadro general de los variados acontecimientos que han influído en los anales históricos de España, y por tanto en su vida política y social.

Y para que no ofrezcan la menor duda las divisiones indicadas, vamos á continuación á dar un cuadro sinóptico en el que se fije tan importantísimo punto.

EDADES, PERÍODOS Y SUBPERÍODOS DE LA HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA

Edades.........	Protohistórica. Antigua. Media. Moderna. Contemporánea.

PERÍODOS.

E. Protohistórica	Tiempos heróicos. Tiempos protohistóricos.
E. Antigua......	Tiempos aborígenes. Invasión Fenicia y Griega. Idem Cartaginesa. Idem Romana.
E. Media.......	Visigótico. Arabe.
E. Moderna.....	España bajo los Austrias. España bajo la guerra de sucesión. España bajo los Borbones hasta 1808.

- E. Contemporánea
  - Guerra de la Independencia.
  - Guerra civil por la posesión del Trono.
  - Período revolucionario.
  - Restauración borbónica.

SUB-PERÍODOS.

- Visigótico.......
  - De crecimiento hasta Recaredo.
  - De poderío hasta Wamba.
  - De ruina hasta D. Rodrigo.
- Árabe..........
  - De establecimiento hasta Abderhamán I
  - De grandeza hasta Hixen III.
  - De división hasta la toma de Granada.
- Cristiano........
  - Desde Pelayo hasta Fernando I.
  - Desde Fernando I hasta Alfonso VIII.
  - Desde Alfonso VIII hasta Sancho IV.
  - Desde Sancho IV hasta los Reyes Católicos.
  - Reinado de los Reyes Católicos.

CUADRO GENERAL SINÓPTICO DE LAS EDADES, PERÍODOS Y SUB-PERÍODOS DE LA HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA.

- E. Protohistórica
  - Tiempos heróicos.
  - Tiempos protohistóricos.
- E. Media........
  - Visigótico
    - Crecimiento hasta Recaredo.
    - Poderío hasta Wamba.
    - Ruina hasta D. Rodrigo.
  - Árabe....
    - Árabe.
      - De establecimiento hasta Abderhamán I.
      - De grandeza hasta Hixem III.
      - De división y ruína hasta la toma de Granada.
    - Cristiano
      - Desde Pelayo hasta Fernando I.
      - Id. Fernando I hasta Alfonso VIII.
      - Id. Alfonso VIII hasta Sancho IV.
      - Id. Sancho IV hasta los Reyes Católicos.
      - Reinado de los Reyes Católicos.

E. Moderna.. . ..	España bajo la Casa de Austria. España bajo la guerra de sucesión. España bajo la dinastía Borbónica.
E. Contemporánea	Guerra de la Independencia. Guerra civil por la posesión del Trono. Período revolucionario. Restauración Borbónica.

Además de estas divisiones, pueden hacerse otras varias, tomando como base de las mismas aquellos acontecimientos más salientes efectuados en el tiempo y en el espacio. Solo nos resta pues, para trazar el bosquejo general de este capítulo detallar los caracteres propios con que históricamente aparecen los hechos en la vida, según las diversas edades, épocas y períodos; de tal manera que se haga imposible el nacer la más leve confusión en nuestra mente al observarlos.

Daremos, pues, comienzo á nuestra tarea señalando los rasgos característicos de los periodos correspondientes á la edad protohistórica que, como ya hemos dicho, abraza los tiempos heróicos y los protohistóricos. En el primero, apenas si en España lo mismo que en los demás paises de Europa, el hombre se ha dado cuenta de su existencia, su espíritu aparece velado por la ignorancia y en su corazón aún no han despertado los sublimes ideales que han de conducirlo al progreso. Su vida es material, imita á las fieras, comparte con ellas sus cavernas, y sólo el grito de la naturaleza que le exije la satisfacción de sus necesidades, constituye su fisonomía principal.

Mas como la humanidad afortunadamente no permanece estancada, aún en medio del segundo período, ya aparece esbozado el camino de perfección que el hombre ha de recorrer; con los descubrimientos del fuego, la cocción de los alimentos, la construcción de viviendas, la fabricación del bronce, el empleo más tarde del hierro, y por último, la confección de telas con que cubre sus carnes como asimismo ya en una época más cercana á la historia el nacimiento de todas las industrias.

Luego la edad antigua con sus períodos aborigen, de las invasiones de los Fenicios y de los Griegos, Cartagineses y Romanos abre las anchurosas puertas de la historia, por las cuales llenos de entusiasmo penetraremos en seguida. La dominación de estos pueblos relativamente más civilizados que los habitantes de España dió lugar á que todos los conocimientos ya científicos, ya artísticos, importados por ellos, se adoptaran inmediatamente por los peninsulares que á la sazón se encontraban en las más ventajosas condiciones para semejante absorción, toda vez que carecían en absoluto de cultura. De suerte, que la misión de España, en esta primera edad

podemos afirmar, se redujo á reflejar los diversos aspectos de las civilizaciones pheno-helénica y heno-romana, siendo de todo punto inútil el que pretendamos buscar en estos tiempos alguna tendencia propia ó genuinamente nacional, porque el choque constante de los ideales de cultura entre los pueblos invasores y el nuestro, borraba, por decirlo así, ahogaba en una palabra, todo pensamiento que no armonizase con las tendencias de la época, aun cuando fuese eminentemente patrio. Por eso durante la dominación romana, en España por ejemplo, se aceptaron todas las inclinaciones, los hábitos y las costumbres del pueblo conquistador, hasta tal punto, que en el hogar hispano aparecen las concepciones groseras del paganismo romano, y asimilando su lengua misma interpreta, los principios del derecho inmortalizados más tarde por Ulpiano, Papiniano y el más ilustre de los Emperadores romanos, Justiniano. No sucede así en la edad media, en donde la diversidad de tendencias divídese el campo de la historia hispana, haciéndola aparecer tan diversa de contínuo que se hace forzoso el ir fijando la atención en los acontecimientos que se efectúen, para darnos cabal idea de la especial fisonomía que adoptó en cada período de su vida. Así la raza visigoda durante su dominación en España nos muestra visiblemente como inclinaciones características de su constitución; la teocracia, en pugna constante con el militarismo, lucha que termina al fin, en el instante, en que aquel elemento robustecido por los concilios toledanos, y por las colecciones legislativas, de cuya época el famoso Fuero Juzgo es la enseña más alta de los ideales teocráticos entre los godos, apagó para siempre la preponderancia alcanzada por las armas; (rara coincidencia, en un pueblo, cuyo primer soplo de vida recibiólo al calor de los rudos combates, y siendo sus resoluciones todas hasta entonces, engendradas, y más tarde garantizadas, por ese mismo elemento allá en los *Mallos* que ahora inútil y maltrecho relega á un mero ejercicio, débil y sin valor político alguno). Semejante error de los godos no halló por fortuna resonancia entre las huestes cristianas, una vez que en las fragosidades de Covadonga se había iniciado la jigantesca obra de la reconquista, sublime epopeya que pone de relieve con vivos carácteres que tan solo el amor á la patria y el noble sacrificio de sus hijos, bastan para realizar las más formidables empresas, bien se les llame á estas Troya, Esparta ó España. Y decimos que afortunadamente el ejemplo de los góticos no fué seguido por nuestros hermanos, porque la idea primera que alienta en todos los pechos y se pronuncia por todas las bocas, es la de la reconquista, idea que desde luego dió, como era natural que así sucediera, todo el auge é importancia debidos al militarismo, instrumento, duro pero necesario para repeler con su fuerza, á la fuerza misma, superior sin duda, con que contaban los aguerridos árabes para su conquista.

Otra consecuencia de semejante estado de cosas fué el pensa-

miento de unificar ya políticamente, ya por medio de la legislación y el territorio, las diversas inclinaciones que de contínuo surgían en España, y que léjos de darle fuerza y de contribuir á la gloriosa obra emprendida, la debilitaban á cada paso, que por algo se ha dicho desde la más remota antigüedad por boca de Esopo, que la unión es la fuerza. Tales divisiones distraíanla del principal asunto, al cual sólo debían atender todas las espadas victoriosas y todos los corazones hidalgos y patriotas.

Y tales sentimientos, vénse como de bulto entre los cristianos durante la dominación árabe, siendo estas tendencias á no dudarlo, las que le dan tinte especialísimo á este período que estudiamos. Se ha dicho, y con sobrada razón, por escritores como el Sr. Orodea, (1) Masdeu, (2) Guizot (3) y otros, que los códigos van marcando acertadamente los sentimientos que á los pueblos animan en el momento en que confeccionan. En efecto: el Fuero Juzgo es para nosotros la colección legal que más empapada se halla de los ideales teocráticos en la edad media; los fueros provinciales y municipales representan los variables períodos de la lucha empeñada contra los agarenos; el Fuero Viejo de Castilla la preponderancia que poco á poco va alcanzando la nobleza; el Fuero Real, apunta claramente la unión legal, política y social de España; trinidad grandiosa, que aparece iluminada por fin con los más brillantes colores en el código inmortal del más sabio de los Reyes, D. Alfonso X conocido con el nombre de las *Siete Partidas.*

Mientras tanto, el pueblo árabe que á la sazón se hallaba dominando á España; sueña en arrancar del turbante victorioso de los sultanes de Damasco su perla más bella, España, razón por la cual esfuérzase contínuamente en dotarla de toda su brillante civilización, construyendo mezquitas llenas de verdaderas maravillas arquitectónicas, como la célebre de Córdoba, adornando con ideales jardines como los de la Alhambra á la ciudad que mas tarde fué su último baluarte, haciendo que las ciencias y las artes alcanzasen su verdadero siglo de oro con Abderhaman é Hixem, abriendo bibliotecas llenas de raros é instructibles volúmenes entre las que sobresalen la de Merwan, y por último, convirtiendo el Emirato español, dependiente del Sultán damasquino en el célebre Califato independiente, cuyo asiento le cupo á Córdoba como honra imperecedera. Tal fué la política de los árabes en España, desde el momento en que se convencieron de las innegables ventajas que este delicioso país les brindaba. La España árabe tenía que vivir completamente desligada de los vínculos que en sus pri-

---

(1) O. C. pág. 14 y sgtes.
(2) H. C. de E.
(3) El Derecho Penal en su principio.

meros tiempos la aprisionaron, y de aquí que todos los movimientos ya políticos, ya sociales, realizados por aquel pueblo no tuviesen otra mira, ni reconociesen otro fin.

En la moderna edad desgraciadamente para España comienza lo obra destructora de sus antiguas y venerandas libertades; las cuales ruedan por el polvo, al exhalar el último suspiro en los campos de Villalar, las simpáticas figuras de Padilla, Bravo y Maldonado, y al despedirse para siempre de sus hermanos en Aragón, desde el cadalso, el valeroso Lanuza. La concentración de la autoridad real, y la supuesta unidad monárquica, porque la unidad administrativa, y mucho menos la de instituciones, no se hallaba establecida en España en la época presente; fueron, los frutos que á la historia brindó el primer período de la dinastía austriaca. Aragón, Cataluña y Valencia se esfuerzan á la sazón en una lucha por demás estéril: para alcanzar sus antiguas libertades, al paso que la Europa coaligada, guerrea como un solo hombre para impedir la fusión de las coronas francesa y española en las sienes augustas de la familia de Luis XIV. Con tales antecedentes, natural fué el resultado: la Península de mal en peor cada día, bajaba rápidamente la pendiente del empobrecimiento y la ruina, sobre todo en los reinados desgraciados de Felipe III, Felipe IV y Cárlos II, en donde poco á poco la nación española presenció el triste espectáculo de ver perder una á una sus ricas colonias, sus conquistas más preciadas y obscurecerse el sol de la victoria, ante el cual la soberbia del segundo de los Felipes hubo de hacerle exclamar un día, que jamás en sus vastos estados se ponía. También la guerra llamada de sucesión, como las violentas sacudidas de las abatidas libertades españolas, que luchában por revivir como el fénix de sus cenizas; fueron causas inmediatas del creciente desequilibrio que en España se produjo, que hubiera tenido funestísimos resultados, si la casualidad ó la necesidad, no trajera á gobernarnos á un príncipe de orígen francés, que se hace cargo de nuestra situación angustiosa, nos tiende su mano, y dá prosperidad á la muerta agricultura, desarrolla la marina y el comercio, y en los campos materiales é intelectuales inicia lo gran transformación que tan felices días produjo á España el advenimiento de Felipe V.

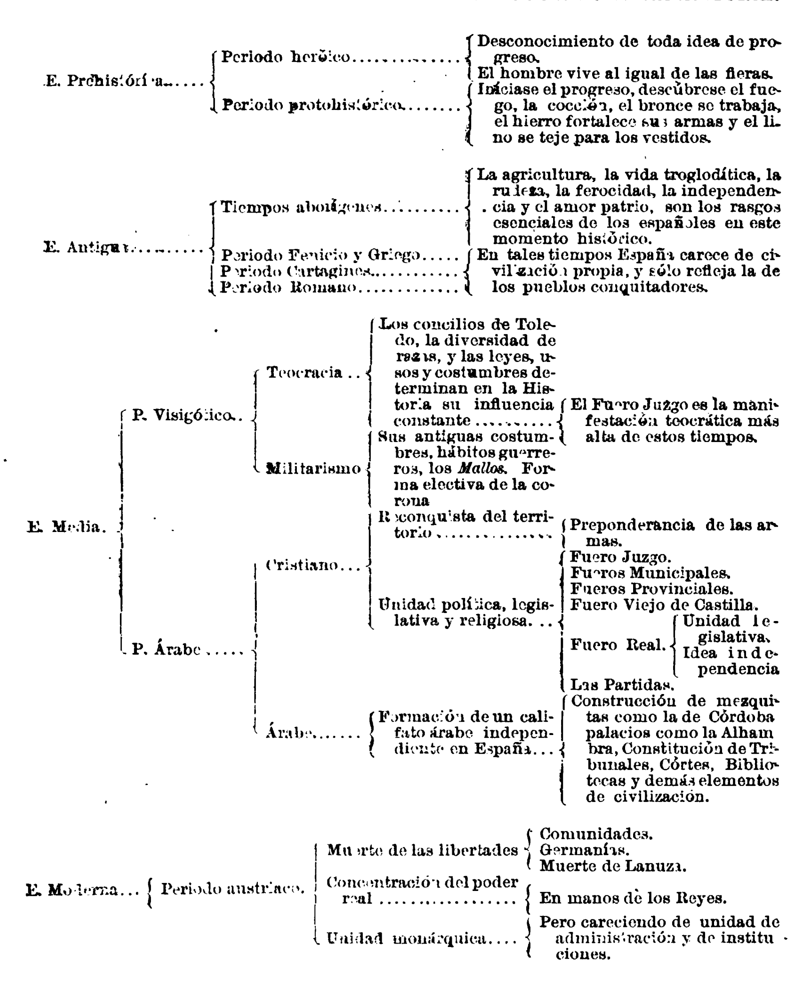
Y para concluir la edad contemporánea nos ofrece también encontradas tendencias apuntadas en la memorable guerra de nuestra Independencia en contra del más hábil de los generales de este siglo Napoleon I, desarrolladas en las enconadas luchas entre la libertad de pensamiento y acción y el absolutismo más craso, finalizadas en la revolución de 1868 en donde los ideales democráticos se esparcen como semilla bienhechora por todos los ámbitos hispanos, y garantizadas hoy día por la tradición, el recuerdo y la constitución con el advenimiento del generoso príncipe Alfonso XII, cuya temprana muerte lloraron todos los que apreciar supieron su

corazón hidalgo, sus bellas cualidades de carácter y los venturosos días que á España reportó su efímero gobierno.

Deseosos que la claridad, como antes dijimos, nos acompañe siempre en nuestro camino, á continuación insertamos el cuadro general sinóptico de las tendencias de nuestra España, á fin de que el lector pueda hacerse cargo de esta previa é importante cuestión, antes de comenzar el estudio de la Historia propiamente dicha.

Helo aquí:

CARÁCTER É IDEALES DE LOS DISTINTOS PERIODOS DE NUESTRA HISTORIA.



- E. Prehistórica.....
  - Periodo heróico.............. — Desconocimiento de toda idea de progreso. El hombre vive al igual de las fieras.
  - Periodo protohistórico........ — Iníciase el progreso, descúbrese el fuego, la cocción, el bronce se trabaja, el hierro fortalece sus armas y el lino se teje para los vestidos.
- E. Antigua.........
  - Tiempos aborígenes.......... — La agricultura, la vida troglodítica, la rudeza, la ferocidad, la independencia y el amor patrio, son los rasgos esenciales de los españoles en este momento histórico.
  - Periodo Fenicio y Griego.....
  - Periodo Cartaginés............
  - Periodo Romano.............
    - En tales tiempos España carece de civilización propia, y sólo refleja la de los pueblos conquitadores.
- E. Media.
  - P. Visigótico..
    - Teocracia.. — Los concilios de Toledo, la diversidad de razas, y las leyes, usos y costumbres determinan en la Historia su influencia constante..........
    - Militarismo — Sus antiguas costumbres, hábitos guerreros, los *Mallos*. Forma electiva de la corona
      - El Fuero Juzgo es la manifestación teocrática más alta de estos tiempos.
  - P. Árabe.....
    - Cristiano...
      - Reconquista del territorio............... — Preponderancia de las armas.
      - Unidad política, legislativa y religiosa... — Fuero Juzgo. Fueros Municipales. Fueros Provinciales. Fuero Viejo de Castilla. Fuero Real. (Unidad legislativa. Idea independencia) Las Partidas.
    - Árabe....... — Formación de un califato árabe independiente en España... — Construcción de mezquitas como la de Córdoba palacios como la Alhambra, Constitución de Tribunales, Córtes, Bibliotecas y demás elementos de civilización.
- E. Moderna... — Periodo austriaco.
  - Muerte de las libertades — Comunidades. Germanías. Muerte de Lanuza.
  - Concentración del poder real .... — En manos de los Reyes.
  - Unidad monárquica.... — Pero careciendo de unidad de administración y de instituciones.

- **E. Moderna**
  - Periodo de la guerra de sucesión.
    - Por la fusión de las coronas francesa y española → En la familia de Luis XIV.
    - Lucha por las libertades → Aragón, Cataluña. Valencia.
  - Periodo Borbónico
    - Decaimiento de la nación → En los tres Austrias: Felipe III, Felipe IV y Carlos II. La guerra fuera y dentro de España.
    - Esfuerzos iniciados por Felipe V. de la dinastía Borbónica para salvar á España → Progreso en España, merced á la influencia francesa. Desarrollo de la agricultura, marina, ejercito, aumento de población, movimiento industrial, mercantil é intelectual.
- **E. Contemporánea**
  - P. Guerra Independencia → Los ideales Napoleónicos llevados á España son destruidos en Bailén, Zaragoza y Gerona.
  - P. de la lucha entre la libertad y el absolutismo → Reinado funesto de Fernando VII
  - P. Revolución de 1868 → Destronamiento de Isabel II. La política lo absorbe todo.
  - P. de la pacificación de España con el advenimiento de Alfonso XII → Epoca constitucional y feliz, pues el progreso social es tan grande como el de las demás naciones de Europa.

IV

Geología de la Península

Dos palabras griegas γῆ (tierra) y λογος (oración, discurso) son los componentes de ese término *Geología*, que como su etimología indica, designa una ciencia cuyo objeto es el estudio, el conocimiento de la tierra. Pero al concepto que ese orígen nos ofrece, algo modifica el que dentro del tecnicismo científico, se da á la *Geología*, pues ésta no es la *Cosmología*, amplísima rama que tiene por objeto *el estudio del mundo*, sino que más reducida en sus investigaciones, las dirije al conocimiento de la superficie de nuestro planeta, y fiel indicadora de las variantes que aquella sufriera, es atenta observadora, y en momento preciso ofrece al hombre el caudal de sus notas siempre próvidas de verdad.

Correspondientes á los cuatro aspectos que Ampere señala en la clasificación de la Geología enuncia Vilanova (1) cuatro problemas en los que se contiene el objeto de esta ciencia: 1º Estudiar la superficie de nuestro planeta. 2º Inquirir la composición mineral y orgánica del mismo. 3º Averiguar las leyes que han regido todos los cambios que emperimentó en su larga historia. 4º Deducir de los datos anteriores las vicisitudes por que ha pasado la tierra desde su orígen hasta nuestros días.

Créese por la generalidad, que el estudio que nos ocupa es nuevo; pero, como asegura Mr. Rozet, motivos hay para buscar sus orígenes en épocas remotas. En los sistemas religiosos de la antigüedad, en las ideas que ya admitían los egipcios y que trasmitieron á los griegos, figuraban variados problemas geológicos, y entre los misterios de Osiris se hallaba el conocimiento de la formación del globo terráqueo. Llegó á acomodarse en los pueblos de la vieja Europa esta teoría, y surgieron á su presencia reñidas controversias. Olvidóse el estudio de la naturaleza, cosa importantísima para el adelanto de tal ciencia y con la nueva marcha que á la filosofía natural imprimieron Bacón y Newton y los trabajos de Saussure, Ver-

(1) Compendio de Geología. Madrid, 1872. P. I.

ner, Buffón y otros, descendióse de la tribuna á la plaza, de las elucubraciones y de la presunción al trabajo experimental ó la práctica de los hechos (1).

Así como la historia tiene por principales auxiliares á la Geografía y á la Cronología, así á la Geología prestan su contingente la, *Astronomía*, la *Física*, la *Química*, la *Mineralogía*, la *Botánica* y la *Zoología*.

La importancia de esta ciencia se hará palpable sólo con decir que la interesante cuestión del orígen, naturaleza y antigüedad del hombre no puede estudiarse sin el auxilio de la Geología.

Comprenderáse pues, la importancia que aporta este estudio á la ciencia histórica, y como nuestra misión aquí es ocuparnos de la que es propia de España, hechas las anteriores indicaciones de caracter general, veamos la Geología de la Península.

Es la opinión más admitida hoy que al producirse al exterior la superficie de la tierra, quédase constituido el territorio de España, ó que en estado de formación hallárase, mientras fuesen cediendo su calor las capas superiores de la tierra, al verificarse el primer y definitivo enfriamiento de la costra sólida, aun no bien conocido. Afirmación que tiene más fuerza con el hecho que aseguran los autores de la Historia General de España, según los cuales, son buena prueba de esa antigüedad, la existencia de *dos sistemas rocosos cristalinos*; como también los granitos y los pórfidos, por más que hayan aparecido estos, posteriormente en España.

Y los elementos componentes de nuestro planeta, representados casi todos en la Península ofrecen diferencias en la anómala extensión y situación de las formas interiores y exteriores. Circunscritos los primeros al O. y S. O. de una línea trazada desde Bilbao hasta Murcia, como dicen los autores citados. Al E. y N.E. sólo por las inmediaciones de la cadena Pirenáica se hallan muestras de esos sistemas, granito y pórfido. Observación esta última, que basta á distinguidos geólogos, para pensar que por donde dichas rocas existen comenzaría á tener vida propia el suelo de la Península Ibérica, pues son esos granitos y pórfidos en su mayoría anteriores á las formaciones arcaicas.

A las manifestaciones de la dinamía terrestre que iban apare-

---

(1) En 1751 la Sorbona que hoy es la Universidadad de París, consideró anatematizadas algunas proposiciones que Buffon había insertado en su colosal obra *Historia de la Tierra* en 1749, invitándole á que rectificara, ó mejor, se retractara de sus conceptos por considerarse contrarios á las sagradas letras, lo que en efecto hizo en 1769 en el tomo V de la edición publicada en la Imprenta Real. Luego en 1775 Werner, profesor de Mineralogía de la escuela de Freyberg en Sajonia, alcanzó una reputación universal, pues en sus lecciones comenzó por tratar á la ciencia geológica bajo el punto de vista de utilidad grande que su estudio presta á varias aplicaciones y particularmente á la minería; su teoría adoleció sin embargo de graves equivocaciones que le hicieron perder algún tanto su prístino brillo.

ciendo, se unían las variaciones mecánicas y las alteraciones químicas que con la reunión de nuevos y diversos ingredientes se iban operando en la costra sólida del suelo de la Península.

Y en las costas, cuando los primeros sedimentos, se encontraban representados en los terrenos paleozoico, silúrico, devónico y carbónico.

Observan los señores Vilanova y de la Rada (1) cómo se extiende el territorio ibérico en los puntos donde se hallan los nuevos sedimentos, como en Asturias, León, Salamanca, ambas Extremaduras, española y lusitana, desde Alentejo á Huelva, Córdoba y Sevilla, formando en las últimas provincias y en Jaén, la sierra Morena ó Mariánica.

En Teruel, Logroño, Cuenca y Valencia existen terrenos silúricos, devónicos y carbónicos, si bien estos depósitos son menos importantes que los que antes citábamos.

Si al estudiar el suelo de España, la procedencia de los elementos que dieron orígen á su formación, es facil de señalar en aquellas zonas en que aparezcan sedimentos primeros, arcáicos; se hace al contrario dificultoso, cuando los terrenos aparecen en porciones limitadas, no denotando relación con otros á ellos anteriores, porciones, cuya existencia sólo pueden explicar los fenómenos de erosion y de sedimentación que no raramente, por cierto, ofrece en sus variaciones la tierra.

De ese estado de inestabilidad que caracteriza la formación del globo terráqueo, nacen precisamente los diversos períodos en que la geología divide su estudio, períodos que corresponden á las diversas capas que superpuestas, han venido á formar la naturaleza de nuestro planeta, y á tales divisiones, pueden llamarse *edades de la Tierra.*

En general, á dos pueden quedar éstas reducidas, si atendemos á su orígen: *Ignea y Neptúnica;* épocas que pueden nombrarse inorgánica y orgánica. Este segundo período, caracterizado por la aparición de la vida, se subdivide en cinco etapas generalmente, y así decimos, por que no están de acuerdo en ello todos los geólogos.

Son, por orden de antigüedad estas edades, las siguientes; *primordial ó azoica, primaria ó paleozoica, secundaria ó mesozoica, terciaria ó cenozóica y cuaternaria ó neozóica.*

Veamos ahora, rápidamente, los distintos terrenos que sucesivamente han ido apareciendo como constitutivos terrestres del mundo, formando lo que se llama *sistemas.*

Después del primitivo, tenemos los *terrenos primarios* que se dividen en cuatro clases: *terreno cambriano, terreno siluriano, terreno devoniano y terreno carbonífero.* Los *silúricos* toman su

(1) Obra citada.

nombre, de unas tríbus guerreras que ocuparon la Gran Bretaña, y por haber sido en dicho país, donde por primera vez aparecieron dichos terrenos. Muestras de él tenemos, en Astúrias y León, según han probado los señores Prado, Donaire y Barrois. El *Cambriano* debe su nombre al antiguo país de los *Cambros*; el *devoniano* debe esa denominación al condado de Davón y forma en España dos regiones: *la Asturiana* y *la Mariánica*. La primera se extiende por León, prolongándose hasta los Pirineos; en Cuenca hállase bien marcado este terreno, así como en Teruel. *El Carbonífero* se llama así, por encontrarse en él el carbón de piedra ó hulla del cual hay bancos casi en estado normal en Palencia, terreno que ocupa 11.500 kilómetros cuadrados de nuestro suelo y cuyo mayor desarrollo lo alcanza en los montes cantábricos, prolongándose por Palencia y Santander, donde, según Amalio Maestre, forma dos grupos de materiales.

El Elemento fundamental de estos terrenos suele llamarse *cambrico y arcaico* y lo forman rocas de extructura cristalina y estratificada, mezcladas con contingentes de materias calizas, cloríticas, talcosas, pizarrosas, areniscas, graníticas, etc. A las formas de acentuados y extraños accidentes que bastarían para distinguir el terreno *siluriano* de cualquier otro, únese á veces la salida de aguas á gran temperatura, por entre las grietas de la roca.

Vienen después los *secundarios* divididos en terrenos *permeanos triasicos, jurásicos* y *cretaceos*. El primero se llama así porque en la provincia de Perm (Rusia) es donde mejor estudiado ha sido; el nombre *triásico* viene de la palabra griega τρίας que quiere decir trinidad, grupo de tres, aplicado á este terreno que se compone de tres grupos diferentes; del cual tenemos un bello ejemplar en el pico de Ranera en Cuenca. De la cordillera del Jura en Francia, donde domina esa clase, hase dado nombre al *jurasico*, que forma los picos del Torcal de Antequera, al Sur de Alcalá la Real. El predominio que de la *creta* existe en la última clase nombrada hace que se le designe con la denominación de *cretaceo*, que ocupa la parte occidental de los Pirineos y se extiende desde Gerona hasta Navarra.

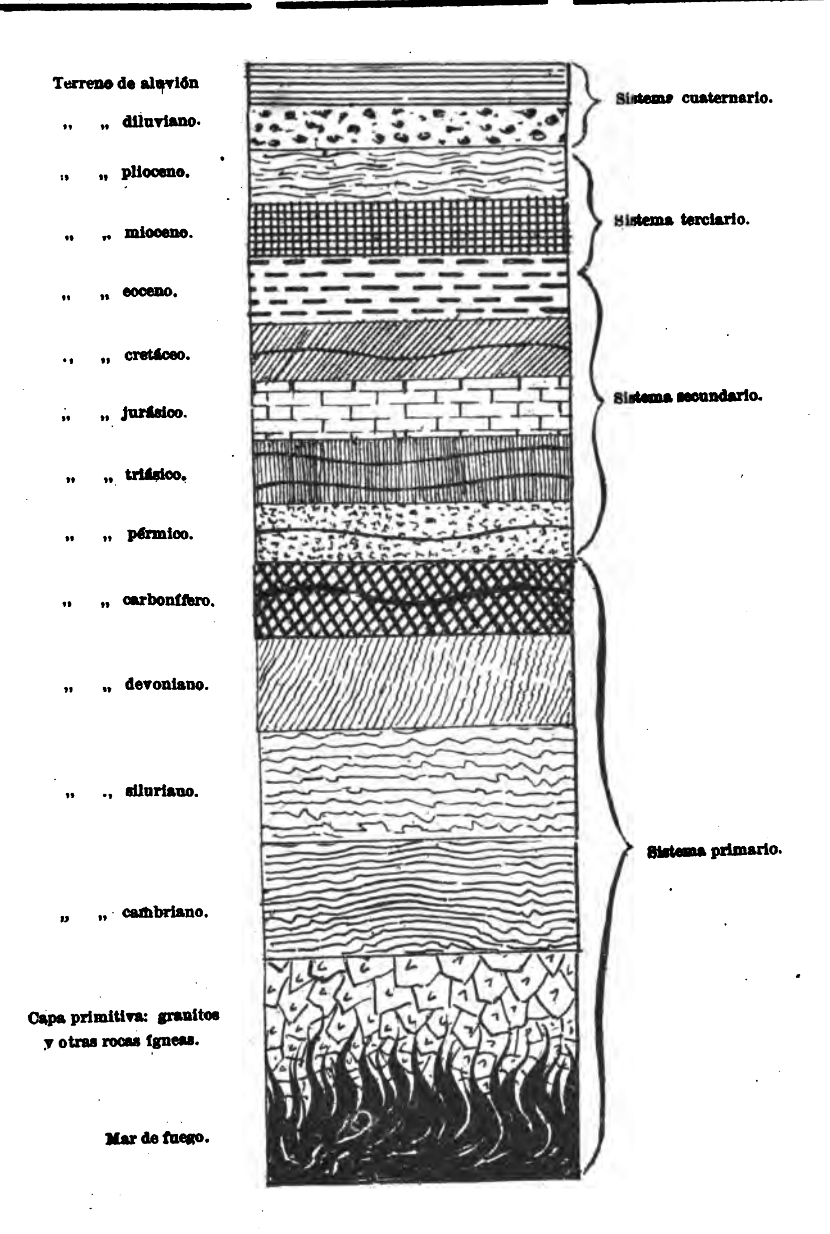
Veamos el terreno *terciario* que se compone de tres: el *eoceno*, el *mioceno* y el *plioceno*.

El primero de estos nombres viene de ηῶος y de χαινος y quiere decir *aurora de lo reciente*, porque este terreno contiene sólo un tres por ciento de fósiles que se hallen representados en la escala actual de la vida. El término *mioceno* señala el lugar donde hay *menos de lo que es reciente*, porque en este terreno, hay menos fósiles que tengan representación entre las especies hoy existentes; y *plioceno*, quiere decir donde hay *más de lo que es reciente*: tiene tal nombre, porque hay en el, un 80 por 100 de moluscos fósiles que corresponden á seres análogos que hoy subsisten.

Llegamos, á los *terrenos cuaternarios*, que comprenden los *dilu-*

CLASIFICACION DE LOS TERRENOS.

Nombres de los terrenos. | ***Ropresentación Geográfica.*** | ***Sistema correspondiente.***



vianos llamados así, por haber contribuído á su formación un diluvio que se crée sea el mismo de que hablan las sagradas escrituras; y los de *aluvión*, constituídos por los *detritus*, que arrastran en su curso las aguas.

Con relación á la Península Ibérica diremos, que las nieves perpétuas, raras en su suelo, sólo se notan en Sierra Nevada, en los Pirineos, etc., y que sólo representan ese período cuaternario el diluvio, las cavernas, etc.

Para hacer más comprensivos los sistemas ó terrenos que antes hemos explicado, damos á continuación, siguiendo al Sr. Celso Gomiz, un cuadro de ellos.

La moderna crítica, da á este período merecida importancia; la presencia del hombre sobre el haz de la tierra, que algunos quieren llevar hasta la edad terciaria, es un hecho que se reconoce como acontecido en este período por la inmensa mayoría. Va á comenzar la vida, el soberbio escenario que á través de violentas sacudidas y fuertes revoluciones, se ha ido constituyendo y alcanzado su estabilidad; el colosal amasijo de cosas capaces de formar un mundo que al jigantesco empuje de la dinámia terrestre, y al contacto desolador del fuego y el agua, han buscado su sitio y fijado su situación, ya no se presenta como infernal balumba á los ojos asombrados del primero de nuestra especie; no cuando aquel terrible período de formación, en el cual, de cierto, no hubiera sido posible su existencia. Y al surgir la primera harmonía holló su planta el suelo, y á su aparición, frescas y bulliciosas deslizábanse las corrientes por los prados; verdeaba la vegetación en los terruños, y sabrosas frutas y olorosas flores le sorprendieron con su vista, y le deleitaron con sus aromas.

Los eruditos y conspícuos escritores señores Vilanova y de la Rada, más de una vez aquí citados, hacen notar la particularidad que se advierte al terminar el antiguo período paleozóico y comenzar el mesozóico ó secundario, pues en Andalucía, en las provincias de Málaga y Granada preséntase la conocida cordillera de las Alpujarras, la cual, de orígen ignoto, es completa muestra de un sistema orográfico importante que acentuando sus sinuosidades en Almería y Murcia, va á morir en Crevillente.

"En ese terreno, dice el autor del trabajo á que antes nos referimos, (1) ya no figuran las pizarras y cuarcitas de los terrenos silúrico y devónico, ni las calizas más ó menos marmóreas de éste y del carbónico, sino la más imponente masa de *dolomia* (2) que yo conozco en Europa, ofreciendo caractéres tales estratigráficos, y un tan rico cortejo mineral, cinabrio, hierro, cobre, nikel, cobalto, etc.,

(1) Obra citada.
(2) O sea el doble carbonato de sal y de magnesia, cuyo nombre de Dolomia lo lleva en memoria del gran mineralogista Dolomieu.

que bien puede asegurarse representa una notable excepción á cuanto en este género existe en nuestro viejo continente, y tal vez también en el nuevo."

Y tan curioso hecho no ha podido pasar inadvertido, siendo varias las opiniones que quieren explicarlo. Mr. Verneuil excluye el terreno que nos ocupa del cuadro explicativo de su mapa de Geología de la Península (1) y crée sean las Alpujarras una sucesión de rocas metamórficas.

Para los naturalistas españoles debe tener su lugar entre los terrenos silúricos ó considerarse de naturaleza pérmica.

El historiador, cuyas frases antes transcribimos, apunta, separándose de sus compatriotas, una nueva opinión.

Crée que puede calificarse aquélla formación no de sedimento, sino de resultado inmediato de aguas minerales, hecho de que es reciente ejemplo el citado por el Mr. Johnston en la Asamblea de la Asociación Británica celebrada en 1753, en la cual enseñó ejemplares de caliza magnésica formada actualmente por un manantial que existe en, Nusham á orillas del río Tees. Es para este respetable geólogo, prueba á su favor, la carencia absoluta de fósiles que en la Alpujarra se nota y la diversidad de substancias minerales en cuya formación tanta importancia ha tenido y tiene el agua mineral.

De todos modos, tal es su parecer, acerca de esta cordillera que indudáblemente presenta uno de los rasgos orográficos más importantes del S. y S. E. de la Peninsula. (2)

(1) E. de Verneuil. A. G. Collomb: Carte geologique de l' Espagne et du Portugal: 2a edic. París, 1867.

(2) Recomendamos á los que deséen ampliar estas notas escritas con la brevedad que una obra de esta índole exije, que consulten la magnífica y completa obra de "Historia General de España" en los capítulos de Geología, escrita por los señores Vilanova y de la Rada, Madrid, 1891.

V

Protohistoria: su origen y desarrollo histórico

La ciencia que se propone conocer lo acaecido antes de la historia propiamente dicha, es á no dudarlo, un estudio novísimo de grande importancia; pues no sólo ayuda poderosamente á los trabajos históricos, fijando sus orígines; sino que auxilia á la observación y á los fundamentales principios, de otra rama del saber humano, la Antropología.

Ciertos arqueólogos, consideran á la Protohistoria, ccmo el comienzo de lo que antes llamábase historia, aurora, digámoslo así, de la misma; pero en este caso, sería preferible nombrarla Prohistoria, reservando aquella voz para significar el nacimiento del hombre, que es donde en rigor ha de comenzar su historia, tal cual hoy debe estudiarse.

Escritores de nombre, atendiendo sin duda más al concepto antropológico, designan á estos flamantes estudios, Paleontología humana ó Paletnología, que viene á significar lo mismo; toda vez que se la considera como un tránsito entre la Geología y la historia.

Nosotros, conformes con el parecer autorizadísimo de los señores Vilanova y Piera y de la Rada y Delgado (1) llamaremos á la ciencia cuyo bosquejo tratamos de realizar Protohistoria; pues es cosa indudable; que las denominaciones de *Prehistoria* y *Antehistoria*, conocidas en los anales históricos, se prestan á equivocados conceptos; que lejos de hacer que la Protohistoria, aparezca con toda la brillantez de la verdad, vémosla, ligeramente envuelta en nubes de dudas que detienen á la inteligencia y á la razón en el curso de sus afirmaciones.

El Sr. Sales y Ferré en su *Prehistoria y Origen de la civilización*, (2) dice que esta ciencia es la que estudia los *hechos de las razas humanas, anteriores á la historia positiva*, definición que nos parece bastante aceptable por más que nosotros la hubiéramos am-

(1) *Geología y protohistoria Ibéricas:* Madrid 1890.
(2) Pág. 11 L. U.—*Compendio de Geología*. Villanova 1872. Madrid.

pliado en el sentido de que también se debe ocupar de *la existencia* de dichas razas, punto principalísimo de esta cuestión.

La Protohistoria pues, sienta como primera verdad, que el hombre data de remotísima fecha; que la juventud de la especie humana es un delirio, y que desde los más lejanos tiempos hállanse sólidos fundamentos para sentar de una manera irrebatible, la proposición antes señalada. Y está sola idea bastaba por sí sola para llegar á comprender, aún cuando nos negásemos á reconocerlo, la indiscutible importancia que se advierte en la Protohistoria; ella y la historia, son dos hermanas gemelas, que al igual de los famosos Siameses, hállanse unidas entre sí por un tronco común; no se concibe la existencia de la una sin la otra, y si nuestras obcecadas creencias en contra de estos nuevos estudios, nos arrastran á negarlos rotundamente, no haremos más que negarnos á nosotros mismos; echar por tierra el gigantesco palacio de nuestra historia humana, y borrar impíamente el dichoso instante en que sobre el globo, paseóse ufano un ser dotado de razón y voluntad; en una palabra, el hombre de ayer, nuestro primer hermano. (1) El conocimiento de la Protohistoria, indudablemente consistirá en examinar, hasta en sus más mínimos detalles todos los antecedentes, hechos y conjeturas que los hombres de talento firme y de abnegación generosa, que han vivido anteriormente dedicados á estos estudios; han podido arrancar á la noche de los tiempos, con el objeto laudable de darlos á conocer á los demás, por cuanto tal enseñanza ha de interesarles con sólo recordar, como ya dijo el clásico latino,

Homo sum; humanus nihil a me alienum puto.

El medio más lógico al par que el más sencillo, será el que sigamos, por lo cual, á pesar de estar nosotros en posesión del problema de la existencia humana, ya resuelto, en edades remotas; nos olvidaremos de tan halagüeña idea por completo, y retrotrayendo nuestra vista al pasado, comenzaremos á subir la árida cuesta del progreso, de una manera lenta, observando á la vez las vicisitudes por que ha atravesado la Protohistoria, desde que se inició su estudio en Europa, hasta alcanzar el estado actual de que goza.

Por eso con sobrada razón el Vizconde D'Archiac, (2) afirma que la ciencia puede compararse á un río, y que así como para formar idea de lo que éste representa, se hace preciso verle en su origen ó nacimiento, en todo su curso hasta la embocadura, anotando todos sus afluentes, y las circunstancias que los distinguen, del propio modo, conviene marcar todos los obstáculos con que ha tropezado este ramo del saber humano, bosquejando en el movimiento intelectual, sus primeros delineamientos y la verdadera esencia que entraña.

---

(1) *Ensayo de Antropología* del Dr. D. José Varela de Montes: Madrid 1854.
(2) *Curso de Paleontología.*—París.

De aquí pues, nace la necesidad de escribir la historia de la Protohistoria, siquiera sea de una manera breve, á fin de que apreciemos sobradamente sus innegables elementos de progreso. Además abundando en la opinión del Profesor Du Bris Remond el conocimiento de lo pasado, es precisamente lo que en realidad distingue la enseñanza digna de este nombre de los estudios superficiales y vulgares, siendo una gran verdad, sancionada yá por la experiencia, que solo se aprecia y conoce aquello que en puridad de conciencia se vé y se examina en su espíritu y en su desarrollo.

Para conocer los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra, la Protohistoria estudia á los objetos que en cualquier manera puedan referirse al hombre, tanto en su naturaleza corporal como en sus aptitudes espirituales. Así es que las fuentes de esta ciencia son en primer término, los fósiles humanos ó huesos petrificados, que acusan de una manera indudable la existencia del hombre en la época correspondiente al terreno en que se hallan; y en segundo, las armas, utensilios, adornos, dibujos ó representaciones, y toda clase de objetos que refiriéndose al hombre pueden darnos alguna idea sobre sus costumbres, género de vida y desarrollo de sus aptitudes.

Los fósiles humanos son pruebas concluyentes, y no admiten interpretación, si existen y donde existen, allí ha vivido el hombre. Pero respecto de los demás objetos puede discutirse su origen, su uso, su destino, para venir en conocimiento de las condiciones y los hechos de los hombres que de ellos se sirvieron. (1) En dos bases ó estribos fundamentales descansa el edificio de la ciencia protohistórica, la existencia como hemos dicho de los restos de su propio organismo descubiertos entre los vestigios de materiales terrestres, juntamente con los despojos de análoga índole de otras especies zoológicas; y la presentación que los arqueólogos y antropólogos han efectuado en las academias, obras, etc., etc., de aquellos objetos de primera necesidad fabricados de una manera tosca y primitiva por los primeros habitantes de la tierra, deduciéndose como se vé claramente de tal orden de ideas dos conceptos que parten de un mismo centro, el *paletnológico ó paleontología humana*, que se ocupa de los fósiles del hombre, es decir, de la existencia del artífice, y el *arqueológico*, que á su vez se apodera de sus recuerdos ó mejor dicho de sus obras, formando ambos, la hermosa ciencia en la totalidad de principios llamada *Antropología*, á la cual en estos tiempos se le dedica el merecimiento que demanda. (2)

Dados estos antecedentes indispensables diremos que sabido es que hasta mediados de este siglo suponíase que la Humanidad no

(1) Artero, O. C. Granada 1851. La especie humana por Hebert Spencer. Madrid 1885.
(2) Origen del hombre por C. Vogt. Madrid 1884.

contaba de edad más que unos seis mil años; fundados en datos bíblicos, los cuales á decir verdad, en ninguna ocasión han sido elevados por la Iglesia á la categoría de dogmas; lejos de eso háse dejado que cada cual piense sobre este particular, cuanto estime por conveniente. La Geología ya es otra cosa; ella va más lejos y fija la existencia humana en los comienzos de la época cuaternaria valiéndose asimismo para tal conclusión, del examen de los terrenos ó capas geológicas, y más que de todo de estos indicios, hallazgos y descubrimientos practicados en varios paises de América y Europa recientemente. Hácese, pues, necesario para el buen orden de nuestra exposición, el marcar aisladamente cada uno de los contingentes apostados á la Protohistoria en general por sus auxiliares la *Paletnologia* y la *Arqueologia*, como dice muy bien el Sr. Vilanova, si hoy se confunden en la sublime síntesis de la Antropología, débese únicamente á los efectos mágicos del progreso en estos últimos años realizados en la Historia natural de la humana especie; apenas sospechados en otras edades por privilegiados ingenios. (1)

Más ¿cual fué el momento histórico en que apareció el género humano? Hé aquí, pues, una pregunta á la que no podemos contestar; pues desgraciadamente distamos mucho aún del completo conocimiento de la materia. No dudamos que viviera al principiar la época cuaternaria, es probable que también lo hiciera en la segunda mitad de la terciaria; más nos es de todo punto imposible determinar el instante de tal aparición (2). Miéntras tanto la Geología como la Paleontología nos aseguran la existencia del hombre garantizada suficientemente por sus restos y sus recuerdos; como igualmente nos demuestran la época en que la vida humana no era posible físicamente; pero es lo cierto que entre ambas afirmaciones media un espacio de tiempo, existe una laguna que aun en nuestros días no se ha podido llenar; lo cual quien sabe hállese reservado á la venidera sociedad, por la Providencia.

El estudio de la vida humana, antes de la historia, es el objeto capital de la Protohistoria, siendo importante como cuestión á priori determinar ó fijar los límites hasta donde deben llegar ambas ciencias.

A la Protohistoria es lógico que la hagamos arrancar en el punto de partida que pudiéramos llamar *real*, el cual hállase robustecido por el testimonio de los descubrimientos de humanos restos y demás objetos, en contraposición al *fantástico* hasta hoy así considerado, al que algunos como Bourgeoise (3) y Hamy (4) sin embargo, quieren considerar como orígen de esta ciencia. Tal fecha no

---

(1) O. C. pág. 278.
(2) Prehistoria y orígen de la civilización. M. Sales y Ferré. Madrid.
(3) Congrés international d' Antropologie et d' Archeologie prehistoriques de Bruxelles 1872 pág. 81 y siguientes.
(4) Précis de paleontologie humaine. Cap. II y III. París 1870.

se puede señalar; todá vez que los más antiguos vestigios del hombre, comprueban solamente su existencia en la edad cuaternaria, y no antes, sin que por eso, como ya hemos consignado, neguemos su anterior preexistencia, hallándonos dispuestos á modificar nuestras creencias, el mismo día en que aparezcan más palmarios testigos que den fé de la anterioridad de la humana especie, al período cuaternario.

Luego en ese hecho real, debe tener su punto de partida la Protohistoria, extendiendo su esfera de acción, hasta el momento en que comienza la historia fabulosa como recientemente Mortillet, (1) Broca, (2) y otros, han propuesto; y no en el uso del hierro, pues verdaderamente el conocimiento de este metal es patrimonio de remotísimas edades.

Determinados tales conceptos, discútese entonces acerca de la bondad que encierra la afirmación rotunda de la vida antidiluviana, la cuál háse visto sometida desde su iniciación á las mismas fases porque ha atravesado el examen de los restos fósiles de los animales de orden inferior y de las plantas que visten y engalanan nuestro globo. En efecto: la fé en la existencia del hombre primitivo aparece en la palestra científica, armada de punta en blanco, sin dejar lugar á dudas de ninguna especie, y apoyada además, en el más solemne, si no el más importante de los auxiliares; las creencias religiosas de todos los pueblos del Mundo, las cuales le prestan aliento con su amparo, y abrigo al par que verdad.

Pero más tarde, á medida que la inconstante y voluble humanidad progresa, y debido al accidente fatal de que los soñados restos fósiles del hombre no aparecen, acostumbrado el humano con su fatuidad y petulancia á negar aquello que no alcanza á ver, ó que ignora en absoluto; surgieron en los vastos campos intelectuales dudas horribles, violentas y desatinadas polémicas, y por último negaciones nunca justificadas, que llevaron la decepción más cruel al alma de aquellos nobles obreros de la civilización, que dedicaron su vida entera á mostrarles á sus hermanos, cuál había sido su pasado, y cuáles sus primeros y rudimentarios ideales. (3)

Sin embargo, afortunadamente para la ciencia, era imposible que tal estado de cosas continuase por mucho tiempo; y así sucedió; nuevos y más brillantes horizontes dilatan la esfera de la Protohistoria, á cuya luz desvanecense todas las sutilezas, aclárause los conceptos, y se fijan para siempre los verdaderos cimientos de tan vasto como atrevido sistema, en el que aparecen como de bulto para

---

(1) y Hovelacque. Associatión française pour l' avancement des sciénces, Lyon, Agosto 1873. Rev Scient de 1874. Núms. 9 al 11.

(2) Les races fossiles de l' Europe occidentale. 1877 núm. 8. Rev. Scient.

(3) Matériaux pour l' Histoire primitive et naturelle de l' homme.—Rev. Illus por E. Cartailhac. (1864-1887.)

las generaciones venideras, cuanto con su historia ha de relacionarse indudablemente.

Y para proceder metódicamente, como lo exigen tan contrarios puntos de vista, dividiremos en tres períodos á cada una de las ciencias que integran la Antropología; períodos que designaremos de tradición, controversía y confirmación, aludiendo á los caractéres principales que distinguen las varias etapas atravesadas por esta ciencia, como antes dijimos, desde su orígen hasta el instante mismo en que hablamos. Si examinamos una por una, todas las creencias reflejadas en los sistemas cosmogónicos y teogónicos de los pueblos del pasado; hemos de encontrarnos seguramente, ya de una manera clara, ya con cierta obscuridad las más de las veces, con la memoria de cierto acontecimiento que revistió el carácter de verdadero cataclismo universal, acaecido en los primeros tiempos, y del cual fueron víctimas principales todos los seres vivientes, que por entonces existían, contándose entre ellos al hombre. (1) Semejante noticia, forma parte también de nuestras creencias religiosas; ellas, nos hablan largamente de un grave acontecimiento cuyo factor primordial fué el agua, que determinó profundos cambios así en el orden mineral como en el orgánico, y que arrasó con todos los seres humanos; excepción hecha, del virtuoso Noé y su familia, que habiendo construído la famosa arca y embarcádose en ella, en compañía además de una pareja de cada especie animal, por mandato de Dios, se pasó navegando los cuarenta días que duró el diluvio, á merced de las olas y del viento, no habiendo hecho alto, hasta que tan original embarcación hubo de detenerse en la cima del Ararat. (2) Inmensa fué la influencia de esta tradición bíblica, en los campos científicos, y todos pensaban en que nuestra especie por lo menos, databa de un período anterior al diluvio, lo cual explica que el gran naturalista sueco Linneo en su obra de *Geografía Botánica*, en unión de sus más ilustres discípulos, fijase la cuna de las especies vegetales en el *Ararat*, por ser el sitio donde según las *Sagradas Escrituras* renacio, digámoslo así, de la misteriosa y simbólica arca el género humano, como el fénix de sus cenizas propias. Análogas razones movieron á Cuvier, á quien podemos llamar el fundador de la Paleontología animal, á considerar al hombre fosil como inprobable, doctrina que fué más tarde aumentada grandemente por sus simpatizadores. (3) Y á contar desde este instante, los más variados argumentos se lanzan al campo intelectual á diario, y los sabios, y los pensadores más profundos, agotan el tiempo estérilmente en discursos, obras y polémicas que

---

(1) Memoires de la Societé d' Anthropologie de París. 1863-1888.

(2) La Biblia. Gén. Moisés. Cap. 8º.—4º—Y reposó el arca el mes sèptimo, el dia 27 del mes sobre los montes de la Armenia. P. Scio. Londres 1828.

(3) Anales des Sciences géologiques par M. Hebert. 1870-1881.—París.

lejos de aclarar y hacer luz en tan intricada materia, llevan el desaliento y la decepción más amarga á todos los pechos, y principalmente, á los de aquellos que sordos á las diatribas y á los estultos comentarios, perseverantes continuaron la bienhechora empresa de indagar nuestros primeros pasos en el globo; creando al propio tiempo, serios obstáculos al progreso científico, toda vez que desorientaban con sus absurdas negaciones, los verdaderos caminos por donde debía dirigirse la recta y verdadera indagación.

Y he aquí precisamente, la época de la lucha, el período que nosotros llamamos de controversia, necesaria antesala, para la total afirmación del ansiado problema. En honor á la verdad, dice el Sr. Vilanova (1) no era asunto facil de resolver, la existencia del hombre fósil, en una época en la que perdidas ú olvidadas las sanas observaciones que los antiguos habían consignado en algunas de sus obras clásicas, tocante á la verdadera naturaleza orgánica de los restos vegetales y animales que se encuentran á menudo en el suelo de Egipto, de Grecia y de otras comarcas, llegaron á generalizarse las ideas más extravagantes y ridículas sobre este asunto, considerando á los fósiles como fruto de la influencia de las estrellas, creyéndolos otros, resultado de una fuerza plástica, especie de *ludus naturæ* de que se hallaba dotada la tierra misma.

Pero aún más; no faltó quienes viesen en los traidos y llevados fósiles, simplemente una ilusión óptica, un sueño de los sentidos, análogo á los objetos que vemos por las tardes en el azul del cielo formados por la reunión ó separación de las flotantes nubes. Tales fueron el insigne Calceolaro de Verona, quo quitó á tan importante estudio todo valor científico, dadas sus terminantes negaciones; y el no menos sabio y notable médico y anatómico, Fabricio de Acquapendente, que declaró que las defensas ó colmillos de elefantes que se habían encontrado en la Calabria, no eran en puridad de conciencia, más que puras concreciones. A tal extremo de retroceso, había llegado la humanidad en esta materia, exclama con razón el autor antes citado, y en verdad, se hace imposible creer que la obcecación pueda de manera tal equivocar el juicio y trastornar la mente de los hombres de talento. Tal estado de cosas no podía continuar, porque como dice un adagio muy conocido, no hay mal que dure cien años, y efectivamente; cuando el porvenir de la ciencia antropológica se veía tan negro y obscuro como el horizonte en día de tempestad, los nombres inmortales de Boccacio, del insigne pintor y poeta Vinci, de Stenon, Fra Castor, Lazzaro, Fabio Colona y otras lumbreras de las artes y las letras en Italia, como asimismo el sabio Bernardo de Palissy en Francia, vinieron á iluminar las extraviadas razones de sus contemporáneos.

Il Filocopo, fué la obra de Boccacio, en donde con un conoci-

(1) O. C. Pág. 275.

miento admirable de la ciencia, y una libertad é independencia de criterio verdaderamente sublimes, echa por tierra los equivocados y absurdos conceptos que á la sazón predominaban, mostrando en apoyo de sus argumentos varios fósiles hallados por él en los alrededores de Toscana, su país natal. Igualmente Leonardo de Vinci, estudia con afán la igualdad de las conchas descubiertas en las obras hidráulicas (1) que él dirigía en Toscana también, como Ingeniero, y las halladas en el litoral del Mediterraneo, y califica de erronea y perjudicial la opinión que hacía á los fósiles originarios de las estrellas, para lo cual reta valientemente á todos los que le puedan enseñar tan supuestos productos. Por último el danés Stenon, en su obra *De solido intra solidum naturaliter contempto, disertationis Prodromus* acaba de establecer las bases fundamentales de la ciencia, proclamando que los restos fósiles, mas ó menos alterados por la acción del tiempo, pertenecen á seres vivientes que en otros tiempos ocuparon nuestro planeta, aclarando así la verdadera naturaleza orgánica de tan discutidos hallazgos. Tal explicacación indudablemente debió de influir en el progreso de la Antropología, y efectivamente se nota que á partir desde esta época las rancias teorías ceden el paso á los razonados principios, y nuevas vías ábrense á las inteligencias, que aprovechadas con oportunidad, levantan en algún tanto la abatida historia del hombre primitivo. (2)

Sin embargo, aun no se había borrado del todo el recuerdo de la tradición bíblica respecto al conocido diluvio, y buena prueba de ello, fué la verdadera heregía científica, como la llama el Sr. Vilanova, realizada por Scheuchzer al bautizar con el nombre de *Homo diluvii testis*, á unos restos de gran tamaño encontrados en el terreno terciario de Oeningen, error que rectificó después Cuvier llevándolos á su verdadero lugar zoológico con el nombre de *Andrias Scheuchzeris* en recuerdo de su sabio descubridor. (3) Sin las luces

(1) Ocupóse por orden del Príncipe Ludovico Sforcia en la conducción de las aguas del Ada hasta Milán, formando aquel canal navegable, que vulgarmente llaman el *navio de Mortesana*, á quien se le agrega un rio también navegable por espacio de doscientas millas, hasta los valles de Chiavena y Valtelina. La empresa era tan difícil como importante, y digna del sublime ingenio de Leonardo, por la noble emulación que causaba, el gran canal que doscientos años antes se hizo, en tiempos que era República Milán, á la otra parte de la ciudad, en cuyas aguas, que toma del rio *Tesino*, se navega hasta Milán, y con ellas se riega toda la campiña. Venció Leonardo todas las dificultades que se suscitaron, y por medio de muchas esclusas hizo navegar con toda seguridad los barcos por montañas y valles.

(2) Rev. Archeologique 1884-1859.

(3) Según la opinión más generalizada, tratábase aquí de los restos de una *Salamandra* gigante, especie totalmente extinguida en nuestros dias. Tales restos descubiertos por Scheuchzer tan célebre astrónomo como naturalista en 1725 incrustrados en una gran piedra; fueron dados á conocer en 1726 en un periódico titulado *La Convención Filosófica*, que se publicaba en Lóndres. Por último en 1731 sirvióle á tan esclarecido sabio este hecho para su interesante disertación sobre el *Homo diluvii testis* de que ya hemos hablado.

de la Geología que suministran datos preciosos, que permiten apreciar la antigüedad de los objetos descubiertos, avalorándolos además, y sin el auxilio también de la Filosofía, que ayudada de las ciencias naturales disipa los prejuicios con que la tradición encadena las conciencias, privándolas de la facultad de ver, observan y juzgar por sí propias; es punto menos que improbable que la Antropología pueda progresar. Y hé aquí, por qué el hombre cuaternario no ha sido conocido hasta nuestros dias.

Nada sabíamos de sus hábitos, de sus costumbres, de sus útiles, de sus armas, no porque de cuando en cuando, no se descubriese algo, sinó porque tales hallazgos, no llamaban la atención, y el hombre fósil mientras tanto quedaba ignorado. Además, con el solemne chasco de Scheuchzer y la rectificación de Cuvier, tan debatida polémica, quedó nuevamente relegada al terreno de las utopías, más ó menos realizables. La idea mientras tanto de la influencia diluviana, habíase mantenido erguida, y ganaba terreno á diario, cuando trastornada la ciencia antropológica no sabía qué camino seguir.

Así el Padre Torrubia á mediados del XVIII emite el equivocado concepto de que todos los restos orgánicos encontrados eran originarios ó por lo menos del diluvio habían resultado: sin embargo, aun hubo sabios como el benedictino Feijóo, (1) que á la par que echaba por tierra semejante afirmación hacía ver la insensatéz que se cometía al darle existencia anterior á una raza de gigantes (2) en la Península y en toda Europa, doctrina á la sazón muy en boga, debida á que se tomaban por fósiles humanos cualquier resto de elefante, de rinoceronte ó de otro gran ejemplar zoológico.

Como era natural, después de tales afirmaciones, las que á la verdad no daban luz de ninguna especie, quedando siempre la interrogación del hombre fósil sin cerrar, cayó la humanidad en el estado lógico de la negación absoluta, ya que antes lo había afirmado; todo y entonces, fué cuando una autoridad tan digna de respeto como S. Chmerting, al examinar las cavernas de las inmediaciones de Lieje en 1833, negó no sólo, la existencia del hombre fósil, sino el valor que debía atribuirse á la asociación de otros restos de mamíferos de la época cuartenaria con que los humanos habían aparecido, siguiendo análogo procedimiento Lyell.

Unos tras otros pasan, sin ser advertidos, los preciados descubrimiento tales, como el famoso craneo de Canstadt, hallado en 1700, cerca de Stugard y conservado casi milagrosamente hasta 1836 en que se reconoció su verdadera naturaleza, los huesos de Larh en la

(1) Teatro Crítico. Tomo I—Discurso doce.

(2) El Padre Torrubia en su obra "*Aparato para la Historia general de España*" cap. V, trata de la *Gigantología Española;* con motivo de los huesos fósiles del barranco de las Calaveras de Concurd, no lejos de Teruel, por él descubiertos. Véase la *Geología y Proto Hist. Ibéricas* Vilanova etc. y su *Compendio de Geología.* Madrid 1872:

cuenca del Rhin, que descubiertos en 1822 por Boue, Cuvier los desechó como procedentes de un cementerio, los cuales pasáronse algunos años guardados dentro de una caja en un granero del *Museum* hasta que Gratiolet, lo sacó á luz; el esqueleto de la Guadalupe, y los descubrimientos de Tournal en 1829 en Narbona, en la gruta de Bize (Aude); los de Christoi en 1830 en las cavernas del departamento del Gard; de Emiliano Dumas en las cavernas de S. Ouvignargnes, cerca de Sommiers (Gard); del Dr. Pitore en Fauzan no lejos de Cesseras en Herault, de Pleinsinger en Canstadt, cerca de Wurtemberg; de Aymard en 1844 en Dénis (Haute Loire); y por último de Boucher de Perthes en él Mediodia de Francia, empezados el año de 1839 y continuados incansablemente.

Un dia sin embargo, memorable para la ciencia, el 28 de Marzo de 1863 en el que se descubrieron nuevos huesos fósiles y sobre todo una quijada, en las canteras de Moulin-Quignon, vino á ser el punto de partida de una nueva ciencia hasta entonces negada.

Por los años de 1858, los Geólogos y Paleontólogos ingleses Falconer, Prestwich, (1) Evans, (2) Lyell y otros, habiendo ido á Abeville, en el valle del Somme y visitado los yacimientos explorados por Boucher de Perthes, en unión de algunos geólogos y naturalistas franceses, tales como Gaudry (3) y Pouchet, declararon al volver á sus respectivos países con la convicción íntima de que tales descubrimientos eran auténticos, y que los silex que vieron habían sido tallados por otros hombres, que los terrenos eran perfectamente horizontales, y que se conservaban intactos. Ellos además, habían presenciado la mayor parte de aquellos hallazgos, así es que no cabía ni la menor duda. El nombre de Boucher de Perthes entonces, corrió como la chispa eléctrica por todos los ámbitos del mundo civilizado, pronunciándosele con verdadero respeto y admiración. Faltaba únicamente la sanción científica á tales investigaciones, y ésta no podía tardar: en efecto, abierta por la Sociedad Antropológica de París, el año de 1859 la discusión de la existencia del hombre fósil, y estudiados con singular aprovechamiento todos los datos encontrados; disipáronse todas las dudas, y en un instante ganó la Humanidad miles de años de vida, y en un instante también, apareció radiante la novísima ciencia de la paleontología humana. Entonces, los hallazgos se multiplican, y vienen á corroborar el testimonio científico; así el craneo de Neanderthal (Westfalia) el de la caverna belga Frou del frontal, los esqueletos del departamento de Dordoña, los de Stangenas en Suecia, el de la gruta del Mentón, la curiosa mandíbula de la Naulete en Bélgica, los muchísimos despojos hallados en Kionkenmodingos,

(1) Les ages de la pierre. París 1878:
(2) L'ancienneté de l'Homme prouvée par la Géologie. París 1870.
(3) Materiaux pour L' Histoire des temps cuaternaires.—París 1876.

Portugal, Gibraltar, Málaga y tantos otros lugares en donde el discutido y negado hombre fósil dejó señales evidentes de su permanencia, alcanzan verdadera importancia.

Debido al progreso intelectual de nuestro siglo nacen por doquiera sociedades y academias antropológicas y publícanse folletos, memorias y libros notabilísimos como el de Sir Jhon Lubbock, *(El hombre primitivo)* el de Evans, *(Las edades de piedra)* Hamy, *(Paleontología humana)* Lyell, *(La antigüedad del hombre probada por la Geología)* Hume, *(El hombre fósil)* Büchner, *(De dónde venimos)* Zaborowski-Monidron, *(La antigüedad del hombre)* Tylor, *(Investigaciones sobre la historia primitiva del hombre)* Sales y Ferré, *(Prehistoria y origen de la civilización)* Vilanova y de la Rada y Delgado, *(Geología y Protohistoria ibéricas)*, el de Góngora publicado en 1868 *(Antigüedades prehistóricas de Andalucía)*, A. Bertrand *(Arqueología céltica y gala, 1876)* y Boucher de Perthes *(Antigüedades célticas y antidiluvianas, París 1857)*; como asímismo las memorias de Guillermo Magpherson, (1870-1871) sobre la cueva de la mujer en Alhama de Granada, las publicadas por D. José de Villamil y Castro, en la *Revista de España*; y los artículos del Sr. Jubino en *Andalucía* y en la *Revista de Bellas Artes* de Sevilla, sobre el dolmen de Castilleja, de Guzmán, como los trabajos del Sr. Plá en la *Ollería*, Jaen, que exploró un dolmen; los de D. Nicanor de la Peña en su obra *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, y por último, los no menos apreciables contenidos en el libro titulado *Illici* de D. Aureliano Ibarra, que forman en bosquejo el grandioso conjunto de una verdadera literatura protohistórica en todas las naciones cultas de la Europa.

También en Portugal los claros nombres de J. R. Oliveira Martins, autor de unos *Elementos de Antropología* (Lisboa, 1880); de Eduardo Bermay que el mismo año publicó un *Tratado de Craneología*; del Dr. Albino Giraldes á quien se debe un libro interesantísimo, *Cuestiones de filosofía natural* (Coimbra, 1880), y los de Pereira d' Acosta, Delgado, Simoes, Feijas, y los de tantos otros que permanecerán siempre vivos en la memoria de los amantes de tales estudios, son acreedores á semejante distinción.

La misión de estas obras es altamente civilizadora, ellas van poco á poco aliviando el camino de obstáculos, llevando al propio tiempo, á los más vulgares cerebros, la idea de la preexistencia de nuestra raza. Así el ilustre Mortillet en 1865 comenzó á publicar la revista titulada *Matériam pour l' Histoire naturelle et primitive de l' homme* y gracias á sus esfuerzos personales, aquel mismo año créase en París el Congreso internacional paleo-etnológico que posteriormente en 1867 llamóse Congreso de Antropología y Arqueología Prehistórica que aun existe, de donde como luminoso faro lánzase fúlgidos destellos que indican á la Humanidad presente, los inpagables beneficios que ella ha recibido de la ciencia en general, y

de sus genios ilustres, Y ahora réstanos solamente conocer, los vastos elementos con que la Arqueología viene á afirmar las anteriores razones; elementos ú objetos usados por el hombre de otras edades, ya en su hogar, ya en sus tenaces luchas con las fieras, y cuya materia prima es el bronce y el hierro.

Comprende, pues, la ciencia arqueológica, entre otros ramos, el estudio de la gran variedad de armas y útiles de piedra, que como ya hemos consignado, fueron de uso común entre los primeros hombres. Tales son las hachas de silex, de obsidiana, diorita y jade, que se contemplan en nuestros museos, los cuales demuestran claramente de una manera sintética, el grado de civilización que adornaba la vida antigua. Y como hicimos antes al estudiar el desarrollo del problema de la preexistencia humana, que señalábamos tres períodos á la Paletnología; así también en la Arqueología fijamos esas mismas tres fases, de tradición, controversia y afirmación, acuerdo necesario, para el buen método de nuestra disertación.

Desde las más remotas edades los esclarecidos varones que mantienen la clásica antigüedad, ya habían supuesto, y no infundadamente que el habitante de las primeras edades geológicas del globo, habría de servirse de útiles, instrumentos de piedra; toda vez que en los comienzos del mundo es indudable que el humano no conocía, y ni siquiera presentía, los elementos aportados después por el genio de la inventiva, las artes y las ciencias al desarrollarse la civilización.

El hombre fósil era casi una fiebra; pero una fiera con voluntad y razón, por eso suponemos en él la noción, aunque muy vaga, del progreso individual. No cabe dudar, que este ser tuviera durante su existencia, necesidades imperiosas que llenar, y la satisfacción de ellas, fué el poderoso acicate que aguijoneó en más de una ocasión á su inteligencia, aun limpia de todo pensamiento profundo, y de ella brotaron como Minerva de la cabeza de Júpiter, esas fabricaciones de piedra, tales como las puntas de lanzas, hachas, los silex, cuchillos, etc., por ser aquel el único elemento que á su alcance se hallaba en la triste corteza de nuestro planeta entonces.

Análogas doctrinas dijimos fueron emitidas por los escritores clásicos, y prueba de nuestra rotunda afirmación es el famoso poema del latino Lucrecio Caro, titulado *De Rerum Naturœ* en el que en versos de peregrina elegancia y de fluidez extraordinaria, describe las armas de piedra que el hombre fósil debió usar de contínuo, indicando á su vez su orígen, la significación que debía concedérseles, y hasta su misma naturaleza.

La antigüedad, pues, como leemos en uno de sus más exímios representantes; no dudó de la existencia de tales objetos, y lo que es más de llamar la atención, señalóles un principio esencialmente humano, dándose el curioso ejemplo, de que cuando la civilización se hizo más palmaria en la edad media; se olvidan las opiniones de los

hombres de ciencia, y las más absurdas teorías corren de boca en boca, para explicarse la formación de las hachas, los silex y demás instrumentos fabricados con gran paciencia por nuestros antepasásados en la historia.

Sin embargo, aquella manera de pensar, no era patrimonio de los pueblos del pasado; lejos de eso, las más extravagantes versiones campeaban en los estadíos de la ciencia, hasta cierto punto garantizadas por la autoridad después de los físicos y eruditos en la edad medio eval, como antes la habían alcanzado por el testimonio unánime de hombres de tanta valía como Plinio, Ovidio y el mismo Augusto Emperador. Los griegos y los romanos, equivocados en sus primeros pasos en la ciencia, contaminados además con los crasos errores que acerca de la meteorología teníase en el Oriente á la sazón, confundieron también lastimosamente la procedencia de los aereolitos, con la de los fósiles y objetos labrados por el hombre, atribuyéndoles á todos estos, propiedades sagradas. A las hachas de piedra llamóseles entre estos pueblos *cerámicas*, las que se consideraron como producto del rayo, creencia aun existente entre las personas de escasa ilustración, que miran también á los cantos rodados, frecuentísimos en las orillas de los ríos, como obra de aquel fenómeno atmosférico, atribuyéndole además ciertas propiedades divinas, tales como la de librase con ellas de la terrible visita del rayo, con sólo colocarlas detrás de las puertas de sus casas. (1) Así también á las cerámicas entre los latinos y helenos, suponíaseles adornadas de virtudes misteriosas y propiedades curativas, razón por la cual fueron tenidas en grandísima estima, no dudando nosotros, de que llegasen hasta ser objeto de culto.

El hacha para ellos valía tanto como una piedra preciosa; decíase que Júpiter las arrojaba desde lo alto, y las comarcas del Cáucaso y el Epiro fueron señaladas como el más rico filón de semejantes productos. El gran *cantor de los tristes*, el desterrado Ovidio, mientras tanto nombra *ceráunias* á las piedras de esta clase encontradas en Capri, las que á su vez el Emperador Augusto designaba con el epíteto de *Arma de los héroes*; al paso que Plinio abundando en la doctrina en boga entonces, cree sean piedras preciosas. Que fué tenida la *cerăunia* en gran valimiento por la an-

(1) En España existe tan arraigada esta creencia entre los campesinos, que en la *Bibl de las tradiciones populares españolas* de A. Guichot y Sierra. *Supet. pop.* pág 218 y sigt. Madrid 1884, T. I. encontramos lo siguiente: "La *piedra de rayo* libra á quien la tiene de las exhalaciones. La *piedra de rayo* que cae del cielo, cuando hay truenos, libra á la persona que la lleva ó á la casa donde está, de ser fulminada. Cuando cae un rayo y se hunde en la tierra, al cabo de siete años sale espontáneamente en aquel mismo sitio una piedra de dos filos que se llama *piedra de rayo*. En la casa donde hay un fragmento de esta piedra no caerá nunca una exhalación." *Supert. popu.* publicadas en la revista. *La América*, por el Sr. Olavarria y Huarte bajo el pseudónimo de Guier Arivan.

tigüedad, vése en el uso que de ella hacían los sacerdotes de Cibeles, para su mutilación, y los hebreos en sus prácticas circuncidarias. Además, figuraron como principal adorno engarzadas, en las coronas y en las diademas de los reyes, no faltando una época en la que se usó como amuleto atado al cuello, por los servidores de la nombrada diosa Cibeles.

Las mismas absurdas creencias observamos al estudiar las costumbres de los pueblos del Norte, los que después de la destrucción del imperio romano se posesionan durante largos años de casi todas las comarcas de Europa. Entre los germanos según Tácito y Prudencio era muy frecuente el usar engarzadas en sus cascos á manera de remate ó insignia las *ceráunias* ó llevarlas como si fueran un talismán precioso atadas al cuello. Semejante superstición, refiere el Sr. Vilanova y Piera fué tan general en estos pueblos que Helwing, ministro de Prusia, muchos años después, vióse en la necesidad de reunir el brazo secular con el fin de acotar las constantes preocupaciones que acerca de este punto embargaban el ánimo de sus gobernados.

Parecía natural, ya lo hemos dicho, que al civilizarse las sociedades, se borrarán para siempre ciertas ideas que sólo son características de la ignorancia y candidez de los pueblos en sus comienzos; pero en el desarrollo histórico de esta materia, ha sucedido lo contrario: la antigüedad vió claró y apreció la verdad en su naturaleza misma, quedándoles el triste papel de inexpertos, reservado á los hombres de más cultura intelectual que ellos, tales como los sabios, los eruditos y los llamados físicos de la edad-media y del Renacimiento; los cuales perdiéndose en un verdadero mar de conjeturas sostienen á capa y espada el orígen celeste de las hachas, influyendo en sus decisiones las más vulgares creencias. Y Eusebio, San Isidoro, Alberto el Grande, Cardano, Paracelso, Kentmann, Conrado Gesner, Worno, y por último Lang y Bolán; prueban con sus escritos y disertaciones las añejas é infundadas supersticiones del pasado vulgo, muy contrarias por cierto á las apreciaciones de los hombres de ciencia como ya hemos visto.

Más tarde con los trabajos del famoso Agrícola, que ya duda de todas las patrañas tenidas como teorías científicas en su época, como asimismo con la valerosa impugnación de Boecio, que aun á trueque, de como él mismo nos refiere, de que lo tengan por loco, considera á las *ceraunias más bien como instrumentos de hierro petrificados por la acción del tiempo y debidos al hombre únicamente*, y posteriormente con la publicación en 1717 de la obra de Miguel Mercato titulada *Metallotheca Vaticana* en la que también como en las de sus exclarecidos antecesores abunda en lógicas consecuencias, respecto del orígen de las hachas y demás instrumentos de piedra, prepárase el camino, digámoslo así, á nuevas especu-

laciones en este amplio ramo del humano saber, acercándonos insensiblemente á la verdad, único norte á que debemos aspirar.

Tal vez á ello prestó influencia marcadísima, las noticias de Ulloa, acerca de los cuchillos y armas de piedra, halladas en las tumbas peruanas, como también la explicación que Torquemada nos hace de su construcción, y por último el descubrimiento de análogos objetos en varias sepulturas alemanas, francesas y españolas por distinguidos arqueólogos. Y así se explica que poco tiempo después el exímio botánico francés Bernardo de Jussieu en 1723 se afirme en la procedencia humana de las hachas, y establezca las verdaderas bases de la Arqueología comparada, en una memoria que presentó á la Academia de Ciencias de París como igualmente, su compañero Mahudel en otra publicada por la de las Inscripciones y Bellas Letras: en ambas fúndase la creencia de una época de vida de la humanidad anterior al uso de los metales, es decir, dáse la solución necesaria á tan debatida polémica.

Aun sin embargo, faltaba aclarar ciertos puntos obscuros, y sobre todo, encauzar metódicamente los abigarrados y heterogéneos elementos de que disponía la entonces naciente ciencia arqueológica. Y semejante papel reservóse á las claras inteligencias de Escard y Goguet, el primero estudiando al pueblo germano, y trazando los progresos del mundo en general el segundo, crean la Arqueología Protohistórica, pues á ellos se debe el que por vez primera en los anales de la ciencia aparezcan las tres famosas edades, de piedra, bronce y hierro, que aun hoy forman, digámoslo así, las fases del desarrollo prehistórico de la humanidad. La primera de estas épocas, ó sea la de la piedra, subdivídese en dos grandes períodos, el *arqueolítico* ó de la piedra talladas implemente, y el *neolítico* ó de la piedra pulimentada; y la segunda, es decir, la época de los metales, también se divide en dos épocas, la del *Mammuth* y la del *Reno*, según los animales que eran más comunes en estos tiempos.

La primera época, pues, la del Mammuth refiérese á los principios del terreno cuaternario, donde hanse hallado huesos humanos petrificados con evidentes señales de haber sido rotos por el hombre, tal vez con el fin de extraer el tuétano de los mismos, alimento á que tan aficionados se muestran los pueblos primitivos, y puntas de lanzas y de flechas, hachas, cuchillos y demás objetos de análoga índole construídos de pedernal, tallados únicamente con el choque; unidos á una gran cantidad de huesos del Oso de las cavernas, del Mastodonte y muy especialmente del Mammuth, animales todos de extraordinaria talla, cuyas especies vivieron hasta en las más altas latitudes, y que por el súbito descenso de la temperatura, que nuestro planeta en aquella época hubo de experimentar, murieron todos. La tierra, á la sazón debía tener el mismo grado de calor en todas las latitudes, todavía sentíase la influencia del calor central, y esta es la razón por la que aquellos inmensos

paquidermos anduviesen hasta en la Siberia misma, punto donde en cantidad considerable hemos hallado sus antiguos restos.

Pasado este tiempo, á que hubo de llamársele *glacial*, de nuevo nuestro planeta, alcanzó sus condiciones normales climatológicas: el sol, predominó sobre la materia ignea central, y sólo en la zona tórrida entonces, pudieron vivir los paquidermos congéneres á los que ya habían desaparecido, tales como el Rinoceronte, el Elefante, el Hipopótamo, etc. En estos terrenos, analizados cuantos vestigios nos han suministrado, podemos asegurar que el hombre que existió en ellos, era aún más inferior en su estado, que el de los salvajes actuales. Era troglodita, y vivía en las cavernas, á orillas de los ríos, se alimentaba de la caza y de la mé lula extraída de los huesos de los animales, cubría su cuerpo aún con las pieles que no sabía curtir, y por último, no le era desconocido el uso del fuego, y enterraba á sus muertos; completando tal cuadro la verdadera cultura de que se hallaba poseedor el hombre primitivo.

La época de la piedra tallada, tomó como campo de acción las últimas capas geológicas del terreno cuaternario. Ya aquí habían desaparecido los grandes paquidermos y otras especies nuevas, como el toro, el caballo, el bisonte, y muy especialmente el *Reno*, que por el hallazgo de sus huesos y astas en gran abundancia, le dá nombre al período, sucédense en el globo. El hombre usaba á más de los instrumentos de piedra, ciertos punzones, cucharas, arpones, y agujas que fabricaba de las astas de los animales, habiéndose en alguno de estos útiles domésticos, encontrado dibujos, representando algunos tipos zoológicos. Vive dedicado á la caza, cuece los alimentos, habita aun en las cavernas. cose y curte las pieles de sus vestidos, y graba y esculpe como distracción de sus ocios en las astas, el marfil, el hueso y la piedra, figuras naturales ó caprichosas. Nótase, pues, con tal descripción, que el hombre fósil vá poco á poco, perfeccionándose como nos lo demuestra su género de vida.

En el período que llamamos *neolítico*, estudiamos todo lo que se refiere al final de la época cuaternaria, y por tanto, en los arribos de la moderna. En los terrenos en donde evoluciona esta época, nótanse grandes trastornos, siendo el principal de ellos el *diluvium*, una grande inundación que debió alcanzar hasta las más altas montañas de la tierra. La geología admite no uno, sino dos diluvios, pero no universales, generales tan solo, á regiones más ó menos dilatadas de nuestro globo terráqueo. De esas catástrofes, salvóse la humanidad como asimismo, las especies inferiores. Dejemos á la Biblia explicarnos estos fenómenos, como igualmente á la ciencia, fundada en el desequilibrio producido al elevarse la cordillera de los Andes, en los niveles terrestres, y sigamos estudiando al hombre, el cual ya cuenta con el fruto de sus desvelos, toda vez que desaparecido el peligro, la quietud y el reposo más absoluto se suceden.

En estos terrenos se encuentran objetos análogos á los descu-

biertos con anterioridad; pero en honor de la verdad, más esmeradamente trabajados. La piedra, los huesos y las astas de los animales, juntamente con algunos objetos de barro, construídos á mano, cocidos al sol y destinados á los usos del hogar, y unas piedras destinadas á la trituración de los cereales, forman los elementos que caracterizan al hombre en este momento histórico, y por el exámen de los mismos, comprenderemos bien pronto sus progresos. Custodia los ganados, y se dedica al cultivo de la tierra, ensayándose además en la construcción de viviendas ó chozas, y en los monumentos llamados megalíticos, tales como los dólmenes, túmulos ó menhires de tan frecuente existencia en España.

Colocado el hombre, dice el Sr. Artero, erudito Catedrático de Granada, (1) por la mano del Criador, en medio de una naturaleza ingrata y rebelde que constantemente le amenaza con aniquilarle, rodeado por todas partes de animales incomparablemente más fieros y terribles que los que hoy conocemos, sin conocerse asimismo, ni conocer el mundo que le rodea; desnudo en su cuerpo y en su alma, sin otra enseñanza que el constante aguijón de sus necesidades, y la luz divina que en su espíritu implantara el Hacedor, el hombre en estas condiciones comienza su peregrinación sobre la tierra, luchando sin cesar, cayendo y levantándose, cada día mejora su situación y adelanta un paso en la carrera de su perfeccionamiento. Nace inerme, y al final de la edad de piedra ha inventado armas con las que se defiende, y domina sobre los animales; estaba desnudo y sin albergue, y ya cubre su cuerpo con pieles de animales, y se construye moradas; no tenía en su orígen otro recurso para vivir, que disputar el sustento á las fieras, y termina alimentándose del producto de sus rebaños y de los frutos de la agricultura. En suma, el hombre al terminar la edad de piedra, aparece ya como rey de la creación terrestre; ha aprendido que el trabajo es el único medio de dominar la naturaleza, y por él ha realizado un paso gigantesco en el camino de su perfección.

Pasemos ahora á la *edad de los metales*, caracterizada en el curso de estas observaciones por el conocimiento que el hombre antiguo tuvo del *bronce* y del *hierro*; orígen de dos grandes períodos dentro de aquella genérica denominación, así también llamados.

De como el hombre rudimentario, pudo obtener el conocimiento de los metales, y sobre todo, el secreto de aplicarlo á sus diversas construcciones, es asunto algún tanto obscuro, pues no tenemos dato positivo alguno que nos lleve á la verdad. Sin embargo, no dudamos que el hombre se apropiase primeramente aquellos que suelen aparecer en estado puro en la superficie de la naturaleza, tales como el oro, el estaño y el cobre. Pero es verdaderamente curioso lo que se observa en el hombre fósil. Este no comienza, según nos

(1) *Intr. al Estu. de la Hist.*, pág. 170, Granada, 1881.

lo aseguran sabios arqueólogos, por el uso de los metales en el estado en que la naturaleza se los ofrece, es decir, sin aleaciones ni mezclas, sinó que inicia una industria metalúrgica que nos llama la atención poderosamente, toda vez que el *bronce*, metal compuesto de nueve partes de cobre y una de estaño (1) que no se halla en la naturaleza, sino que es obra artificial de la inventiva humana, fué trabajado antes que el *hierro* por ejemplo, por más que sobre este particular, tengamos algunas dudas que exponer.

A la casualidad, de ser cierta la opinión consignada, debió la humanidad la preparación del bronce; pero en verdad nosotros no concebimos semejante adelanto, si el desconocimiento de las combinaciones, no le permitía progresar en este sentido.

Lo natural, lo lógico, es, que el hombre, al encontrarse con una materia como el *hierro*, (tipo que tomamos para evitar confusión) que se muestra fusible y maleable á la forma que él desea para fabricar sus enseres; no haga otra cosa, sin ulteriores reflexiones, difíciles de efectuar, dado que su inteligencia en esta materia no puede tomar objeto de comparación y formar juicio de la naturaleza que permanece silenciosa, que utilizarlo pudiéramos decir, casí mecánicamente, pues el mismo entusiàsmo del hallazgo que en alto grado bríndale la fortaleza para sus armas, le priva variar el procedimiento hasta entonces seguido para su apropiación. El hombre cuando vive en la ignorancía y en la barbarie, no discute los hechos, no se detiene á reflexionar sus ventajas ó defectos; sino que los acepta tales como los ve planteados, y de la misma manera que los ha aprendido, repítelos por siempre, sin variar ni un ápice, temeroso de perder aquel conocimiento para él casi de su dominio absoluto. Ya fuese el *hierro* mismo, ya el *cobre*, ó cualquier otro metal, el que primeramente descubriesen nuestras razas protohistóricas; debieron usarlo como se lo daban, es decir, en estado puro, y no tratando de enmendarle la plana á la gran benefactora, pues tales atrevimientos, si cabe la palabra, han quedado reservados á los gigantescos progresos de una civilización tan formidable como la nuestra, en que aun hasta los mismos fenómenos naturales se alteran y modifican al capricho del cerebro de un sabio.

Tal vez la única explicación que pudiera darse acerca de tan importante cuestión, plausible hasta para nosotros mismos, la hallamos en una curiosa nota del relato que sobre el Japón nos hace Kaempfer, cuando apunta que el hierro y el cobre se fundían juntamente en aquel país, y que casi gozaban de igual precio, y valor estimatorio. Retrotrayendo ahora, tal estado de cosas á las primeras edades, como lo hace el erudito Tylor (2) en su obra ya citada, nada tuvo de particular que el hombre prehistórico, modelase prime-

(1) Haüy *Traite de Mineralogie.*—Feliu, *Física y Química.*
(2) Pág. 222.

ro en hierro sus armas; pero, que habiendo visto la facilidad que le ofrecía la ductibilidad del cobre (1) y del estaño, hallados á la sazón, (2) dejase momentáneamente el empleo del hierro, para utilizar estos metales, y entonces, si se comprende que se le ocurriera mezclarlos naciendo el bronce de tal operación.

Nosotros, pues, creemos que antes del *bronce* la humanidad usó el hierro, pero fieles á la imparcialidad más absoluta, expondremos las bases fundamentales en que se apoyan nuestros contrarios en este punto, y el desarrollo fijado á la Protohistoria.

Los minerales de cobre y estaño, dicen, son raros en el estado de pureza; generalmente se presentan oxidados, exigiendo la separación del metal puro de estos óxidos, conocimientos y operaciones que no debían hallarse al alcance del hombre primitivo. En cambio, la fusión de los óxidos hecha alguna vez por casualidad y en *proporción constante*, daría por resultado una materia metálica, dura, resistente y fusible, desconocida en aquellos tiempos. De esta manera concluyen, debieron llegar aquellos hombres á conocer el bronce, mineral compuesto, muchos siglos antes que al cobre, y al estaño, sus componentes.

Además el *bronce* es uno de los metales más fáciles de fundir, y bajo este aspecto fué muy útil en la antigüedad; teniendo la propiedad de ser muy ductil si después de enrojecido se le enfría repentinamente, adquiriendo por el contrario, al repetirse esta operación, ya trabajado una dureza extraordinaria casi igual á la del hierro.

Contemporáneas del bronce fueron las habitaciones lacustres, recientemente descubiertas en los lagos de Suiza, Italia y Alemania, las que por su número y proximidad parecen ser pequeñas poblaciones; y las colocamos en este lugar, porque la mayor parte de los objetos que se han descubierto, como cuchillos, puntas de lanzas y de flechas, martillos de piedra, hachas, espadas, arpones, alfileres, brazaletes, son fabricados con aquel metal. Ya el hombre de esta época, fabrica el vidrio y se distingue en el trabajo del ambar y en la alfarería en general, como asimismo en el hilado del lino y de otras plantas textiles, con las cuales fabrica sus vestidos; la incineración de los cadáveres practícase y hay alguna noción aunque remota, para suponer que el culto religioso comenzase, debido al hallazgo de ciertos talismanes ó emblemas religiosos.

El género de vida de esta raza consiste en la caza, la pesca, el pastoreo y la agricultura, al mismo tiempo que en el perfeccionamiento de las viejas industrias que han de abrirle paso al hombre para adquirir la ansiada dominación de la naturaleza.

En cuanto á la *edad del hierro* fíjase su campo de acción, co-

(1) De la Isla de Chipre: de aquí se derivó *aes Cyrprium:* (cobre.)
(2) De las minas de Georgia y Corasatal en el Asia.

lindante con el principio de la historia propiamente dicha. Al bronce que no reunía las condiciones necesarias para la industria, y que fué caro siempre; sucedió el empleo de otro metal más abundante, barato, ductil y fuerte, y que además respondiese á las exigencias de la industria á la sazón ya bastante avanzada. El oro, el cobre, el estaño, la plata, á más del bronce y del hierro, ahora fueron, los principales metales que el hombre conoció en esta edad, habiendo realizado un gran paso en la construcción á torno y en la cocción al fuego de la alfarería, valiéndose para ello de hornos, como asimismo en el uso de las monedas de bronce que debieron abreviar en gran manera las transacciones mercantiles.

Forman sus costumbres, la plena posesión de los gérmenes de las industrias actuales, como asimismo, la práctica de los sacrificios humanos, muy generalizada en las naciones de Europa, aún después de los tiempos históricos. (1) Las espadas, cuchillos, lanzas, collares, hoces, brazaletes y demás utensilios y adornos de esta edad son de hierro pero denotan gran esmero en su ejecución. En todos los paises del globo, los comienzos de la civilización han sido los mismos: nada importa, que los factores primos se hallan alterado, la humanidad es una, y si atentamente estudiamos su desarrollo hasta llegar á las augustas puertas de la historia, veremos perfectamente delineadas las tres famosas edades de piedra, de bronce y de hierro por las que el humano ha tenido necesariamente que pasar.

Y hecha, á manera de disgresión la pintura de lo que para Escard y Goguet, constituían las fases del desarrollo humano, continuaremos nuestra ojeada histórica.

Los estudios realizados provechosamente en Europa, repercutieron como era natural en España, y así veremos, que la *Historia de la milicia española*, de Martín Mendoza, publicada en 1759, no solo acepta las anteriores conclusiones, sino que afirma que al igual de los americanos, los antiguos guerreros, antes de descubrirse los metales, debieron de usar la piedra en sus picas y lanzas.

En los principios de siglo, allá por los años de 1804, Mouguet presentó al Instituto de Francia una curiosa memoria, con motivo del hallazgo de la conocida hacha del Soma (Abeville) acontecimiento que acabó de confirmar la cuestión en todos sus detalles, generalizándose poco tiempo después, en 1821, semejantes estudios, con los novísimos descubrimientos practicados en Alemania, Suecia, Escandinavia, Dinamarca, Francia é Inglaterra, debidos á Nilsson, Momsen, Forchamer, Worsae Steenstrup y mucho más, con los incansables trabajos de Boucher de Perthes, cuya universal fama nacida en *Moulin Quignon*, tánto adelantó á la ciencia en su camino.

Y ya que hemos felizmente alcanzado la idea más clara, la más completa afirmación de la existencia del hombre protohistórico; no

(1) Lubbock, Ong. de la Civi.

estaría demás que á seguida nos ocupáramos de las varias teorías con que la ciencia trata de explicarse una importantísima materia, como lo es, sin duda, el orígen del hombre.

Para los naturalistas y antropólogos antiguos, poco valía el que en un momento cualquiera los tipos físicos hubiesen sido especies, géneros ó variedades, lo que importaba saber, y sobre todo, á nadie más que á los filósofos, era el hecho de cómo habían nacido, si de una manera expontánea, ó á expensas de lo ya preexistente.

Los progresos, sin embargo, de los hombres de ciencia en este sentido, al chocar con las investigaciones apuntadas, engendraron dos corrientes ó doctrinas distintas, con el objeto de explicarse á su vez, punto tan capital como este, ortodoxa y monogenista la una, que afirma que todas las razas humanas se derivan de un mismo tronco, según la versión bíblica; y revolucionaria ó poligenista la otra, que indica la permanencia de los tipos en las condiciones actuales, y tal como los vemos, y que de consiguiente han debido de ser múltiples en el pasado.

Pero examinemos las principales doctrinas que hoy se dividen la ciencia actual, si bien con la brevedad exigida en una obra de la índole de la nuestra.

Dejemos á los metafísicos disertar largamente sobre la ciencia del hombre, la harmonía del cuerpo y del espíritu, ó la intervención de la naturaleza; lo mismo que á las discusiones de los sistemas religiosos, y solo detengámonos en el libro sagrado del *Génesis*, tal como lo conocemos por la compilación de Esdras, pues sobre él existen dos opiniones dignas de ser conocidas, la una, nace de suponer á todas las razas descendientes primitivamente de una sola pareja, Adan y Eva, y consecutivamente, de otras tres, salvadas del diluvio, como igualmente, todas las especies animales, manifestándose al momento la influencia de los medios, y la confusión de lenguas después. La otra, por el contrario, afirma que en el *Génesis* se alude solo á los pueblos semitas y á los judíos en particular; y al efecto, sacan á relucir los argumentos en que Isaac Peirere en 1655 fundó su doctrina sobre los *Preadamitas*, recordando que Dios marcó á Caín con una señal, *á fin de que aquellos que le encontrasen no le mataran*, concluyendo por invocar que en el capitulo VI, los hijos de Dios están representados como razas de Adán, al paso que los hijos de los hombres, como razas no adámicas. Más tarde, Linneo tuvo sus dudas respecto de la disparidad que observaba en las especies zoológicas, pero á esto Prichard, contestó que como sobrenatural era al fin lo que se trataba, en nada se alteraría si algo se aumentase ó disminuyese. Y á esto agrega el Dr. Topinard, (1) débese responder, á aquellos que como el mismo Prichard, discuten si Adán fué negro, ó rojo, como supone Eusebio de Salles ó blanco,

(1) *Antropología*. T. I. trad.

en fin, y si efectivamente fué dolicocéfalo, ó braquicéfalo, según Stalisnao Wake.

Ocupa desde luego distinguido lugar la doctrina de Mr. Quatrefages, que ageno á los intereses que no se relacionan con la ciencia misma, defiende valerosamente la unidad de la especie humana, al paso que su antigüedad más remota, y conforme con la calificación de Isidro Geoffroy Saint-Hilaire, admite para nuestra raza, en analogía con su elevado rango y religiosidad, distintivo característico, un lugar en la escala zoológica, llamado *reino humano*, por más que semejante circunstancia no sea realmente una especialidad del hombre, toda vez que muchos indivíduos ó razas no la poseen. (1)

Posteriormente Agassiz declara que el orígen de las especies piérdese en la noche de los tiempos, no estando fijados en sus límites, ni determinados por la facultad de los indivíduos de no fecundarse entre sí, pero en cambio admitía tan distinguido naturalista, la intervención de una voluntad suprema en todas las fases de la historia, que obraba en virtud de un plan de antemano preconcebido, y en cuanto á sus famosos reinos *(realm)* centros de creación; podemos añadir; que hoy se hallan materialmente poblados y que sus condiciones de existencia se encontraban también idénticas, por ejemplo, en otra época en Francia.

Mr. Quatrefages, por decirlo, asi, se encierra en un homogenismo clásico, que se distingue del nuevo; al paso que Agassiz en un poligenismo especial desarrolla su doctrina; ambas maneras de pensar, sin embargo, de igual modo que dos círculos tangentes, se unen en el punto en que se ocupan de la formación del hombre, fuera de las leyes naturales que encadenan y rigen al Universo.

Pero hasta Lamark que en 1809 presentó su admirable doctrina sobre el *transformismo*, por más que antes Maillet y Robinet algo hubiesen dicho sobre el particular, la ciencia no marcha por un camino, al menos, tan profundo como brillante.

Las especies, decía, varían hasta lo infinito, y consideradas en el tiempo, no existen, pasan de unas á otras por una infinidad de transiciones, así en el reino vegetal como en el animal y remontando la serie de los seres, llegase á un determinado número de gérmenes primordiales ó *mónadas* que provienen de generaciones expontáneas, hallándose entre estas evoluciones también comprendido el hombre, que no es más que el resultado lento de la transformación de ciertos *monos;* constituyendo además las vías y medios para Lamarck, la adaptación de los órganos, á las condiciones de existencia, entre las cuales la fuerza interior del organismo por él invocado, es en efecto inmensa, para la provocación de los cambios exteriores.

(1) Véase á Lubbock. *Los oríg. de la civili.*

Tal doctrina, á la que Cuvier, casi perdonó en sus comienzos, dejó ilustres discípulos y adeptos como Poiret, Bory de Saint-Vincent y Geoffroy de Saint-Hilare, en Francia; como asimismo á Oken, Goethe y Treviranus en el extranjero. Corría el año de 1818 cuando Geoffroy de Saint-Hilaire, declaróse el más adelantado campeón de esta doctrina, pero habiéndole salido Cavier al encuentro, pudo con su autoridad, después de varias vicisitudes, derrotar á la sazón de la revolución de 1830 en Francia, el *transformismo*; pero, á pesar de tal derrota, el número de sus simpatizadores iba en aumento, la última obra de Goethe, así lo proclama, y los renombrados botánicos W. Herbert, R. Morthews Lecoq, Hooker, Rafinesque y Nandin, como igualmente los geologos Omalius de Halloy Keysserling y los sabios más tarde Spencer Lyell, Schaafhauser, despejan la senda con sus discusiones ámplias de los ideales propuestos, y ya tranquilo el pensamiento y el corazón anhelante de verdad, aparece, por fin, la egregia figura de Carlos Darwin en el año de 1859, que después de su viaje alrededor del mundo, y de su regreso á Londres, seis años después, estudia la selección artificial, dándole Malthus, con su libro *Población*, la palabra que debía dar vida á su teoría el *struggle for life* (1) al mismo tiempo casi, que otro sabio Wallace, en la Malasia, había comenzado á tratar tan interesante cuestión, más hubo de retroceder espantado al observar que sus conclusiones también tenían aplicación al hombre; Darwin, por el contrario, avanzó sin temor, hasta llegar al fin que se había propuesto, y su *darwinismo*, como fué llamada desde entonces su doctrina, grande boga alcanzó entre los hombres de saber en todo el globo.

En la naturaleza es fácil, sobre todo, entre los criaderos de animales y horticultores, el ir modificando las condiciones naturales de sus seres y plantas hasta tal punto, que llegan á obtener, en muchos casos, verdaderás especies nuevas. Conforme con esto, Sebrigh anunciaba que en tres años se comprometía solemnemente á producir una pluma dada en un ave, y en seis, tal ó cual forma de pico ó de cabeza.

Pero, ¿es asimismo posible esta evolución, mejor dicho, esta transformación, sin la mano del hombre en la vida? Darwin crée que sí, y para ello, la variabilidad expontánea, como asimismo la ley del más fuerte, son las bases principales sobre las que desarrolla su interesante doctrina; pero, debemos añadir que entre Lamarck y Darwin, hay grandes diferencias, sobre todo, en los medios.

Para el uno, el punto de partida de la transformación, radica en el exterior, que á la larga modifica el vivir, creando nuevas necesidades y costumbres; mientras que para el otro, hállase simplemente en la superioridad que siempre obtiene en lucha aquel que

(1) **Lucha por la existencia.**

posée una ventaja cualquiera. Por otra parte, la embriología, como parece desprenderse de las palabras de Hœkel cuando dice "que la serie de formas diferentes que todo indivíduo de cualquier especie recorre, á partir del principio de su existencia, es simplemente una recapitulación breve y rápida de las séries de formas especìficas múltiples por que han pasado sus antecesores, los abuelos de la especie actual, durante la inconmensurable duración de los períodos geológicos", favorece la doctrina que comentamos.

Ni una palabra añadimos que verse sobre la verdad ó errónea creencia de tan conocida teoría; no somos antropólogos, únicamente desempeñamos, en este caso, el modesto papel de expositores. Y para concluir nuestro cometido, reasumiremos la *genealogía* del hombre conforme Mr. Hœkel no la describe, y es como sigue:

En la tierra, en un principio, en su período llamado *lauréntico*, formáronse los primeros *grumos albuminoideos*, por las especiales condiciones de algunos elementos, tales como el carbono, el nitrógeno, el oxígeno y el hidrógeno, y á expensa de éstos *grumos*, y por el proceso de la generación expontánea, surgieron las células primeras nombradas *moneras*, las que segmentándose y multiplicándose en órganos, sufren ademas nueve transformaciones engendradoras de vertebrados del género *amphioxus lanceolatus*, en los que á su vez aparece la división de sexos, la médula espinal y la *chorda doraalis*. Después, al décimo grado, distínguese el cerebro y el cráneo, al undécimo, los miembros y las mandíbulas asómanse; al décimo sexto, la adaptación á la vida terrestre se termina; al décimo séptimo, la genealogía humana se eleva al *kanguro*, entre los marsupiales; al décimo octavo, llega á *lemúrido;* al décimo nono, *catirrinio;* es decir, un mono de cola; al vigésimo conviértese en *antropoideo;* al vigésimo primero, el *hombre mono*, sin el lenguaje, ni el cerebro apropiado, y por último, al vigésimo segundo, surge como por encanto el hombre tal como le conocemos hoy en sus formas interiores al menos. De suerte, que de los corpúsculos orgánicos más insignificantes y sencillos, al hombre llegado á tanta altura, tiene su origen, según esta ingeniosa teoría, es ni más ni menos que lo que en el cláustro materno acontece con nuestros indivíduos; si bien allí se trata tal hecho de una manera más ámplia y de un modo más permanente en los albores de la vida animal. Sea lo que fuere, el punto aun no aclarado, que determina la formación de nuestro reino, del cual, por otra parte, debemos indudablemente mostrarnos orgullosos; es lo cierto, que todas las doctrinas sobre esta materia, no son más que mejores ó peores hipótesis, pues la obscuridad nos envuelve al retrotraer nuestra vista al pasado, y ya en él, privados de observar los hechos verdaderos, andamos á tientas, tocamos de refilón las cuestiones de suma importancia, y por fin, ya cansados y con el desaliento por compañero, volvemos á buscar la salida, porque solo la luz, aun cuando no tengamos conciencia de

donde parte, es la más grande de las verdades, el patrimonio más real conque el hombre de hoy cuenta, y gracias á su influjo, Edisson asombra, Newton descubre su ley inexorable, y la ciencia produce benéficos resultados que le señalan al hombre su difícil misión sobre el planeta que habitamos.

No somos nosotros, tan materiales como estas ciencias, que solo creen al hombre un mamífero, que nace, se desarrolla y muere, ya considerado aisladamente con indivíduo, ó ya en su conjunto harmónico, determinando á la humanidad. No discutiremos su lugar zoológico; más, sí nos atrevemos á manifestar, á fuer de que se nos tenga por rancios y retrógrados; que el humano es algo más que un ser que un indivíduo encadenado á una escala de vidas, es el reflejo de algo superior, de una primera autoridad intangible; de igual suerte que la luna, sin tener luz propia, nos envía en las embalsamadas noches de los trópicos, esos dulces rayos, que á su vez el sol pródigo á diario le regala.

TIEMPOS PROTOHISTORICOS

I Protohistoria hispana.
II Razas Protohistóricas de España.

I

Protohistoria hispana

Hallándose la región española, enclavada en el vasto continente que forma la Europa, al igual de los demás paises que conocemos, nada tiene de particular para nosotros, el que en su suelo se encuentren de contínuo vestigios de hombres y animales, en estado, de fósiles, toda vez que con algún fundamento suponemos, la preexistencia en nuestra patria de antiguas razas, comprobadas suficientemente por esos mismos hallazgos, á que nos hemos referido y por los investigadores trabajos en este sentido realizados por los más sabios arqueólogos y antropólogos modernos. Hasta la fecha en España, solo háse presentado la formación diluvial con caractéres interesantes en los terrenos de San Isidro del Campo, no lejos de Madrid á cuyo término municipal pertenece; y en las cuencas del enano Manzanares, como le suelen llamar los poetas.

Son notables además, estos lugares, por el número y calidad de los objetos, en él descubiertos, lo que ha dado lugar á que distinguidos arqueólogos, como los ingleses, Falconer, y Busk, que por los años de 1863, examinaron las cavernas de Gibraltar, como así mismo Verneuil, y Lartet, posteriormente en 1862, observasen estas estaciones, conjuntamente con los Sres. Machado, y Prado (1), siendo tales esfuerzos en pró de la Protohistoria, sino los primeros; al menos, los que más hicieron por despertar entre nosotros la afición á este linaje de investigaciones, tan brillantemente continuadas hoy en la Europa.

El diluvión, escribe el tantas veces citado en esta obra Sr. Vilanova y Piera (2), que sirve de asiento á Madrid en la ladera izquierda del Manzanares; por la derecha se extiende considerablemente en dirección O. hallándose, en ella enclavada, la famosa localidad de San Isidro, descansa en discordancia de estratificación sobre las margas blanquecinas del terciario mioceno, llamadas ca-

(1) Descrip. geog. y fisi, de la Pro. de Ma. 1864.
(2) Ob. cit., pág. 431, t. I.

yuela por los canteros, formando aquellos depósitos horizontales de acarreo, con los bancos terciarios un ángulo no muy pronunciado, observándose la existencia de algunos manantiales, y en especial el celebrado del Santo, en el punto de contacto de ambas formaciones. El espesor que alcanza el depósito de acarreo, es de 21 ms. próximamente, y como quiera que la cayuela terciaria, se halla á 20 ms. sobre el nivel medio de las aguas, resulta que la meseta con que aquél termina, está 41 ms. sobre el río, que es aproximadamente la altura de los puntos culminantes de la capital.

Especialmente en Amiens, San Acheul, Moulin Quignon, y otros puntos de Francia, apenas si los instrumentos paleolíticos se hallan á nueve metros de profundidad, no sucediendo así en España, donde el estado y tamaño de los materiales, indican claramente, un régimen casi siempre normal de las aguas, y de aquí, la mayor antigüedad, é importancia de los objetos descubiertos en San Isidro.

En la localidad de San Isidro de Campo, como en los muchos trabajos de desmontes realizados en estos últimos años, hanse puesto de relieve, los restos más ó menos alterados de rocas graníticas, porfídicas, y cuarzosas análogas á las que se observan en la cordillera más próxima donde arranca el Manzanares, siendo lógica consecuencia que si el hombre primitivo, usó para la fabricación de sus armas, alguna vez de los pedernales, tuvo necesidad de buscarlos en Vallecas, y Vicálvaro, lugares no distantes, pues en Madrid, si no faltan de contínuo, por lo menos escasean grandemente.

Según entiende el distinguido ingeniero, D. Casiano del Prado, y así lo consigna en su obra sobre la Descripción física de la Provincia de Madrid, ya citada por nosotros anteriormente, los Campos de San Isidro de Madrid, presentan gráficamente los tres niveles característicos del terreno cuaternario bajo una capa moderna de tierra vejetal, y son: el de las arenas, el del gredón, y el del guijo ó de la piedra, perteneciendo los fósiles, y demás objetos de esta región, al período paleolítico, mereciendo citarse, los huesos de un *Elefante* que en 1845 halló el Sr. Graells á unos 30 metros de profundidad, siguiéndose á este descubrimiento, el de los restos de otro paquidermo análogo en el Tejar de las Ánimas, en 1850 varios molares del *Equs fossilis, y del Cervus elephus*, y además parte de una mandíbula perteneciente á este último indivíduo.

Conjuntamente con varios huesos largos, han aparecido también, los silex, en forma de puntas de lanza y de flecha, hachas de las mismas materias, y una muy curiosa sobre todo de cuarcita, admirablemente conservada.

En el conocido *Cerro de Almodovar* se han descubierto muchos fósiles marinos, tales como ostras, conchas, y pectones; en Monasterio, provincia de Burgos, en Cabra, (Córdova), hanse hallado mo-

lares, y dientes, que se suponen sean del *Ursus Spelæus*, y del *Equus pimogenitus;* y por último, León (Calle), Atzqurri (Guipúzcua) y Valencia, y sus cercanías, presentan un variado campo de objetos, todos pertenecientes al período que estudiamos, los cuales han aparecido en el nivel inferior, y á veces aunque pocas, en el superior; pero en todos ellos refléjase indudablemente la mano del hombre en su construcción, lo mismo que en las armas, utensilios para la vida, cerámica, alfarería, etc., etc., halladas en las cuevas ó cavernas de la Península, pues como ya hemos visto, estas fueron las viviendas primeras de nuestros antepasados, en el período que nombramos *mesolítico.* De estos depósitos, son notables en España la *Cueva de los Murciélagos de Albuñol* en la histórica Granada, donde á la par de esqueletos humanos fosilizados, de ambos sexos, que el Sr. Góngora (1) describe en número de quince, se ha descubierto, una tosca diadema de oro puro, que pesa 25 adarmes, artículos de uso doméstico como cuchillas de esquistos, vasijas de barro, punzones de hueso, cucharas de madera, trabajadas á piedra y fuego, é instrumentos, como hachas y flechas, con punta de pedernal, engarzadas á unos palos con un betún muy fuerte.

Además las de *Clavos*, *Botica*, *Algarrobo*, *Cuero*, *Sorga*, *Mujer*, *Peña de la Mel* y *Lubriga;* ofrecen ancha esfera de investigación, á los estudios arqueológicos, por el número grande de comprobantes, que en nuestra patria han dejado esas primeras razas, que más adelante estudiaremos.

Respecto de la fabricación de las *cerámicas*, como se desprende de las vasijas, y demás objetos, hallados en algunas cavernas de España; indican naturalmente, un grado de progreso sobre las pasadas edades, en que el hombre usaba de otros elementos, porque como dice acertadamente, un autor (2) la cerámica aunque tosca, supone más cuidado que la fabricación de las mismas pieles, y que los trabajos en la madera y el hueso.

El período *neolítico*, ó sea el de la piedra pulimentada, como así mismo los dólmenes ó túmulos, que es donde principalmente se hallan en la Península, aparece marcado con verdadera abundancia de datos que permiten formar juicios exactos y acabados respecto de cada momento histórico.

En la provincia de Guadalajara, en el pueblo de Argecilla, como asímismo en Alava, vénse á las hachas de piedra pulimentadas, y á la cerámica en condiciones tales de elaboración, que se nota que los antiguos hombres hubieron de valerse para su construcción, del torno, sobre todo para moldear sus vasijas, deduciéndose de lo consignado la dilatada permanencia del hombre fósil en este paraje de España, probada también, por los muchos cuchillos, puntas

---

(1) *Prehistoria de Andalucía.*
(2) Orodea, ob. cit.

de lanzas, flechas y demás objetos propios de la prehistoria hispana.

Dejando aparte, dice el Sr. Vilanova (1) las costumbres del hombre, en los abrigos naturales y en las cavernas por él habitadas en tiempos posteriores, dió si cabe, más importancia, al último tributo que pagaba á los cadáveres de sus semejantes, levantando verdaderos monumentos que reciben en tesis general, el nombre colectivo de megalíticos, en atención á que el carácter que más los distingue, es el de figurar en ellos grandes piedras, que esto y no otro, significa la palabra empleada, según las raíces griegas *megos* grande, y *lithos*, piedra.

Entre todos ellos el Dólmen es el más común y conocido, por cuanto habiéndose considerado hasta hace poco como restos de la cultura celta y druídica, han sido objetos de pesquisas é investigaciones detenidas y minuciosas de parte de los arqueólogos, siquiera no pocas veces hallan incurrido en el error de considerarlo como piedras de sacrificios cruentos, ó como altares del culto pagano, siendo así que todos ellos por los tesoros etnológicos y arqueológicos que contienen, y el destino que el hombre antehistórico les daba, revelan lugar de respeto hácia los muertos.

La palabra Dólmen, y también Delmin, derivados de las raíces galaicas ó bretonas *tol*, mesa, y *men* piedra, es corrupción de Tolmen y se aplica á todo monumento funerario compuesto de una ó varias piedras, más ó ménos grandes y planas, puestas horizontalmente, ó algún tanto inclinadas, sobre otras verticales, á manera de pilones dejando debajo y dentro del recinto un espacio hueco, ó cámara donde se colocaban los cadáveres y los objetos que con ellos se encuentran. Con el fin de resguardar mejor de la acción del tiempo el Dolmen y los tesoros sagrados que contenía, solían cubrirle de tierra, y también con otras piedras, lo cual comunicaba al todo, el aspecto de un altozano ó cabezo redondeado, de donde el llamarlos en Galicia *mamoas* y también madorras y *mamblas*, por compararlos con el seno de la mujer. Algunas veces daba acceso á la cámara sepulcral, una especie de callejón, á manera de vestíbulo formado también de losas ó piedras de canto cubiertas ó no por otras. Con el transcurso del tiempo las aguas de lluvia, la acción de la atmósfera, y de otros agentes, hicieron desaparecer la tierra, presentándose el verdadero Dolmen en su primitiva y más legítima estructura, ora compuesto de una sola ó varias filas de piedras, en cuyo último caso representa lo que más propiamente se llama *Cromlech*.

Difícil es, por cierto, saber cómo aquellas gentes sin las cuerdas, las poleas, y los restantes medios auxiliares, que perfeccionaron despues los progresos de la industria, y de la mecánica, pudieron colocar tan enormes lajas ó masas de piedra, sobre

(1) Obra cit. pág. 347.

las que servían de apoyo; quizás se imaginarían formando con la tierra misma una rampa ó suave plano inclinado, que partiendo de lejos terminára en el borde superior de los cantos que servían como de pilares, auxiliándose además con rodillos hechos de troncos de árboles.

Lo notable de estos monumentos, examinados al interior, es el esmero conque sus constructores obstruían los menores resquicios que entre piedra y piedra, pudiera quedar, valiéndose para ello de una especie de argamasa ó de pequeños cantos rodados, mezclados con tierra etc., pudiendo asegurarse que en Dinamarca, el país clásico de estos monumentos, que ni siquiera el agua, y apenas el aire podrán penetrar en la cámara sepulcral. Algunos reciben el nombre de Medio-Dólmenes (Semidolmenes), cuando un extremo de la piedra que sirve de cubierta, apoya en los pilares, y el otro descansa en el suelo. Otras veces varias cámaras hállanse como agrupadas debajo de una sola cubierta, casi siempre precedidas de un reducido vestíbulo formado de dos ó de cuatro pilares. La forma y aspecto de estos monumentos, siquiera conserven todos cierta analogía, varían bastante según los paises en que se estudian y más aún por la estructura de las piedras que se emplean, sea el granito,la caliza ó las pizarras, y areniscas. En el Norte de Europa se sirvieron los antiguos de cantos extraticos para la construcción de los Dolmenes, siendo á primera vista incomprensible como en Dinamarca donde tanto escasean las rocas de sedimento, y en cuyo suelo, sobre todo en Jutlandia, apenas si se distingue una piedra del tamaño de un puño, se encuentren número de estos monumentos, compuestos de masas enormes de granito, de sienita y de otras rocas eruptivas, y es que estas, procedentes de los Alpes escandínavos, fueron transportadas por las nieves perpétuas, durante el período cuaternario, á través del estrecho del Sud.

Por muchos, los Dólmenes fueron considerados como los testigos mudos, que acusaban con su presencia las viviendas de grandes pueblos, ya en les cuencas de los ríos, ó ya en los valles fértiles donde después de dedicarse al pastoreo y á la agricultura, solían fabricar tales monumentos, como recuerdo de su vida. Pero nada de esto es exacto, toda vez que en su forma como en los restos que guardan en sus cámaras sepulcrales, nótase gran variedad según, los países en donde se levantan, siendo asimismo la magnitud de algunas de sus piedras superiores, verdaderamente considerables, tanto que se citan varias, cuyo peso no baja de cientos de toneladas, lo cual, como se ve, rebate en absoluto la opinión de las emigraciones; debiendo solo buscar su orígen en gentes cuya vida lejos de ser nómada y errante, fuese sedentaria, pues tales construcciones de una época de tanto atraso, reclama por fuerza mucho tiempo para su terminación.

Los Dólmenes, ó mejor dicho en general, los monumentos me-

galíticos, hállanse regados por todo el mundo, tanto en Europa como en Asia, Africa y la misma América, presentan curiosidades acerca de este punto, si bien los de este último continente, son nombrados *cerritos* como asimismo *Mound builders*, á los atrincheramientos, baluartes y terraplenes de los alarifes, raza que se supone, con razón haber desaparecido en las evoluciones constantes de los tiempos.

Los Dólmenes parecen ser por el estudio que de ellos se han hecho modernamente, destinados únicamente al igual de las famosas Pirámides Egipcias, á servir de lugar de enterramientos generales ó de fosa común, pues no solo muchos individuos fueron en ellos sepultados, como se desprende del número de huesos y esqueletos descubiertos, amén de otros objetos, sino tribus enteras, por lo cual hánse considerado como verdaderas necrópolis particulares en este sentido. Sin embargo, no todos datan del mismo instante histórico, ni son los hallazgos semejantes. Mientras que en unos la piedra ya pulimentada, ya tallada y los demás útiles de ésta materia prima, forman, su valioso tesoro, en otros los metales dejan alguna vez observar famosos é interesantes trabajos realizados con ellos, gala hoy de nuestros museos.

Hállanse también comprendidos entre los monumentos de esta clase los *Menhires*, palabra derivada de las raíces celtas armoricas. *Men*, piedra, é *hir* largo, conque suele asignarse á ciertos monolitos de más ó menos elevación, que la antigüedad sembrada en la tierra, procurando siempre que se mantuvieran enhiestos á través de los siglos. A veces encuéntrase uno solo, á veces también agrupados en forma de elipses, como los que Vilanova cita en Karnac (1) y Lubbock en el Decan, si bien estos últimos revisten un carácter sagrado.

Y dada ya, á grandes rasgos, una explicación de lo que debe entenderse por *Dólmen, semidólmen* y *Menhir* detengamos á examinar los monumentos que de esta clase se hallan en la Península Ibérica, entre los cuales merecen especial mención el de *Dilar*, existente en la provincia de Granada, el del *Hoyón de Alcalá la Real*, la piedra *Cayaba*, también en esta última localidad, el del *Tallo de las venas*, considerado como Dólmen túmulo, y el de la *Cruz del tío Cogollero*, enclavado como el anterior en el pueblo de Boya, provincia de Murcia. Mas, no son los citados los únicos monumentos megalíticos que en la España existen; su número cada día es mayor, porque cada día también se hacen nuevas pesquisas arqueológicas, en este sentido, y ya todos nuestros museos y sociedades antropológicas guardan con singular complacencia testimonios irrecusables de la preexistencia de antiquísimas razas, antes de los comienzos de la verdadera historia, si bien todos pertenecen á la época neolítica, ó

(1) Ob. cit., pág. 355.

cuando más á la de transición, por eso el empleo del bronce no ha sido revelado en algunos artefactos que se han descubierto en estos sitios, porque ya en ese momento histórico se inaugura la famosa etapa del progreso, llamada de los metales.

Hasta ahora, pocos, muy pocos son los datos que acerca de estos tiempos tenemos en la Península, pero nos basta con uno principalmente para presentarlo como el más genuíno representante de la edad de los metales. Nos referimos al Dólmen ó túmulo, que en esto existen diversas opiniones, de *Castellet de Porquet de la Olleria*, descubierto por el Sr. Plá, de quien ya en otro lugar nos hemos ocupado, y en el cual se encontraron gran acopio de instrumentos de bronce, tales como hachas y varios esqueletos humanos y de animales, como bueyes, cuervos, caballos, cerdos, lo cual ya hace presentir que el hombre utilizaba en esta época los cuantiosos beneficios que estos seres domésticos prestan á la humanidad. Igualmente el entusiasta y malogrado Sr. D. Francisco María Tubino, hizo donación allá por los años de 1868 al *Museo Arqueológico de Madrid*, de varios y curiosos hallazgos pertenecientes á la época de los metales en España, llamando la atención, sobre todos, una bien pulida hacha de diorita, un candil de bronce, dos flechas también de este metal y una especie de vasija de barro con su plato. También en Murcia (Baza) hallóse una hacha de cobre con la particularidad de tener dos asas, como asimismo en el valle de los Eriales, en esta misma provincia, en donde existe una vastísima necrópolis, de la cual se han extraído huesos, dardos, flechas, sortijas de cobre, adornos y piezas de bronce en gran cantidad, lo cual hace pensar al señor Vilanova que el cobre antecedió al bronce, pues los objetos de esta última materia los halla más acabados y pulidos que los de cobre que han sido descubiertos.

Respecto del hierro, verdaderamente poco tenemos que decir. Es el grado inmediato de progreso en el pasado: También en España sucedió al del bronce, al decir de los eruditos y en el Museo Arqueológico consérvanse los representantes hasta ahora hallados, pertenecientes á este número escaso de la civilización de la antigüedad. Sin embargo, Almedinilla, Itálica y Espejo, han presentado algunas lanzas que indican, por lo menos, que España sufrió, como todo el mundo, las diversas fases á que la humanidad se vió sometida, hasta poder alcanzar la poderosa cultura de que hoy con orgullo blasona, y sobre todo, en esta última década del siglo de las luces.

II

Razas protohistóricas de España

A pesar de la erudita opinión de Schaaffausen que supone á la raza de Canstadt anterior á la época cuaternaria, nosotros siguiendo un parecer prudente dámosle á dicha raza, como punto de partida, esa misma época cuaternaria que para los estudios prehistóricos es el fundamento capital, por lo menos, hasta ahora. Los restos encontrados en los modernos tiempos pertenecientes á esos hombres rudos y primitivos nos indican, que tanto las cuencas del Rhin como los valles de Francia, el Mediodía de Inglaterra, la Bohemia, el Norte de la Bélgica, la Italia central y los campos Gibraltareños en España, fueron vasto teatro de su desarrollo y de sus actos por demás salvajes. Es un hecho curioso el de que si como raza, la de Canstadt ha ido poco á poco desapareciendo del globo, merced á las mezclas, cruzamientos, y exterminios; como tipo; en la actualidad existe, precisamente en los elementos que indiscutiblemente constituyen las poblaciones actuales, fenómeno, que no es debido á la pura casualidad, y que hay que reconocerlo, como oportunamente afirma el Sr. Sales y Ferré, como un *atavismo*, cuya generalidad encierra grandísima importancia.

Distínguese esta raza por ser *dolicocéfala* y además *platicéfala* lo cual vale, tanto como decir, que su cabeza es larga y estrecha y la bóveda del craneo aplanada; el índice cefálico llegaba hasta 72, circunstancia que solo se observa ahora, de una manera aproximada, entre las tribus *esquimales*. La frente además, mostrábase estrecha y deprimida y un tanto oblícua, haciendo aparecer á las protuberancias supraorbitarias muy marcadas. La capacidad del craneo era pequeña, análoga á la de los Australis, debido sin duda al espesor de sus huesos, como nos lo muestra el ejemplar de Eguiseheim. Estos caractéres osteológicos, que indudablemente son los determinantes de estos antiguos pobladores, vénse modificados en el sentido de debilidad en las líneas, en el craneo femenino.

También la cara presentaba órbitas muy profundas, las fosas

nasales bajas, salientes los pómulos, el arco dentario en forma de herradura, la línea del perfil oblicua y el hueso de la barba rudimentario. La configuración general del resto del cuerpo guardaba perfecta relación con la cabeza, la talla era baja, pero indicando una constitución robusta, las costillas redondas, más que de ordinario, afectando por último las tibias, la forma platicnémica. Esta descripción revela desde luego, el salvajismo de esta raza, vigorosa y ágil, como poco inteligente y moral. Su vida así nos lo dice, combatía los más fieros animales con los cuales compartía muchas veces el alimento. Carecía completamente de industria; todo lo adquiría por la fuerza bruta, siendo como es natural su existencia, la del ser inculto y primitivo, que vegeta á las orillas del mar y de los ríos, que busca las cavernas que le pueden prestar abrigo, que se alimenta de la caza y de la pesca y que en un período de más desarrollo y civilización se sirve de la piedra que tallada ofrécesele hachas, lanzas, flechas y cuchillos, (1) hallándose en estas cerámicas los vestigios primeros de una civilización incipiente.

La fisiología, por su parte, en vista de los hallazgos y descubrimientos realizados, apunta ciertos caractéres, tales como el grosor de las mandíbulas y el volumen de sus dientes, destinados á masticar alimentos groseros y ligeramente cocidos, y sirviéndose, además de ellos, al igual de los campesinos y los niños como de verdaderas armas y utensilios naturales. La dificultad en adquirir los alimentos, casi siempre detestables por su calidad, era causa para el hombre de Canstadt, de que cuando los encontraba comiera de ellos hasta la plétora, resarciéndose entonces, de los interminables días en que las raíces, los insertos y las yerbas, eran sus más apetitosos manjares. Como consecuencia de este acto fisiológico, el estómago hallábase grandemente desarrollado, siendo sus intestinos y sus órganos digestivos comparables sólo á los que poseen las actuales razas salvajes, al paso que su sistema nervioso, carecía de desarrollo, siendo incapaz del más leve esfuerzo intelectual, por la debilidad y condiciones especiales de su conformación craneana; pero en cambio recio y duro contra los embates de la naturaleza, soportaba el calor, el frío, el hambre, las heridas, los golpes, y en una palabra, todo el interminable catálogo de calamidades que asedian al que vive entregado á un medio natural, sin noción propia de su fin terrestre, envuelto entre las sombras de la barbarie, sin haber jamás levantado su espíritu para admirar lo creado, admirarse de sí mismo después, y creer más tarde en un poder supremo, autor de autores, grande, sapiente y eterno é infinito. Se ha notado que en las razas inferiores, según afima Lubbock, (2) la precocidad en el desarrollo del organismo es de una

(1) Vilanova y de la Rada y Delgado. Geologia y P. Hisp.
(2) O, c.

manera constante, no desmentida, por cierto, en el primer habitante de Europa, si bien no breve y efímero en su existencia.

Estudiadas las habitaciones y los alimentos, veamos ahora el vestido y los adornos de los hombres primeros.

No cabe duda que entre ellos jamás fué usado vestido alguno y que el sentimiento del pudor nunca tuvo manifestación alguna, siempre vivieron tan desnudos de cuerpo como de cultura, semejantes á los niños que sin darse cuenta y sin sentir el más leve rubor que los mortifique, los vemos jugar tranquilos en la arena, sobre todo entre nuestras clases proletarias, sin nada que cubra sus tiernas carnes. Pues bien, de esta misma manera los antepasados de la humanidad anduvieron luciendo sus formas, sin objeto alguno que las cubriese, práctica observada aun entre las razas inferiores, tanto que Mr. Jhon Forrest (1) hablando de los salvajes de la Australia, afirma que todos ellos andan completamente desnudos y que ni los hombres ni las mujeres nunca han soñado en llevar vestido de ninguna clase. Igualmente Lubbock, (2) al tratar de los mincopis insulares de las islas de Andaman, nos dice, que no conocen el vestido, y que parecen desprovistos del sentimiento del pudor, y Tylor, (3) cuando estudia las costumbres de las tribus inferiores de las selvas tropicales, nos refiere que viven completamente desnudas, según ha podido comprobar por el testimonio unánime de viajeros y exploradores.

Pero es el caso de que á pesar de que el hombre antiguo vivía desprovisto de toda idea de pudor, hasta el punto de no conocer los vestidos, como hemos visto, usaba, sin embargo, adornos, tales como collares y brazaletes que construía con las conchas fósiles y con cantos pequeños, taladrados natural ó artificialmente, hecho comprobado por los descubrimientos de estos objetos en los depósitos diluviales y en las cavernas correspondientes á estos tiempos.

En esto, no ha hecho el hombre prehistórico, más que seguir las diversas etapas del desarrollo artistico, con relación al indivíduo en análoga forma, á la que descubrimos al estudiar los salvajes actuales. Estos, dice el erudito Lubbock (4) llevan asimismo collares, sortijas, pulseras y anillos en los tobillos, brazos, piernas y aun en el tronco. Usan adornos de todas clases alrededor del cuerpo, del cuello de los brazos, de las piernas, de los dedos de las manos y de los dedos de los piés. Por su número y peso deben ser, á veces, muy incómodos. Liechtenstein, vió una mujer, la de un jefe bechuana, nada menos que con setenta y dos anillos de bronce. Una

(1) Los indígenas de la Australia Central y de la Australia Occidental. Jour· of the Antrho. Ins. Enero 1876.
(2) El hombre prehistórico, pág. 397. *Oríg. de la civili.*
(3) Obra cit.
(4) Obra cit., pág. 51.

soberana del Africa meridional, visitada por Livingstone, (1) usaba diez y ocho anillos sólidos de bronce, del grueso de un dedo en cada pierna, y tres de cobre debajo de cada rodilla, diez y nueve anillos de bronce en el brazo izquierdo y ocho de bronce y de cobre en el derecho, con más un ancho brazalete de marfil por cima de cada codo. Tenía un lindo collar y un cinturón, ambos de cuentas. No son exigentes, continúa diciendo el autor antes citado, en cuanto á la materia del adorno, cobre, bronce, hierro, vidrio, conchas, piedras, pedazos de madera, semillas, dientes, todo viene bien. Mc. Gilliway observó en el archipiélago de la Luisiada, varios brazaletes hecho cada uno de una mandíbula inferior humana, atravesada por una clavícula, y otros viajeros han visto llevar con mucha gravedad y orgullo, anillos de cortina, chapas de cerraduras, tapas de latas de sardinas, y otros objetos tan extravagantes como baladíes.

Pero tales adornos, no se limitan á los que ya hemos narrado, sino que tanto el hombre primitivo, como las razas descriptas por Tylor, Burton y Lubbock, usaron de pintarse el cuerpo, ya con un sencillo adorno al principio, ya más tarde con los complicadísimos tatuages que vemos entre los madecases, cuyas mujeres se simulan en la piel una labor de punto hecho con pequeñas incisiones que las cubre desde los piés á la cabeza. Las acnesi se pinchan los labios y se los pintan de azul; y las de la tribu de serhan se punzan las mejillas senos y brazos, tiñéndoselos con ocre rojo. En Nueva Guinea se pintan en el cuerpo rayas verticales á menos de una pulgada de distancia unas de otras, enlazándolas entre sí con dibujos en forma de zigzag; al paso que otras, ostentan tan floreada la piel, y tan llena de colores, que parece caprichosa tela. No es raro, además de este trabajo, que el salvaje ejecuta en su cuerpo, el que realice verdaderas mutilaciones, tales como la de estirarse el óvulo de la oreja, hasta llegar al hombro, limarse el esmalte de los dientes y pintárselos de rojo, azul y amarillo, ó taladrarse, en fin, el labio inferior, las mejillas y las orejas, para colocar en dichas incisiones un pedazo de madera, ó de cualquier otra materia. El Sr. Sales y Ferré (2) opina que la raza de Canstadt, no practicára el tatuage, que para él es, el refinamiento de la mutilación; pero, que no duda, que usase mutilaciones parecidas á las que observamos en las razas inferiores, como asimismo, el que no se pintase el cuerpo con colores, pero sí el que se lo enlodara, no lavándose nunca, y que sus viviendas fuesen tan mal olientes, como los alimentos de los esquimales.

Es indudable, que el hombre prehistórico, conoció y usó el fuego, pues los hallazgos de restos humanos casi calcinados, corres-

(1) Exp. to the Zambesi, pág. 3

(2) Obra cit., pág. 276.

pondientes á la época del Mammuth, como asi mismo, los de varios pedazos de carbón vegetal; vienen á demostrar que los rudos hombres de las cavernas, se valieron de este elemento, tanto para calentarse, como para cocer sus alimentos.

Ahora bien: ¿cómo ese habitante rústico y salvaje de las primeras edades, pudo descubrir el fuego? ¿Fué un hecho debido á la casualidad, ó por el contrario el hombre hubo de procurárselo? Nada más lógico, que suponer á nuestros antepasados á la misma altura de civilización que la en que se hallan las razas salvajes, que todavía existen en el Africa Central, por ejemplo, y venir en conocimiento despues de estudiados los usos y prácticas de estas razas, respecto de cuáles serían las de los habitantes de las cavernas. El principal procedimiento de que se válen los salvajes, para obtener el fuego, es tan rudimentario como sencillo, pues estriba, en la frotación de dos pedazos de madera, hasta que se produzca la combustión, práctica que también debió usar el hombre antiguo. No es raro tampoco, el empleo de un tosco aparato descrito por Tylor (1) entre estas razas inferiores, el cual se halla formado de un palo como el de las flechas, terminado en una punta roma, que dá vuelta como un molinillo de café entre las manos, con la precisión y celeridad que sería necesario, para hacer un agujero en un pedazo de madera, colocado debajo, hasta que el aserrin producido por el taladro entra en ignición. Pero el fuego, puede también obtenerse por medio del pedernal y un nódulo, por ejemplo, de pirita de hierro, como se demuestra por los pedazos de este último mineral, encontrados en las cuevas del hombre prehistórico de Europa y por la etimología de su nombre *πυρίτης*, "igneo," en la lengua de Homero. De la manera de producirse el fuego, pasemos á la cocción de los alimentos. Al principio, cuando no se conocía la manera de producirse el calor, el hombre debió satisfacer el hambre, comiendo, el pescado y las carnes crudas tales, como podía arrebatárselas á la naturaleza, de igual manera, que los australianos, comen insectos, mariscos, orugas y hasta pequeños reptiles, sin someterlos á la acción del fuego. Estas costumbres selváticas, por demás, que hoy nos llaman poderosamente la atención, aún no han desaparecido del todo, y ejemplo vivo de ello, es el que en nuestras mejores mesas figuren como platos apetitosos, las ostras y los gusanos del queso de Rochstfort.

Mas ya iniciado el arte culinario, el hombre guisó todos sus alimentos; valiéndose de rudos medios, tales como el asar las carnes sobre tueros y tizones ardiendo, ó atravesándola con el primitivo asador, especie de estaca puntiaguda colocada al sesgo sobre el fuego, ó enterrándola en rescoldos, como hacen los muchachos con las castañas en Europa Las tribus brasileñas colocan

(1) Antropología, por Edward B. Tylor. trad. Madrid 1888.

cüatro postes con unas parrillas de ramas atravesadas en ellos y sobre estas parrillas, colocan la caza y la pesca, poniendo un fuego lento debajo. No bien, los cocineros, pudieron obtener vasijas de arcilla ó de metal, el cocer los alimentos fué ya más facil, puesto que los medios variaron, realizándose en este sentido un progreso indudable.

Pasemos ahora á estudiar, otra raza, la de Cro-Magnon, que en el órden de los tiempos aparece con caractéres propios, como la segunda que vino á poblar el continente europeo. Los restos que de esta nueva raza han sido descubiertos, pertenecen á cinco individuos; pero no se han encontrado más que tres craneos y una mandíbula; pues los demás huesos corresponden al tronco y á las extremidades. Estos craneos, escribe Sales y Ferré, llaman la atención por su gran capacidad y longitud, siendo además su forma dolicocéfala; pero nó como se observa en los negros; pues al contrario, la frente aparece ancha y no deprimida, lo mismo que el ángulo facial muy abierto. Es de notarse además, que la región facial, lo mismo que las mandíbulas inferiores nos demuestran caras cortas y ensanchadas. El hueso de la barba se halla bien marcado, y la curva del arco alveolar es muy divergente. Además tanto el tronco como los huesos de las extremidades, denuncian una constitución robusta y una talla elevada. Grande discusión produjose en Europa cuando fueron hallados los restos que acabamos de describir, hasta tal punto, que el sitio en que fueron descubiertos le dió nombre á la raza que estudiamos. También en Grenelle en los niveles medios del aluvión, aparecieron inequívocas señales de la existencia prehistórica del hombre, si bien, los caractéres que presentan estos hallazgos, difieren en algún de los descritos, como propio de la raza de Cro-Magnon. Solutré, que es otro de los depósitos más fecundos de materiales prehistóricos lo mismo que Engis y Engihul, y por último la famosa gruta de Barathegy, nos han puesto de manifiesto diversidad de restos, que de asignárselos á la nombrada raza de Cro-Magnon, tendriamos que remontar sus viviendas hasta el mismo condado de Liptó en la Hungría. Distínguese esta raza protohistórica, escribe el autor tantas veces nombrado (1) por su constitución robusta y alta talla. Su estatura média era en los hombres de 1 metro 78 centímetros, ó sea 10 centímetros mayor que en los indivíduos de Canstadt. Su cráneo, grande y de hermosas proporciones, superaba en capacidad á los de mediano tamaño de las razas europeas actuales; tenía la forma dolicocéfala, casi en el mismo grado que el de la raza de Canstadt, pero no la platicéfala. Su frente, ancha, recta y espaciosa, describía por encima de los arcos supra-orbitarios una hermosa curva, que se continuaba con notable regularidad hasta el

(1) Sales y Ferré pág. 316 ob. cit.

bregma (1); el diámetro vertical, muy prolongado, determinaba una bóveda elevada y bien arqueada, y la región occipital, siempre ancha, se prolongaba á veces en ligera curva por detrás de los parietales. A este cráneo dolicocéfalo, correspondía una cara más ancha que larga, de donde resultaba una cabeza disarmónica, carácter distintivo de esta raza. El diámetro trasversal, bizigomático, tenía tal longitud que no igualan las mismas razas blaquicéfalas como no sea por accidente, por lo que la cara llamaba la atención por su extraordinaria anchura en la parte media y superior. Como consecuencia de este carácter, las órbitas eran alargadas y estrechas. Los arcos supra-orbitarios nada tenían de prominentes; la nariz, estrecha y prolongada, afectaba la forma leptoriniana, propia de las razas caucásicas; la región de los incisivos superiores presentaba notable oblicuidad, pero los inferiores eran verticales, y muy saliente el hueso de la barba.

En las extremidades inferiores podemos citar, como caractéres normales, los fémurs de pilastra, las tibias platicnémicas y los peronés acanalados, y en las superiores, los cúbitos en forma de arco.

De lo dicho puede inferirse que esta raza no era del todo fea. Su espaciosa frente y su gran nariz, estrecha y encorvada, debían compensar lo que tenía de desagradable el resto de la cara, de ojos probablemente pequeños, de grandes pómulos y de contornos irregulares. A estos caractéres juntaba su buena estatura, poderosos músculos y una constitución atlética, propia para luchar contra las dificultades y peligros de la vida salvaje. El gran volúmen de su cráneo nos hace presumir que debía ser inteligente, y sus obras nos dicen que lo fué en efecto. A ella se debe el notable perfeccionamiento de la industria del sílex; ella empezó á trabajar el asta de reno, el hueso y el marfil; ella fué, en fin, la que se elevó hasta la concepción del arte, de ese maravilloso arte ejecutado con toscos cuchillos y puntas de piedra, inventando el dibujo, el grabado y la escultura. Estos adelantos en aquella época ponen de manifiesto la gran inteligencia de la raza que supo realizarlos.

Mr. de Quatrefages, al ocuparse de la vida de esta raza que estudiamos, entiende que la posesión que tomara, de las grutas y cavernas, de las tierras en donde vivía; débese traducir en el sentido de que era una raza indudablemente más sociable, y más sedentaria que la anterior de Canstadt. Esto sin embargo, no es exacto bajo un punto de vista general; el grado de civilización de la raza de Cro-Magnon no le permitía, darse cuenta dè la idea de sociabilidad, pareciendo más natural suponer, que se refugiara en las cavernas, por ser estos sitios los más apropósitos para librarse de la itemperancia de la naturaleza, que ya empezaba á ser natu-

(1) El punto en que la sutura coronal ó fronto-parietal pasa por el vértice del cráneo.

ralmente fria y desapacible. En cuanto á que fuese sedentaria, de una manera absoluta, tampoco estamos conformes. No hay duda alguna, que residía en los valles que de antemano, elegía, en tanto que la caza existente en ellos, subvenía á sus necesidades primeras; mas cuando le faltaba, realizaba un movimiento de emigración lento, dentro de la misma localidad, hasta dar con ella, único objetivo de estas evoluciones. Comprendía esta, desde el Mammuth, hasta la ardilla, la liebre y los pequeños pájaros; á los cuales daba muerte, valiéndose de las armas que al efecto fabricaba, tales como los dardos, las puntas de lanza, de piedra y de hueso, y los llamados rompe-cabezas, las cuchillas, los dardos de punta cónica, y las lanzas lijeras de punta aplanada, siendo aplicadas las puntas de flechas, á la caza de pluma y los pequeños mamíferos usando además el silbato, construído de una falanje de reno, que servía para avisarse unos á otros, en caso de peligro.

En cuanto á su alimentación, el caballo era su primera víctima. (1) siguiendo á este el bisonte, el buey, el reno, la cabra-montes, la gamuza y varios pájaros; luchando muy de tarde en tarde con los enormes Mammuths que según el Sr. Sales y Ferré ya comenzaban á escasear.

Con razón, también se supone que además de la caza, la raza de Cro-Magnon practicó como género de vida la pesca, pero no tenemos enseñanza sobre este particular, pues todos los vestigios hasta ahora hallados, redúcense á varios restos de *salmón*, lo cual es prueba de que este pescado fué uno de los componentes de su comida.

Por el hallazgo de multitud de carbones y cenizas en las cavernas de esta época, se considera como un hecho, fuera de duda, el que el hombre de Cro-Magnon conoció el fuego y que lo empleó, no solo para calentarse, sino para someter á él sus alimentos. Igualmente por el conocimiento que hoy tenemos, de varios instrumentos, tales como raspadores y pulimentadores, perteneciente á la raza que estudiamos, presumimos que curtía, de una manera rudimentaria por supuesto, las pieles conque se abrigaba, lo mismo que el uso de los adornos, más desarrollado que en la raza de Canstadt.

Además de los brazaletes, collares y pendientes, que debió llevar como adornos la raza de Canstadt; debemos añadir ahora, los dientes de enormes carniceros, los que después de taladrados, colgaba á manera de amuletos, de su cuello. También varias piedras y algunos huesos de la cabeza del caballo, prestaban semejante servicio, terminando probablemente el tocado de su cuerpo con el tatuage y la pintura.

Esta raza sobresale en el arte, y eso que los comprobantes que de tal progreso tenemos, se hallan bástantes deteriorados. El hom-

(1) En Solutré, se han hallado más de 40,000 cabezas de este cuadrúpedo.

bre de Cro-Magnon, ya esculpía y grababa sobre la piedra, el marfil y principalmente sobre el hueso, sin duda, por sus mayores condiciones de dureza, á los seres orgánicos que conocía, tales como el caballo, el mammuth, el reno y varios animales marinos. Realizaba adelanto tal, el artista de aquella época, valiéndose de pequeñas láminas de silex muy cortantes, y á veces muy agudas en uno de sus ángulos, que por lo común estaba un poco encorvado, según opina Mortillet. Pueden citarse como ejemplos de tales representaciones, la gran flor de nueve pétalos, abierta, grabada en una punta de lanza de asta de reno, hallada en Madelaine, el cisne y los combates de renos recogidos por Vibraye en Laugerie-Basse, los renos esculpidos en marfil de Bruniquel, y el grabadó de Massenat, procedente también de Laugerie-Basse, que representa una caza de bisontes con un bisonte, su hembra y un cazador.

Réstanos solo hacer mención, aunque ligeramente, de otra raza que también prestó influencia á la obra de la civilizacion española, la de Bere-bere, que establecida en la Península en una época remota, de relativa cultura, ya carece de los rasgos característicos de las de Canstadt y Cro-Magnon, el trogloditismo y los hábitos salvajes y nómades. Más cercana á los albores de la historia propiamente dicha, que ya comienzan á iluminar, aunque débilmente, á las primeras sociedades hispanas, esfuérzase por la perfección de todas las industrias humanas, echando con mano firme los seculares cimientos de nuestra actual civilización, la cual no se detiene en su camino, ni se detendrá jamás, pues el hombre moderno siempre halla nuevas vías de prosperidad y grandeza, por las que inmediatamente se lanza ávido de perdurable felicidad.

Y al llegar á este punto, estudiado los tipos de las primitivas razas, tales como nos las encontramos descriptas en las obras del día, no podemos menos de reflexionar profundamente acerca de la importancia de la civilización en el hombre. ¡Cuánto tiempo no ha sido menester, cuántos esfuerzos, en un principio débiles, indomables y porfiados más tarde, se han necesitado, para hacer que el hombre paso á paso, día tras día, generación tras generación, en contra de la misma naturaleza muchas veces, de la política y de las instituciones humanas otras, siguiera perseverante la senda de progreso y de cultura, en alas de la cual ha realizado la reivindicación de su espíritu á la materia, fortificando su inteligencia hasta tal punto, que le ha permitido contemplar la luz celeste, y crear hipótesis y doctrinas con las que explica, aun aquellos mismos fenómenos, que aparecían intangibles para él.

TIEMPOS ABORÍGENES

I El pueblo Ibero.
II El pueblo Celta.
III El pueblo Celtibero.

EDAD ANTIGUA

TIEMPOS ABORÍGENES

I

El pueblo Ibero

El orígen de los primeros pueblos que habitaron en España, se oculta á las investigaciones del historiador, lo mismo que el de casi todas las naciones; más por difícil que nos sea, el ir escudriñando todos los datos antiguos y modernos, con objeto de aclarar tan debatida cuestión, llenos de fe, emprenderemos la tarea, aun cuándo concluyamos por no llenar seguramente nuestras aspiraciones, y declararnos vencidos. Si por los escritores de los siglos primeros del Cristianismo, quedáse resuelta la anterior cuestión, sabríamos que los españoles, descienden de Tharsis, hijo de Javan, nieto de Jafhet y viznieto de Noé (1) como lo afirman Eusebio (2) Sincello (3) y otros; apoyados en la antigüedad de Moises (4) cuando dice haber sido Tharsis, uno de los descendientes de Noé, que salieron de la Torre de Babel, después de la confusión de las lenguas, dirigiéndose á otros países para poblar el mundo; añadiendo que Tharsis, fué el propagador de la especie humana, en una isla, y que según era costumbre entre los hombres que primero se establecían en un país, Tharsis, le dió á aquella su nombre, llamándose de ahí Tharseya, y como quiera, que el historiador Polibio (5) designó con el nombre

(1) Mariana se equivoca con otro patriarca de igual nombre en su *Hist. Gral. de España.*

(2) Euseb. Cæsariens *ch. in fine.*

(3) *Chronographia* etc.

(4) *Genesis.* C. X. V. 5.

(5) Polibio *Lib. III.*

de Tharseyo, el territorio de España situado en las costas de la Bética, é igualmente, los más antiguos historiadores griegos y latinos, nombraron Tarteso á las dos islas conocidas con el nombre de Mayor y Menor, formadas por el Guadalquivir; tenemos, que, según esta tradición, habiendo llegado Tharsis á España y poblado, las dos mencionadas islas y todo el territorio que se extiende hasta el estrecho, dió su nombre á los Thartesos, siendo tal, el orígen de la nación española.

A un pasage de San Gerónimo (1) débese indudablemente el que tal opinión fuese adoptada por la mayoría de los historiadores, lo mismo que á otro del de los Hebreos (2) en que afirma haber sido la Iberia, poblada por Thubal. Un error grave sin embargo adviértese en lo consignado: Josefo no habló de España, hízolo tan solo de la *Iberia Asiática*, tanto que describiendo su posición geográfica, dice hallarse entre la Cólquida y la Albania; lo cual comprueba la verdad de nuestro aserto.

Igualmente, brota la duda de seguida, con las fantasías de Florian de Ocampo, (3) y por más que leamos gratamente, las páginas trazadas por el P. Mariana, (4) en las que se complace en legarnos los nombres y hazañas de reyes como Héspero, Hispálo, Gerión y otros, como asímismo, los hechos de Osiris, Baco y Ulises; el ideal de la crítica, se sobrepone á nuestras poéticas inclinaciones, y nos hace ver lo fabuloso de tales hechos, no discutidos ya, en los modernos tiempos.

Los Iberos afirman otros, se ha venido en conocimiento de que es escita oriental su orígen, desde cuyo punto vinieron al mediodia de Europa, á Grecia, Francia, Italia y España, siendo su lengua *turania ó uro artaico*, congénere y análoga, á los antiguos idiomas hablados en el Norte de Europa, y de Africa; no faltando también, quien como Vandoncourt, que se afirma en los estudios de Adelung, Bayer y Schlozer, según Lafuente (5) suponga á los Iberos *aborígenes* de España, considerando además su alfabeto, respetables filólogos, como procedente del hebreo-fenicio, consideración en que se fundan, para explicarse que sea esta lengua, la que mas contingente de voces ha aportado á la nuestra de Castilla.

En cuanto á suponer que los Iberos Occidentales, tienen su origen de los Orientales, abundando en las ideas de Varrón y de S. Gerónimo, en su ampliación de la noticia de Josefo; presenta serias dificultades, por el testimonio en contra de Dionisio Periegeta, Estrabón, y el mismo Appiano Alejandrino; cuando de la de-

---

(1) Dice este ilustre varón de una manera terminante que Thubal vino á España.

(2) Josefo: historiador. Lib. I c. VI.

(3) Ibero, Brigo, Ibudea, y otros personajes ideales son llamados por este autor, *tiranos de España*.

(4) *Hist. Gral. de España*.

(5) *Hist. Espa*. T. I.

signación de la Asiática (Georgia actual), ocúpanse, fijando sus límites, entre el curso de los rios Aragón y Araxes, con alguna parte de la Armenia y de la Media, desapareciendo aquella, al ampliar dicha denominación, á los pueblos que se llamaban así mismo Beres, Buros, Tibarenos, ó Thubales, y tal vez Ibiranis.

La moderna hipótesis, que busca en las tierras americanas ó atlanteas, la causa de la nación Ibera, suponiendo ignoradas comunicaciones, entre el nuevo y antiguo continente, sentada por el erudito, cuanto insigne naturalista M. Vogt; que descubre analogías etnográficas importantes entre algunos pueblos del Norte de América y nuestros Vascongados también nos es conocida. (1) Hay quien también pretende, sostener la identidad absoluta entre los primeros pobladores de España, y algunos pueblos del continente Africano, donde colocan el tronco Ibérico, siendo el Barón Guillermo de Leibnitz (2) en el siglo XVII, como M. Bony de Saint Vicent (3) Gallatín (4) y D. Francisco María Tubino (5) después, los defensores de dicha procedencia. Ademas, discútense en el terreno científico, las creencias individuales de cada cual, tales como la de M. Bladé, en su notable estudio titulado, *Etudes sur l' origine des Basques* París 1869, y la de Van Eys de Vinisón que han venido á complicar la tésis; sin que nada, en un sentido ni en otro, hayan aclarado.

Suponiendo que los Iberos sean extrangeros llegados á Europa, créese por algunos, que lo hicieron por el Africa, apoyados en las existencia de palabras vascas en el Berberí y el Egipcio, y en la protección que á tal idea dispensa el sabio Mr. A. Moury, profesor del Colegio de Francia, sin embargo, de que de ser cierta tal llegada, debieron efectúarla por el Mediterráneo, que es la opinión más generalizada.

En una época antiquisima, como hemos acabado de ver, vivieron en España, tres razas, que los mas grandes antropólogos é historiadores, han llamado de *Canstadt* de *Cro-Magnon*

---

(1) Supone este autor que los Vascos llegaron á España en tiempos en que la faja de tierra que se extiende desde la Florida hasta Europa, y que forma el fondo actual, del mar de poca profundidad, se hallaba sobre el nivel de las aguas. *Leçons sour l' home*, trad. fran. de Mouline, París, 1865, págs. 503, 501. También M. Charensey en su nota sobre el *orígen de los americanos*, págs. 147 y 148, en su opúsculó *Des affinises de la langue basque avec les idiomes de Nouveau Monde*, 1867, como asimismo, D'arbois de Jubainville en su obra *Les premiers habitantes de l' Europe* París, 1889, T. I., pág. 24 y Prunez Bey, *Sur la langue des Basques-Bull de la Societe d' Antropologie* 1867, pág. 37 y siguientes, apuntan análogas ideas con algunas reservas. Véanse los *Primeros Pobladores* del Sr. Fernández y González (D. Francisco.)

(2) Véase Carta XXI á M. Mathurin, Veijssiere.

(3) *Resume geographique* Sect. II pág. 129. *Essai geog. sur le gen. hu.* 2a Edic. Paris año XI.

(4) Smitlisoniam contribu. Vol. VIII. 1856.

(5) *Los aborígenes Ibéricos ó los Berbéres en la Península Ibérica.* Mad. 1876.

Bere-bere, segun se comprueba sobradamente, por los estudios de Mr. Ed. Lartet (1) de Brocca (2) y Quatrefages. (3)

Cosa fuera de duda es también la llegada á la Península de otras razas, que conocían los metales, y su aplicación; entre ellos el bronce, con el cual construían sus utensilios domésticos de agricultura y de guerra. Una de las razas de esta invasión, fueron los Vascos, á quienes se consideran por casi todos los modernos historiadores, como el primer peldaño de la genealogía de los pueblos hispanos, por más que semejante investigación, como afirma el señor Menéndez Pelayo (D. Marcelino) (4) cuando se ocupa de buscar las ideas religiosas de estas razas españolas, muéstrase *lleno de dificultades*. Lo que se tiene por más cierto y averiguado es; continúa diciendo, es la existencia de una primitiva emigración que algunos llaman *turania*, y otros con mejor acuerdo y más prudencia se limitan á apellidar *Euskara* ó *Vascona*. La verdadera prueba de que los llamados *Turanios*, hicieron morada entre nosotros, está en la persistencia del Vascuence, lengua de aglutinación (con tendencias á la flexión) no *Ibera*, como vislumbró Humboldt (5) sino *Turania*, si hemos de creer á muchos filólogos modernos. Y más adelante agrega, una invasión *indo-europea*, es á saber, la de los *Iberos*, que algunos confunden con los *Turanios*, pero que parecen haber sido posteriores, idénticos á los *Ligures*, *Sículos* y *Aquitanos*, hermanos mayores de los Celtas, puesto que la fraternidad de *Iber* y *Keltos*, fué ya apuntada por Dionisio de Halicarnaso, habiendo Estrabón, encontrado ya semejanza entre ambos idiomas.

En el discurso de entrada en la Academia de la Historia, el sabio P. Fita (6) profesa la misma é idéntica opinión.

Entre nosotros, la rama Vasca no alcanzó gran civilización y progreso, tanto que según el testimonio de antiguos escritores, el vasco aparece como un tipo de caracter apacible y apegado á sus antiguas tradiciones, y poco amigo de novedades. Es cuestión fuera de duda, que su extensión en España, dió orígen á muchos nombres de ciudades y de pueblos, en los cuales indudablemente se nota su influjo, siendo su permanencia en la Península muy dilatada, y descubriéndose aún en el tipo actual vasco, algunas reminiscencias del pasado, y sobre todo, su lengua, derivación del Turanio.

Despues de la exposición, de las distintas opiniones con que los hombres de ciencia, tratan de explicar nuestro origen, también nosotros, apuntamos modestamente, que sin necesidad de nueva emigración, de pueblos del Asia llamados Iberos, como suponen al-

---

(1) *Sur l' anciennete geológique de l' espece humaine:* Compl. rend. Acade. sc. V. L.
(2) *Les races fossiles de l' Europe occidentale* (Revs. cientí. 1877, núm. 8.)
(3) *L' espece humaine.*
(4) *Historia de los Heterodoxos Españoles.* T. I. Madrid, 1880.
(5) Berlín, 1821.
(6) *Gerundiense y la España primitiva.*

gunos escritores modernos; se puede explicar perfectamente: el nacimiento y desarrollo en España de una nueva raza, cuyos antecedentes y caractéres, han de hallarse indudablemente, en las mezclas constantes de las diversas naciones protohistóricas entre sí, y posteriormente con los Vascos; pareciéndonos, que este pueblo *Ibero*, que es al que nos referimos, de una manera inmediata, no puede decirse, sea de orígen asiático; sino nacional ó hispano; puesto, que en la Península Ibérica nació de las fusiones de las antedichas rezas, y solo buscando las leyes de la herencia ó su genealogia, es cuando hallarémos esos rasgos, que posteriormente descubrimos en pueblos como los Celtas, de filiación extranjera. Ahora respecto de su tipo primitivo, debe ser el mismo que distingue á estos pueblos primeros; si bien algo modificado, por virtud de las evoluciones realizadas entre las varias razas que lo engendraron.

La denominación de Iberos, en un principio, abarcó únicamente, á los habitantes del rio Ebro como la de Iber ó Ibéria al suelo ó territorio en que se hallaban; más tarde, esta voz fué generalizada entre todas las tribus, cuyos caractéres eran análogos á los del valle del Ebro, comprendiendo á las del mediodía de Francia, y á unas pocas de la Italia del Norte, y del Sur de Inglaterra; nombrándose así mismo *Iberia* á la región que todas ellas ocupaban; hasta que por último, cuando los Iberos desaparecieron de Italia é Inglaterra, por la fusión en otras razas de sus elementos, y de Francia, por haber sido expulsadas por los Celtas, la palabra *Iberia* quedó vinculada á nuestra Península, nombre con el cual hoy se le distingue. (1)

La voz Iberia pues, adoptada como hemos dicho, por los escritores griegos, que vinieron despues de Escilaz, dió margen á suponer que en *Iberia* existían pueblos que se daban el nombre de Iberos, y de aquí el verdadero desatino vulgar, que ha hecho creer en la existencia, de una familia solariega en España, en siglos muy posteriores, en que se escribía el Pédiplo del navegante Caryandia.

Históricamente hablando, sólo pueden existir poblaciones más ó menos antiguas, unas respecto de otras, no encontrándose datos importantes que nos lleven al completo esclarecimiento, de los tiempos pasados. Cuando los Romanos llegáron á España la encontraron dividida en muchas naciones, bárbaras por lo general originarias sin duda, de las diversas relaciones, de razas que se entremezclaron en las primeras épocas. Más de cincuenta pueblos refiere Estrabón, hallábanse entre el Miño y el Tajo, y Plinio habla de cuarenta y cinco solo en la Lusitánia, apareciendo ya en esta época, desprovistos por la civilización adquirida, de sus rasgos distintivos.

(1) Castro, ob. cit. pág. 17.

Después de la fusión que hemos visto, sin que podamos asegurar, cuáles fueron las causas, que á ello les impulsaron, los Iberos, se fraccionan en tribus varias, siendo la principal entre todas la de los *tartesios*, que alojados en las orillas del Bétis (Guadalquivir); más tarde, se separaron en dos grupos, *Occidental*, que conservó su denominación primitiva, y *Oriental* que tomó el nombre de *mastianoi*. En una época todavía más posterior, la voz *tartesio*, había sido olvidada, llamándose ahora, á aquellos hombres, á los que antes se les aplicaba tal dictado; divididos á la sazón, en dos grupos, *túrdulos* á los cercanos á Cádiz (1) en las costas marítimas, y *turdetanos* á los otros.

Era esta parte del pueblo Ibero, la más poderosa de la Bética, y ocupaba tan gran parte de ella, que fué nombrada al principio *Turdetánio*, tanto que Estéban de Bizancio, y el mismo Estrabón, emplean indistintamente ambas denominaciones, para designar esta región.

De las razas que concurrieron á la formación del pueblo Ibero, la predominante, al decir de varios críticos, fué la de *Bere-bere*, queriendo hallar desde luego, claramente marcados en los hábitos, costumbres, y carácter del pueblo Ibero, aquellas cualidades de la raza engendradora reasumidos en el sentimiento de independencia, la dignidad personal, la llaneza en el trato, la afición al trabajo, y sobre todo, el santo amor á la mujer, y á la familia, que forman, como hemos de ver más adelante, el fondo del carácter definitivo del pueblo español.

Además de esta tribu contábanse como importantísimas á las de los *Ausetános*, *Lacetanos*, *Ilergetes*, *Bárdulos*, *Beturios*, *Edetanos*, *Ilercavones*, *Indigetes*, *Ceretanos* y *Contestanos*, que extendidas, por casi todo el litoral sur de España vivían separadas, conservando cada una de ellas, sus rasgos propios y característicos, según nos lo indican, las más antiguas memorias griegas, y romanas, que de las cosas de España se ocuparon.

Respecto de las costumbres de los Iberos, dícennos que durante algunos siglos, viven tranquilos entre nosotros, dedicándose á la construcción de aldeas, en los valles y en las cuencas de los rios, á la agricultura, al pastoreo de los ganados, realizando algún comercio y beneficiando los metales que extraían del vírgen territorio de la madre patria.

---

(1) En este país, según los griegos, estaba situada *Tartesia*, y la *Isla de Eritia*, donde pacían los rebaños de bueyes de Gerión: fué este sitio, muy celebrado por Homero, (Iliada, lib. VIII, v. 485 y 486. Odiséa. lib. IV. ver. 563 y sgtes. id. lib. IX. ver. 567 y sgtes.) por Estesicóro, que dice, habían nacido los bueyes de las cuevas de rocas cerca de las aguas inagotables del Tartesio, cuyo lecho es de plata (in Estrab. sib. sup.,) y Anacreónte (in Strab. loc. cit.) Tartesia es la que se conoce en la geografía antigua de España bajo el nombre de Carteya. según Estéban de Bizancio.

Muy alegre y decididor, á la par que amigo de la guerra, y sufrido en las desgracias; preséntasenos, el tipo que estudiamos. Entre sus diversiones favoritas, cuéntase la lidia de toros, tan general hoy dia, segun lo acreditan monedas antiguas, haciendo algunos historiadores derivarse el gracejo, y la sal de los andaluces, de este primitivo pueblo.

La ferocidad era proverbial entre los antiguos: su valor guerrero, y su amor á la independencia, escitaron más de una vez la admiración de los Romanos. Los Iberos dice Estrabón (1) igualan en fuerzas á las fieras y animales, como también en su crueldad y ciega saña.

En la guerra de los Romanos contra los Cántabros, hánse visto á madres dar muerte á sus hijos, antes que dejarlos caer en manos de los enemigos; á un niño empuñar una espada, por mandato de su padre, y matar á sus hermanos y parientes encadenados; á una mujer, dar muerte á cuantos estaban prisioneros con ella; y por último á un hombre precipitarse en la hoguera, antes que rendirse á los deseos de sus vencedores que se habían embriagado en un banquete...... Como muestra del obstinado furor de los Cántabros, cítase también el hecho de que algunos prisioneros, condenados á ser puestos en cruz, no cesaron de entonar, cantos de guerra en medio de su suplicio. (2)

Para el antiguo geógrafo, la valentía indomable, característica de los españoles, era siempre en sus memorias, cosa digna de censura, siendo á la verdad, infinitos los rasgos que se podrían citar de estos pueblos, en donde vése asomar aquella cualidad.

Tito Livio refiere (3) que cuando Catón dispuso el desarme de los españoles de la parte del Ebro, muchos murieron de pesar, porque sus armas, como ha dicho un escritor, eran mas preciosas para ellos, que su sangre (4). Esta raza mostrábase insensible al hambre, al calor y al frio; miraban la vejez, con verdadero horror pues en ella, la virilidad aparece ya marchita, prefiriendo cien veces la muerte, á los achaques de la ancianidad; su carácter, es común con el de los Galos, los Trhacios ylos Escitas. (5) distinguiéndose también la mujer por su salvajismo. Estas cultivaban las tierras y marchaban á la guerra, llegando á ejercer á veces, verdadera autoridad sobre el hombre.

Practican como los Celtas la *Cubada;* (6) y el rasgo distintivo de su vida condénsase, en el mayor desprecio de la existencia, que

(1) Lib. III cap. IV.
(2) Hist. gral, de España y de sus Indias. T. I. pág. 38, V. Gethardt.
(3) Lib. XXXIV. cap. 17.
(4) Justino. Lib. XLIV. *Arma sanguine ipso canora.*
(5) Según Estrabón.
(6) Véase el art. Los Celtas, en donde nos ocuparemos de esta cuestión extensamente.

res clásicos sirva de comprobante aun, cuando Mr. Julien Vinson (1) sea refractario á ella, la existencia de innumerables nombres de rios y lugares interpretables por el vasco, hallados en inscripciones, en sitios pertenecientes á España y á Portugal, tales como se demuestra en el rio que corre por Valencia, por los clásicos llamado Turio, Turulis y Tyris, voz que interpretada por Avieno con la significación de *blanco* ó *cano*, traducción literal de la palabra euskara *zuria*, fué convertida más tarde con idéntico sentido, en la de *Guadalaviar*, por los sarracenos. Por último, en los confines occidentales de la costa septentrional, teatro de las invasiones, como del influjo de los Celtas, se conoció, hasta mucho tiempo después de la era cristiana, una ciudad llamada *Iria*, esto es *ciudad*, que recibió el dictado de *Flavia*, en memoria de una familia ilustre de Emperadores Romanos. (2)

Réstanos pues, ya solamente, indagar cuales son los vestigios, que aún nos quedan del paso de los Iberos por España; pero antes, digamos con Estrabón y el clásico Polibio, que la civilización de los turdetanos fué grande y magnífica en poco tiempo, pues hábilmente supieron apoderarse de lo bueno que tenían las razas con quienes vivieron en su país tanto, que consígnase que llegaron á poseer leyes escritas en verso, (3) cuyo origen se pierde en la más remota antigüedad. Es erronea sin embargo, la creencia de que tal civilización contase 6000 años de existencia; pues ya Varrón, Plutarco y el mismo Lactancio Suidas, relátannos que estos pueblos contaban sus años por estaciones, lo cual aclara perfectamente este punto: es decir que con los primeros navegantes que llegaron á nuestras playas, comenzó la cultura de nuestros antiguos habitantes; por eso no es el mediodía ni el norte de España, el lugar apropiado para estudiar estas razas, es necesario sorprenderlas en su barbarie, lo cual sólo se consigue, examinándolas en los pueblos del interior: ahí encontráremos al verdadero tipo que perseguimos.

Desgraciadamente para el historiador, no se conservan otros recursos arquitectónicos de los Iberos, que algunos restos ciclópeos en la provincia de Tarragona; los llamados Talaigot de las Baleares y los cimientos de fuertes y murallones, repartidos por casi toda la Península. Además, consérvanse dos cantos Iberos; el uno de la época de Augusto y el otro de la de Carlo-Magno, en los cuales, al igual de las clásicas epopeyas índicas, se pintan vivamente las luchas de los españoles y romanos.—No hace mucho, que en la pro-

(1) Revue de la Linguistique t, XIV, 1885.

(2) Véase la obra del Sr. Fernández y González, *Primeros Pobladores de España*, pág. 94. T. I. Madrid 1890.

(3) Palmeiro explica esta duda, diciendo que las palabras *versos* y *leyes*, casi se escribían, antiguamente, de la misma manera, y que lo hace probable es suponer, que sus leyes constaban de 6000 versos, y no que hacía 6000 años que poseían leyes.

vincia de Jaen, en el pueblo de Mengibar, hánse descubierto unos bronces antiquísimos, cuyo conjunto de tres cabezas forma una especie de surtidor; dicho hallazgo, supónese por escritores modernos como de orígen Ibérico, lo cual de ser cierto, pueden servir grandemente para el estudio de la civilización de esta raza indómita y valiente que vivió en nuestra patria, y que legándonos al desaparecer todos sus hidalgos sentimientos, engendra al decir de críticos contemporáneos, el gráfico tipo de nuestra raza hispana.

II

Los Celtas

Era la estación triste y sombría en que se cubre la tierra de amarillenta alfombra, formada por las hojas secas que se desprenden de los árboles, quedando éstos despojados de sus vestiduras, á semejanza del hombre cuando se dispone y prepara á un prolongado sueño. Por que el otoño es á no dudarlo el crepúsculo vespertino de la noche-invierno, que representa el sueño de la naturaleza: son las horas en que duermen los perfumes y la vegetación reposa durante este tiempo-noche para adquirir nuevas y vigorosas fuerzas al despertar bella y engalanada en el amanecer de la primavera.

También era la más triste hora del dia; esto es, el crepúsculo de la tarde: el Sol rojizo y ensangrentado, había ya desaparecido del horizonte, y una espesa bruma producida por las evaporaciones de grandes lagunas y pantános que se extendían al occidente apagaban más y más la ténue claridad del anochecer; la luna comenzaba á elevarse rojiza tambión y ensangrentada, deslizando su pálido resplandor por entre las nieblas de otros cenagales y marismas situadas hácia el oriente.

El pais que se procura describir, era en la época de que se habla, una inmensa continuación de bosques y espesuras interrumpida aquí y allá, por extensas vegas y llanuras; algunos de estos últimos terrenos se hallaban groseramente labrados por el azadón, y la mayor parte de ellos, al recibir las aguas pluviales que descendían de los montes y colinas, formaban consiguientemente esas inmensas lagunas y pantanos de que va hecha referencia como lógico resultado de inculta naturaleza. Arboles de copas espesísimas y gigantescas coronaban todas las alturas y ejercían constantemente la conocida atracción de los nublados que se resolvían en copiosa y abundante lluvia, cuyas corrientes se estancaban en las tierras bajas formándose así aquellos cenagales y marismas que por medio de las brumas devolvían sin cesar al cielo el caudal de sus aguas. Por esa razón, veíase muy frecuentemente en este país durante el invierno,

un vapor ó niebla que velaba todos los objetos con una densa capa de humedad, teniendo sus habitantes que caminar, á veces atravesando interminables lodazales, sin que pudiese luchar el sol contra esa aglomeración de fangosidades alimentadas constantemente con las destilaciones de los montes, y solo en los lugares cultivados, y expuestos á la directa y eficáz influencia del astro-rey, era dónde se encontraban terrenos libertados de la humedad.

Tan poética pintura, trazada por la pluma correcta de Soulié (1) nos coloca en aquellas remotas edades, en que la barbarie, y todo su cortejo de sangrientos sacrificios, son sus caractéres más salientes. Aquí vivió esa raza Céltica, la que según opinión de autorizadas firmas, fué una de aquellas poblaciones primitivas que se derramaron en otro tiempo sobre la superficie del globo, y cuyo origen va unido á los primeros recuerdos de la historia de la humanidad. Esa familia fué la pobladora de los más de los paises centrales y occidentales de Europa, de los que fué más tarde despojada por otras razas bárbaras y por la conquista sobre todo de los romanos, viéndose reducida á vivir, en las extremidades del occidente, en medio de cuyos bosques y montañas, jamás fué subyugada. En la actualidad sus restos, viven refugiados en la Bretaña, en el pais de Gales, en Escocia, y en Irlanda, conservando aún sus tradiciones y sus costumbres antiguas, siendo la imagen viva de lo que sus antepasados fueron en otro tiempo.

Sus recuerdos sin embargo, han desaparecido casi todos, y su historia, es hoy muy incierta. Los escritores de la antigüedad, desgraciadamente, no nos han conservado más que escasísimas noticias, las que han sido reforzadas hoy, por el valioso contingente, aportado por los estudios críticos de linguística, (2) y merced á ellos, algo se han aclarado las densas nieblas que siempre envuelven el origen de todos los pueblos y especialmente el del celta.

La primera población de los galos divida en galos propiamente dichos, celtas y kímbricos, fueron al decir de Plutarco, Appiano, Estrabón y Diodoro de Sicilia, considerados como individuos de una misma familia, habiéndose demostrado yá, que los *cimbros*, son los *cimmerianos* de las legendarias lagunas Meotides, encontrándose también andando el tiempo á los *cimbros*, unidos á los *cimmerianos;* de suerte que estos tres nombres, de *celtas*, *cimbros* y *cimmerianos;* representan en el desarrollo de las razas, pueblos hermanos que vagaron primeramente por las inmensas llanuras que se extienden entre el mar Caspio, el Ponto Euxino, el Tyras (hoy Dniester) y el mar del Norte, siendo precisamente dentro de estos amplios límites, á donde colocan los antiguos la región Céltica, señalando en frente de ella á la Escitia, cuyas tribus fueron en más de

(1) *Las Cuatro Epocas*; *Los Celtas* T. I. pág. 28. B. U. Madrid 1887.
(2) *Historia de los Galos* por Mr. Amadeo Thierry.

una ocasión combatidas por los celtas y los cimbros, hasta que alejada del oriente, la belicosa raza de los celtas, no detiene su planta y desarrollo, sinó á las mismas riberas del rugiente mar occéano.

Semejante peregrinación, hubo necesariamente de señalar su paso por vestigios numerosos tales, como los *Cimbros* en la Península Dinamarquesa, los *Bogos* en el bosque Hericinio, y los *Scordiscos* y los *Taurinos* sobre el Danubio, concentrándose los demás elementos célticos, en la masa populosa de la nación, que vino á establecerse en la Galia, sin dejar por eso de dirigirse los *Cimbros* á la Bélgica, y la Gran Bretaña, en donde los habitantes del pais de Gales, adquieren el nombre, aún existente, de *Cymon.*

Mientras tanto los galos ó celtas, esparciéndose por las Galias pasan los Pirineos por sus gargantas abruptas, hallando abrigo en la Península Ibérica, volviendo más tarde algunas tribus de este pueblo, á realizar, pero en sentido inverso, un viaje hacia el oriente, entrando de nuevo en el Danubio, deteniéndose en los terrenos del Asia Menor, y fundando el reino de los *Galatas*; ó yá en fin, tomando asiento en la Italia, donde hubieron de ser llevados, según Lafuente, (1) por luchas violentas que en un principio sostuvieron entre sí en España, no siendo de fijo, otro, el origen probable, de los Sicanios y Ligurios.

Aquí fué, en donde los romanos avistaron por primera vez á los galos, y ya vencidos, fueron perseguidos hasta la Galia misma. Las tribus célticas, á la sazón llevadas de su heroismo jamás desmentido en su larga historia, defendiéronse con valor y se ligaron á Anibal, combatiendo de esta suerte por doquiera el genio griego y romano; más, debilitada la nación Gálica por tan largo periodo de luchas, cayó en una verdadera decadencia, allá por el siglo II antes de J. C. seguida de una época de desorganización politica; y como resultado de ella, las órdenes preponderantes, es decir, los sacerdotes y los caballeros, disputáronse tenazmente el poder, no terminando tan lamentables desórdenes, hasta que la figura triunfante de César apareció en la vida, para ponerlos de acuerdo subyugándolos. Dividida encontró, este capitan ilustre, á la Galia, en tres regiones; la Bélgica al norte, en el centro la Céltica, y la Aquintanía, y al sur; la Céltica, poblada por tribus célticas ó gálicas propiamente nombradas, siendo sus confines; el occeano, desde el Garona al Sena, por el oeste y noroeste; con el Rhin, y los Alpes por el este; y con el Ródano, y el golfo de Lyon, los Pirineos, y el Garona por el sur. Antes que los romanos se hubiesen apoderado de esta parte del territorio, para formar el Narbonesado la raza céltica, siempre se mantuvo fraccionada en tribus populosas, gobernadas por reyes, ó por la aristocracia

(1) Pág. 5. Obr. cit.

de los sacerdotes y guerreros. Casi todas tomaban su nombre de la topografía particular del local ó paraje en que vivían, tanto que hasta el mismo de celta, proviene de *ceilt*, que vale tanto como habitante de los bosques. Fueron las principales, la de los *helvecios*, entre los Alpes y el Jura, la de los *fecuanos*, en las orillas del Saona, la de los *eduos*, y los *averuos*, pueblos de las montañas establecidos no lejos del Loira, la de los *lernodicos*, *petrocorianos*, *pictones*, *venetos*, *redones*, *turones* y *poricienses*, las cuales fueron sometidas á César, como así mismo la de los *belgas*, de orígen címbrico. Desde esta época los galos, perdieron con su independencia, sus costumbres, sus hábitos, su religión y hasta su idioma, haciéndose al fin verdaderos romanos, y solamente en la Isla de la Bretaña se conservaron por mucho tiempo, sus veneradas tradiciones, á ella fueron los druidas en busca de asilo, transportando consigo, su religión, usos y costumbres, y hoy en día; en algunos paises de Inglaterra, de la Escocia, y más principalmente en los de la extremidad de la Bretaña Francesa, conservánse aún, á través de los siglos, los restos de aquellos celtas, casi puros de toda mezcla extranjera (1)

Tal es á grandes rasgos el desarrollo de este pueblo valeroso, y simpático, al cual tanto debemos, en la formación sobre todo del caracter español. Y conocido como es ya su orígen y vicisitudes, volvamos los ojos á España que allí también lo encontraremos, no sin abandonar, antes á su suerte, á las diversas razas que por la Europa se desparramaron, procedentes de este tronco comun, á fin de dedicar solamente nuestra atención, al estado de esa parte de la indomable nación céltica, que construyó aunque rudimentariamente el primer escalón de nuestra patria historia.

Muy discutido es hoy mismo, el problema de la existencia de los celtas en las Galias, antes de que aparecieran en España, ó viceversa, si de esta última nación, dirigiéndose al norte, se establecieron al otro lado de la Península Ibérica.

Críticos é historiadores de fama, siguiendo el parecer del autor de la *España Sagrada*, (2) continuada por el P. M. Risco, entre los que apuntamos al sabio J. F. Masdeu (3) que se aferra al dicho de Herodoto (4), cuando coloca cinco siglos antes de Cristo, á los celtas en España, y al erudito Sabau, suponen, con notoria equivocación, olvidando la dirección seguida por los pueblos del pasado cuando emigraban, que los celtas son cerca de doscientos años más antiguos en España que en la Península Francesa, agregando además, el último de los escritores citados, que

---

(1) Ob. cit. Mellado, pág. 844, t. 7.
(2) P. Florez, T. V.
(3) Hist. Crít. de España, t. II. pág. 106.
(4) *Historiarum*, lib. II.

no sabiéndose á punto fijo de donde saliera ó emigrara esta nación, débesele tener por originaria de España, debiendo encontrarse su origen envuelto en las tinieblas del pasado.

Otros por el contrario, y en su número figuran los nombres ilustres de los extrangeros Guillermo Humboldt y Ros de Saint Hilaire (1) como asimismo los de D. Modesto Lafuente, (2) Mariana, (3) Ortega Rubio, (4) Castro, (5) (D. Fernando) y Romey, (6) están en lo firme, y á ellos nos unimos, al declarar resuelta la cuestión, con la preexistencia en las Galias antes que en la Iberia, del pueblo que estudiamos, siendo tal parecer conforme con el camino seguido por las razas de la antigüedad al moverse en la vida.

Tal invasión no fué súbita ni se realizó en un día, sinó que de una manera lenta pero constante, los celtas franceses, al mismo tiempo que ganaban su territorio los galos; fueron apoderándose del suelo de la Península, ya con el beneplácito de sus moradores, ó ya á viva fuerza como lo atestigua Diadoro de Sicilia (7) que leyó en memorias cartaginesas. La tradición, que ha conservado un poeta nacido en España, y que retrata á los celtas como lanzados de su país, prófugos de la añeja nación de los galos; comprueba la opinión que sobre este punto histórico tenemos formada (8). Lo que por otra parte, se refiere en órden á los primeros lances de los celtas en España, escribe D. Cárlos Romey, (9) sobre sus guerras, sus alianzas y entronque con los Iberos, de donde nació el nombre de *Celt-Ibero*, bajo el cual fueron conocidos desde entonces; todo esto parece cierto, por más, que no pueda columbrarse sino por la vislumbre de las relaciones tradicionales, toda vez que los rasgos primeros de nuestra historia, son tan vagos como poco ciertos.

Más hora es ya de que estudiemos con alguna detención las costumbres, los usos y hasta la lengua misma del pueblo de que nos estamos ocupando.

Casi toda la costa septentrional y occidental de la Península, se hallaba ocupada por la raza céltica, que recordando sin duda sus hábitos de antaño, dividiase en tribus grandes y poderosas, tales cómo la de los cántabros, astúres, galáicos, los lusitanos y los vascones, que á su vez fraccionábanse en pequeñas tribus, ocupando todas ellas, el territorio aproximado en que hoy se encuentran en-

---

(1) *Hist. de Espagne.* C. 3º pág. 377.
(2) Ob. cit. pág. 5, tom. 1º
(3) Ob. cit. pág. 22, tom. 1º
(4) *Comp. de Hist. de Esp.*, pág. 15' tom. 1º
(5) Ob. cit. pág. 20.
(6) Hist. de Esp., pág. 23, t. 1º
(7) Libro V.
(8) Lucano *Fharsalia.* Lib. IV. v. q. et. seg. *Profugique á gente vetusta.—Gallorum Celtæ misentes nomen Iberis.*
(9) Ob. cit. T. I.

clavadas las provincias de Galicia, Astúrias, Portugal y Vascongadas. Tenía este pueblo, una ingeniosa manera de construir sus viviendas: eran de figura circular y con varias entradas y salidas dispuestas en direcciones contrarias con objeto de poder defenderse cuando se veían atacados. Levántavanlas clavando en la tierra varios maderos muy cerca unos de otros y tapando las rendijas que quedaban con arcilla mezclada con ramas secas y yerbas; usando para el techo generalmente el junco y á veces las pieles de algunos animales, con las cuales tapaban también los agujeros de sus guarídas más bien que habitaciones. Tan primitivos albergues carecían naturalmente de todo decorado exterior é interior, y solamente, las curtidas cabezas de zorros, castores y venados, juntamente con sus lanudos cueros, tapizaban sus frágiles paredes. Procurábanse luz, haciendo arder una torcida ó mecha de lino, empapada en grasa, siendo indudablemente esta costumbre el orígen de nuestras bujías, lo mismo que la palabra celta *cantol*, que convirtieron más tarde los latinos en *candela*, que es precisamente la que usamos. El ajuar de una casa celta, era tosco y primitivo: pedazos de corpulentos árboles cubiertos con pieles, servíanles de asiento, y rústicas mesas é incomodos gergones, ofrecíanles á sus habitantes exiguas comodidades. Una túnica lisa de finísimo lino, ó bien de lana, ajustada al cuerpo, por un ancho cinturón, recamado de pedazos de oro ó plata ú otro metal, según la posición de la persona que lo usase, que les servía además para colgar sus espadas, como asímismo, un lujoso collar que les rodeaba el cuello nervudo, confeccionado de pedacitos de metales preciosos, y piedras de colores; las famosas bragas; y unas especies de sandalias que por medio de tiras de cuero, se tejían hasta media pierna; formaban, todas las partes del vestuario, que diariamente usar solía el valiente celta español. Demás está el que consignemos, que semejante indumentaria, en manos de los nobles y grandes de la nación, que á primera vista se distinguían por el uso del sedoso bigote, recibía todo el lujo, en los adornos, y en la materia prima, que cada cual, con arreglo á sus bienes podía darles. El tocado femenino, á pesar de que en ésta época, todavía el imperio de la moda, no ejercía su tiránico gobierno; adolescía de ese coquetismo especial ingénito en la mujer; el blanco hábito talar con que se cubrían sus encantos, ó el rústico traje bordado, adquiria en ellas cierta elegancia indescriptible, aumentada con la eburnea cabellera, que en ondas de azabache caía por sus espaldas. Como su compañero, usaba la sandalia, el cinturón con adornos, y el collar de que tenemos hablado, completando además tan aereo traje, los ricos brazaletes que se adherían á sus brazos firmes y bien modelados, y á sus flexibles muñecas, y cierto tamborete de cinco ó seis dedos de elevación, que colocaban en sus cabezas, cubriéndolo con el cabello. La parte superior de la frente, afeitábansela, costumbre que

imprimía á sus semblantes un aspecto especialísimos y llevando además un largo velo de tul blanco, que como á nuestras desposadas, cubríalas totalmente: El celta, cuya cuna no era de elevada alcurnia, usaba la barba larga, los milisares rasurada, y solo les era permitido, el uso del bigote, como ya hemos dicho, únicamente á los grandes de la nación. La reunión de *familias* constituía un *Clan*; la de *Clanes*, la *Tribu* y superior á esta última la *Federación*; poseyendo además cada tribu un centro fuerte, para su defensa, á que daban el nombre de *Contrebia*. La *Asamblea* fué la reunión de carácter político, la cual se verificaba cada cierto tiempo.

A los jefes nombrábaseles *Régulos* y *Duces* y cada individuo además del nombre individual *(praenomen)* gastaba el *patronímico*, que unido al *gentilico*, y al del *clan* formaban sus denominaciones enteras. (1)

La religión en este pueblo, se encontraba depositada en una casta privilegiada, la de los sacerdotes, llamados Druidas, que á todos desde el rey, hasta el último soldado, les imponían su voluntad, pues este pueblo como primitivo al fin, adolescía de una credulidad extraordinaria. (2)

Su religión necesitaba de templos, de altares, y de individuos encargados de su culto: los bosques sagrados, los dogmas religiosos, y esa clase privilegiada de los sacerdotes y sacerdotisas, constituyeron los tres elementos, indispensables para la creación de una verdadera doctrina, que en su fondo no fué otra que un panteismo naturalista (3) en donde las fuerzas de la naturaleza, desempeñaban un papel importante, combinado con la presunción sabeista, de los *Turianos;* de aquí la veneración á las fuentes, á los ríos, á las encinas, y sobre todo la elección del bosque sagrado, de que hablamos, como el más hermoso recinto para celebrar su culto. Componíase de corpulentos álamos blancos, ó sean los muérdagos históricos, y seculares encinas, entre cuyas frondosas ramas pendían las armas todas de los sacrificados, sus instrumentos de uso diario, y por último sus blancas hosamentas, produciendo cuando la brisa los mecía, fúnebres gemidos, harmonías verdaderamente sepulcrales, que helaban el alma, y recordar hacíale al vivo, su trágico fin, si los druidas se encargaban de juzgarle. (4)

El horrible suplicio, como dice oportunamente Federico Soulié, (5), era el único sistema de ley escrita, adoptado respecto á la igualdad ante la ley, que severamente observaban aquellos pueblos.

---

(1) *Revue celtique.*—Tomes IV. et IX. París 1879-88.

(2) S. Pollantier. *Hist. des Celtes*, et partie des Gaules etc. 1770.

(3) *Recueil des historiens des Gaules et de la France* etc... Paris. Palmé. Marcelino Menéndez Pelayo O. c. pág. 44.

(4) M. J. Guenebault: *Recueil de l'antiqué Tombeau de Chidonac prince des Vaciës Druides Celtiques*, et. París 1623.

(5) Ob. cit. pág. 19.

La sangre del rico, y la del pobre, la del noble, y la del vasallo, allí estaban mezcladas; allí confundidas, sirviendo la última aun fresca é hirviente, de funerario requien á su espíritu.

Otros castigos, hallábanse reservados, para ciertos delitos que ellos consideraban como los más terribles: tales eran la traición á la patria, y el adulterio. En estos pueblos rudimentarios guardóse mucho respeto, á la moral, tanto que al decir de un moderno historiador (1) aquí no comenzó la triste historia de la tradición conyugal.

Tales penas, consistían en la fangosa y hedionda laguna, existentes en todos los bosques druídicos, en la cual, despues de sufrir junto á sus orillas horribles mutilaciones y tormentos crueles, eran sepultados en sus negras aguas aquellos desgraciados, que habiendo sido juzgados por el terrible tribunal de los Vaceres (2) alcanzaban la expiación de sus perjurios. (3)

La infamia, segun ellos, no debía quedar sobre la tierra; hacíase necesario que desapareciera sin dejar rastro alguno, al paso que los demás delitos comunes se penaban con el sacrificio del reo, á su feroz divinidad. (4)

En los celtas, como en casi todos los pueblos primitivos, hallábase unida la superstición, á los principios religiosos, existiendo una clase más ilustrada que el resto del vulgo, (5) la cual explotaba tales ideas, ya en beneficio suyo, ya en el de la comunidad, de señores y grandes, por supuesto, de acuerdo siempre con el jefe soberano de la nación. (6)

Y he aquí porque los sacerdotes druidas, hacíanles ver á su pueblo, señales claras de la voluntad divina y revelaciones del obscuro porvenir, en las contracciones postreras de las entrañas de las víctimas, que morían en los altares; en la manera especial conque caia al suelo la cortada rama de abedul; en la carrera emprendida por los caballos negros, criados en los sagrados bosques; en la lucha cuerpo á cuerpo del soldado celta con otro extranjero; ó ya en fin en el vuelo de las aves (7), entre las cuales el cuervo, fué considerado como casi divino. Tales inocentes resortes eran movidos segun la conveniencia particular de unos pocos, y á ellos obedecian ciegos el pueblo, sin que una voz varonil, protestase de tanto engaño y sin que á un mismo tiempo acatasen, tan altos designios, aquellas valerosas razas.

---

(1) Orodea. ob. cit. pág. 33.
(2) Jueces Druidas.
(3) Sc. Maffei. *Galliæ antiquitates.* París 1733.
(4) Dios sangriento. Dios de las batallas: Teutates.
(5) J. G. Keysler. Hannover 1720. *Antigüedades Septentrionales y Celticas.*
(6) *De la valeur historique des documents archeologiques* (Conference-Chartres 1879.)
(7) Entre ellas la corneja.

Realizaban también sus hecatombes, como aquella de que el gran Píndaro nos habla, é imponían á los parricidas, y algunos otros reos de muerte, la lapidación en las afueras de la ciudad.

Los altares; ya hemos visto lo groseros que eran, y poco más ó menos en su construcción fueron los mismos (1) variando tan solo, en sus nombres. Las *piedras oradadas, los recintos sagrados, las piedras con pila*, y *la trémula ú oscilatoria* son los más importantes.

Sobre el promontorio Cúneo, (hoy Cabo de Santa María) (2) habían levantado estos pueblos también monumentos de forma peregrina y dícenos Estrabón, siguiendo en este pasaje á Artemidoro, que en dicho lugar no había ni templos, ni ara, ni otra divinidad, que tres ó cuatro piedras, unas encima de otras, que cada vez que arribaban los navegantes, á tenor de una antigua tradición, vinculada en las familias, desbarataban las piedras, y las mudaban de asiento (3), que se limitaban á dirijirles oraciones, pero que no les era lícito sacrificar en aquel sitio, ni desembarcar mientras llovía, suponiendo que durante este tiempo lo ocupaban los dioses. Es positivo que se han hallado muchos monumentos de esta clase en Europa y Asia, y consisten en una especie de obelisco, unas piedras cuadradas cuyas superficies inferiores presentan una concavidad; estas piedras hállanse algo inclinadas, y al menor impulso, bastando á veces el de la brisa, cambian de posición balancéandose entonces acompasadamente, como les sucede á las boyas de campana en las soledades del mar cuando el oleaje se altera por el cruce de algún barco. (4)

El ejército se formaba de jóvenes que reunían ciertas condiciones, tales como la agilidad, la destreza y la valentía. Cada cierta época del año, ante un jurado nombrado al efecto, y presido por el monarca, los aspirantes á la noble carrera de la milicia, reuníanse sin el escudo y sin la espada, esperando después de examinados ser admitidos en los ejércitos, y considerados desde aquel instante dignos de llevar las armas. (5)

Estas pruebas reducíanse á difíciles ejercicios, tales como el saltar desde alturas considerables, á un espacio sembrado de agudos puñales por sus empuñaduras; cortar de un solo tajo de machete un corpulento arbol; lanzar una pesada maza, desde largas distancias, y dar con ella en un punto señalado de antemano como

---

(1) Grivaud de la Vincelle. *Recueil de monuments antiques la plupart et decuvert dans l' ancienne Gaule 1817.*
(2) Véase á Romey ob. cit. T. 1.
(3) Lafuente Ob. Cit. T. I.
(4) Pausanias supone que estos monumentos fueron aras levantadas á los dioses que imperan á los vientos; pero no hay tal cosa, ellos eran solo construcciones druídicas.—V. á Romey ob. cit. y á Lafuente ob. cít.
(5) *Historia Universal.* Alejo García Moreno. Madrid 1883.

blanco; ó por último la lucha singular, en donde al lado de la fortaleza había de resplandecer la astucia.

En tales costumbres, como en los demás juegos celtas, poníase siempre la vida en constante peligro, y si no tuviéramos á la vista el relato de los escritores más autorizados del pasado, creeriamos con razón sobrada, que los hábitos de estos pueblos se hallaban pintados con sangre y barbarismo.

Ya en campaña, estos elegidos, distinguíanse por su fiereza indomáble, y al decir de Estrabón, que nos retrata á los lusitanos, fué mucha su maestría en formar emboscadas, como en rastrear los lazos que se les tendian, son ágiles y espeditos y ejecutan sus evoluciones militares con orden y desembarazo. Usan en la guerra, unos broquelillos cóncavos, de dos piés de diámetro, que cuelgan de correas, sin hevillas ni asas, y se valen además de una especie de puñal ó cuchillo de monte.

Sus cotas de armas, son por lo menos de lino, pues apenas hay quien las use de malla, no siendo común entre ellos el morrión de tres garzotas que ordinariamente lo tejen de nervios. Sus infantes usan también polainas, van armados de venablos, y algunos hay que se sirven de la lanza con botes de cobre (1). Estos lusitanos pelean á pié ó á caballo armados á la lijera, ó de piés á cabeza en escaramuzas ó acuadrillados, y se ejercitan en la lucha y la carrera. Antes del reinado de Tiberio los cántabros montañeses, valíanse de los *peltas*, especie de escudo, y de adargas, y armas lijeras como el venablo, la hónda, y la espada rayada de un palmo de largo. Su caballería sabía andar por las ásperas montañas, y doblar las manos cuando la necesidad lo requería. Los lusitanos prefieren la carne de macho cabrio á cualquiera otra, beben agua, y duermen sobre el duro suelo, llevando la cabellera larga y tendida como las mujeres, atándosela antes de la pelea á la frente con una cinta. (2) Los cántabros limpiábanse los dientes con la orina corrompida, y los serranos, toman una especie de cerveza, como también el vino, pero este escasea en gran manera. Comen las bellotas, después de haberlas secado y molido, haciendo de su harina un pan, que se conserva mucho tiempo, no faltando alguna tribu, en la que la sangre de caballo constituya su bebida favorita. (3)

Los astures eran, célebres por sus riquezas, según Plinio, (4) y y sin duda, fueron los primeros pueblos bárbaros que se dedicaron á rastraear el oro, por lo que se ganaron la fama de avarientos, tanto que Lucano los llamó *pálidos escudriñadores del oro.*

En la tierra de los galáicos, abundaba mucho el oro, el cobre,

(1) Estrabón Lib. III cap. IV.
(2) Estrabón lib. III. cap. IV y Diodoro Siculo l. V. c. 33. Cátulo atribuye equivocadamente esta costumbre á los celtiberos.
(3) *Et lectun equino sanguine concanum.* Horat. lib. III. od. IV verso 34.
(4) Plinio lib. III. c. 3. l. XXXIII c. 4.

el plomo y el minio; tanto que á veces, arando tropezaban con pedazos de oro; y según una antigua tradición, existía una montaña sagrada en la que estaba vedado el uso del hierro, solo según Justino (1) era lícito recojer el oro puesto de manifiesto, cuando el rayo abría la tierra, como un presente de los dioses. Aunque tales manifestaciones, nos parecen algo exageradas, sábese sin embargo que solían encontrarse tan ricos metales mineralizados en la superficie de la tierra.

Segun el testimonio de escritores antiguos, se restregaban con aceite el cuerpo dos veces al dia, usaban estufas templadas con guijarros caldeados, lavándose en agua fría y haciendo una sola comida frugal.

Los cántabros fraccionábanse en cuatro poblaciones, era un pueblo feroz, ajeno á toda civilización, siendo sus costumbres por lo demás, iguales á las de sus hermanos. Las mujeres labraban los campos, y las recien paridas hacen acostar al marido en su lugar (2) y le asisten como si estuviera enfermo, despues fajan al al recien, nacido habiéndolo lavado ántes en la orilla de algun riachuelo.

Montan dos juntos en un mismo caballo, para poder pelear uno á pié y otro á caballo. El menosprecio de la muerte es grande: suicídanse tranquilamente cuando se ven apurados, con un veneno que extraían de una planta parecida al perejil; que tal vez fuese la *cicuta* para Romey. (3)

En cuanto al carácter de los vascones debió haber sido muy belicoso; pero á la par feroz en extremo; usaban morriones y eran ligeros y terribles en los encuentros, siendo por lo demás sus hábi-

---

(1) C. XVII. *In princip. Delectum aurum, Velut Deimunus colligere permittitur*

(2) Lubbock ob. cit. pág. 15, hace notar que entre los indígenas de California y de Nuevo Méjico, es frecuente, que cuando la mujer está de parto, el marido permanece separado de todo, aun hasta de su consorte, y que en Bearn, existe la costumbre de la *cubada*, que estriba en que cuando nace un niño, el padre es el que se pone en manos del doctor, y no la madre que sale de la cama. En el Brasil, entre los Coroados, según Martius, tan pronto como la mujer está en cinta ó dado á luz, el hombre se retira. En la América meridional, cuenta en estos términos Dobritzhoffer semejante hábito: "No bien ois que una mujer ha dado á luz, cuando véis meterse en la cama al marido, arrebujado en esteras y pieles, para que no le entre ninguna corriente de aire, y allí permanece apartado guardando dieta, y absteniéndose religiosamente de ciertos alimentos durante un número de días; juraríais que él era el que había tenido el niño...... Véase además á *Los Primeros Pobladores de España*, por el Sr. Fernández y González que forma parte de la *Hist. de Esp.* publicada por los individuos de la Academia, pág. 105, t. 1º; á Michel. *Le pais Basque*, á O'Shea, pág. 33; *La Maison Basque.* París 1887, á Estrabón *Geogra.* Lib. 3º y á Justino, Lib. XLIV que es quien menciona esta costumbre entre los Iberos. En el *Bulletin de la Societe des Sciences et de Lettres*, de París 1877-78, se ha publicado el testimonio de los alcaldes, de *Labastide clairane* y de *Ayherre*, tocante á la práctica de la *cubada* por una familia de este pueblo.

(3) Obr. cit. T. I.

tos de vida, análogos á los practicados por los demás habitantes de la Península.

A los enfermos, tiéndenlos en los caminos, para utilizar los consejos de los viandantes, al igual de los egipcios, y se casan estos pueblos al modo de los griegos. La *alfarería*, se conoció, y para sus compras, los de tierra adentro usaban unas laminillas de plata, que iban cortando á medida que necesitaban pagar sus mercancías. cortaban según Lafuente (1) la mano derecha á los prisioneros, consagrándolos á sus dioses, y celebraban sus festines domésticos, sentándose á la mesa por órden de antigüedad, en los poyos que conocemos, danzando después al son de una flauta y de un tamboril, parecido al que usan nuestros actuales pastores.

En los ejércitos celtas desempeñó importante papel el bardo, cuya clara y solemne voz, infundía el perdido valor, á los que rendidos caian exánimes, á los bisoños en el combate, dejando escuchar siempre sus sábios consejos, á aquellos que lo han menester. Fueron estos poetas, ancianos instruidísimos y respetables, cuyas blancas cabelleras les imprimían respeto y veneración religiosa, que se aumentaba por la actitud, el traje, y la palabra, que hiriendo los aires en los momentos más críticos, enardecían los espíritus é inclinaban á los soldados á la victoria. "Marchemos, les decían (2) conmovidos, la sagrada selva donde se rinde culto á la estatua del gran Teutates (3) ha resonado con los ayes de un gemido lastimero: lúgubres alaridos, salen de sus entrañas, monstruosos reptiles brotan por do quiera, y ensangrentadas llamas han coronado sus más altos arbustos.

¡¡¡Marchemos!!!

El que no pueda llegar, será más despreciable aun, que el desertor. Porque el que huyó, fuerzas tuvo para huir, más el que no puede llegar es debil y un cobarde.

¡¡¡Marchemos!!!

Si no quereis ser maldecidos y servir de escarnio, durante vuestra vida...... y sus últimas estrofas llevadas por la brisa, y repetidas por el eco, en los valles y montañas, inflamaba en todos los corazones, y alentaba al guerrero al cumplimiento del más sagrado de sus deberes: la defensa de la patria.

El nombre de celtas, conque los griegos designaron á los habitantes del oeste de Europa y á su lengua, proviene de la voz *Κέλτοι* denominación hoy más estricta, pues por ella solo conocemos á los antiguos pueblos de las Galias y de las Británicas Islas. Por Tácito, descubrimos gran analogía entre el bretón y el galo, y Tolo-

(1) Obr. cit. pág. 9. T. I.
(2) Soulié ob. cit. pág. 42.
(3) Lafuente indica que estos pueblos, rendían culto á una divinidad guerrera, lo cual según F. Soulié, era esta que consignamos, dios verdaderamente hambriento de carne humana, y de bestiales sacrificios.

meo por su parte, nos advierte que sus apellidos, ofrecían gran igualdad entre los pueblos de la rica Albion, y algunos del continente. (1)

La lengua céltica, es sin duda, áspera, y desagradable para los oidos de los romanos, y he aquí porque Quintiliano asegura, que aquellas voces en boca de sus paisanos, debían de hallarse desfiguradas, toda vez que ya habían perdido su natal fiereza, no hallando Juliano, otro medio de pintar la pronunciación de los galos que comparándola con el mugido de las fieras y el graznido del cuervo. Sin embargo Ives Pezron, sostiene quo la lengua de los dioses fué la celta, y Samuel Bochart, encuentra entre el bretón y los idiomas semíticos mucha analogía, presentando en sus obras una colección de palabras celtas comparadas con otras hebreas, caldeas y fenicias. Dos ramas principales, hallamos en estas lenguas; la *gélica* que es la más antigua, y que legó al provenzal muy pocas raices, mientras que todavía subsiste en el territorio británico en el *abbanakh de erse* de la alta Escocia, en el *manks* dela isla de Man y en el *erivakh* de la Irlanda; y la rama *bretona kynrrique* ó Kumbruque (2) que dominó por el norte y el oeste, de la Galia, no existiendo ya en el continente, desde las conquistas de los francos y romanos, y sí solo, en las antiguas poblaciones de la Armorica, en el *brezonec ó breyzad ó bajo breton.* En la actualidad, no subsiste, ya más que el *cymeraeg* ó *kymraig,* de el pais de Gales; habiendo desaparecido el *cornico,* hace cosa de un siglo. (3)

Hoy dia, hay bastante conformidad en suponer á las lenguas célticas, nacidas del tronco índico europeo; por más que Schlgel, haya dudado de tal nacimiento, agregando Pott, que si bien se hallan llenas de elementos sánskritos (4) tienen una base enteramente independiente de la familia indiana. La lengua céltica, fué gradualmente desapareciendo de las demás partes de Francia, consiguiendo mantenerse en las regiones de la Armónica como hemos dicho aquí, (5) mientras que en otros paises, fué tratada con el mayor desdén, tanto que en el siglo VII San Eloc y Gregorio de Tours, no la llaman más que la lengua rústica, y campesina, por más que en 1473 y posteriormente en 1842, los obispos bretones, y la declaratoria que excluía del concurso de los curatos en la Baja Bretaña á los sacerdotes que ignorasen el idioma del país; indicasen que aún su importancia no había decaido, siendo hoy hablado el celto bretón en las poblaciones de aquel pais por

(1) Obra cit. Mellado Madrid 1851, pág. 844 t. 7.

(2) *Antiuqites de la nation et de la lengue celte,* por el P, Pablo Ives Pezrón. París 1865.

(3) Alfabeto de las lenguas primeras de España, por Erro y Azpiroz 1806.

(4) Adolfo Pictet. De la afinidad de las lenguas célticas con las del sánskrito. París 1837 en 8o

(5) Luis Pascal Delacourt: Origen de los Galos. París 1624.

300,000 almas diseminadas por todo el departamento del Finisterre, habiéndose enriquecido, por más que las ha modificado, con muchas palabras del idioma de los francos y romanos. Distínguese en él, cuatro dialectos principales, el de Tregnier, que es el más puro, llamado *treconiano*, ó *bretón-bretonante*, el de Vanner que es por el contrario el más corrompido, el de *Saint Pol de León*, notable por su dulzura, y el de *Cornualles de Francia*, muy duro, siendo el carácter particular de estos dialectos, la terminación de los infinitivos y la de algunos nombres (1) habiendo también transformaciones y permutaciones de letras, con un acento muy caprichoso y distinto entre unos cantones y otros. Los manueritos bretones se hallan en caractéres latinos, bien puros, bien mezclados con letras sajonas, reinando mucha incertidumbre respecto de su ortografía. (2)

Tal lengua, posee una verdadera literatura, y si bien se han perdido sus primeros monumentos, tales como los versos de los celtas, confiados á la memoria, en que se describía su historia, sus dogmas religiosos y sus instituciones políticas, los cantores populares han salvado del olvido algunos restos de los bardos galos los cuales conservan en sus composiciones el carácter primitivo hasta la llegada de la armónica de los cristianos de la Gran Bretaña, allá por los siglos V y VI. (3)

Los cantos que se repiten en las fiestas aun en el dia, pueden dividirse en tres clases, religiosos, históricos y amorosos, fundándose la versificación en la medida y en la consonancia, y siendo sus versos hasta de quince sílabas divididos en dos hemistiquios. Estos no son como es natural, los únicos monumentos de la literatura bretona, la que por el contrario había tomado gran vuelo en una época en que la Bretaña todavía agena á la Francia estaba libre de la influencia del idioma francés.

Las célebres *Profecías de Guniclau*, bardo del pais de Trequier, datan de 458, según los unos, y de 240 según los otros, *la vida del rey Erech*, compuesta en versos bretones hacía 480, y las *leyes del buen Hoel* del año 510 juntamente con la aparición del *Brut breulined*, crónica real escrita en versos bretones á la que Geoffroy de Montmauh, puso en latín en 1140, son tal vez los más notables escritos de esta época. En el siglo XV Ana de Bretaña mandó traducir el Nuevo Testamento al Bretón, siendo los demás monumentos literarios, la *Toma de Jerusalém* tragedia sagrada, una comedia titulada, los *Amoríos del viejo;* otra tragedia, cuyo asunto es la pasión de Cristo impresa en 1530, y un poema del año 1570 impreso en el Convento de Cubariano, cuyo título es las *Postrimerías del hombre* original del P. de Cheffontaines general de los francis-

---

(1) Alan. Demoulin. *Gramática latino céltica*, Praga 1800.
(2) Ivan Anillevere. Dict. Bretón.
(3) Th de la chants populaires de la Bretagne 1850, 2 tomos en 8o

canos. Y pasando por encima de una infinidad de leyendas piadosas, vidas de santos, y libros devotos consignaremos dos nombres de dos escritores del siglo XVIII, Pablo Testard, traductor en versos bretones de las epístolas y odas de Horacio, y Claudio Lelache autor de un gracioso poema titulado *Miguel Morín* (1).

Volviendo á España, la existencia de los celtas, patentizada en ella, por los monumentos religiosos, que hemos descrito, y que como recuerdos arquitectónicos conservamos; hállase también corroborada en el terreno literario, por dos antiquísimos poemas cántabros, en los que leemos, las hazañas realizadas por este pueblo, al mando de Anibal, en el primero, como así mismo, las guerras y las pinturas de Italia y de su clima hermoso cuando luchaban al mando del célebre general cartaginés, en el segundo. (2)

La pintura que hemos acabado de hacer de estas razas, nos demuestra, claramente, que la ferocidad era proverbial entre ellas, como así mismo el espíritu de independencia más exagerado. Muchas veces las madres cantábricas, clavaban el puñal en el corazón de sus hijos antes que verlos esclavos; pues la libertad era su más precioso don. El amor y la fidelidad, tuvieron su culto también en esta época, la esposa no sobrevivía al difunto marido, los esclavos á sus señores, y los soldados á sus jefes. Al abarcar todos los ideales y costumbres de los celtas, hallamos abigarrada confusión de sentimientos en donde brillan los más sublimes y nobles al lado de los más bardos y mezquinos. Esto prueba á no dudarlo, que solamente el salvajismo que se observa en estos pueblos, es hijo del medio ambiente en que se desarrollaron; la civilización comezanba entonces á alborar, no habían llegado los pueblos ilustrados á visitar la Península; mas cuando tal sucede, vemos perdier á los primitivos pobladores sus hábitos feroces dulcificar su carácter por el progreso, y aparece como de bulto aquellos rasgos nobilísimos que desde las más remotas épocas encontramos en su historia y he aquí el origen de ese amor patrio tan celebrado en nuestra raza, de esa clásica independencia no desmentida nunca, y de esos magnánimos efluvios del corazón hispano, que engendra heróicas madres, inmortales Velardes y Guzmanes, y que forma la base de nuestro caracter nacional. Estos son los recuerdos perdurables legados de generación en generacion, incólumes hasta nosotros respetados por el tiempo, sin duda, con el objeto, de poder arrancar á la noche de los tiempos el secreto de nuestros sentimientos, no agradecidos nunca bastante á los celtas, iberos y celtiberos.

(1) Ob. cit. Mellado, pág. 847. T. 7.
(2) Orodea O. C. pág. 25.

III

Los Celtiberos

Los Iberos hallábanse, como hemos visto, gozando pacíficos de la posesión de la Península, cuando se verificó la invasión celta, pueblo brioso y agil como ellos, que desde luego se dedicó á entablar luchas con objeto de adquirir de sus contrarios á la sazón tierras en donde vivir y desarrollarse. Sin embargo, tales luchas al decir de historiadores, antiguos tenidos como veraces, no fueron afortunadamente eternas; sino que transcurrido cierto tiempo é identificadas las ideas de ambos, pueblos comenzó materialmente entre esas razas una verdadera fusión, que determina más tarde el nacimiento de otra nueva que participa de los rasgos geniales de los Iberos y de la posterior cultura celta, con el gráfico nombre de *Celtiberos;* notándose desde luego la índole de la casta gala asomarse sobre el origen Ibero al estudiar su religión usos y costumbres. (1)

Grandes discusiones hanse promovido entre los historiadores más eruditos, respecto de la región ó zona de España en que se estableció primeramente este pueblo, inclinándose los más á colocarlos en el centro de la Península; en el territorio en que hoy se hayan enclavadas ambas Castillas, por más que en una época anterior los celtiberos ocupasen la mayor parte del territorio peninsular, cuando hacia mediados del siglo VI, verificaron su emigración en la Iberia, esto es, por los años 650 y 616 antes de la era vulgar. (2)

Otros, tratando de deslindar su antiguo pais señalan como límites del mismo, al oeste, el Indube hasta los fronteras de los vacceos y de los vetones, y al medio dia con el pais de los carpetanos, oretanos y olcados. El Duero, famoso rio, atravesaba el pueblo de los Pelendones, subdivisión de los celtiberos, y otros también como el Pitorica y el Arevaca, bañaban sus ciudades.

(1) Orodea ob. cit. p. 36.

(2) A los celtiberos llamóseles también galos-celtas, v. á Romey. Ob. cit. siendo la emigración, la de los celtiberos ó galo-celtas.

Los lusones, los titos y los belos, completaban la confederación celtibera, habitando los primeros cerca de Idubeda en el nacimiento del Tajo (1) y los lusones y titos entre el rio Hucha y el Guadalupe, hasta el Ebro, remontándose, segun parece, hasta los Pirineos. Consérvase en toda esta zona, aun hoy dia, una serie de nombres como *Gallo canta*, *Nertobriga*, *Magallón*, *Arcobriga*, y otros, que indudablemente son preciosos vestigios de la permanencia de este pueblo allí; toda vez que semejantes denominaciones, son de origen esencialmente gálico, (2) por más que la ortografía y la pronunciación se hallan encargado de modificarlas con el tiempo.

Valíanse los celtiberos, del gran broquel galo, cuyo uso lo adoptó la España Oriental toda, en época de Cesar, al paso que la que Occidental, conservó el pelta ó adarga (3).

Las picas armadas de bote de hierro, que manejaban como armas arrojadizas, llamáronlas *lanceæ*, y no fueron otras, que las azagayas conocidas por los romanos. Fueron; asi mismo, muy hábiles en la fabricación de toda clase de armas, (4) y conocieron el secreto de acerar el hierro, dejándolo enmohecer en la tierra, costumbre existente hoy en algunos pueblos de la Alemania; llevaban el morrión de bronce, adornado con penachos encarnados, y además de la espada y la falárica, portaban un puñal (célebre entre los historiadores griegos que lo llamaron *paraxiphides)* de un palmo de largo y puntiagudo, de doble filo, á propósito dice Polibio (5) para servir de estoque y de cuchillo á un tiempo y segun Marcial, que, unos famosos versos lo describe, era rayado, teniendo doble comba, como el cric de los malayos. En harmonía con su armadura, hallábase el modo especial de guerrear de los celtíberos. Luchaban por regla general en campo abierto, sin trincheras, ni parapetos, y su cuña, *cunneus*, (6) en más de una ocasión arrolló á las disciplinadas y tácticas legiones romanas. Las mujeres iban también á los combates acompañando á sus esposos.

Interpolaban la caballería con la infantería, la cual en los terrenos ásperos, echaba pié á tierra y se batía con la misma ventaja, que la tropa ligera de los infantes, como afirma Lafuente en su famosa *Historia de España.* (7)

Aprendieron de los griegos, el arte de construir torres y castillos, comprobándose históricamente, la existencia de estos medios

(1) Véase á Estrabón y Apiano.
(2) Romey, ob. cit. t. I.
(3) *Cæs de Bell civil.* L. I. *Peltæ vel cetræ.*
(4) Lafuente, ob. cit.
(5) Lib III. c. 24. *Vid. etian Just. Lips.*
(6) Orden de batalla en forma de triángulo.
(7) Ob. cit. pág. 10 T. I.

de defensa, por el relato en que se pinta á Tiberio Graco, posesionado de trescientos castillos, como además por los vestigios ó restos que en el dia España nos ofrece en ciertos sitios, de estas fortificaciones ciclopeas, á las que se les llaman *solares*.

El saagun galo, fué usado de negro color, y por otros el *Saagun cucullatum*, que consistía en un pedazo de tela cuadrada, en uno de cuyos extremos tenía una capucha destinada á guarecer la cabeza. La saya ya antiquísima, sustituyósela en época posterior por otra hecha de tela rayada, muy parecida á la manta ó *plaid* que usan los serranos de Escocia (1). Conocieron también y las usaron, las bragas, especie de estrechos pantalones conque cubrieron sus carnes; (2) pudiendo asegurarse que tal vestido lo encontraremos sin excepción alguna, entre todos los bárbaros *celto-escitas* que poblaron el Occidente (3) como uno de los más usuales.

La muerte por enfermedad, para los celtiberos, era una verdadera mengua y deshonor, al paso que el fin de la existencia en los combates, fué siempre su mayor gloria, pues en todos se nota el más absoluto desprecio de la vida, significándose entre ellos una tendencia tan notable hacia el aislamiento que los hacía enemigos unos de otros.

Sus ideas religiosas, según el dicho del tantas veces nombrado geógrafo é historiador Estrabón (4) consisten en sacrificar todas las noches en los plenilunios, delante de sus puertas, á un dios sin nombre, pasando la velada entera bailando con sus familias alrededor de una hoguera, y agrega Valerio Máximo, que practicaron toda clase de sacrificios, (5) no impidiendo esto, dice Lafuente, (6) el que adorasen á *Elmam*, *Endovellico*, y algunas divinidades más, como el Sol y la Luna, según se atestigua por las inscripciones de la Fenicia, como conjetura Depping (7) sábiamente. Por lo demás, por muy groseras y rústicas que hayan sido las creencias religiosas de estos pueblos bárbaros, deben indudablemente haberle rendido culto, aunque á veces silenciosamente y sin exteriores manifestaciones á un ser supremo, para ellos principalísimo, no siendo cierta, en nuestro sentir, la relación de Estrabón, cuando niega en los galaicos la existencia de toda idea religiosa, pues no hay pueblo antiguo ni moderno, como puede verse en la valiente defensa de estas ideas, hecha por Sir Jhon Lubbok, (8) cuando se ocupa

(1) Llamábase esta saya *Striges* que en lengua tudesca qutere decir *raya*. Isidoro. Orig. lib. XIX, capítulo 23.
(2) Lafuente, ob. cit., pág. 24 T. I.
(3) Romey, ob. cit., pág. 24. T. I.
(4) Lib. III., cap. IV.
(5) Lib. III, cap. VI. En los novilunios.
(6) Cb. cit., pág. 10, T. I.
(7) T. I, pág. 212.
(8) Orígenes de la Civilización. Religión, pág. 179. Madrid, 1888. *Prehistoric Times*, 3ª edic., pág. 576.

de las presunciones religiosas de los salvajes, que no crea, que no piense en algo superior que lo ha animado, que le presta la luz, y depara la felicidad relativa y el sustento en la tierra, por más que el testimonio de navegantes, viajeros y misioneros; sea la mayor parte de las veces, contrario á semejante parecer.

Dividiéronse los celtiberos, como sus congéneres, en tribus también, siendo las que conocemos más, la de los Vacceos, Carpetanos, Arevacos y Oretanos, que indudablemente grandes y populosas en un principio, sufrieron luego abundantes fraccionamientos.

Los Vacceos, ocuparon las tierras situadas al norte del Duero, siendo, según la geografía antigua, sus principales ciudades, las de Arbocada, Helmantica, Desobrigas y Brigecio. Tal vez fuera este pueblo el que por más tiempo conservó los hábitos y la manera de ser de su primitiva vida errante. (1) Pastores y labriegos, mudaban anualmente de tierras en la región que habitaban, repartiéndolas entre sí para su cultivo con objeto de distribuirse luego las ganancias entre el común; no siendo fácil el que se burlasen tales convenios, pues al que ocultase el producto de las mismas, se le castigaba con la pena de muerte. (2)

Los Vacceos guardaban el trigo y las provisiones en unas especies de subterráneos, á los que llamaron *Silos*, (3) en los cuales podíase conservar por mucho tiempo, sin alterarse, sus existencias de boca, (4) no siendo raro hallar en la actualidad, en Castilla la Vieja, alguno de estos curiosos depósitos ó grandes despensas.

Las tríbus que vivían al norte, cerca de los Pirineos, fueron sin duda, más ilustradas que sus hermanas, como se demuestra en el hecho de haber conocido la navegación, y de entablar, supone Lafuente (5) gran comercio con las distantes colonias de la risueña Italia. (6)

En cambio, la más poderosa y aguerrida de todas las tríbus fué la de los Arevacos. (7)

Al oriente de España, y no muy lejos de sus costas, encontrábanse las Islas llamadas Baleares, por los antiguos, y Mayorca y Menorca, por nosotros, perdiéndose el orígen de su población en un verdadero mar de dudas. Muy bárbaros en sus costumbres, suponemos que pasasen á estas islas en grandes almadias cons-

---

(1) Lateque vagantes Vacceis.—Silio Itálico, l. c.

(2) Lafuente, ob. cit. y á Romey, ob. cit. Diodoro de Sicilia, lib. V.

(3) Utilissime frumenta servantur in serobibus, quos *Syros* vocant, ut in Cappadocia et in Thracia, in Hispania. Plinio, lib. XVIII, cap. XXX.

(4) Plinio dice que basta 50 años el trigo, y hasta 100 el millo, siguiendo á Varrón, lib. XVIII, cap. XXX.

(5) Ob. cit.

(6) Algunas monedas halladas en Tortosa, representan barcos.

(7) Véase á Romey, ob. cit., pág. 22, y á Orodea, ob. cit., pág. 36.

truídas de troncos de árboles, y sostenidas sobre odres ó pellejos hinchados, en cuyas cubiertas lanzábanse en busca de playas desconocidas, á merced de las olas deseosos de mejorar familias y pueblos enteros. Respecto de sus hábitos, sabemos que sobresalieron mucho en el manejo de la honda, arma propia de estas razas troglodtas, siendo tal la fortaleza de sus tiros, que las piedras llegaban á atravesar los broqueles, cual si salieran disparadas por la catapulta. Así, cuando luchaban en campo abierto, destrozaban los escudos, yelmos y toda armadura defensiva, hiriendo gravemente á los defensores de las trincheras cuando operaban en los cercos de las ciudades.

De aquí indudablemente les provino el nombre de Baleares que les aplicaron los Cartagineses, idéntico en su espíritu al de Gymnesios (honderos) con que los Griegos los designaron.

Estrabón (1) nos refiere, que estos baleares iban á la pelea completamente desnudos, armados de un broquelito y de una especie de venablo reforzado en su extremo, por botes de hierro á maravilla (2). Alrededor de la cabeza llevaban la honda hecha de melencrania, crines ó curtidas tripas de animales, con la que arrojaban á distancias proporcionadas los proyectiles de piedras. (3)

Diodoro de Sicilia, que también mucho nos ha contado de las cosas de España, asegura que eran tres las hondas usadas por estos pueblos; que una la llevaban ceñida á la cabezá, otra les fajaba la cintura, ó el vientre, y otra por fin, giraba en sus hábiles manos, (4) no dándoles los padres á sus hijos, más alimento, que aquel que hubieran ganado, acertándolo á tocar con el proyectil lanzado por tan sencilla como terrible arma (5), el cual se colocaba en una viga.

Tanto Estrabón como Diodoro Sículo, afirman que en el verano andaban desprovisto de toda ropa, pero Licofronte, según Romey (6) atestigua que estos isleños siempre usaron las zaleas (7) agregando un historiador ya citado (8) que aprendieron de los fenicios el uso de unas túnicas, con pintorescos, y anchos bordados, como las que Herodoto describe en los egipcios. (9) Ambas islas, continúa diciendo, Diodoro de Sículo tienen suelo apropósito

---

(1) Lib. III, cap. V.
(2) Lafuente dice que este venablo lo quemaban por la punta, ob. cit.
(3) Estas piedras llamábanlas *glandes* y á las hondas *macro-colon* y *braqui-colon*, según la distancia del tiro.
(4) Lib. V. c. XVIII.
(5) Estrabón lib. III. c. V. Floro, lib. III, cap. VII. Traduce las mismas palabras del historiador anterior: *Cibun puer á matre non accipit misi* Biblioteca Histórica. C. V. cap. XVII y XVIII. *quem ipso mostrante persecussit.*
(6) Ob. cit. pág. 28 T. I.
(7) Diodoro de Sicilia, lib. V. c. XVI, Licofronte, verso 663. Lafuente cree eran de pieles de carneros estas zaleas.
(8) Estrabón.
(9) Lib. II, cap. 81.

para el cultivo de la mies, y una población de 30.000 habitantes. El vino no se produce, siendo muy aficionados á el sus moradores. El aceite escasea, supliéndolo con una grasa que sacan del lentisco mezclado con manteca de cerdo.

La mujer, constituye una de sus pasiones, al extremo de que si los piratas se las robaban, ellos al punto las redimen dando en cambio por cada una de ellas cuatro hombres. Viven en las concavidades de las rocas, en las cuales abren galerías subterráneas que les proporcionan defensa y abrigo. (1) Muestras de semejantes albergues, consérvanse aun en el día, en las Baleares, recibiendo el nombre de *Covas*.

No usan monedas de ninguna clase, ni permiten su introducción, y para ellos, la riqueza no consiste en el oro y la plata; tanto que cuando estos balcáricos salieron de su patria, á luchar en favor de los cartagineses, nunca volvieron á su ciudad natal con las ganancias en efectivo, sino que las empleaban en comprar mujeres y vino, dando lugar tal costumbre á un institución sobre manera absurdo en sus bodas. (2)

Son así mismo muy curiosas, las ceremonias que empleaban en sus funerales. Después de haber reducido á poco volumen los miembros del cadáver, lo arrojaban á una cavidad, cubriéndolo con muchas piedras; de igual manera que los trogloditas de las orillas del mar Rojo, según refiere Estrabón, (3) que ataban los piés al cuello, del muerto envolviéndolo en varas de paliur *(Spina Chisti)* (4) después, y enterrándolo entre piedras.

Más no eran solo las islas citadas las únicas, las famosas Pithuysas, llamada así por sus muchos pinos de una manera genérica comprendía, á la de *Ebuso*, y á *Ofiusa*, desierta en la época de Estrabón, viviendo en las otras, unos hombres vestidos de negro, los cuales usan largas túnicas, que les llega á lós talones, ciñiéndoselas alrededor del pecho, y caminan con báculos semejantes á los Poinos (5) de las trajedias.

Sin duda, la pintura que hemos tratado de hacer de los Iberos Celtas y Celtiberos, habrá inclinado nuestro ánimo, á asegurar, que tanto sus costumbres en general, como sus hábitos en el hogar y en la guerra, revelan unos pueblos vigorosos y valientes á la par que ignorantes y bárbaros en extremo. Y sin embargo, tanto esta raza que estudiamos, como la de los celtas é iberos, ya se encontraban en relaciones con otros pueblos estraños, más ilustrados, perdiendo naturalmente en este choque de ideas aquellos

(1) Véase á Fernández y González, ob. cit., pág. 50.
(2) Fernández y González, ob. cit.
(3) Lib. II, cap. 81.
(4) Geog. lib. XXI. cap. IV, edi. Didot, pág. 660. V. á la obra cit. del S. Fernández y González, pág. 51.
(5) Furias.

rasgos geniales de su inculta civilización. Por eso el tipo verdaderamente primitivo de España lo encontramos seguramente como ya digimos en los habitantes que vivían tierra á dentro; no en los que ocupaban el norte y sur de la Península, toda vez que en estos el sol del progreso comenzó afortunadamente á iluminarlos.

IV.—El pueblo Fenicio.
V.—El pueblo Griego.
VI.—El pueblo Cartaginés.
VII.—El pueblo Romano.

IV

Los Fenicios

Al Sur de la Siria y á lo largo de la costa del Mediterráneo, existía una corta zona, (1) que desde el rio Eleutero, hasta el pié del Monte Carmelo, sirvió en la antigüedad de patria á un pueblo que se llamó fenicio. En este estéril territorio, rodeado de montañas cubiertas de árboles y que tenia á lo más cincuenta leguas de largo, por ocho ó diez de ancho, tuvo su orígen el poder marítimo más célebre de la antigüedad. No pudiendo los habitantes pedir cosa alguna á su ingrata tierra, que ni espacio siquiera les daba, debieron fijar toda su atención en el mar. El Libano les proporcionó en abundancia materiales para construir bajeles, con los cuales, después de haber sido pescadores y piratas (2) recorrieron en todas direcciones el Mediterráneo, (3) exploraron sus ricas orillas y sus islas fecundas, fundaron por doquiera colonias destinadas á servirles de escalas y depósitos, (4) y bien pronto, á pesar de la poca importancia de su país, con hacerse dueños del comercio de las tres partes del mundo, llegaron á ser un pueblo rico y poderoso.

Formaban parte los fenicios de las tribus árabes, que recono-

---

(1) Alfredo J. Church en su obra *Cartago*, afirma que este país, al que hoy se llama Palestina, tenía una extensión de terreno igual á la que ocupa el Condado Inglés de Yorkshire en la actualidad. Pág. 16, T. U. 1889.

(2) Según Lafuente, sostenían desde antiguo, comercio con el Egipto, Asia meridi onal y la Enropa Oriental. O. cit. T. I y el historiador Church, ya citado, nos manifiesta que llegaron por el medio dia hasta el cabo de Buena Esperanza, y cuando menos hasta Sierra Leona, y por el Norte, hasta la Gran Bretaña, de la cual extraían estaño y cobre en abundancia.

(3) Según Cantú, los Fenicios empezaron á ejercer la piratería por la Grecia, robándole gente y ganado: la piratería no era entonces más deshonrosa que la caza. Ulises fué nueve veces corsario, y Menelao ocho, adquiriendo grandes riquezas de este modo.

(4) La más antigua de todas fué Útica, que se fundó 300 años antes que Cartago 15 millas más arriba, en dirección del Nordeste.

cían á Ismael por su padre (1). Reducidos por la persecución de los hijos de Isaac, al estrecho espacio que hemos designado, abandonaron las costumbres nómadas de su raza y tomaron el mar por patrimonio suyo. El prodigioso aumento que adquirió la población les obligó á edificar numerosas ciudades cuyas casas eran de seis y ocho pisos y que fueron otras tantas colmenas dedicadas á toda la actividad del comercio marítimo (2). Ocupaban entre estas ciudades, el primer lugar, Arados, Autarados, Trípoli, Biblos, Berito, y con especialidad Tiro y Sidon (3). Colonias unas de otras, fundadas, ora con un fin comercial, ora por ciudadanos emigrados á consecuencia de disenciones civiles, fueron elevándose sucesivamente; pero el orígen de todas ellas, se remonta á la más alta antigüedad, pues su fundación tuvo efecto durante el período comprendido entre Josué y Salomón (4) La más antigua de todas á quien Moisés llamó la hija mayor de Canaan, fué Sidon. Esta fundó á Tiro, para hacerla escala de su comercio, y bien pronto se agrandó la colonia hasta el punto de sobrepujar á la Metrópoli y de adquirir el primer rango entre las ciudades fenicias (5) Por lo demás esta preeminencia consistía en mayor riqueza y extensión de relaciones comerciales; pero no constituía una dominación política. Cada ciudad fenicia era regida por una constitución particular y gobernada por príncipes independientes (6). La falta de monumentos históricos nos reduce á congeturas acerca de la forma de gobierno que en ellas existía; sabemos, sin embargo, que había reyes en Tiro, Arados y Sidon, y aunque es probable que estos reyes fuesen hereditarios, también lo es, que su autoridad, lejos de ser absoluta, hallábase moderada por altas magistraturas y por la influencia de la casta sacerdotal. Estas ciudades, así independientes entre sí, formaban una confederación, celebrándose en ciertas épocas del año, en la ciudad de Trípoli, una especie de asamblea nacional.

---

(1) Respecto del orígen de los fenicios, se ha discutido grandemente. Church dice "que no todos los Palestinos eran semillas, ofreciéndose entre estos pueblos vestigios de otras razas." D. Francisco Fontanilles, en su H. de España y Lafuente, supónenlos descendientes de Canaan, y César Cantú, en su H. U. afirma que de los sabeos que ocuparon la Arabia Feliz 600 años antes de Salomón proceden probablemente los fenicios, pareciéndonos esta opinión la más acertada. Para más detalles léase la obra notable de Mario Fontane H. U.—*Les asiatiques-assyriens, Hébreux y Pheniciens.*—París, 1883.

(2) Die Phoenicier par Movers, T. I. Annals of the Royal Asiatic Society.

(3) A. J. Church, O. cit., pág. 15, trad.

(4) Lafuente coloca la invasión fenicia en España precisamente en esta época en que acosados los fenicios por las armas triunfantes de Josué, fueron arrojados de sus tierras, estableciendo por esta causa colonias en los mares. Mariana en su H. G, de E. supone que Sicheo vino á España con gente armada á comerciar, lo cual no está comprobado.

(5) Bottger, *Historia de Cartago.*

(6) *La Antigüedad Fenicia*, Movers.

Los historiadores griegos han dejado en la obscuridad esta curiosa historia, casi concluída, cuando ellos aparecieron, y lo poco que sabemos se funda en datos más ó menos ciertos que proporcionan en su mayor parte, los cantos de los poetas hebreos.

Según éstos, en el año 1050, antes de J. S., reinaba en Tiro, Hiran, I, quien tuvo por sucesor á Hannibal que murió en 1020. Hiram II celebró el año de 1000 un tratado de comercio con Salomón y David; (1) y desde el año 934 al 906 reinó Hithobal ó Hethbaal, sacerdote de Astartea, que edificó varias ciudades en Fenicia y fué padre de Jezábel la reina de Samaria. (2) A Radegos (904-898) sucedió Mutgeno, (3) padre de varios hijos, entre ellos de Pigmaleon y Dido, (4) quien descontenta, de su hermano, se expatrió con sus familiares, y fué á fundar á Cartago por el año de 888. (5)

Bajo el reinado de Elilea 734, en la lucha de los tirios con los asirios, Sidon y otras ciudades, se entregaron á estos últimos, y desde el 608 al 596 el gobierno de Hithobal, II transcurrió, pacífico, siendo probablemente en este tiempo, cuando se verificó el periplo de Africa que algunos remontan al año 605. Nabucodonosor, rey de Babilonia, en lucha con los judíos pasó á sitiar á Tiro, á la que por fin tomó, después de trece años de sitio y de haber sido reducida á cenizas. (6) A Hihobal II, sucedió Raab, siendo gobernada la Fenicia despues de este monarca, por jueces electivos, que fueron de nuevo reemplazados por reyes súbditos de Babilonia. (7) En 561, Hiram III ocupa el trono, y en 538, la ciudad de Tiro, y quizás toda la Fenicia, sométense á la dominación persa, y continúan gobernándose por reyes también tributarios. Algunos de sus monarcas como Majen, combatieron en Salamina; y cuando Alejandro conquistó el imperio de los persas, Sidon sometióse á sus armas. Más habiéndose propuesto Tiro resistirse, despues de un sitio de siete meses, y de defenderse con gran valor; pasó á poder de los Seleucidas formando más tarde, el año 65

(1) Salomón pagaba vino y aceite á este rey por la ayuda que le prestara en la construcción del templo y más de 1000 años después los Tirios fueron mal de su grado enemigos de Herodes, "porque su pais era alimentado por el del rey." Church. O. C.

(2) Bibliotheque orientale par Herbelot.

(3) O Matgeno, segun Flavio Josefo; viene de *Mattan*, abreviación de *Mattan Baal* "presente de Baal ó cosa dada por el."

(4) Elisa de *Eleassar* en hebreo (la persona á quien Dios ayuda.)

(5) Cuestión es esta que se discute entre los eruditos: mientras Josefo siguiendo á Menandro nos dice, que hácia el año de 813 á 814 antes de J. C., debió fundarse á Cartago, Filisto supone la fundada 30 años antes de la guerra de Troya; opinión también de Adriano. Church cree, que entre la guerra troyana y Dido sucedió un periodo de 200 años. O. C. T. I. Véase la Bibl. Popular, cap. Fen. p. 177 *Historia de España* por individuos de la Academia.

(6) Miscelanea Fhenicia, Hamaker. Leyden 1828.

(7) O. C. Movers.

de J. C. todo el territorio Fenicio, parte de la gran república Romana. Desde esta fecha, la suerte de la Fenicia, se halla unida á la de la Siria no desempeñando papel alguno importante.

Semejante historia nos demuestra, aun que incompleta en parte, y llena de grandes vacíos, que los fenicios estaban muy lejos de ser un pueblo guerrero, y que no supieron resistir suficientemente los ataques de sus enemigos. Tan solo debieron, al pacífico ejercicio del comercio, y á la práctica de las artes industriales, su riqueza, su poder, y la influencia incontastable que ejercieron en la civilización del mundo antiguo. Inventores ingeniosos, (1) obreros hábiles, descubrieron la manera de preparar las lanas, de trabajar el vidrio, de dar á las telas cierto precioso tinte de púrpura, tan afamado entre los antiguos, y de fabricar toda clase de adornos y utensilios de lujo. Estos productos de su industria, servían de base á su comercio, que se hacía principalmente por permutas. Colocaba, por decirlo así, en el centro del Mediterráneo exploraron todas las orillas de este mar interior, tomando por doquiera cuanto hallaban ser precioso, yendo á cambiarlo por mercancías que les proporcionaban un nuevo beneficio. Llevaban á Grecia especias, perfumes, púrpura y objetos de adorno y de juego. La Iberia compraba estos efectos con plata, hierro y plomo. De las Sorlingas y el oceano, recibían el estaño y el ambar, que era entonces más apreciado que el oro, y á las costas de la Arabia, del Africa y de la India, iban á buscar ébano, oro marfil, pedrerías, monos y pavorreales. En semejantes excursiones notaron la falta de escalas ó de depósitos mercantiles destinados á favorecer este lejano comercio, y de aquí, la fundación de las numerosas colonias en todos los mares conocidos. Abarcaban éstas, la línea comprendida de este á oeste en el mar Mediterráneo, más poco á poco fueron retirándose ante la colonización griega, y las demás naciones que ocupaban las islas del mar Egeo. Habiéndose apoderado del comercio de la India, abandonaron á los griegos el del mar Negro, y casi todas las islas del Mediterráneo como las de Chipre, Creta, Rodas, Esporades y Cíclades, fueron conocidas por los fenicios; la Sicilia y la Cerdeña, como las islas Baleares situadas en la dirección que debían llevar sus bageles, desde luego fueron por ellos visitadas. Sabemos por Herodoto que en el mar Rojo ocuparon dos de sus puertos y en el golfo Pérsico y en las orillas del mar Inídico también hállanse factorías fenicias. En el Egipto llegaron á ocupar un barrio de Mempis y en las costas del oceano, conocian á las Maderas y Canarias y buscaron el estaño, como hemos dicho ya en las Sorlingas, y el ambar, en las embocaduras del Vístula. Estos lejanos viajes no les arredraban en modo alguno, puesto que habían emprendido y realizado el périplo ó derrotero del Africa, es decir, traspasados

(1) Uno de ellos el alfabeto, según Cantú, ob. c. pág. 34.

los límites conocidos del mundo antiguo, y doblado el Cabo de Buena Esperanza. Para completar el cuadro de estas inmensas empresas comerciales, hay que añadir que los fenicios agregaron al comercio marítimo, el continental que hacían por medio de caravanas, uniéndose muchos mercaderes para socorrerse, recíprocamente, en su larga travesía, yendo escoltados por gente armada. (1)

El sistema colonial de los fenicios sobresale por la rivalidad de comercio unida, sin embargo, al deseo de evitar toda lucha; así es que observaron en sus relaciones con las colonias, una prudencia ilustrada. Habiendo fundado una dominación desproporcionada á sus fuerzas, no trataron de mantener á sus antiguas colonias en una dependencia completa y prolongada. Los fenicios, sin embargo, no supieron conservar sus colonias, teniendo, como dice el tántas veces nombrado Cantú, que recurrir para su defensa á brazos mercenarios y extranjeros, lo cual traía como resultado, la falta absoluta de civismo; y así vemos que Alejandro, y los demás conquistadores antiguos, á cada paso subyugaban las más florecientes colonias de este pueblo. Y tanto más, es de llamar nuestra atención este fenómeno, cuanto que en la antigüedad fué reconocida su preponderancia y civilización, desde Homero, hasta los poetas griegos y latinos, los cuales muy á menudo nos hablan, de las glorias de Tiro y de Sidon. No podemos resistir á la tentación de transcribir la pintura que de la primera de estas ciudades, nos hace el profeta Ezequiel. "¡Oh Tro!,—exclama el varón inspirado, tú dijistes: yo soy de una hermosura perfecta, y situada en el corazón del mar. Tus vecinos que te edificaron, completaron tu hermosura. De abetos de Sanir te labraron con todas las tillas de la mar; trajeron un cedro del Líbano para hacerte el mastil. Encinas de Basan labraron para tus remos, y tus bancos hicieron de marfil de la India, y de materias de las Islas de Italia, para tus cámaras de popa (2). El lino pintado, de Egipto te ha sido tegido para la vela de tu mastil: jacinto y púrpura de las Islas de Elisa son tu toldo. Los moradores de Sidon y los Aradios, son tus remeros, tus sabios; ¡oh Tiro! se han hecho tus pilotos. Los ancianos de Gebal, y sus más hábiles, te suministraron gente de maestranza para tu vario servicio; todas las naves de la mar, y sus marineros, estuvieron en el pueblo

(1) Cantú, O. cit.

(2) Errónea nos parece la afirmación de Rawison en su notable obra Historia de Fenicia, cuando se ocupa de los bageles fenicios y dice: ......"los barcos en que se lanzaban, aquellos atrevidos mercaderes, á los peligros del mar, eran poco más de unos botes abiertos, expuestísimos á volcarse al primer embate fuerte de las olas. *Su construcción, pobre y los escasos elementos que entonces había para perfeccionarla,* no arredraba, sin embargo, en lo más mínimo, á tan atrevidos navegantes"...... pues el pasaje que copiamos del Profeta Ezequiel, bien claro nos demuestra el lujo y arte, conque las construcciones navales, se efectuaban en Fenicia. Véase además, en confirmación de nuestro aserto á Church *Cartago,* y al tantas veces nombrado Movers; *Los Fenicios,*

de tu negociación. Los de Persia, de Lidia y de Libia, eran en tu hueste tus hombres de guerra: el escudo y el morrión colgaron en tí para tu gala. Los hijos de Arad con tu hueste estaban sobre tus muros alrrededor, y los pigmeos estaban en tus torres, colgaban sus aljabas en tus muros alrrededor; ellos colmaron tu hermosura. Los de Cartago que comerciaban contigo con muchedumbre de todas riquezas de plata, de hierro, de estaño y de plomo, llenaron tus mercados. La Grecia Thubal y Mosach, también factores tuyos; esclavos y vasijas de cobre trajeron á tu pueblo. De la casa de Thogorma, caballos y cabalgaduras, y mulas trajeron á tu mercado. Los hijos de Dedan comerciaban contigo; muchas islas negociaron de tu mano dientes de marfil y de ébano, te trajeron á vender. El de Siria fué tu mercado por tus muchos géneros y perlas y púrpura y recamados y lino fino, y sedas y toda suerte de cosas preciosas pusieron en tus mercados. El de Damasco fué tu mercader por tus muchos géneros, con multitud de varias riquezas, de vino jugoso, con lanas del mejor color. Dan y la Grecia y Mosel, pusieron en tus mercados hierro labrado, mirra destilada y caña aromática para tu comercio. Los de Dedan, factores tuyos, de alfombras para sentarse. La Arabia, y todos los príncipes de Cedar, mercaderes de tu mano, con corderos y carneros y cabritos, vinieron á tí para comerciar contigo. Los vendedores de Sabá y de Reema comerciaban contigo, con todos los aromas exquisitos y piedras preciosas y oro que pusieron en tu mercado. Haran y Chené y Eden, factores tuyos; Sabá, Assur y Chelmad, tus vendedores. Estos tenían contigo comercio de varias cosas, en Calos de jacintos y bordados de varios colores, y preciosas ropas que estaban embaladas y liadas con cuerdas: tenían también cedros en tus tráficos. Las naves de la mar, las principales de tu tráfico, y te henchiste, y fuiste muy glorificada en medio de la mar! (1)

Este bello pasage, es la prueba más palpable de la grandiosa civilización de los fenicios; pues solo un pueblo que comerciaba con las naciones más opulentas de la antigüedad, que reunía en su mercado todas las producciones del globo, que las ciencias se hallaban cultivadas por muchos sabios, y que por último, tan adelantados se mostraban en las construcciones navales, hasta el punto de que aplicaban diversas maderas, á los varios componentes de sus bajeles, adornando sus cámaras con mármoles, jaspes y púrpura, ostentación oriental, modernamente introducida entre nuestros trasatlánticos, merece á no dudarlo, el más alto calificativo, y ocupar al mismo tiempo el más honroso lugar en la historia de la cultura humana.

---

(1) *La Sagrada Biblia;* trad. del P. Scio: cap. XVII: consúltense también *La Enciclopedia Moderna* de Mellado Lec. F. pág. 183 y sgts., como también á Guillermo Pastel, *De Fhœnicum Litteris*, 1552 en 12.

La ilustración de los fenicios, puede decirse que fué importada del Asia, y más particularmente del Egipto, por más, que la tradición popular la supusiera genuinamente nacional; pero cualquiera que sea su origen, los fenicios se distinguieron por su sabiduría en la administración de sus propios negocios, como en el gobierno de sus colonias. Se les ha echado en cara, falta de originalidad en la literatura y en la poesía, negándoles la cualidad de creadores, sin embargo, semejante afirmación nos parece algo aventurada, toda vez que las obras de sus escritores, desgraciadamente no han llegado hasta nosotros. Hemos ya dicho, que tanto la fabricación del vidrio, como la de la púrpura, se suponen de su exclusiva invención, como así mismo, muchas clases de tejidos y productos metálicos. Tanto la astronomía como el sistema de pesas, medidas y monedas, fueron tomadas de otros pueblos, merced á sus largos viajes, como también, la escritura alfabética; (1) pues según las eruditas investigaciones de Boeckl, es indudable que este maravilloso invento pertenece á la rama aramea del tronco semítico. El arte que pudiéramos llamar plástico, fué tomado de la Italia central y del Egipto; y sus bustos y estátuas, aun las destinadas á representar á sus dioses, fueron muy imperfectas.

En fenicia, como en la mayor parte de las sociedades antiguas faltó, la necesaria independencia del espíritu, de la que tantos ejemplos vemos en la filosofía propiamente griega; (2) pero á pesar de ésto, en tiempos del Imperio Romano, hállanse algunas escuelas fenicias, de las que salieron, hombres tan eminentes como Máximo, Paulo, Porfino, Marino, Diodoro, Boetho, Zenón el jóven, Dionisio el dramático, Táuro y Mánseas de Berito, y Filón de Biblos. Bien es verdad, que semejantes filósofos, pertenecen más bien á la filosofía griega que á la fenicia; pues de las doctrinas de aquella hallábanse contaminados, y además porque la fenicia, nunca tuvo una enseñanza propia, ni hubo nunca en ella pensadores que proclamasen á la razón como único origen y criterio de verdad. Como medio para comprobar la sabiduría del pueblo que estudiamos, sírvennos grandemente, las inscripciones (3) que de él nos quedan, las monedas de algunas ciudades y colonias, y algunos monumentos relativos al culto, amen de una extraordinaria abundancia de datos que nos ofrecen los libros de los judíos, los escritores latinos y griegos, y las traducciones de los geroglíficos del Egipto.

Para los fenicios, sus dioses y diosas, tenían como encarnaciones en la tierra héroes divinos, que á la par considerábanse como sus reflejos, remontándose á veces hasta ellos. De este número era

(1) Véase *Disertaciones sobre la lengua y el alfabeto de los Fenicios*. Madrid 1772. y al erudito Fortia de Urban, obr. cit.

(2) *Historie de notre philosophie occidentale por Roeth.*

(3) Memorias de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de Francia.

Melkarth, el protector de Tiro, asimilado por los griegos á Hércules, y que según parece fué, una especie de hipostasis de Baal el antiguo. Muy poco sabemos del culto de los fenicios, solo Luciano, en su *Tratado sobre la diosa de Siria*, nos manifiesta que tenían la costumbre de levantar en sus fundaciones comerciales templos, en donde se adoraba á Astarte y á Adonis; cuyos nombres van ligándose tan íntimamente á la memoria de la nación liria, que los parages en que esta había abordado en sus excursiones marítimas, suponíanse como reconocidos por el Hércules fenicio, personaje el más fuerte por excelencia; considerado además, como dios de la riqueza, de la industria y de la navegación. Atribúyese al Hércules fenicio que vino á España, dice D. Antonio Cavanilles, (1) haber construido en Calpe, una columna, y otra en Africa, en el monte Abila. La historia de Hércules obscurecida por el tiempo, falsificada por la fábula, es difícil de conocer, si se olvida que fueron varios los héroes de este nombre y que se han confundido las hazañas de los unos con las de los otros. Cicerón (2) señala seis, y Varrón unos cuarenta y tres, contando entre éstos personajes heróicos, á comerciantes, navegantes y aventureros célebres. Todo el que se distinguía pues, por el valor y la fuerza, el conquistádor afortunado, el navegante atrevido, el destructor de monstruos, era apellidado Hércules en los tiempos heróicos. Era pues, un nombre colectivo, tal vez un mito. De este mismo Hércules fenicio, dícese que venció á los Geriones, y que se apoderó de sus ganados, afirmando el severo D. Modesto Lafuente, (3) que en cuanto se posesionaron de España, le erigieron un templo á este dios, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo á todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas.

Para nosotros Hércules, no es un personaje real, sino un mito, considerado por los antiguos como emblema del sol en su carrera zodiacal, y asi leemos en las *Dionisiacas* (4). "Hércules, rey de fuego, gobernador del Universo, cuyo manto está recamado de estrellas, sol que con tu cayado garantizas los humanos, y disipas las tinieblas del mundo; tú, que sobre un globo inflamado giras rápidamente alrededor de uno y otro polo, semejante á un corcel infatigable; tú, que por tus revoluciones formas el año, hijo del tiempo compuesto de doce meses; tú, que haces sin cesar suceder una revolución á otra, y que encadenas á tu carro la juventud y la vejez. .... Tú, cuyo ojo esclarece é ilumina la bóveda celeste, que conduce el invierno en pos del otoño, y que los reemplaza con la primavera y el estío....tú, que nos das lluvias fecundísimas, y rocío que alegra

(1) H. de E. T. I. pag. 8.
(2) *De Rerum Natura.*
(3) O. cit., pág. 14, T. I. Véase la ob. cit. de M. Fontane, cap. *Culte des Pheniciens.*
(4) Lib. XL, pág. 1038.

nuestras fértiles tierras; tú, que con tu calor haces crecer nuestras espigas, y que derramas en nuestros surcos tu virtud vivificante, presta oído á mis acentos y acoje benigno mi ruego." También en el *Himno de Orfeo* exprésase claramente la identidad de Hércules con el sol, cuando el poeta exclama: "Tú, que con tu fuerza sostienes la *aurora* brillante, y la obscura noche, *dando cima á doce trabajos*, desde Oriente á Occidente" etc.

Hesiodo, igualmente nos manifiesta, que el zodiaco en que el sol acaba su curso anual, es la verdadera carrera que recorre Hercules en la fábula de los doce trabajos, y que su desposorio con Hebe, debe entenderse, el año que se renueva al fin de cada revolución.

Por último, para los antiguos, Hércules, simbolizaba el astro poderoso que anima y fecunda el mundo por doquiera, y así, solamente se explica el que su culto, se halle generalizado en todo el orbe antiguo, desde los desiertos de la Libia hasta las regiones de la Etiopia y la India, y que el Egipto, y la Fenicia misma, hubiesen levantado ya templos á esta divinidad, mucho antes de la pretendida llegada al mundo, del hijo de Alcmena, tales como los de la isla de Thasa y Cádiz. (1)

Tal fué el pueblo que en el año de 1019 antes de J. C., ó como afirman otros, 15 siglos antes de la E. C., arribó por vez primera á las playas españolas. De como llegaron desde tan remotas tierras, á establecerse en el país de los Turdetanos, que á la sazón ocupaban el sur de la Península, explicado queda, merced á su espíritu aventurero, y á los contínuos y larguísimos viajes que emprendían, no siendo difícil el que en uno de ellos, tropezacen con España, desembarcando en sus fértiles tierras, y comenzando, como hacían con todos los demás países del globo, su comercio marítimo en grande escala. Sábese que la isla llamada Eritréa, Eritya ó Santi-Petri, fué la primera tierra de nuestra patria que ocuparon estos expedicionarios, y que desde allí, salvando el pequeño brazo de mar que los separaba de la España propiamente dicha, costearon su litoral,

(1) Le Clerc, *Bibb. Univer;* Dupuis, *Origine de tous les cultes, etc.* Lubbock en su famosa obra *Los Orígenes de la Civilización,* (pág. 266) nos dice que los fenicios *adoraban una divinidad representada en una piedra informe,* en harmonía con las noticias suministradas por la *Transaction of the Ethnological Soc,* que parecen referirse á las columnas que este pueblo levantaba siempre á sus dioses, toda vez que al decir de Guigniaut *(Relig. de la Antig.)* los templos fenicios carecian de imágenes y representaciones sensibles de sus divinidades. M. Huet, afirma también que en el Templo de Hércules en España habían *pirethes* ó fuegos sagrados (Lubb. ob. cit, pág. 272) y Laciano, hablando del Templo de Hierapolis nos enseña que existian *estátuas magestuosas en las que parece se ven respirar á los mismos dioses, sudan, se mueven y dicen ellos mismos los oráculos.* Ya vemos, pues, que lejos de ser vagas las formas sensibles de los dioses fenicios, llegaron hasta construir verdaderas imágenes, á las que rendian culto y adoración. Para mayores datos sobre este particular, recomendamos se consulte la obra *Les origenes de l' histoire d' apres la Biblie et les traditions des peuples orientaux* de M. L. Lenormant.

fundando factorías importantes, de las cuales nós ocuparemos enseguida.

La primera, sin duda, fué Cádiz, que como dice el historiador Orodea (1), era el emporio de la riqueza y del comercio; riquísima presea capaz por si sola, de saciar la avara condición de los fenicios. Pero, á pesar de las ventajosas condiciones comerciales que les ofrecia la ciudad antes nombrada, aspiraron á desenvolverse aun más en la Península, y resultado de semejante ideal, fueron las fundaciones de Malaca (Málaga), Córdoba (Molino de aceite), Hispalis (Tierra adentro), Tranducta, Tartexia, Sevilla y muchas más, hasta unas 200, si hemos de dar crédito á Estrabón.

La manera especial conque este pueblo se presenta en España, adquiriendo cada día nuevos territorios, sin que de los naturales parta la más leve oposición, y mucho menos la sospecha siquiera de que puedan verse dominados un día por ellos, no dependia ciertamente de otras causas, que de la posesión, que de las virtudes prácticas se hallaban adornados, hasta el extremo, de que sabían adaptarse á las más encontradas costumbres é ideas, siendo recibidos con júbilo en todas partes; y principalmente en que siempre aparecían con el carácter de pacíficos mercaderes, y nunca con el de conquistadores ni guerreros. Curiosísima es la relación que el Coronel J. Rawlinson, (2) siguiendo á Herodoto, nos hace, de la manera de comerciar los fenicios, igual en un todo á la que Alfredo J. Church, consigna en su obra *Cartago*, (3) cuando de este pueblo se ocupa en sus relaciones mercantiles con la comarca Africana.

Cuenta el autor aludido, que cuando los Cartagineses llegaban á tierras extrangeras, para vender sus mercancías, colocaban estas en la orilla, en perfecto orden, é internándose después en el mar, hacían una gran fogata. Los naturales acudían entonces, examinaban los artículos, los tasaban, y ponían en tierra junto á ellos, la cantidad de oro que consideraban necesaria. Entonces, se retiraban á bastante distancia y los cartagineses volvían á la playa. Si el oro les parecía suficiente, lo tomaban, dejaban los artículos y se iban; pero si no les parecía bastante, se retiraban de nuevo á sus barcos sin tocarlo, esperando con paciencia á que los naturales añadiesen más. Una perfecta buena fé, presidía en todas estas operaciones, sin que de una parte ni de la otra, se tocasen el oro ó las mercancías, hasta que el negocio no se hubiera terminado. (4)

---

(1) Hist. de Esp, pág. 39. Léase la interesante obra de L. Carre *L' Ancien Orient: Etudes historiques religieuses et philosophiques sur l' Egipte, la China L' Inde, la Perse, la Chaldee et la Palestine.*

(2) *The story of the Nationns: The story of Pœhnicia. Putmams, London & New York 1889.*

(3) Pág. 163 y sigtes.

(4) Trad. de J. de Armas y Cárdenas (Justo de Lara) art. Los fenicios. (Lunes de la U. C. Abril 15, 1889.)

Comerciantes pues, y no guerreros, fueron los fenicios que arribaron á España, y muestras de su inteligencia y astucia, las tenemos en las permutas y cambios que con los naturales celebraron; pues casi todos los objetos que entregaban en lugar del oro, la plata, los pórfidos, el cobre, los alabastros y demás productos de la Península, eran baratijas y cosas de poco valor, tales como cuentas de vidrio, plumas vistosas, y pedazos de cristales de roca y de colores; materias todas, que llamaban grandemente la atención de los cándidos españoles, sin comprender las inmensas ventajas que en semejantes contratos, alcanzaban siempre los fenicios que de semejante, modo ejercían una verdadera explotación, valiéndose de su mayor cultura, y de su avaricia extraordinaria, carácter distintivo de su vida toda. No solo el litoral sur de la Península, fué convertido en núcleo de sus factorías, sino que, queriendo ampliar su campo de acción comercial á los pueblos del interior, tales como los celtiberos, comenzaron poco á poco á ir entronizándose tierra adentro, habiendo llegado, según algunos historiadores, á realizar sus cambios hasta en la Celtiberia misma. A medida que progresaban en su camino hacia el interior de España, fundaban, no lejos unas de otras, especies de estaciones ó depósitos de mercaderías, con el objeto de ligar entre sí, á las poblaciones del centro de la Península con las del litoral, terminando aquí, podemos decirlo, el comercio terrestre, para empezar en los puertos de España por ellos conocidos, el comercio marítimo que se remontaba por medio de sus bageles, hasta las riquísimas colonias de Tiro y de Sidon, siendo esta y no otra la causa de que las aludidas colonias llegasen á ejercer una verdadera heguemonia comercial en el orbe antiguo, toda vez que á ellas iban á parar todos los valiosísimos objetos industriales y artísticos que sus hijos adquirían en los lejanos mares que exploraban. Como se vé, los fenicios no se descuidaban; poco á poco, y armados siempre de su debilidad, porque de otra manera hubiera sido imposible su desarrollo en la Península; no solo habían visitado casi todo el país de los turdetanos y elegido, como hemos ya dicho, sus localidades más ventajosas, sino que también su planta extranjera llegó á abrirse paso en el corazón mismo de la tierra de los generosos españoles. Si no fuera, por que en casi todos los historiadores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, encontramos la descripción de las rapiñas y de los cuantiosos beneficios que obtuvieron los fenicios en el territorio ibérico, dudaríamos de la exactitud histórica de semejantes noticias.

Aristóteles, dícenos que cargaban sus barcos hasta los topes, de todo lo que nuestro fértil suelo les brindaba, que como lastre para sus trirremes, usaban enormes pedazos de aurífero material, y que no contentos todavía, determinaron construir las áncoras, cadenas, y los demás utensilios y herramientas necesarias para sus na-

ves, de oro y plata, por más que á Lafuente (1) le parezca que el autor citado, al hablarnos así, lo hace más como poeta que como filósofo. De todos modos, sábese ciertamente, que fueron grandísimas las cantidades de minerales preciosos que de la Península extrajeron los fenicios, pues contaban con la facilidad en su adquisición, toda vez que, como ya hemos consignado, los españoles no le daban valor alguno á tan enormes riquezas, y también porque de antiguo consta que la Iberia poseía minas importantes de estos metales, al decir de Lucano, (2) Estrabon, (3) y de cuantos geógrafos, escritores y poetas, de ella se ocuparon en las más remotas edades.

Los fenicios, pues, como se desprende del relato de las noticias que acerca de ellos conservamos; vieron apagada su insaciable sed de oro, sin que jamás fuesen molestados por los prudentes é inocentes españoles, que al par que le dispensaban la más cordial acogida, compartían los artículos necesarios para la vida, los metales codiciados de sus minas, y cuantos más productos ofrecía pródigamente la nación ibérica.

Mas su ambición, comparable solo á su avaricia, por más que modernos historiadores como Rawlinson (4) traten de pintárnoslo como un pueblo sin perfidia alguna en sus actos, y presidiendo á su vida, como severa norma, la más exagerada honradéz, hízoles no contentarse con la gran explotación á que nos habían sometido, desde su arribo á nuestras mismas playas, y pensar por cierto engañosamente, bajo el punto de vista de la posibilidad, pero con sobrada malicia de miras, en apoderarse de la Península, (5) sin detenerse á reflexionar que ellos, no eran de esos pueblos á quienes Marte contaba entre sus escogidos, sinó que comerciantes y amigos de la mar siempre, su aventurera vida no se adornó de las genuinas y necesarias condiciones que encontramos por fuerza en las naciones, cuyos únicos ideales han sido, el ruido infernal de los combates y las conquistas por más árduas y difíciles que estas fueran.

La vida íntima de los fenicios con sus huéspedes, y el trato diario, tanto en el hogar doméstico, como en las ocupaciones agrícolas, les hicieron creer que habían perdido sus antiguos hábitos de independencia, que á sus arreos de guerra, habían sucedido las fórmulas extranjeras del cambio, y que por último, al manejo del vetusto y victorioso *pelta*, á la sazón lleno de herrumbre, el del arado, constituía una nueva etapa en la vida de nuestros primeros hermanos ¡Engañoso pensar, error imperdonable!

---

(1) O. C. pág. 14. Véase además la Biblia, y á Ezequíel. Prof.
(2) Lib. III, Cap. I. *Geog.*
(3) *Astur scrutator pallidus auri*, Luc. IV ver. 293.
(4) Obr. cit.
(5) Justino, bib. XLN cap.

Un dia, los sencillos españoles se vieron visitados de unos aventureros que venían á ofrecerles los más variados objetos de comercio, á trueque de sus valiosas producciones. Su actitud era pacífica, la del que busca el lucro, y las cortantes espadas que llevaban, y las azagallas punzantes que blandían, solo usábanse de adorno. Semejantes visitadores, no querían verter sangre alguna; esquivaban toda lucha, y solo ansiaban algo más positivo, ambicionaban oro y nada más. Los peninsulares, no tuvieron inconveniente entonces, en abrirles cándidamente sus brazos, y en cederles, siempre bajo el punto de vista comercial, tierras para sus factorías y depósitos, y en acabar por relacionarse hidalgamente con ellos, á quienes no conocían, después de todo, no tratando siquiera de adivinar, cuales serían los verdaderos ideales que les habían hecho venir desde su patria á establecerse á las lejanas costas de Iberia. Tan noble conducta, hospitalidad tan leal como desinteresada, fué mal entendida por los fenicios, quienes supusieron que cuando así se les recibía, fácilmente podrían pasar andando el tiempo, de simples huéspedes á dueños únicos y absolutos de tan productiva, como fértil nación.

Y hé aquí el error: no comprendieron que proceder tan franco era hijo de las condiciones de carácter de los españoles, y que las ventajosas condiciones que por el comercio habían prontamente adquirido en un instante, en el mismo, en que se aclarasen sus pérfidas intenciones, las perderían para siempre, amen de recibir tan grande como justo castigo; por haber tratado de violar las leyes sagradas de la hospitalidad. La Iberia, no había dejado marchitar sus laureles: en todos los pechos nobles de sus hijos, manteníase vivo el fuego sagrado del amor patrio; así fué que cuando los débiles y confiados fenicios, soñaron en aherreojarla, como un solo hombre, la nación entera levantóse indignada, vengando en ellos su traidora conducta, como ocasión tendremos de verlo inmediatamente.

Dueños los fenicios del pais, cuya civilización impusieron, poseedores además de importantes plazas á las que fortificaron so pretexto de que así se guardaban mejor las riquezas amontonadas en ellas, (1) pero en realidad con el objeto de defenderse más ventajosamente, en caso de que llegase el dia que pudieran realizar sus sueños de dominación; determinaron aparecer desde luego hostiles á los españoles, los cuales á decir verdad, andaban ya algo recelosos á la sazón; pues al fin vieron claramente cuales eran los verdaderos motivos que los ligaban á España, convenciéndose además, aunque tarde, de que trataban con un pueblo tan falso como interesado.

Además, muchos de estos fenicios, agrega el Dr. D. Fernando de Castro, (2) veían con malos ojos que las productivas colonias de

---

(1) H. Gral. de España, Mariana, pág. 26, T. I.
(2) H. de España, pág. 28, T. U.

España, fuesen dependencias de Tiro, en cuyos almacenes vertían constantemente las flotas de Tharsis, los artículos del occidente. Los españoles, observando entonces, que aquellos á quienes suponían pacíficos amigos, y laboriosos comerciantes, se les presentaban armados de todas armas, y en son de guerra, acordáronse de los primeros pasos de su vida en los campos de batalla, y sobre todo, del santo amor patrio tan ingénito en ellos, y tomando acuerdos y de común consentimiento, declararon la guerra á los fenicios, al mismo tiempo que la famosa Tiro, caía en poder de Nabucodonosor, por lo cual, vióse privada de auxiliar á sus colonias de España, las cuales fueron echadas de todas partes por los turdetanos, que contra ellas lucharon.

Nombráronse capitanes, mandáronles hiciesen las mayores juntas de soldados, y lo más secretamente que pudiesen, para que tomasen al enemigo inadvertido, y la victoria fuese más fácil. A Baucio encomendaron el principal cuidado de la guerra, continúa narrando el P. Mariana, (1) por su mucha prudencia y edad apropósito para mandar, y por ser muy amado del pueblo. Con esta resolución juntaron un grueso ejército, dieron sobre los fenicios que estaban descuidados, venciéronlos; sus bienes y sus mercaderías dieron á saco, tomáronles las ciudades y lugares por fuerza en muy breve tiempo, así los conquistados por ellos y usurpados, como los que habían fundado y poblado de su gente y nación.

La guerra. estalló con todos sus horrores, y la ciudad de Medina Sidonia, á donde se había recogido el resto de las tropas fenicias, confiados en los fortificaciones de su Templo, también con el mismo ímpetu fué cercada, apoderándose de ellas los españoles, y siendo toda su guarnición pasada á cuchillo; tal era el deseo de venganza que abrigaban.

Todo fué demolido, á todo alcanzó el fuego devastador de los vencedores, perdiendo para siempre aquellos mercaderes las riquezas ganadas en tantos años, llegando á contemplar sus codiciosos ojos, como sus soberbios palacios y templos, desrrumbábanse al fuerte embate de los valientes hijos de Iberia. Solo un recurso les quedaba, en situación tan crítica á los fenicios, y á él recurrieron prontamente. Cádiz, el emporio un día de su comercio, la rica factoría cuyos productos esmaltaron la brillante corona de la suntuosa Tiro, les abría sus fraternales brazos, los llamaba cariñosamente y a ella fueron tímidos y azorados á refugiar su miedo, pues esta ciudad era el último baluarte que les restaba de su augusta dominación en tierra hispana. Mas, ni aun aquí considerábanse seguros, y no pensando en luchar con los españoles aguerridos, á quienes no contaban vencer, determinaron pedir socorros en el extranjero. La metrópoli de Tiro no podía ofrecérselos: su antigua grandeza y po-

(1) O. cit., pág. 8.

derío, habían servido, como ya hemos dicho, tan sólo para aumentar los fastuosos delirios de un rey persa; ellos no ignoraban semejantes acontecimientos, tanto que entonces recordaron que en las costas occidentales del Africa, no lejos de Italia y de Sicilia, existía un pueblo de fenicios como ellos, y sus hermanos por tanto, en sentimientos, usos y costumbres, y que al llamarlos de seguro su voz hallaría eco, no dudando el encontrar en los de Cartago que no otra era esta nación, un auxiliar fortísimo para rescatar su maltrecha libertad.

Tales cálculos, no fallaron por cierto. Los de cartagineses oyeron el lamentar de sus paisanos, y decidieron venir á España con el objeto de castigar á los españoles, y de restituir á los fenicios en sus haciendas y derechos, poniendo para tal empresa en juego, la astucia, conjuntamente con la fuerza de que disponían, como ya ocasión tendremos de ver al ocuparnos de esta materia. La venida pues, de los cartagineses á España, fué, por decirlo así, el golpe de muerte que recibió la dominación fenicia; toda vez que aquellos reunían sobre éstos la cualidad indubitable de guerreros, sin dejar por esò de buscar como sus aliados aún en medio de sus conquistas, el mayor beneficio mercantil posible. Y así fué, que cuando pisaron la tierra española, y apreciaron de cerca su riqueza, y palparon sus inapreciables ventajas, determinaron sigilosamente combatir contra los españoles, pero no con el fin que suponían los fenicios; el de defenderlos; sinó para ir domeñando poco á poco á los rudos peninsulares, que á decir verdad, encontraron en los nuevos invasores hombres más acostumbrados á las luchas. Al fin, dice el autor antes citado, (1) viendo éstos, que luchaban dia tras dia, sin poder vencer á los españoles por la fuerza, usaron de engaño, propio arte de aquella gente: mostraron ganas de partidos y de concertarse, se decían, no ser venidos á España para hacer guerra y dar guerra á los naturales, sino para vengar las injurias de sus parientes y castigar á los que profanaron el Templo sacrosanto de Hércules. Tales palabras vanas y sobre todo pérfidas, reconocían como fin primordial el ir ganando tiempo para mientras tanto acrecentar sus puestos y fortificaciones, descansar sus asendereadas legiones y ya de refresco esperar la victoria con mejores probabilidades. Y así fué, incautos los Turdetanos; con semejante pérdida de tiempo, poco á poco se vieron estrechados y en condiciones tanto más desfavorables, cuanto que los cartagineses, parapetados ya en las marinas, lastimaban contínuamente las ciudades españolas que más próximas á sus armas se hallaban, hasta que haciéndose la guerra general, y á la descubierta y sin jefes los Turdetanos, pues según Mariana (2) Baucio había muerto anteriormente, fueron reducidos

(1) Mariana, O. C. pág. 28.
(2) Obr. cit.

á una nueva dominación en el nombre, pues los caractéres de ella, olvidados debían tenerlos los españoles, dado que tanto los fenicios, como los cartagineses, profesaban análogo modo de pensar. Aquellos, con agrado, mientras tanto observaban como las triunfantes armas del pueblo de Hanníbal, iban subyugando la España toda á su poder más bien presto, por cierto, adivinaron, que tanta felicidad para ellos no era: en efecto, calmados los inquietos españoles, contra los fenicios cargaron ahora los cartagineses; sin recordar su común orígen, su llamamiento y cuantas consideraciones asaltan nuestra mente, ante un hecho de tal naturaleza, mas así fué; y de nuevo los abatidos fenicios, tuvieron que refugiarse en su querida Gades, pero esta vez, sin éxito, porque las potentes máquinas de guerra (1) de sus ex-aliados, demolieron las cortinas de sus murallas; rompieron sus trincheras, y corridos, sin hogar y sin patria, el año 501 (2) antes de J. C. son para siempre expulsados, después de haber perdido hasta el último rincón en tierra hispana, donde poder llorar su desventura.

En medio, sin embargo, del crimen ejecutado por este pueblo, justos antes que todo, y considerando á su invasión bajo un punto de vista imparcial y critico; no podemos menos de calificarla de muy beneficiosa á España; toda vez que fué un gran impulso para su desenvolvimiento y cultura. Los fenicios, hemos dicho, que desde tiempo inmemorial poseían un grandísimo progreso material, añadiendo que aun en medio de la explotación á que indudablemente sometieron á los inexpertos españoles, fueron trasmitiendo todos aquellos conocimientos ya artísticos, ya literarios, que les asignaba lugar preeminente entre los pueblos civilizados, y que innegablemente le cupo la gloria de haber reducido á la vida civil á los primeros españoles (3) pues éstos se hallaban envueltos en el más lamentable atraso. Sabemos, además, que eran muy hábiles en la manera de construir las embarcaciones, como en su difícil manejo, y que en la erección de faros, tales como *La Torre de Hércules,* (4) sobresalieron grandemente, siendo todos estos adelantos

(1) Según Vitrubio en *1. Nov. Cart. 19.* el *ariete* fué usado por vez primera en este sitio, siendo su inventor Palamesmo, un artifice de Tiro: consistía en una viga colgada de una armazón de madera en sentido horizontal por unas cadenas, terminando dicha viga por uno de sus extremos en un bote de hierro que generalmente simulaba una cabeza de toro ó carnero. Hacía su oficio impeliéndosele un movimiento oscilatorio, hacia adelante, con objeto de que chocase el hierro contra el muro que se quería derribar.

(2) A los 352 años de la fundación de Roma.

(3) Ob. cit., Cavanilles, pág. 7.

(4) En Galicia, fué casi hecho de nuevo por Trajano, que además dotó á España del Acueducto de Segovia, el Puente de Alcántara, la torre d'n Barra en Cataluña, la Columna de Zalamea de la Serena, el Circo de Italia y el Monte Furado en Galicia también. Ar. Alcántara, Dicc. Geog. Mador, Masdez, T. VII, Hist. Crítica de España.

trasmitidos á los hijos de Iberia, quienes supieron aquilatar afortunadamente, tan valiosas adquisiciones de ideas.

Asimismo, no debemos olvidar, que la manera de salar y curar el pescado, el cultivo del olivo, la extracción del aceite, el desagüe de las minas por medio de la célebre *rueda de Arquimedes*, como la práctica de ciertas costumbres populares tan arraigadas aun hoy día, (1) á los fenicios únicamente se las debemos, por ser ellos el primer pueblo culto, que hizo entrever á los rústicos Iberos la luz radiante del sol del progreso.

Ellos y no otros, nos enseñaron el arte de escribir, (2) legándonos su alfabeto llamado de Cadmo, y sus dioses tales, como Saturno, Venus, Neptuno, Esculapio y Júpiter (3) y la mayor parte de sus concepciones mitológicas. El aprovechamiento de las colmenas, la aplicación de los metales á las artes, (4) la policía, el modo de labrar las tierras, como también el comercio, el curso de la moneda y la poesía, pues aseguran Estrabón y Polibio, que ya existían entre los Iberos leyes escritas en verso. El historiador Silio Itálico, también nos relata que sus danzas guerreras, en que armados golpeaban los escudos, fueron entre los españoles muy populares.

Recuerdos, sin embargo, materiales de tan activa como inteligente nación, no conservamos en absoluto, si bien las ciudades de Gades, Sevilla, Adras, Córdoba y tantas otras, á ellos se debieron exclusivamente. Más por desgracia, ninguna obra arquitectónica podemos presentar, pues los pueblos en que se establecieron en España, no guardan nada; pero no nos es necesario más, para apreciar el valor de los fenicios, que lo consignado hasta aquí, apuntando por vía de conclusión que á nuestro progreso prestaron innegable y benéfica influencia, y que solo á ellos debiose el que en España, se iniciase tempranamente, con relación á otros pueblos, una verdadera cuanto sólida civilización.

---

(1) Nos referimos á las candeladas que en las vísperas de San Juan y San Pedro, iluminan las calles y plazas de todas las posesiones españolas.

(2) Ya en otra ocasión hemos consignado, que la escritura no fué invención de los fenicios, sinó que en sus viajes la adquirieron de alguno de los pueblos con quienes sostenían relaciones comerciales.

(3) Según Pomponio Mela y Estrabón, en España existió un templo dedicado á Hércules, señalándonos además, el sitio en que se había levantado: hoy yace en el fondo del mar de la bahía de Cádiz, y hace pocos años bajó tanto la marea, que pudieron verse aun sus ruinas. Filostrato cuenta, que su riqueza era mucha, llamando la atención entre sus joyas, un ramo de olivo de oro macizo, cuyos frutos estaban hechos de hermosas esmeraldas. Estúdiese el interesante libro *Pri. Pobla. histó. de la Península Ibérica*, Madrid, 1890.

(4) Homero, Iliada, lib. XVIII, verso 74.

V

Los Griegos

La histórica, cuanto interesante Grecia, hállase en una de las tres penínsulas que forman la Europa por el sur. Es el territorio más pequeño de este gran continente, tanto que su superficie es menos extensa que la del Portugal, pero en cambio, si la medición de este país básase en el renombre de que goza desde la más remota antigüedad; de fijo que la tierra entera no bastaría para contener los inmensos productos de su genio fecundo, ya en las artes, en la industria y en las ciencias. No hay ningún país en el mundo, dice un sabio escritor contemporáneo (1) que á igualdad de superficie, presente tantas islas, penínsulas y puertos, y donde por lo tanto se efectúe mejor esa unión de la tierra y de las aguas que para la naturaleza es la belleza suprema, y para el hombre, la anhelada condición del progreso social; razón por la que el mar ha sido en todo tiempo la gran vía de que los griegos se han valido para la realización de sus empresas.

La vigorosa frase latina struere viam, que hace recordar una de las glorias más legítimas de Roma, jamás pudo aplicarse á la Grecia,, aun cuando sus sacerdotes tuviesen el encargo de velar por la conservación de los caminos, que iban á parar á los santuarios nacionales á fin de facilitar su acceso.

La verdadera Grecia, no llegaba á traspasar por el norte los 40° de latitud, y la infranqueable valla de los Alpes orientales que por este lado se alzaba, manteníanla aislada del valle del Danubio y de las corrientes emigradoras del Asia. El Mediterráneo al sur bañaba sus risueñas orillas, casi frente á la feraz Cirenica, y á pesar de mostrarse separada del Asia, el Africa, y la Italia, por ese mismo mar que luego recorrió afanosa, sus islas, aproxímanla á estos países, con los que establece abundante comercio. No cabe dudar ni un momento, que la facilidad en realizar sus ideales dependió grandemente de sus condiciones climatológicas de la

(1) V. Duruy. Hist. de los Griegos. Trad. Barcelona 1890.

diafanidad de su atmósfera, de la limpieza de su cielo encantador, voluptuoso, aun hasta en la noche misma, y más que de todo, del sosegado oceano, que tan propicio giaba sus veleras naves, ya cuando avanzaban en busca de aventuras, ya en fin, dedicadas al comercio de cabotaje por entre los pequeños archipiélagos que poblaban aquellas aguas, cuyas blancas viviendas, semejábanlos á colosales gaviotas, que tomaban descanso para emprender más tarde de nuevo, el atrevido vuelo.

No nos sorprende, que los geólogos actuales, cuyos trabajos preparan la gran historia de nuestro planeta hayan dicho que tanto la Italia como la Grecia meridional, fueron las últimas partes de nuestro globo, removidas por la naturaleza, cuya terrible fuerza aún se deja á menudo sentir allí (1). Si es cierto, oponía Duruy (2) que la Grecia no se enorgullece con el bramador Vesubio, ni el gigantesco Etna, sus hombres han visto en cambio, surgir islas enteras del seno de las tumultuosas olas, ó desaparecer otras en el abismo. Santarén, tiene por base un volcán inmenso, cuyo fondo se halla á 400 metros bajo el nivel de las aguas, y tan es así, que en más de una ocasión ha vomitado islas abrasadoras. Asimismo Milo, Cimolo, Ternia y la famosa Delos; surgieron de lo profundo, mientras que el Taigeto, salía de las entrañas del Peloponeso, elevando el cabo Tenaro sobre las verdes olas, su rugosa frente que la tempestad á veces desgarra y azota.

Los eruditos del pasado, instintivamente poseyeron la noción de estos grandes cataclismos de la naturaleza, que trasforman la topografía de los países, y de áridos á veces, los convierten en venturosos por su feracidad inacabable. Hesíodo, en sus *Teogonias* (3) algo nos indicó acerca de este particular, cuando refiere que el Olimpo retiembla hasta en sus cimientos, y hasta en los abismos del Tártaro resuena el ruído de las rocas que se derrumban, y que desplegando Júpiter, desde las cimas del Olimpo toda su fuerza, lanza fuegos chispeantes, los rayos parten de contínuo de su mano terrible, la tierra se enciende, el oceano aparece cubierto de igneas olas, y sofocantes vapores rodean á los Titanes, los cuáles, sujetos al fin por cadenas indestructibles, sirven de cimientos al mar y á los continentes, los que aun tratan á veces de agitar.

Estudiada la Grecia en su conjunto, presenta la particularidad, de no ser lo suficiente fértil á mantener en la ociosidad á sus moradores; ni tampoco lo demasiado pobre, que obligue á consumir toda la actividad del hombre en arrancarle á la tierra; los medios de subsistencia: y he aquí precisamente, la razón principal que determinó el que los griegos, se dedicasen al pastoreo y á la agricul-

(1) El levantamiento del Tenaro es como los naturales del país llaman á las frecuentes sacudidas de su suelo.
(2) O. cit.
(3) Págs. 678 y siguientes.

tura, y sobre todo al comercio, una vez que aprendieron de los fenicios á construir *el caballo de mar*, que aparejaban con una sola vela, valiéndose además de los remos. También es curioso notar que el nombre de *Grecia*, con que nosotros designamos á esta nación, fué desconocido en absoluto entre este pueblo llamado de los *Helenos*, de la *Héllada* su patria, sin que podamos indicar, cuáles han sido los motivos que determinaron la preferencia de aquella denominación en la historia. La palabra Grecia, legada por los romanos, parece derivarse de la voz *grec* que significa viejo (γραυς γραια) y según afirma Ferrech, (1) análogo sentido se desprende del término *Pelatgo*, suponiendo asímismo Aristóteles, (2) que ambos apelativos griego y heleno, són originarios de los alrededores de Dodono, y de las orillas del Aqueloos, país cubierto á la vez de pantanos y montañas, siendo este hecho muy semejante al realizado por los romanos cuando designaron á los *Ranneres, Etrucci ó Tusci.*

La geologia, ha formado en este bello pais su constitución política, á ella se ha debido el nacimiento de los diversos y pequeños estados, que unidos en la síntesis suprema de la lengua y de la patria, determinan á la Grecia. La *Tesalia*, las dos *Lócridas*, opuntiana y epicnemidiana, la *Beocia*, la *Focida*, la *Dorida*, el *Cantón montañoso de los Locrios Ozoles*, el país de los *Etólios*, el *Ática*, *Megara*, la *Elida*, el país más fértil de la península, *Acaya*, la *Arzolida*, y tantas otras pequeñas regiones, que necesariamente fueron dándose á conocer en el desenvolvimiento de su historia, engendran la nacionalidad griega, ó mejor helénica, de que tan celosa siempre se mostrara. Un pueblo existe en Grecia, en el cual se encuentran misteriosamente unidas las ventajas y los inconvenientes de su suelo, con la extructura de sus costas; es decir, la harmonia topográfica de la tierra y el mar: el *Ática.*

En ella, prodúcese abundante cosecha de olivos, como asimismo de perfumada miel del Himeto. El Pentélico la surte de mármoles, de riquezas sus minas de Lauria, y la luz que la rodea es tan pura, y tan transparente su atmósfera, que la vista se extiende á dilatados confines. Dulce y suave es nuestro clima, exclama un poeta, el invierno no es riguroso para nosotros, y los rayos de Febo jamás nos ofenden con su calor (3) Además, el mar azul y de blando oleaje, envolvíala cuan un ceñidor de espuma, todas las mañanas, llegaba el nortecillo que hinchaba las velas de sus barcos, hasta abrigarlos en las Clicladas, y al llegar la noche tornábase el viento contrario, el cual les servía para retornar á sus puertos, bajo un cielo tachonado de puntitos brillantes, no velados nunca por las pesadas brumas de los mares europeos.

---

(1) Observaciones sobre el orig. de los prims. habitantes de la Grecia. P. 87.
(2) Meteorología I-XIV.
(3) Museo.

Tal hermoso país, como con razón exclama una inteligencia del pasado, (1) era un magnífico teatro para la actividad humana. Si el régimen despótico, si las cadenas de la opresión, hubieran arraigado en la patria de Píndaro y de Safo; si los conquistadores de la antigüedad, convirtiéndola en campo fecundo de maquiavélicas ambiciones, la hubieran subyugado; Grecia no fuera más para la historia que una nación muerta y desolada; pero afortunadamente, el genio griego, supo elevarse libre en Maratón y Salamina, y sacar de sus propias entrañas los grandes tesoros de su naturaleza pródiga, garantidos por instituciones bienhechoras, que honrando al individuo, elevaban á su vez á los poderes públicos que las dictaban.

Los principios de la Grecia, como los de casi todos los pueblos, encuéntranse envueltos en una gran oscuridad. Tiénese, sin embargo, por cierto, el que los griegos pertenecen á la gran raza indo-europea, si bien á la mayor parte de los pueblos del Asia menor, y de la península Oriental de Europa; les pertenece el derecho de usar tan ilustre nombre.

Allá en una obscura época, casi en los crepúsculos de la historia, vemos aparecer un pueblo: el de los *Pelasgos*, que ocupa el Asía menor, la Grecia y aun hasta la Italia misma, donde dejaron, como precioso legado su idioma, del que han nacido el griego y el latin, como asi mismo sus dioses, (2) llegando á ser el Epiro, el punto de unión de los sirios y de los pelasgicos-helénicos.

A las tribus pobladoras de la Grecia propiamente dicha, distínguenselas con los nombres de *Pelasgos* y de Helenos, habiendo precedido éstos á aquellos, no solo en la aparición sino en los beneficios de la herencia; quedando al fin, expulsados, los Pelasgos, dueños del territorio los Helenos; posteriormente á la época de Homero.

En el tiempo que asoma la existencia de Cadmo y Dánao, que fueron los primeros que se encargaron de introducir en ella, las luces y las artes de los Egiptos y de la Fenicia, el pueblo que habitabita el Peloponeso, el Atica y la Beocia, probablemente del mismo linaje que los demás habitantes del Occidente, hasta el extremo de España era aún de los más bárbaros y cerriles. Los fenicios, á quienes no puede negarse el blasón de haber sido los primeros ayos de la Grecia, plantearon desde aquella remota antigüedad colonias esclarecidas, en Tebas, Beocia, Dodona, Epiro, y en las islas de Somotracia, Creta, Tasos y Tera; (3) desde allí fueron á establecerse sucesivamente en Atenas, ya metrópoli del Atica y en otros mu-

(1) Demóstenes.

(2) Según Herodoto; los pelasgos, hablaban una lengua diferente del griego, pero esta afirmación, no se tiene por cierta; probablemente los giros antiguos del griego, usados por los pueblos de su tiempo, á quienes él llama Pelasgos, le im pidieron reconocer un dialecto de su propia lengua.

(3) Obr. cit. pág. 55. Romey.

chos parajes del continente y del Peloponeso, planteando en algún modo la Grecia heróica, tal como la estamos viendo en los poemas de Homero y en las relaciones de Herodoto.

La Grecia, constituida como tal nación, á pesar de la diversidad de sus elementos, ya políticos, ya topográficos, vivió durante largos años, siendo una, progresando incesantemente en su industria, y en las demás manifestaciones del ingenio humano, hasta que la fuerza de inmigración, tornó por completo sus ideales, significándose con el carácter marcadamente colonizador. A muchas y muy diversas causas contribuyó este hecho: la religión, la posición geográfica, las revoluciones intestinas, y más que todo, el aumento de población, pudiéndose afirmar, que tales fueron las razones que determinaron el nacimiento de las colonias griegas, las cuales se esparcieron por las costas de Europa y el Asia Menor, no habiéndose hecho jamás en esta línea, un experimento más acertado, y más fecundo en venturosas consecuencias. El sobrante de la población del Peloponeso, los partidarios vencidos, los descontentos con las autoridades dominantes, los desterrados, y á veces también los grandes criminales, engrosaron sucesivamente aquellos establecimientos; y como eran hombres cuyas ideas y sentimientos se habían formado en aquel expléndido foco de cultura, de saber y de buen gusto, imprimieron el mismo sello á la nueva patria, y muy en breve, las colonias griegas, y más especialmente, las situadas en las orillas del mar de Jonia, rivalizaron en riqueza, en magnificencia, y en sabiduría de instituciones con la Metrópoli, sobrepujando sus más frecuentados puertos, á Atenas y á Corinto, en la extensión y variedad del comercio, y en la magnitud y frecuencia de sus especulaciones mercantiles. En vano creíanse estados independientes, en vano también querían tratar de igual á igual con las repúblicas del Peloponeso, pues á pesar de todo no fueron otra cosa que verdaderas colonias, que si bien es verdad, se gobernaban por leyes y magistrados propios, el influjo que en ellos ejercían las repúblicas, obraba con tanta eficacia como podría haberlo hecho, la acción directa de los éforos ó de los arcontes.

Los beneficios que prestaron á la humanidad, estos puestos avanzados de la gran familia helénica, fueron incalcublables; las colonias griegas de la costa de España, Francia y Nápoles, esparcieron los bienes del comercio y la civilización en un vastísimo radio en torno de sus muros, dando salida á los frutos de su agricultura, en cambio, de los de la industria extrangera, que desconocían, suavizaban las agrestes costumbres de los rudos habitantes del interior, iniciábanlos en las artes y las ciencias, dábanles el ejemplo de la vida sedentaria, inspirándoles además el amor al trabajo, la obediencia á las leyes, y las ocupaciones útiles. Allí acudían de todas las partes del globo, los traficantes á enriquecerse, los políticos á negociar en terrenos pacíficos y neutrales, los artistas á hermosear

las poblaciones con las maravillas del genio, y los estudiosos á perfeccionar sus conocimientos, y á frecuentar las escuelas famosas con que se envanecian.

Después de dos siglos de cultura, empezaron los griegos, á franquear el mar, siendo causa de tal accidente, la cualidad distintiva de este pueblo; el amor á lo desconocido, el afán de lanzarse en busca de más risueños paises; el carácter aventurero, en una palabra, que como afirma Lafuente, (1) habían asimilado de los fenicios, sus maestros, en cosas de mar y artes, como así mismo, en lo que se refiere á ideas comerciales. Su primera expedición marítima, fué la de los Argonautas de Tesalia, que se internaron por el Mar Negro, hasta la desembocadura del Faso en la Mingrelia, 126 años de J. C., viaje tan obvio, dice un historiador moderno, que hoy dia lo realizan sin dificultad alguna, los barquichuelos turcos que comercian en aquel litoral. En el siglo siguiente, ya vemos otra expedición de igual carácter, si bien más náutica en el fondo, y fué la que después de tantas discusiones produjo la ruina de Troya, 1184 años antes de Cristo. Ya en esta época hallábanse familiarizados con el oceano, y se mostraban bastante duchos en el manejo de sus embarcaciones, sobre todo con el Egeo, donde sesenta años después de la destrucción de Troya; los griegos colonizaron la mayor parte del Asia Menor, la Etolia, y más tarde, casi un siglo, la misma Jonia, la Dórida y las demás hermosas provincias de esta región, lo que dió por resultado, el que en el año 1000 antes de J. Cristo, mostrárase ya erguida, y con algún renombre justamente adquirido, esta nueva Grecia en el Asia, razón por la que fué llamada gráficamente *Grecia asiática.* Cerca de estos establecimientos helenos; existían ya de tiempos atrás, varias factorías fenicias, por el litoral que se extiende de Sicilia, hasta el Oronte, y habiéndose estrechado entre ambos pueblos, sincera y desinteresada amistad, aprendieron los primeros, el comercio y la navegación de sus amigos, aprendizaje que fructificó de una manera tal, que llegaron á sobrepujar á sus maestros, no sólo en esta rama del humano saber; sino á la misma Grecia Europea, en cultura, científica artística é industrial, y hasta en riquezas.

Las egregias figuras de Thales, Herodoto, y del padre de la poesía, Homero; se forjaron en la Grecia Asiática, sobresaliendo tanto, la arquitectura jónica y dórica en el desarrollo del arte, que aun hoy mismo, estos órdenes forman el encanto y la delicia de los amantes de lo bello.

Por otra parte, la preponderancia adquirida por los isleños griegos, prestó formidable ayuda á sus ideas de inestabilidad en la patria, Rodas, fué la primera, que lanzándose al insodable mar, inauguró la serie de largos viajes marítimos, tan renombrados en

(1) Obr. cit.

la antigüedad; dándose el caso de que al mismo tiempo que la Grecia Europea enviaba sus colonias á la Calabria y Sicilia, la Grecia Asiática, dirigía sus bajeles civilizadores, á las lejanas playas españolas, datando probablemente de esta época, el establecimiento de los Rodios en Cataluña, y la fundación de Rodión, (1) entre Emporion y los Pirineos, que se puede computar á unos nueve siglos también antes de J. C.

El geógrafo Estrabón, al ocuparse en este particular, refiere (2) que hubo unos isleños rodios, cuyas correrías marítimas fueron muy venturosas, y que no sólo fundaron su Rodas, que todavía existe, sinó que también verificaron expediciones marítimas lejos de su patria, antes del cómputo de las Olimpiadas, y llegando á las costas de Iberia fundaron allí á Rhode, que ocuparon después los Masaliotas. (3) También añade la citada autoridad, que estos rodios, parecen haber sido los pobladores de las Islas Gymnesias ó Baleares, y así se desprende, agrega Lafuente, (4) del nombre de *Ophiusa*, con que se designó á la Isla de Ibiza, que es así mismo el nombre antiguo de Rodas.

La llegada de los Rodios á España, coincidió con un acontecimiento cuyo recuerdo háse conservado vivo por muchos años, y del cual, según opinión generalizada, tomó nombre la cordillera de los Pirineos: nos referimos á su incendio, (5) ocurrido, según el cómputo más lógico, unos 900 años antes de nuestra era. También fué creencia muy común en la antigüedad, la de que el nombre de dichas montañas se derivase de la ninfa *Pirene*, último vástago de la extirpe de Thubal, reina de España y amante de Hércules, la cual fué destronada por Gerion, quien para cortarle la retirada, al verla huir al monte, pegó fuego á la maleza haciéndola perecer entre las llamas. (6)

El mismo sabio autor, á quien con sobrada justicia, llámasele el padre de la Historia, Herodoto, refiere que un bajel de Samos, hacia el año 291 portador de abundantes y ricas mercancía, segip-

---

(1) Rosas, hoy.

(2) L. XIV.

(3) La fundación de las Olimpiadas, data de 776 a. de J. C. Según Estrabón los Rodios efectuaron su viaje, antes de este acontecimiento, en sus tiempos de mayor prosperidad: lo que si hemos de creer á Eusebio: comenzaron siglo y medio antes del establecimiento de las Olimpiadas: de suerte que por los años de 900, se puede fijar la llegada de los Rodios á España.

(4) Ob, cit. pág. 19.

(5) Las primeras minas de España; fueron descubiertas merced á este fuego, pues arrasada la capa vegetal y caldeada en grado sumo, la tietra y los minerales que como la plata, el estaño y el cobre, guardaba en su seno, ya derretidos, corrieron abundantemente por el suelo; de aqui la voz *Pirineo* de Pir (fuego). V. á Diodoro Sicu, l. V. cap. 35 Arist. de Mirabil. Auscult, t. II. p. 1094. Sin embargo la etimologia de *Pirineo* es céltica, de *Ber*, *Bir*, *Pir*, flecha, punta, lanza, altura, etc, aludiendo á su aspecto exterior.

(6) *La Atlantida*: Poema de Mosse Jacinto Verdaguer. Barcelona 1878.

cias, dirigido por un piloto, Coleo, habiendo atravesado el estrecho voluntariamente, ó en alas de un fuerte viento del nordeste, arribó á Tartesa, país rico en minas de plata, (es decir, la Bética Occidental), sin fijarnos el puerto donde anclaron, ni los límites de la región visitada; haciendo constar tan solo: que ningún griego, antes que Coleo, había pisado aquellas remotas playas.

Sea cual fuere esta parte de España, añade, acojidos con benevolencia estos mercaderes, vendieron á buen precio todos sus artículos, y satisfechos de sus ganancias, dedicaron á Juno, la décima parte de ellas, mandando á hacer en honor suyo además, una gran copa de bronce, (1) de forma argólica, adornada de cabezas de grifos, y sostenida por tres colosos, de siete codos de altura, descansando sobre las rodillas: obra que fué una de las más bellas joyas del templo de aquella diosa, (2) y que suponen naturalmente, egregios artistas que la efectuasen, patrimonio solo de pueblos que se envanecen con una gran cultura artística como el nuestro. (3) Fíjase además, la llegada de los Samios á Tartesia, según Herodoto por los años 704, antes de J. C., es decir, en el siglo VIII, estableciéndose desde entonces gran comercio entre las costas ibéricas y estos griegos insulares. (4)

Más tarde los focenses que (5) habían sido los últimos en crearse un tranquilo abrigo en el litoral de la Jonia; donde solo poseían una escarpada roca en forma de península, razón que determinó el que sus habitantes se dedicasen á la profesión de marinos, navegando por los mismos mares; dieron verdadera luz para las próximas expediciones.

Sus naves de comercio armadas en corso á la par, tripuladas por marineros equipados como soldados, con veinte y cinco remeros además, y ágiles y voladoras por su construcción iban á través de todos los mares, aprovechando las ocasiones de realizar cualquier negocio. Más piratas que mercantes, sin rumbo fijo, penetráronse en el Adriático, dieron la vuelta al Tyrreno mar, y remontando de nuevo el Mediterráneo, llegaron á las Galias y la Peninsula Ibérica, donde se decidieron á fundar ciudades en la época en que la Jonia se sintió oprimida por los Lydios. (6)

De las relaciones de este pueblo con España, sabemos que an-

---

(1) Cratera.
(2) Lib. I. IV c. 152.
(3) Herodoto la vió en el templo de Juno y dice que costó 6 talentos.
(4) Obr. cit. Lafuente, pág. 18.
(5) *Historia de la Grecia*, T. I., pág. 240, Curtius.
(6) Herodoto habla de las costas de Hadria, Tyrrena y Tartesia, coincidiendo el orden conque las nombra, con el de la llegada de estos focenses á esas mismas tierras; de suerte, que el conocimiento de España para ellos, fué posterior á la época del comienzo de sus viajes por los mares entonces surcados, ya en son de comercio ó de colonización, conocimiento adquirido merced á la casualidad años antes por otros griegos insulares.

tes de tener que abandonar su patria, habíanse establecido en la Calabria y posteriormente en las Galias meridionales, donde todos sus ideales, el tesoro entero de sus conocimientos, fueron trasplantados al otro lado del oceano, en Francia y en la Peninsula. La desembocadura del Ródano era un lugar que les brindaba evidentes ventajas, y así lo comprendieron, cuando con los habitantes de esta región emplearon una astucia grande é intencionada. La conocida leyenda de Euxenos, (1) á quien un jefe galo (2) le hubo de invitar al banquete de bodas de su hija, siendo aquel preferido á todos los demás pretendientes indígenas, indica sólo, como dice razonablemente un autor contemporáneo, (3) el grado de simpatías que los griegos habían sabido despertar en su favor. (4)

Allá por los años de 600, fué Masalia (Marsella) un verdadero centro de civilización en el país de los celtas, no solo por su estado político que le permitió tomar parte en las luchas de las grandes naciones, reputadas como tales á la sazón, sino por la consideración que alcanzó al reputársela cuna del comercio en todo el mundo conocido, como nos lo refiere Proto, Plutarco, Polibio y el mismo Diodoro de Sicilia. Fabricantes á la vez que comerciantes los marselleses, tenian manufacturas de joyas, adornos de coral, cueros, jabón y artículos de bronce, usando para ellos el estaño, que recibían de Bretaña; ellos fueron los introductores en las Galias de los aderezos y collares de oro, cuyos modelos se conservan actualmente en varios museos y principalmente en el de Arlés. En cuanto á sus riquezas agrícolas reducíanse, según Estrabón, al olivo y á la viña. La pesca bastaba abundantemente para el consumo, aunque no era sobrada para la exportación. Pero la prosperidad y gloria de Marsella consistió en su gran movimiento de exportación. Con la Italia á su izquierda, la Hesperia á la derecha, la Numidia enfrente y las Galias al Norte, reunió las condiciones más favorables para formar el centro de una vasta comunicación marítima. Estaban á su alcance países ricos, territorios fecundos, estados poderosos y grandes é ilustradas poblaciones, disponían asimismo del arte de la navegación, y sus galeras esbeltas surcaban velozmente las distancias, impelidas por su espíritu comercial, llegando á fomentar algunos depósitos hacia los Pirineos, tales como Agatha (Agde.) y fijándose para construir á *Emporion* (5) (Ampurias) en el lugar donde aquellas robustas montañas se adelantan hacia el mar, por más que luego la trasladasen al continente, estableciéndo-

(1) Mercader focio.
(2) Nann, rey de los Segobriges.
(3) Duruy, ob. cit,
(4) Cuenta la leyenda que á Euxenos le entregó la copa (costumbre existente en aquella época) la hija del rey, en señal de desposorio, dándole Nann, al yerno por dote, la tierra en donde habia desembarcado.
(5) Mercado, *Emporion*, Estrabón, pág. 159.

un activo comercio con los indígenas. En la parte más inmediata al mar, se alzaba el cuartel de los griegos, y más al interior el de los españoles. Sin embargo, el descontento crecía en este campo á cada instante, la invasión les repugnaba, y determinaron oponerse tenazmente á las evoluciones de los focenses, á cuyo efecto rota la tranquilidad y derramada de una y otra parte generosa sangre, cesó la lucha, tan sólo, cuando hubieron acordado tanto los indigetes, como los focenses, que en adelante ambos pueblos vivirían separados por una gruesa muralla, construida entre las habitaciones de los extranjeros y las suyas, con objeto de impedir toda comunicación. Celebrado tan extraño pacto, los focenses tomaron para sí, la parte de la ciudad que se les había cedido, la cual no tenía más de 400 pasos de circunferencia, conservando los indigetes el resto del territorio, compuesto de algunas leguas de extensión, siendo por ambas partes respetado dicho acuerdo durante algunos años. Cada pueblo conservó sus leyes y se gobernó á su manera; en los primeros tiempos los focenses, algo recelosos por comprender ellos mismos su debilidad, no se fiaban mucho, manteniendo una exquisita vigilancia, más poco á poco se fortificaron en su posición sin reclamaciones de los indigentes, con los cuales rara vez se comunicaban, haciéndolo por una puerta sola, que constantemente era guardada por un magistrado suyo, velando durante la noche, la tercera parte de los habitantes en la muralla, (1) no permitiéndose la entrada á ningún español, reuniéndose y armándose en grupos en tierra de los indigetes, los focenses, cuando iban á visitarlos por necesidad, teniendo siempre un ataque. (2) Pero á pesar de todo, este tratado tuvo un exacto cumplimiento, llamando la atención de los historiadores de la antigüedad, tales como Titolivio y Estrabón, tanto que cuando más tarde los focenses necesitaron extenderse, pues el aumento de población requería más dilatado espacio de tierra donde poder vivir; prefirieron antes de atacar á sus vecinos, hacerles sentir su ardor bélico á sus propios hermanos los Rodios, y apoderándose de Rodas, (3) costean la Cataluña y el país Valenciano, fundando tres colonias y tres ciudades más allá del Jucar, siendo entre ellas, la más conocida, la que frente las Baleares se alzaba, y á la que Estrabón llama *Hemeroscopion*, (4) floreciente en fun-

---

(1) Romey, ob. cit., pág. 34.

(2) Estrabón dice, que en su tiempos los dos pueblos se regían por leyes medio griegas y medio bárbaras. Lib. III. Algo análogo á esto hemos visto en épocas posteriores, la ciudad de Rómulo, contenía dos pueblos distintos. (V. Niebur *Historia de Roma*, lib. I, pág. 408), situado el uno en el monte Palatino, y en el Quirinal el otro, divididos también por murallas. A la ciudad getuliana de Gadames le sucedía lo mismo; en la Edad Media, la nueva y lá vieja ciudad de Dantzig, y las tres ciudades independientes de Kœnisberg, las cuales se hostilizaban de muralla á muralla.

(3) Curtius, ob. cit., pág. 244, T. II.

(4) Lugar donde se observa el día.

diciones y pesquerías muy productivas. En el promontorio que ofrece á 60 millas hacia el Poniente, (1) elevóse un templo, el más famoso que hubo en España á Diana (2) *(Dianum)*, hallándose este santuario levantado en el sitio nombrado hoy *Cabo Martín*.

Conforme á la costumbre de estos pueblos, refiere Mariana, (3) adornáronlo con ídolos, derramando en él mucha sangre de sacrificios, que ordinariamente ofrecían, usando para el maderamen el enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, tanto que Plinio testifica se conservaba hasta su tiempo, sin corrupción ni carcoma. (4)

Los focenses, siguiendo después el camino trazado por los fenicios, llegaron al Estrecho de Gibraltar, edificando en este lugar á *Mainaka*, (5) dobiaron las columnas de Hércules y acamparon en la desembocadura del Betis, (6) la tierra entonces lejana por excelencia, como dice Curtius, (7) á la que los griegos bautizaron con el nombre de Tartesos, desarrollando un gran comercio con los naturales, hasta tal punto, que el viejo Argantonio, protegió con fortificaciones sus mercados.

Mas no fueron los rodios, los samios y los focenses, los únicos hijos de la Helénica región que nos visitaron, también, como afirma Estrabón, (8) otro pueblo originario de la Isla de Zacinto, situada en la Grecia Asiática, como los demás de donde habían venido anteriormente sus hermanos, nos hubo de visitar sin que sepamos cuando, estableciéndose más allá de Sucron, hacia la desembocadura del Ibero, donde levantaron á la ciudad de Sagunto, causa de la segunda guerra púnica, y célebre por su heroismo y amor patrio en los anales de nuestra historia, como asímismo por el vidriado (9) que en ella se fabricaba, y aún en el dia por los utensilios de barro de Murviedro, (corrupción,) según algunos de *Muro Viejo*, que son un importante ramo de comercio en España. No es menos cierto tampoco, que hasta en la misma Galicia, al decir del geógra-

(1) V. á Mariana, ob. cit., cap. XII, pág. 19, T. 1.
(2) *Denia* en la actualidad por corrupción.
(3) Obr. cit. pág. 19. T. 1.
(4) Plinio parece referirse al Templo de Diana de los Griegos de Zazyntho, en el que colocaron la estatua que trajeron de su patria, pero dado el carácter de los griegos, es probable que todos sus templos fuesen construidos de análoga manera. Este culto á Diana fué muy general en España, tanto que en Alcalá de Henares había un monumento consagrado á esta diosa, y en el Naya, que pertenece á la España Tarraconense, se han hallado inscripciones que se encuentran en la *Coleccion* de *Lap y Medallas* de Masdeu.
(5) Estrabón p. 516.
(6) Guadalquivir.
(7) Obr. cit. p. 245.
(8) Lib. IV. pág. 179.
(9) Los autores antiguos hablan de él muy amenudo. Marcial, el célebre poeta (Lib. XIV. ep. 8a) hace alusión á él, y el mismo Plinio (Lib. XXXV. c. 12,) dice *Sagenitinos calices*.

fo citado, levantáronse colonias griegas; lo cual hace con razón suponer, que paulatinamente, como antes los fenicios, fueron extendiéndose por el litoral de la Península, á medida que agrandaban la esfera de acción de su comercio.

Réstanos ya, antes de abandonar esta curiosa época, en la que verdaderamente hemos hallado los elementos de civilización que luego prosperan en España, ocuparnos de la colonización de estos pueblos, y detallar además esa gran cultura derramada generosamente, á manos llenas, entre los rústicos y primitivos españoles.

Se da generalmente el nombre de colonia, á un establecimiento fundado en un territorio más ó menos remoto de la metrópoli, y enteramente sometido á su legislación y á su gobierno. No hay institución humana, que presente más anomalías en su origen, en su carácter y en sus consecuencias políticas y económicas que las colonias. Unas han servido, para el engrandecimiento de la metrópoli, y otras, han contribuido eficazmente á su decadencia. Al paso que las colonias griegas, principal objeto de este estudio, se fundaron con el objeto de dar salida al exceso de población; las romanas, sirvieron solo para lugares de castigo, ó para reunir las guarniciones militares; como así mismo las modernas, que han nacido merced á determinados designios políticos, ó ideas puramente comerciales. Y esta misma divergencia que se nota desde luego en el orígen en estos establecimientos, ha sido causa de que las opiniones de los economistas y de los hombres de gobierno, sobre la utilidad ó inconveniente de los mismos, flucten ya en un sentido, ya en otro, sin acabarnos de resolver la incógnita. Sin las colonias, hemos leido más de una vez, los cuantiosos beneficios de la civilización, no hubieran penetrado en las regiones bárbaras y primitivas, sin la colonización europea por ejemplo, el vasto continente americano, permanecería, quien sabe aún, cerrado á esa nueva era social, de la que afortunadamente tanto hoy goza; por más que en este hecho que citamos, la colonia fué muy posterior á la conquista. Y es natural, cómo hubieran, los europeos podido reducirlos á entrar en relaciones comerciales, teniendo ellos todas sus pequeñas necesidades satisfechas, y desconociendo, y lo que es más, despreciando sus ideas, sus goces, y hasta los frutos de su nación civilizadora?

Sin embargo de que á primera vista, parece esta afirmación no ofrecer dudas, los enemigos del sistema presentan algunas, como la de que al furor comercial, y al monopolio, casi desconocido en los antiguos tiempos, se debe la conversión de las colonias, en arena sangrienta de discordias y de perpetuas luchas, en la que la madre patria, ha tenido que pelear al mismo tiempo, que con las pretensiones de los colonos, con las aspiraciones del comercio extrangero. Es imposible, añaden, apreciar en su exacto valor, los desastres que esta peste, ha causado á la humanidad, y la masa de preocupacio-

nes funestas, con que ha emponzoñado la opinión pública, de las naciones más sensatas é ilustradas. De ahí dependen todas las trabas que encadenan en la época presente los pasos de la civilización; ved á los españoles: han despoblado el continente americano antes de haber poblado su país, para fundar una supremacía que se les ha escapado de las manos, después de trescientos años de tranquila posesión. (1)

Han inventado el tráfico de negros, manantial de tantas calamidades, y han destruído dos imperios magníficos, prósperos y felices. Los holandeses, han arrasado selvas enteras de árboles preciosos, para reservarse el monopolio del clavo y la canela, y los ingleses hánse privado durante largo tiempo de los beneficios del tráfico libre, para dar gusto á una compañía de mercaderes. El sistema colonial moderno, nos ha valido el culto del oro, los absurdos errores de la balanza del comercio, los monopolios de las compañías, y esa tendencia perpétua de los estados, á vincular ciertos ramos de tráfico en lugar de abandonarse sin impedimentos artificiales, á los cambios más convenientes y lucrativos.

En este conflicto de opiniones, la dificultad de pronunciar un fallo definitivo, consiste en que las consecuencias de la civilización no han sido iguales en todas partes, y por consiguiente, es imposible aplicar á todas las colonias la acusación y la censura. Es cierto que las ha habido, cuya historia no es más que una serie continuada de actos crueles y bárbaros, más también lo es, el que en otras, los beneficios han sido palpables, y los adelantos tan notorios, que no es lícito establecer comparaciones entre lo antiguo y lo moderno.

Como se desprende de este sistema antiguo, de colonización no había penetrado entonces en la ciencia de gobierno, la deplorable idea de encadenar una de las libertades más necesarias al bienestar del hombre, que es la de comprar y vender en los mercados del mo-

(1) De todas las acusaciones fulminadas contra la conducta de nuestra raza, en sus posesiones americanas, ninguna es más absurda que la que le echa en cara el esterminio de la población de aquel continente. Aunque fuera cierto que existían allí al tiempo de la conquista 50.000,000 de habitantes, la inferioridad del número actual, se explica muy naturalmente, sin necesidad de acudir á tan horrenda hecatombe. Es una ley constante en la historia, que el salvaje no resiste á la civilización, y no hay una sola colonia en el circuito del globo, que no sea una confirmación de esta verdad. ¿Qué se han hecho de las numerosas tribus de indios que cubrían la América del Norte, cuando abordaron á sus costas los primeros emigrados ingleses? Aun aquellos que el gobierno de la vecina República de los Estados Unidos, ha querido proteger dándole tierras, ropas, semillas y escuelas, desaparecen rápidamente, y no pasarán muchos años sin que hayan dejado de existir. ¿Dónde están los primitivos pobladores de Santo Domingo, de la Jamáica, Cuba, y Terranova? ¿Es creible que todos ellos hayan caido, víctima del acero de los conquistadores? Los dos grandes archipiélagos de Sandiwich y Otahití, no han sido jamás conquistados, y desde que han entrado en relaciones con los pueblos comerciales, la población disminuye en ellos de un modo increible.

do más conveniente á sus intereses y á sus cálculos. Ni habían asimismo descubierto, el extraordinario organismo de hacer felices á los pueblos, á despecho de sus necesidades é inclinaciones, erigiéndose en directores de sus negocios, y fijando *a priori* y sin consultarlos lo que les conviene ó deja de convenirles. Asimismo desconocían el medio de enriquecer el erario público, imponiendo privaciones á los que debían alimentarlo con el fruto de su trabajo, antes bien, sospechaban que mientras más ricas fuesen las colonias, mayores facilidades tendrían de ayudar á la metrópoli, en la obligación de sobrellevar las cargas públicas; no se las molestaba con reglamentos, tarifas, instrucciones y decretos, ni las convertían en instrumentos de exclusión y monopolio; lejos de eso, dábanles toda la latitud posible, y cuanto podían necesitar para que prosperasen, por los medios que más oportunos juzgasen, siendo su dominio más bien el de una autoridad moral que el de un tutor severo, manteniéndose la metrópoli unida á las colonias, más bien por el espíritu nacional que por la unión contínua del mando; así es como se fundaron, y permanecieron durante siglos enteros, adictos al poder central, aquellos colosos de riqueza, sin que se manifestase en ellos, ni el impaciente prurito de una emancipación, que no habría mejorado bajo ningún aspecto sus destinos, ni ese espíritu de desconfianza, de envidia y de hostilidad disimulada, que han sido en otros tiempos y en otras partes del mundo, producto necesario de sistemas menos generosos, y de principios políticos menos impregnados de solaz orgullo y concentrado egoismo.

Los griegos, en su sistema de colonización, concretándonos á la Península, á juicio de Lafuente, (1) emplearon diverso procedimiento al de los fenicios. Aquellos procedieron de Oriente á Mediodía y Occidente, éstos de Mediodía y Occidente á Oriente. Tal parece, agregamos nosotros, que entre estos distintos pueblos, se había pactado de una manera tácita, el uso y la explotación del Mediterráneo, ejerciendo cada cual su comercio libremente, si bien los fenicios, tuvieron buen cuidado de poner la Bética á salvo del dominio de los nuevos colonizadores.

Es indudable que las bases establecidas, por los griego en sus establecimientos ó factorías, sobre todo en España, en donde se sirvieron del Ebro, á manera de poderosa arteria fluvial, no eran igualadas en cierto aspecto, por las anteriores de los fenicios. El pueblo griego, como hemos tenido ocasión de ver, antes de dedicarse á pasear mercantilmente su pabellón triunfante, por los mares entonces conocidos, era dueño de una poderosa civilización, como lo demuestra el hecho irrefutable, del florecimiento de todos los ramos del humano saber, precisamente en las metrópolis de estos colonizadores.

(1) Ob. cit., pág. 19, T. I.

De suerte, que al fundarse una factoría griega, si bien es verdad que comerciaban y obtenían verdaderos lucros, como lo hicieron antes sus maestros; también no es menos cierto, que se mostraban más humanos, menos hipócritas y avaros que los fenicios, no teniendo inconveniente en enseñar á su vez, todos sus conocimientos, toda su cultura, á aquellos sencillos habitantes que les ofrecían en cambio, lo único de que podían disponer á la sazón: el territorio, la posesión pacífica de su patria. Con este medio, pues, la unión entre españoles y helenos, fué haciéndose cada vez más sincera, tratáronse como hermanos, y el florecimiento de la agricultura, el establecimiento de granjas modelos, y la propagación de algunas industrias y artes, preside, á la completa identificación de sus caracteres; los españoles andando el tiempo, se helenizaron, es decir, se muestran civilizados; los griegos á su vez, vánse españolizando; prueba de ello lo tenemos en el recuerdo que nos despierta Sagunto, muy en analogía con aquel indomable espíritu patriótico de que tan patentes pruebas dieron los antiguos celtas é iberos.

La religión, hallábase en este pueblo interpretada de una manera curiosa: era un asunto de pura conciencia, y á la vez un derecho personal para todo hombre libre, el pleno ejercicio del culto. Las víctimas que en los altares se ofrecían, halagaban el orgullo del dios, siendo por lo demás el sacrificio un banquete sagrado, una especie de comunión religiosa entre la divinidad, los sacerdotes y los fieles. El sacrificio más completo, pero el más raro, era el holocausto en que la víctima reservada para el dios, se quemaba por entero; el más solemne, la hecatombe, el más eficáz, aquel en que se vertía la sangre más preciosa, como cuando se inmoló á Ifigenia, la vírgen hija del rey de los reyes. Pero además de ésto, la religión griega, presentaba un verdadeio dédalo en su mitología; los dioses obraban como si fueran hombres, de aquí el que las divinidades participasen de los vicios y defectos de los pueblos; los cuales fueron introducidos en España, tanto que aun conservamos algunos restos arquitectónicos de templos, y más principalmente en el relieve de muchas monedas, la representación de varias de sus favoritas divinidades; siendo esta concepción religiosa aunque rudimentaria, de mucho más adelanto que la que practicaban los sencillos habitantes de España, cuando los griegos los visitaron.

Otro de los beneficios que nos reportaron los griegos, el primero sin duda fué la enseñanza del alfabeto, que no es otro, que el de Cadmo ya modificado, que se escribía de izquierda á derecha, y el cual fué base de la escritura celtíbera, como antes el fenicio lo había sido del Turdetano, (1) método que prevaleció después en toda España.

(1) Lafuénte obr. cit. pág. 20. T. I.

El alfabeto griego, sábese que fué importado por los fenicios, del antiguo Egipto; conservando los helenos al establecerlo, no solo el valor gramatical de sus letras, y la representación de los sonidos; sinó hasta la misma designación de sus signos ó veces; pero haciendo constar como ha dicho Havet, (1) que si los fenicios dieron la escritura, los griegos son los que han escrito. Y para que no quede la más leve sombra de duda, acerca de tan interesante punto, reproducimos á continuación los eruditos cuadros comparativos de M. Rouge (2) y Mr. M. F. Lenormant, (3) en donde se ven los orígenes de la escritura que se conoció en la Península.

Egipcio hierático	Fenicio
[illegible]	[illegible]
[illegible]	9 ʃ
[illegible]	ˉ\ 7
[illegible]	◁ △
[illegible]	∃ ∃
[illegible]	Y
[illegible]	Z
[illegible]	⊟ H ⊟
[illegible]	⊕
[illegible]	Z ʅ
[illegible]	Y
[illegible]	L
[illegible]	⋎
[illegible]	⋎
	⧘ ⧘
[illegible]	O
[illegible]	ʔ
[illegible]	ʏ
[illegible]	Φ ϙ ϙ
[illegible]	◁
[illegible]	W
[illegible]	X +

Origen egipcio del alfabeto fenicio (4)

Fenicio	Griego	cádmico
[illegible]	A	A
9 ʃ	8	B
ˉ\ 7	7 ^	ˉ ^
◁ △	△ △	△ △
∃ ∃	∃ ∃	F F
Y	Y	Y
Z	I	I
⊟ H ⊟	⊟ H	⊟ H
⊕	⊕	⊕
Z ʅ	ʅ ʅ	ʃ ʃ
Y	Y Y	K K
L	L	L
⋎	M	M
⋎	N	N
⧘ ⧘	⧘ ⧘	⧘ ⧘
O	O ⊙	O ⊙
ʔ	ʔ ʔ	ʃ ʃ
ʏ	N	M
Φ ϙ ϙ	Φ ϙ	Φ ϙ
◁	◁ ◁	P
W	M	M
X +	T	T T

Origen fenicio del alfabeto griego (5)

(1) *Orígenes del Cristia.* p. 22. *Memoria sobre et orgien del alfa. feni.* 1874.
(2) *Diccionario de los antiguos Griegos y Romanos* fig. 230.
(3) Id. fig. 231. *Tratado de epigrafía griega.* M. S. Reinach.
(4) Cuadro formado por M. de Rougé (según el *Diccionario de las antigüedades griegas y romanas,* fig. 230.)
(5) Cuadro formado por M. F. Lenormant (id., fig. 231.)

No son menos importantes, por cierto, las iniciaciones que de sus artes hicieron, á nuestros primeros hermanos, los cuales redúcense á los principios fundamentales de los tres órdenes arquitectónicos entre los cuales el *dórico* y el *jónico*, diferentes entre sí; pero elegantes ambos; tuvieron su nacimiento en la Grecia Asiática. El famoso santurio de Artemisa (1) en *Efeso*, el templo erigido á Juno que vió Herodoto, como asimismo el de Artemisa Leucofrina, el de Atenea, y el de Apolo Didimeno, notable por sus riquezas, prueban el adelanto que en este bello arte poseyeron los griegos. El dibujo, de que tan evidentes testimonios dieron las colonias asiáticas, tuvo su orígen, según una hermosa leyenda en el último adios de unos amantes. Era ella una verdad corinteña, cuyo perfil correcto, al observar su amado que se proyectaba en sombras sobre el muro quiso evitar lo efímero de tan dulce representación, y para conservarla siempre, trazó al punto una línea sobre los sutiles contornos, quedando de ese modo descubierto el díbujo, por más, que en honor de la verdad, al Egipto se le debe. La pintura, á su vez, tuvo cultivadores como Burlacos, autor de un célebre cuadro, *La destrucción de Menandro*, y el mismo Eukheir, que si bien de época anterior, dejaron á sus nombres ilustrar la historia del arte, patentizando sus esfuerzos en las pinturas murales que se han descubierto en las tumbas y en los templos antiguos. Pero ninguna bella arte, en nuestro concepto alcanzó tanto progreso, y se mostró más perfecta que la escultura; y eso que la imperfección de los procedimientos técnicos, como crée Duruy (2) y la gran superstición de los pueblos, contuvieron los arranques del artista durante algún tiempo. El gran Teodoro de Samos, inventor del vacado Glaucos de Chios, que descubrió la soldadura del hierro, los cretenses, Dipænos, y Scyllis, y posteriormente Baticles del Magnesia del Menandro, Fidias, Kanacos, el suntuoso creador de la Venus de oro y marfil, Ageladas de Argos, que floreció en 540, y Onatas de Egina, tallan con sus cinceles, palmas inmortales de gloria, que la posteridad las ha saludado con amor y respeto, viendo en ellas el reflejo innegable del genio.

También en un país, en donde á las condiciones de un clima encantador, se unía la nobleza de sentimientos y el apasionamiento de las almas; hubo fatalmente de producir. fieles intérpretes de esos estados psíquicos; es decir, poetas, que con sus cantos, ora tiernos y suaves, ora enérgicos y valientes, retratasen los ideales todos, de la gran cultura helénica. Sonia, es la madre de la poesía: Esmima y Chios dispútanse la cuna de Homero, el creador de una

---

(1) Se le consideró como una de las siete maravillas del mundo: su construcción duró 228 años, siendo su longitud de 425 piés romanos (126 metros) y su anchura de 220 (65 metros), tenía ocho columnas de frente y 127 columnas de orden jónico. Véase al Conde de Torbin que describe en su *Viaje por Levante* este monumento.

(2) Ob. cit, pág. 313.

verdadera escuela, los *cíclicos*, que como afirma Esquilo, recogieron las migajas del festín de Homero. A esta musa legendaria, que forma el período épico de la Grecia, sucedió la elegía y la lírica. Terpandro el hijo afortunado de Lesbos, nos ha dejado tres ó cuatro fragmentos de sus himnos religiosos, Arion de Metimna, autor del poema á Baco y que usó de la cítara para acompañar sus canciones, llegó según (1) Herodoto á domeñar hasta las fieras; tanto que habiendo sido en cierta ocasión, arrojado al mar, por unos piratas, fué salvado por un delfín, que adormecido por la dulzura de sus cantos se había acercado á la nave. Alceo, el del *plectro de oro*, como le llamó Horacio, y Safo, la gloria de Mitilene, tan desgraciada en sus amores, como impúdica en su vida; vincularon en versos de hermosura peregrina, sus quejas amantes, sus heridas del alma. Alcman, Estesicoro de Himera, del que ha dicho Quintiliano, que con su lira sostuvo el peso de la epopeya, los elegiacos Callinos de Efeso, Tirteo, Minnerme de Esmirna, Arquiloquo de Paxos, célebre por sus punzantes sátiras, Hipoponax de Efeso; los *gnómicos*, Fosilides de Mileto, Solón de Atenas, Esopo, y los egregios poetas Anacreonte de Teos, que para no envejecer, mezclaba sus blancos cabellos con las trenzas rubias de las jóvenes, Sinomides de Ceos, y Baquilido, el elegante rimador, tremolan el pabellón de la poesía en aquella época, á cuya luz, la Grecia Asiática, aparece radiante, y más tarde, todo el orbe entonces conocido.

La música así mismo, con sus tres géneros, uno de la Frigia y otro de Lidia, llegó como escribe un historiador de nuestros dias, á ser una verdadera institución social. (2) La flauta inventada por Hyagnis, natural de aquel país, fué uno de los primitivos medios de expresión, al igual de la lira, el arpa y la cítara, (3) instrumentos tan armoniosos como dulces.

Conocieron igualmente, y lo implantaron en España, el sistema métrico de Egina, con sus clasificaciones en talentos, minos y óbolos, el cual en nada difiere de los formados por los babilonios y los fenicios. Semejantes conocimientos, como otros muchos, fueron tomados del Egipto, pero Grecia creó sobre estos principios una verdadera ciencia.

Las colonias griegas vieron también desarrollarse la filosofía, y las matemáticas, y prueba buena de ello fué, la creación de escuelas, en donde los sabios como Bias, Anaximandro, Chilón de Esparta, Pitacos, Periandro y otros muchos más á porfía, trataban de explicar los inextrincables problemas, que siempre aparecen al tratar de profundizar la vida y sus relaciones. Tales, inaugura los descubrimientos matemáticos; y de simplemente fuerzas de la naturaleza, allí, donde el gran Hesiodo, y el viejo Homero, reconocie-

(1) Beryk: *Poetas* líricos de Grecia. pág. 537.
(2) Duruy, obr. cit.
(3) Véase á Perrot y á Chipier: *Hist. del arte.* T. III. pág. 146.

ron á sus dioses en otra época, Empédocles de Agrigento, sienta su teoría basado en los cuatro elementos, en la cual hanse querido observar, cierta tendencia al sistema de la evolución.

Y ya, que hasta aquí hemos llegado, enumerando cuanto puede interesar al estudio del helenismo en España, bueno será que concluyamos manifestando, que lejos de habernos sido maléfica y adversa la arribada de estos griegos, fué muy beneficiosa y próspera, por el contrario; pues merced á ellos: los españoles se apoderan de una infinidad de secretos que determinan el grado de adelanto de un pueblo, al mismo tiempo que se distinguieron siempre por su docilidad, prudencia, y más que todo, por su amor á la paz y fidelidad en el cumplimiento de los tratados; porque su ilustración les hizo conocer, que no es en los campos de batalla, entre los horrores de la guerra, donde florecen las naciones; sinó en medio de la tranquilidad, y de la paz más absoluta; pues solo entonces, ya libre el espíritu de ciertas preocupaciones, busca nuevos senderos, dispone en pro de la industria, de una actividad hasta aquel instante torpemente utilizada, y tomando por norte la fraternidad, y por pedestal, la virtud y la ciencia, fórjanse jigantescas naciones, como la Francia que tanto admira, como obliga á meditar en la importancia de sus democráticas instituciones.

VI

Los Cartagineses

Cartago, en el flexible idioma del Lacio, *Carthago*; como en el dulce heleno *Karchedon;* contiene, aunque con alteraciones en su forma, á la voz *Kirjath* (1) de uso frecuente en la Biblia; hallándosela así mismo en otros componentes en donde aparece como elemento inicial, tales como *Kirjath Arba*, y *Kirjat Jearin*, expresando siempre la idea de *ciudad;* de suerte que la denominación de *Kirxath Hadesat*, con la cual se conoció á Cartago, aún entre sus mismos moradores; equivalía á *Ciudad Nueva*, llamada así, con el deliberado propósito de distinguirla de *Utica*, la más antigua colonia fenicia, fundada á unas 15 millas más arriba en dirección Nordeste, trescientos años antes, ó bien de la misma metrópoli de Tiro, entonces rica y floreciente. (2)

A la muerte del rey de Tiro, Matgenos según la leyenda narra, dejó por herederos á sus hijos Pigmaleón, adolescente á la sazón; y Elisa ó Dido, la doncella de singular hermosura, que después casó con Acerbas, (3) su tio, el cual se hallaba investido del sacerdocio de Hércules, siendo además poseedor de inmensas riquezas, las que sigilosamente enterró en la tierra, temeroso sin duda. de la avaricia del rey. Tal hecho, habiéndose hecho público, desarrolló la codicia de Pigmaleón, quien sin recordar que Acerbas era el esposo de su hermana Elisa, y además su tio, matólo infamemente para robarle.

Dido á propósito, esquivó encontrarse con Pigmaleón, ella lo odiaba en lo profundo de su corazón, y solo la venganza iluminaba sus tétricos planes. Huir de aquella tierra, era su primer pensamiento, y para ello contaba con el apoyo de grandes y poderosos

(1) Una moneda de procedencia siciliana, ofrece claramente el nombre de *Karat* ó *Karta* y *Hadexat*. Probablemente el nombre púnico debió pronunciarse *Kart Kadshat*, lo cual explica el nombre griego *Karchedon* y por lo tanto el ronamo *Carthago*.

(2) Alfredo J. Church, ob., cit., Madrid 1889. pág. 19.

(3) Siqueo según otros.

enemigos del rey. Una vez decidida, aparentó aceptar hasta la misma vivienda que su hermano le ofreciera, el cual complacido altamente, veía por fin acercarse con Elisa, el tesoro de Acerbas, el cual envió á buscar desde luego; más la astuta Dido, supo tan hábilmente atraerse á los emisarios del rey, que fueron sus auxiliares en la huida. Elisa embarcó todo, joyas, riquezas y hombres, dirigiéronse á la vela á Chipre, donde el sacerdote de Jove tomó participación en la empresa con el carácter religioso, y después de reclutar un buen número de mujeres jóvenes, emprendieron de nuevo el viaje con dirección al Africa. Pigmaleón al verse burlado, montó en colera, y quiso perseguir á su hermana, pero los ruegos de su madre por un lado, y las palabras de los sacerdotes que manifestaron ser contrarios á los designios celestes, oponerse á la fundación de una ciudad, que había de ser la más opulenta del mundo, detuvieron su enojo.

Elisa una vez en tierra, al observar que el país á que había arribado era amigo de los recién llegados, y por otra parte, que se mostraban aficionados á la compra venta, consiguió que le enagenasen tanta tierra como pudiese abarcar una piel de buey, (1) llamándose á este lugar *Birsa.* (2) Después, las relaciones mercantiles entre los extrangeros y los naturales, fueron poco á poco dándole importancia á la nueva población, hasta que determinaron comenzar la construcción de una verdadera ciudad, y como al hacerse los primeros desmontes, apareciese una cabeza de buey, los sacerdotes vaticinaron que la tierra sería fértil, pero que había de cultivarse con trabajo, y que la ciudad allí fundada, sería esclava de otras, por lo cual mudaron de sitio, encontrando al hacer las escavaciones primeras, una cabeza de caballo, circunstancia que los adivinos calificaron de felíz augurio, vaticinando que de aquel paraje surgiría una valerosa y fuerte nación. Al florecimiento, que en efecto sucedía de la nueva ciudad, hubo de unirse la hermosura de la reina, por lo que el monarca de los Númidas Jarbas, solicitóla en matrimonio, ofreciendo, sinó la guerra. Después, habiendo los habitantes de está localidad indicado á Elisa, la conveniencia de que su pueblo ilustráse á los atrasados y bárbaros númidas; ella aceptó, por amor á la humanidad, semejante deseo; tú debes hacerlo, dijeron todos: ella gimió de pena, al pensar en la separación que el destino la imponía, y mucho más, cuando supo de lo que se trataba. Pidió tres meses para llorar su perdida felicidad, en tanto que en las afueras de la población se levantaba una gran pira donde fueron sacrificadas muchas ovejas y bueyes; Elisa subió á ella, espada en mano, y

(1) Esta fué cortada en tiras finas y delgadas, con lo cual pudo disponer de una area de terreno, por lo menos, suficiente á dar asiento á estos aventureros. Church, obr. cit. p. 4.

(2) En hebreo Batsra ó Butsra; significa *fortaleza, cercado, ciudadela.* V. á Levy y á Fleischer. Dicc. Caldeo.

llena de arrogancia, y en una actitud en la que resplandecía la dignidad, exclamó, dirigiéndose á su pueblo: "Puesto que tanta prisa teneis de que vaya á reunirme con mi esposo, voy á reunirme con él, y hundiéndose la mortífera arma en su albo seno, cayó desplomada ante los atónitos espectadores de este drama. (1)

Tal es la fábula; pero la historia consigna que Cartago debió su fundación á algunos fugitivos de Tiro, de aquí el parentesco que luego se advierte entre esta nación y los fenicios, cuando los acontecimientos de España los aproximaron. Cartago geográficamente se hallaba colocada, como afirma Church (2) en una península que ocupa el fondo del golfo de Tunez, cuyo puerto es considerado hoy en dia, como uno de los más bellos y confortables que ofrece la costa occidental del Africa. (3) el sitio se había escogido á maravilla, pues con la fecundación que le prestaba el rio *Bagrada*, la comarca producía abundantemente granos, aceíte y vinos; dándose el caso, de que si en la antigüedad llegó á ser esta ciudad la tercera del imperio, en los modernos tiempos, la población que ha florecido de entre sus ruinas, es de las ciudades mahometanas, la más próspera tal vez. (4) Verdaderamente, de la antigua Cartago poco nos queda; (5) en un ascual desierto, distante arenal leguas de de Tiunez, vense algunos dispersos fragmentos de columnas, los restos de un acueducto de la época de Adriano, los del teatro, circo y anfiteatro, algunas cisternas casi cegadas, y allá en el mar, vestigios de un gran muelle, que las inquietas olas han destruido. (6) Y sin embargo, la Cartago gloriosa del pasado, elevaba sus torres hasta cuatro pisos, su triple recinto midió una altura de 30 codos; siendo tal el espesor y solidéz de sus murallas, que podían abrigar cómodamente en los alojamientos practicados en su interior, trescientos elefantes, cuatro mil caballos y veinte y cuatro mil soldados, con todas sus provisiones, arneses y armas. (7) Un autor contemporáneo nos refiere que su templo al Sol estaba cubierto de láminas de oro, cuya estatua magna también de este precioso me-

---

(1) Virgilio, aunque desfigurándola en grande, la tomó como argumento de su *Eneida*.

(2) Obr. cit. p. 10. T. U.

(3) Hoy se le llama á este lugar *Bahía de Tunez*, y también *Bahira* ó laguna, deja bastante que desear en cuanto á sus condiciones para el anclaje de los buques, pues tienen éstos que fondear á un kilómetro de la costa, á lo largo de la *Goleta*, por su poco calado. Antiguamente Cartago tenia dos puertos, uno para el comercio, y otro para las fuerzas navales del estado, hoy cerrado completamente por abandono.

(4) Tripoli.

(5) Recherches surla situación de Carthago, por Dureau de la Molle.

(6) Cap. 19. Cartago. Hist. de los Romanos por Victor Duruy. En la ciudad antigua existía un barrio, *Megara*, cubierto de casas de campo y de jardines y la ciudadela llamada Byrsa; donde se suponía que Dido había tenido su palacio.

(7) Appiano, nos habla de este particular.

tal, pesaba mil talentos; (1) escuchándose en sus anchas playas, veinte lenguas distintas á la vez, pues tanto el múnida, como el moro, medio desnudos; el ibero, vestido de blanco; el galo, con su brillante sayo; el robusto ligur, el ágil balear, los griegos buscando la fortuna; los nasamones y lotójagos de la región de las Syrtes, en confuso tropel, animaban aquel pintoresco cuadro.

Esta ciudad, indudablemente fué la Tiro del Occidente, y hubo un momento en que la raza púnica temida por su poder, como por su fiereza, impuso al mundo antiguo, sus caprichos y sus ambiciosas maquinaciones.

Nada revela mejor el espíritu de este pueblo, que el estudio de su constitución política, la historia interior que de esta nación hagamos. Respecto de sus recursos administrativos, el tesoro de Cartago, contaba primeramente con el tributo de las comarcas, sometidas á su dominación ó dependientes de ella, tales como las ciudades de orígen fenicio, situadas en las costas del Africa; como asimismo la célebre Leptis, que se hallaba en el rico departamento de la pequeña Syrte. (2)

Los impuestos ordinarios, de los cuales nos hacen mención los tratados celebrados entre Roma y Cartago; las minas que se hallaban en España, situadas en las cercanías de Cartago-Nova, que explotadas por los romanos, en tiempos de Polibio, produjeron cincuenta mil pesetas diarias, y descubiertas por Aletes, como nos relata Diodoro de Sicilia; el comercio con el Africa, realizado de una manera análoga á los fenicios, y cuyos principales elementos eran atavíos de poco valor, trajes y armas de calidad inferior, y otras bagatelas, con las cuales solían abrir un lucrativo cambio en el territorio de aquellas gentes ignorantes. No es menos cierto, que la sal, el oro, ya en barras ó monedas, los esclavos, cuya carne negra, y desgraciada, era la destinada á los sacrificios, el marfil, empleado como material artístico, ignorándose de donde se extrajera en un principio, los elefantes que habían conseguido domesticar, las piedras preciosas, en especial los carbunclos, á los que se llegaron á llamar piedras cartaginesas, y los dátiles, fruta en extremo sabrosa y alimenticia, constituyeron los más importantes artículos de su comercio. El hierro, además, que obtenían de Elba; el estaño y el cobre de la Bretaña, el ámbar del Báltico, los frutos y ganados de las islas Baleres por otro lado, ampliaban el campo de sus expediciones marítimas, y de su comercio. Según una obra, escrita por uno de los discípulos de Sócrates, (3) existía una costumbre curiosa, mencionada con el nombre de *moneda*

---

(1) Según Duruy.
(2) Se dice, que esta comarca pagaba un talento por dia.
(3) Esquines.

de cuero de Cartago. Este pueblo, dice el autor aludido, usaron un pequeño trozo de cuero, al cual se arrollaba una substancia que tenía el tamaño de cuatro dramas, (1) y cuya sustancia era solo conocida del artífice; después se le acuñaba como si fuera una moneda, é inmediatamente se lanzaba á la circulación, contándose como más rico, al poseedor mayor de estos pedazos de cuero, pareciéndonos á nosotros, que si fuéramos propietarios de tales riquezas, tanto valor le daríamos, como á un montón de guijarros. Como se observa, el espíritu que campea en todos los actos y gestiones del cartaginés, es el sórdido interés, el lucro, la ambición comercial, en una palabra, practica todo aquello que puede redundar en remuneración efectiva y real, que, ó vaya á parar á las arcas del estado, ó al erario particular de cualquiera de sus ciudadanos; y solamente así se explica, el que un pueblo que se halló tan directamente enlazado con los intereses comerciales de la Grecia, y de la misma Roma, y no decimos cón los fenicios, porque éstos, en honor de la verdad, rindieron escaso culto á las ciencias y á las artes; no adoptose cuantos elementos civilizadores, artísticos y literarios, aquellas naciones pródigas ofrecían á todos los paises del mundo. Cartago, jamás se distinguió en el arte ni en la literatura, y si alguna vez sus hijos emprendieron obras arquitectónicas, fueron éstas realizadas de una manera grosera, y sin demostrar en ellas, la más ligera noción de los órdenes clásicos. (2) Por lo que toca á la escultura, no dejan de ofrecer algún interés los féretros antropoides hallados, como así mismo algunas estelas votivas, é inscripciones sepulcrales entremezcladas con ciertos delineamientos, toscos con los cuales se trataba de representar formas de seres humanos, y aquí desde luego resalta el genio griego, guiando á la construcción hasta en sus formas. Las letras cartaginesas, merecen á pesar de todo, una consideración más detenida; ellos nos ofrecen el nombre ilustre de Magón, que trató de agricultura, siendo tan grande la reputación que adquirió este autor, que cuando los romanos conquistaron á Cartago, nombraron una comisión para que sus obras fueran traducidas al latín, siendo además citado varias veces por el insigne Cicerón. (3) Si á todos estos rasgos geniales con que hemos tratado de pintar á los cartagineses, añadimos la manera especial de su vida, entregados al lujo, y á todos los goces que proporciona el oro, (4) sin noción verdadera del concepto de la patria, sin ejército propio, puesto que era de ordinario, comprado á las naciones extrajeras, y conformes con la

(1) 3.75 patas.

(2) Según Church, usaban piedras descomunales, sin más desbaste que el necesario para ajustarlos, como se observa en los muros de Erice.

(3) Archives de la literature et des arts.

(4) Hist. de la ciudad de Cartago por Dureau de la Molle y J. Vanoski; trad. de V. Canseco.

máxima aquella; de que donde se acumulan las riquezas, los hombres degeneran; habremos hecho algo, que nos dé á entender el concepto que nos hemos formado de este pueblo, nacido únicamente para el comercio, y para extender por el océano en alas de su ambición, sus planes encaminados, como ya hemos dicho antes, al interés más absoluto.

Sábese de antiguo que la ciudad de Cartago, tuvo una gran preponderancia como ciudad marítima; ella fué conocedora, mucho antes que Roma, de las construcciones navales, hasta tal punto, que los historiadores antiguos (1) nos refieren que Roma tomó por modelo una galera cartaginesa estrellada entre las costas de Italia para la hechura de sus primeras naves guerreras. Con este hallazgo, Roma, en el transcurso de algunas semanas, según afirma Church, (2) construyó cien bajeles de cinco bancos, y veinte de tres, todos, á lo que se asegura de madera recién cortada, y sino enteramente semejante á las embarcaciones púnicas, lo suficiente por lo menos, para el propósito á que fueron destinas por sus constructores. Escuadra desgraciada fué esta, en que los romanos hicieron sus primeros ensayos; pero como siempre, perseverantes, construyeron otra que al mando del Consul Duilio, obtuvo una completa victoria sobre la de sus enemigos. (3) Pero si no bastase el relato que de estos acontecimientos conservamos para probar el poderío marítimo de Cartago, recordemos las innumerables colonias que de origen fenicio que se hallaban por casi todos los mares conocidos entonces, como asimismo, las famosas trescientas ciudades destruídas por los Farausios y Nigritos, las cuales, según opinión autorizadísima, bien pudieran ser de origen cartaginés. Además, según el fragmento que conservamos, del pédiplo de Hannou, y de sus descubrimientos, sabemos que sus empresas náuticas, tan atrevidas como fructíferas, los hicieron conocedores de todos los lejanos países con los cuales comerciaban.

Curioso por demás, es el estudio de la constitución política de este pueblo, que tan brillantemente había recorrido el mundo antiguo. El gobierno de Cartago, aunque algo semejante al de Roma, era puramente oligárquico; Aristóteles nos dice que este estado en un tiempo fué gobernado por reyes, á semejanza de los de Esparta, cuyas facultades limitadas parecíanse á las de un sumo sacerdote, ó á las de un generalísimo, con mando permanente. Entre la constitución espartana y la del pueblo fenicio, existió una importante

---

(1) Tito Livio, Estrabón, y Americano Marcelino.
(2) Ob. cit.
(3) A esté Cónsul tributáronsele en Roma los honores del triunfo, levantándole una columna, en la que se veían los rostros de las naves cautivas, colocadas en sentido horizontal. También se le concedió el raro privilegio de ir acompañado de un tocador de fláuta, y de un conductor de antorcha, cuando regresase á su casa por la noche. V. á Church y á Mellado, obras cits.

diferencia; en aquella la dignidad suprema, era hereditaria en dos familias, en tanto que en Cartago permaneció electiva. En lugar del Senado existia una gran Asamblea, monopolizada por esa misma familia rica; y un consejo supremo, que ejecutaba las leyes, y el cual, de una manera desmesurada, fué ensanchandosu autoridad. Seguían en orden las Asambleas populares, á cuyo voto se acudía cuando los dos cuerpos colegisladores no estaban de acuerdo en sus decisiones; de modo que el poder popular, era el elemento conservador que mantenia el equilibrio entre las dos autoridades superiores. El Consejo Supremo, que se componía de cien personas, presidíano dos *suffetes* (1) que representaban el Estado en la política externa, pero que en materia de gobierno tenían un poder muy limitado. Estos eran elegidos por el Senado y apróbados por el pueblo, siendo su cargo vitalicio.

El autor antes citado (2) consigna que los empleos en Cartago eran honoríficos, lo cual no implica el que no fuesen lucrativos, pues indudablemente proporcionaban mil ocasiones de obtener dinero. Escribe igualmente que los altos cargos del Estado, como los del Rey, General, etc., sacábanse á pública subasta, lo que quizas quiere decir, que eran alcanzados por medio de sobornos, dádivas ó regalos á las personas más influyentes, pues ésta y no otra interpretación debe darse á aquellas palabras. La práctica de las comidas públicas, es otro de los caractéres que la acercan á Esparta, si bien practicada de distinta manera, pues solamente asistían á ella, los principales ó grandes. En Esparta se explica esto, por ser un Estado pequeñísimo; pero Cartago, era una gran ciudad, tanto que cuando fué tomada por los romanos, contaba la exhorbitante suma de 700.000 habitantes, lo cual, como lógicamente se ve, hacía imposible semejante costumbre, pues ni aún se sabían á punto fijo el número de sus ciudadanos. La justicia, no era administrada por una Asamblea general del pueblo, como en Atenas, sino por tribunales especiales, de los cuales conocemos los *Centicuatros*, nombre de uno de aquellos. (3)

Respecto á la religión que profesó el pueblo cartaginés, debió ser como atinadamente deduce Church, (4) la misma que practicara la gran Metrópoli, de donde esta nación procedía, es decir: el sanguinario culto de Baal Hammon (5) ó Moloch, (6) al cual se le sa-

---

(1) Suffetes ó jueces-sofetin, que significa lo mismo en hebreo.

(2) Aristóteles.—Los políticos.

(3) T. Mommsen dice que el pueblo elegía anualmente los dos Reyes y 24 *Gerusiastas*, constitutivas de la Gerusia (Curia ó Senado menor.)

(4) Obr. cit. p. 146.

(5) De *hom*, calor, y *hamam;* calentar el Señor, ó dios encendido ó ardiente.

(6) El Dr. Davis á quien se deben grandes descubrimientos en las ruinas de Cartago, afirma que no ha encontrado ni una simple estela votiva en que no apareciese el nombre de tan terrible divinidad.

crificaban al decir de Diodoro de Sicilia, víctimas humanas. Refiere este autor, que en el año 311, antes de C. en ocasión de hallarse los cartagineses sitiadas por Agatocles, lo cual constituía un peligro inminente, toda vez que la entrega de la ciudad, se imponía como la única solución del problema; supusieron que Baal, se hallaba enojado, por no haberle, hacía algún tiempo, sacrificado víctimas de nacimiento ilustre, y si solo esclavos ó extrangeros. Y para desagraviarlo; se inmolaron doscientos niños, pertenecientes á lás primeras familias de la comarca; y además 300 ciudadanos que voluntariamente se ofrecieron en holocausto, acusándose á sí propios de sacrilegio. (1) Igual en poderío á Moloch, consideraban á Melcart, (2) quien venía á ser como la divinidad tutelar de esta nación, en honor de la cual se celebraban grandes peregrinaciones desde ella á Tiro, portadoras de ofrendas y dinero. También adoraban á un dios marino, parecido al Neptuno de los romanos y al Poseidon de lòs griegos, el cual no fué otro que Dagon, el dios pez de las ciudades filisteas. Además de estos dioses, el *Triton*, de los helenos, como asimismo el culto de divinidades genuinamente asirias, fueron objeto de veneración en este país.

Al considerár unidas las teogonias fenicia y cartaginesa, véseè desde luego, reflejadas en ellas, la influencia de las fábulas asirias y egipcias, entremezcladas con recuerdos israelíticos; lo cual hasta cierto punto se explica, dado el que los cartagineses, como los fenicios, antes sostuvieron relaciones comerciales con los más lejanos y distintos paises.

Grande fué indudablemente, desde la más remota antigüedad, el prestigio de que gozó Cartago, como ciudad colonizadora, pues estos retoños de la patria, llamémoslos así, fueron tan varios como

---

(1) La terrible suerte de las víctimas consistia en morir abrasadas en el vientre de la divinidad, debiendo añadir que la estatua de la implacable diosa, estaba de tal suerte, fabricada que las contorsiones de los sacrificados, se traslucían en la cabeza de aquella, especialmente en su boca. La contracción de ésta producía algo parecido á una sonrisa infernal, y de esta circunstancia y de ser en la Isla de Sardes (Cerdeña), donde más arraigado estuvo el culto de Moloch, viene la tan conocida frase *risa sardonica*. En el Museo de Cagliari, (Cerdeña) se encuentran dos ejemplares auténticos de la deidad, que comprueban la exactitud de las antiguas descripciones. Según éstos, Moloch estaba representado en forma humana, pero con cabeza de toro, símbolo de la fuerza: el material era de bronce, hueco en el interior, tenía los brazos caidos, é inclinados hacia el suelo, dispuestos de tal suerte, que las víctimas destinadas al sacrificio, rodaban por su propio peso hasta el vientre de la gigantesca estatua, donde perecían abrasadas. Entre los cananeos, tales monstruosidades fueron conocidas, así Moisés tuvo cuidado de proscribir este rito. En el Levitico XVIII-21 se lee: "No debes pasar á tu hijo á través del fuego de Moloch." Salomón elevó á este dios un templo. Los griegos identificaron su *Chronos* ó Saturno, encuanto á la concepción religiosa con Baal.

(2) De Melec. Cart. Rey ó Señor de la ciudad.

desiguales en su organización política. Si alguna vez los Penos (1) ó cartagineses, fueron inexpertos, si los cálculos que realizaron, no tuvieron toda la trascendencia é importancia que de ellos esperaban; fué indudablemente en materia de colonización. Los pueblos que por su posición topográfica, hallábanse cerca de la metrópoli, llegaron, y á estos nada se les escatimó, á gozar de los mismos derechos y franquicias que los ciudadanos que se albergaban bajo sus murallas, pero en cambio, los que se mantenían á gran distancia, unidos, sin embargo, por la ley suprema de la conquista ó del derecho indiscutible de propiedad, aquellos, en una palabra, para los que la patria común, no era más que un ente invisible á sus ojos; para éstos, reservábanseles los más ominosos tratamientos, negándoseles todo derecho, hasta el mismo é importante de la ciudadanía; el principal, sin duda, dentro de la constitución política de una nación. Tal manera de gobernar á las colonias, escalonadas en prerrogativas, según la distancia de su situación, fué causa de que llegara un día, en que levantadas contra la Metrópoli, se convirtieran en vigorosas, al par que terribles enemigas. Cartago, como Roma, fué una gran nación engrosada por la conquista de los pueblos vecinos, los cuales fundaron grandes ciudades, y prosperaron admirablemente por medio de la agricultura. Muchas tríbus nómadas del interior del Africa, pagábanle tributos, siendo sus colonias vastísimas, pues en calidad de tales, poseyeron una gran parte de la España, toda la Cerdeña y la Sicilia, Córcega, las Islas Baleares y Malta; sin contar algunos establecimientos de las costas occidentales del Africa y la Europa; de donde, como de todos los demás países, procedían las rentas públicas, aumentadas á fuerza de impuestos tan duros como impolíticos.

Esta fué indudablemente, una de las razones, que más pesaron en la independencia de las colonias cartaginesas, cuando llegadas á la plenitud de su desarrollo político; pudieron darse cuenta de su irritante condición civil. Para que las colonias, vivan y se mantengan fieles, y unidas á la Metrópoli, ya lo hemos dicho antes, es necesario que exista la igualdad de principios entre ambas, y que además del goce de toda clase de franquicias en el gobierno, se de una verdadera protección á sus comercios y á sus industrias; sin estos elementos, las colonias harán siempre lo que los hijos al llegar á la mayor edad, se emanciparán de sus padres, en busca de libertad y de vida independiente.

---

(1) La voz *Peno*, en latín *Poenus*, vale tanto como Fenicio, del griego Foinis. Los poetas Romanos, tales como Silio Itálico, (XIII, 730 y XIV, 25) usáronla también en esta acepción. *Punicus*, en la lengua latina en forma de adjetivo, sirve para calificar los objetos color de púrpura, lo cual recuerda el tinte preciado de Tiro. V. á Maspero.—*Histoire Ancienne*, cap. V, y á Church, pág. 34, T. U.

Como consecuencia de este órden de cosas, señalada Cartago, como poderosa nación marítima y colonizadora, podemos asegurar que en el año 264, sobreviene la famosa contienda de la que dependió la suerte de España.

Más de dos siglos, llevaban los cartagineses luchando obstinadamente por la adquisición de la isla de Sicilia, de la cual tan solo poseían una parte, cuando desgraciadamente para ellos, aparecen los romanos en son de defensa (1) de los mamertinos, por ser éstos sus aliados. Hieron el rey de Siracusa, otro pueblo que tambien vivía en Sicilia, y que en unión de los cartagineses había colocado en violenta situación á los mamertinos, que por ambos lados de su territorio, se veían acosados por enemigos, pasóse á los romanos, cayendo, como resultado de esta evolución en poder de ellos, la ciudad fuerte de Mesina, por traición; hecho lo cual, pensó sériamente Roma, en el lanzamiento de los cartagineses de la Isla, y en su completo dominio en ella. Y en efecto, planteada ya la guerra con semejante fin, y después de un gran número de hechos de armas, de no escasa importancia, realizados por ambas naciones, la mayor parte de los pueblos de la comarca (2) entre los cuales se encontraba la ciudad de Agrigento, y algunas plazas ó fortalezas; pasaron á poder de los romanos, llegándose á vender, como afirma César Cantú, el número aterrador de 25.000 (3) esclavos, que habian caido prisioneros, en esta estéril guerra. Mientras tanto, los cartagineses, viendo perdidas todas sus esperanzas, respecto de la posesión de Sicilia, y castigados además duramente por su rival, determinaron degollar, á modo de represalia horrible, á todos los italianos que á su alcance se ponían.

Esta guerra, la primera de las púnicas, que según Ammiano Marcelino y Tito Livio, duró 24 años, (4) terminó para los cartagineses de una manera desastrosa, pues no solo tuvieron que ceder á los romanos las Islas Menores, y además la Sicilia, sí que tambien, la Cerdeña y la Córcega, corrieron igual suerte; por todo lo cual, viéronse forzados á firmar la paz, luego que el cónsul Atilio Regulo, vencedor de doscientas ciudades en Africa, fué hecho prisionero. Otra de las causas, que determinaron esta resolución, fué el combate naval de las Islas Egatas, en que ámbos contendientes sufrieron considerablemente en sus intereses. Firmada la paz, que las circunstancias exigieron violentamente, los cartagineses tambien establecieron tregua con las naciones vecinas del Africa, con las que, á la sazón tambien guerreaban, después de todo lo cual,

---

(1) El consul Apio Claudio llegó con muchas tropas en bageles procedentes de la magna Grecia; mas fué vencido por Cartago.

(2) Cantú dice, que en 18 meses se posesionaron de 67 ciudades, pág. 129, ob. cit.

(3) Ob. cit.

(4) Desde el año 264, antes de C., hasta el 441.

les vino á las miemtes la conquista de España, sospechando que de esta guisa, desquitábanse ventajosamente de las desgracias sufridas; pero aunque momentáneamente sus deseos se vieron realizados; á España vuelan las triunfadoras águilas romanas, expulsando de su territorio, como antes lo habían hecho de Sicilia y Cerdeña, á los cartagineses, una vez que fué declarada provincia del Imperio Romano.

La casualidad, ó la fortuna esta vez, deparóles mejores auspicios. Desde tiempos inmemoriales, hallábanse establecidas en España, varias factorías ó establecimientos fenicios dedicados, al comercio, y á la explotación de los grandes veneros de riqueza que España atesoraba en aquella época, feliz por la abundancia de sus elemenlos naturales. Sin conocer los fenicios, la índole de los pueblos de la Bética, que les habían dado asilo, dejándolos libremente emplear su actividad en provecho propio, no contentos, como el viejo poseedor de la gallina de los huevos de oro, en ir poco á poco usando de sus productivos artículos; quisieron moverle guerra á los españoles, (1) pero, ¡oh intento vano! en un instante viéronse los desleales Tirios recogidos en los estrechos límites de sus factorías, más aun allí, hubo de alcanzarlos la ira de los enconados turdetanos, por lo cual refugiados en Gadir (Cadiz) su rico y último baluarte, decidieron llamar á sus paisanos y hermanos los cartagineses, los que desde luego aceptaron gustosamente el papel de auxiliares que se les pedía. Armados estos, con aprestos suficientes, y al mando del popular general Hamilcar Barca, atraviesan el estrecho, (2) y arrollando á los españoles que declaran vencidos; libertan á los apurados fenicios de los ataques de aquellos; soñando siempre con el planteamiento en la península de un imperio, tan fuerte como temible. (3) Pero antes de pasar adelante, conviene que digamos, que esta no era la primera vez que los cartagineses desembarcaban en la península, lo cual quiere decir, que en manera alguna, no les era desconocida. Según Diodoro Sículo, (4) ya hacía cerca de 100 años que Cartago, poseía emporios y establecimientos en España, como parece deducirse de la posesión de Ebuso, (5) primero de la nación tiria en nuestra tierra, y de otros más, de donde solían sacar gran ventaja para sus empresas.

Pasados los primeros momentos, en los que trabajando los cartagineses, *pro domo sua*, engañaban á los fenicios, declaráronse enemigos ostensibles de sus hermanos, y antes defendidos, tanto que pusieron cerco á la ciudad de Gadir, el cual, al decir de Tito Livio y Vitrubio, fué terrible, por la desesperada defensa que de ella hicieron

(1) Los Iberos y Tartesios.
(2) Año 605.
(3) Bibliotheca Ilusta, lib. XIII,
(4) Justino, lib. XLIV, cap. V
(5) Ibiza.

sus moradores. (1) Tomada esta plaza, los cartagineses expulsaron á los fenicios de España, extendiéndose después por algunas poblaciones de la Bética, (2) que lindaban con el litoral, cuando la historia apuntaba en sus anales 252 años de la fundación de Roma. Habilidoso, debió ser el trato que los de Cartago dieron á los valientes españoles, después de estos hechos; cuando vemos, que no solo no oponen resistencia á su establecimiento, y al labor que practicaban en sus minas, sino que llegan, andando el tiempo, á facilitarles dinero, armas y hombres, elementos destinados á figurar en las guerras exteriores que esta nación inquieta sostenía con varios pueblos tan lejanos de España, como distintos en carácter. (3)

Después del dominio, ó mejor dicho, de la conquista de España, que les dió ocasión de resarcirse de la cuantiosa pérdida de la Sicilia, dedicaron toda su actividad al engrandecimiento de su nación, y á la preponderancia de sus armas, aún en contra de los romanos. Dueños de casi todo el Mediterraneo, vecinos de las antiguas y florecientes factorías griegas, poseedores de Córcega y de Cerdeña, desde 550 hasta 480; y poderosos enemigos en el mar y en la tierra, para cualquier pueblo con el cual hubieran de ventilar derechos ú ofensas: fueron sobradas las razones que determinaron, el que poco á poco, se despertara contra ellos, cierto sordo rumor de inquina y enemistad, muy latente por cierto, en la petición que las colonias marsellesas aliadas de Roma, dirigieron á esta última nación, pidiéndole que en virtud de un tratado que habría de celebrarse, se detuvieran sus conquistas, exigiendo á la par el reconocimiento de su completa independencia, como primordial capítulo, de tan justo como necesario pacto.

Este hecho, basta por sí solo, para darnos exacta idea de la gran preponderancia de Cartago; ciudad tan temida como desgraciada, en cuantos hechos de armas intentara contra su sabia rival. Pero es indudable, que si en los campos de batalla y entre las embravecidas olas del mar, Cartago, vió más de una vez eclipsarse su estrella; en cambio, como nación comercial, y colonizadora, nada tuvo que envidiar á las más célebres del pasado. Sus naves surcaban todos los mares conocidos, y alimentaban todos los mercados, hallándose como ya hemos apuntado, el tráfico de los metales preciosos, y la explotación de las minas, vinculadas en sus manos.

Por tierra, comerciaban con los fecundos criaderos de oro, que el interior del Africa les brindaba, y por medio de caravanas, relacionábanse con la Arabia y con las opulentas naciones

---

(1) El Ariete, potente máquina de guerra que ya hemos descrito fué usada por vez primera en este sitio. Vitrubio: I. N. C. 19.

(2) *Maiorem partem, provinciae imperio suo adiecerunt:* Justino. ob. cit.

(3) Como el ejército que combatió en Sicilia contra Dionisio, delante de los muros de Agrigento, compuesto casi todos de españoles.

del Oriente; llegando á tener fama universal, sus tejidos espléndidos, único ramo de la industria en el que tenemos noticias que sobresaliesen.

En la política, tan importante como varios, fueron los acontecimientos que en estos tiempos realizáronse en Cartago. Ya era Roma, que unas veces por mar y tierra, luchaba por apoderarse de su enemiga; ya las relaciones exteriores que absorvían toda su atención; ó ya, los asuntos de interés público debatidos en el Senado, al amparo siempre de las ricas familias influyentes, con grave perjuicio del pueblo, cuya terrible misión reducíase á cruzarse de brazos y á esperar mejores tiempos.

¡Pobre pueblo, exclama un historiador de nuestros dias, tan desdichado como grande! Cuando después de tantos desastres, parecía quedar exhausto de recursos bélicos, estalla entre sus mismas tropas una violenta é imponente rebelión, fundada en que no se les había pagado sus salarios, siendo ya tarde, cuando Cartago pudo reunir el dinero para solventar esta sagrada deuda, pues ellas ya habían encontrado jefes, que las impulsasen á la rebelión y á la guerra, tales como el esclavo Espendio, y el de su igual condición Matho, que en este hecho, miraron más á su interés individual, que á la tranquilidad de la patria. Cruel fué esta lucha intestina: las más horribles represalias ejecutáronse por una y otra parte, siendo como escribe Polibio, (1) "la más sangrienta é impía de cuantas se ofrecen en la historia, y eso que su duración no fué más que de tres años y çerca de cuatro meses."

Ahogada esta sublevación, y hecha efectiva, por último, la enorme suma de 12.000 talentos, que Roma hubo de exigirle como indemnización de guerra; lo cual acabó de desangrar su flaco tesoro, comenzóse á cavilar en el senado, ayudado de los grandes, en la manera de reparar tantos desastres, cuando el nombre de España empezó á pronunciarse, como ya dijimos, misteriosamente. Este territorio, por su posición topográfica, y más que todo, por sus cuantiosos elementos de vida, ofrecíales ancho campo donde saciar su ambición de riquezas. Faltaba, sin embargo un pretexto, y éste lo dieron los fenicios. Convínose, pues, en la invasión de España y así se efectuó inmediatamente. Más cuando la Península llegó á pertenecer á los cartagineses, la opulenta nación conquistadora, se hallaba tan débil y estenuada de fuerzas, que á mostrarse más aguerridos los españoles, y sobre todo más cautos; quien sabe si Cartago, hubiera sido con el tiempo un nuevo, baluarte de riquezas, que al otro lado del Estrecho, la Providencia reservaba oculto á nuestra patria.

Pero la fuerza vencida por la habilidad; es decir, la valentía indomable de los españoles, ligada y presa entre las maniobras de

(1) Lib. I.

la táctica militar de los cartagineses; mayores también en número, arrojó en la Península una nueva dominación, la cual fué tan dura como rapáz.

Nada nos puede dar mejor idea, de los ideales de este pueblo conquistador, que el estudio que de su situación social, política y moral, hagamos, cuando verifica su desembarco en España. Hallábase Cartago, en cuanto á su estado social se refiere, tan maltrecho y desquiciado, como débil en lo militar, sobre todo después de la pérdida de sus valiosos territorios. La preponderancia de las familias ricas, que con su poder absorvían todos los actos del gobierno, negaba el libre exámen de las cuestiones graves; que debían ventilarse en el Senado, no con el apoyo de unos cuantos, sino con el de toda la nación entera. ¿Y qué diremos de las reclamaciones de las colonias, que á montones llovían sobre la Metrópoli hartas de pedir justicia é igualdad en todos los tonos? Bien se echa de ver, que este desequilibrio administrativo, es hijo solo de su variable gobierno que engendrando descontentos, influye á la vez más tarde en su muerte prematura. Por otro lado, el tesoro, hallábase en una situación verdaderamente crítica, creada por los grandes sacrificios que hubo de realizar para mantener las distintas contiendas que con pueblos extranjeros había empeñado; situación tanto más desgraciada, cuanto que ella determinó sublevaciones, aun entre sus mismas tropas, que no otra cosa fué, la rebelión de los mercenarios. Monárquicos en un principio, y aristócratas republicanos después, carecían los cartagineses de un régimen gubernamental, en el que el principio de autoridad, reconocido y acatado por todos, acállase los odiosos privilegios de los patricios, haciendo florecer esa fórmula salvadora de la igualdad, cariñosamente legada por Roma, llamada un dia, reina y señora del mundo. Pero lejos de eso, en Cartago, los altos puestos casi eran vínculos únicamente de los ricos, los cuales, si bien no alcanzaban remuneración por sus tareas, toda vez que los destinos eran honoríficos, se prestaban, en cambio, según la conciencia más ó menos elástica de los que los desempeñaban; á hacerlos grandemente productivos. Otra de las causas que contribuyó poderosamente á la ruina de Cartago, fué el ejército que sostenía; ó mejor dicho, la carencia de ejército; pues los soldados con que podía contar, eran gentes, cuyo solo vínculo para con esta nación, estribaba en la soldada que ganaban. Con estas tropas mercenarias podría, no lo dudamos, conquistarse; pero se hace necesario después, disponer para garantir esas mismas conquistas, de leales espadas, y de amantes ciudadanos, que por la patria y su defensa, se entreguen hasta al sacrificio mismo.

De lo contrario, no habrá estímulo en las filas; la victoria ó la derrota, será solo un incidente para ellos de escasa importancia, pues siempre la nación, bajo cuyas banderas luchan, vencida, ó

gloriosa, habrá de pagarles el precio mezquino puesto á sus brazos.

No menos digna de estudio es la idea religiosa de Cartago. La concepción teogónica de los pueblos, ha dicho alguien (1) no es más que el reflejo de sus inclinaciones y hábitos. Y en efecto, en pueblos como Cartago, donde la sed de riquezas lo absorbe todo, y en donde el espíritu se halla saturado de mercantilismo que lo anonada para el cultivo de las artes y las ciencias, la religión tiene necesariamente que ser dura, sangrienta, y sobre todo inhumana; por eso el terrible culto de Moloch, monstruoso dios, que devora sus más bellas creaciones; encierra, si profundizamos un tanto, no solo la negación de toda idea religiosa, fértil, dulce y consoladora para el hombre, sino la muerte de todo progreso é ideal, lo cual produce, como consecuencia suprema, la extinsión lenta, del pueblo ó nación que la ha practicado. El camino trillado con sangre, tanto en el terreno político, como en el religioso; es una vía de perdición, por él se vá derechamente al olvido y al aniquilamiento; ahí están Roma, la Asiria y el pueblo de que hablamos, sobre todo, pero en cambio, cuando al lado de un mito, por primitivo que sea, palpita la libertad de conciencia, como la reconoció la Grecia; y se descubren las anchas esferas del arte, y la religión, con sus encantos, viene á favorecer este movimiento que pudiéramos llamar religioso intelectual; la nación así organizada, vive siempre, sino materialmente; por lo menos, en la eternidad del recuerdo, más grande cien veces, que la efímera existencia deparada por la naturaleza á los mortales, dejándonos al desaparecer sus creaciones portentosas, como estela de luz, por la cual ha de caminar la posteridad futura, tan harta de muda admiración, como de gratitud fecunda.

(1) Rollin, Histoire Romaine.

VII

Hamilcar y Hasdrubal

El nombre de España, era ya bien conocido de Cartago, pues en los sitios de Selinonte y de Himera, en Sicilia; en la guerra contra Dionisio de Siracusa; y especialmente, por último, en el reinado de Agatocles; la mayoría de sus soldados mercenarios, eran españoles, los cuales, por su denodado aliento, y vigoroso esfuerzo, siempre hallaban ventajosa colocación en los ejércitos extranjeros. Pero la verdadera conquista de España por los cartagineses, remóntase al año 516 de la fundación de Roma, en cuya época, no se dedicaron á fundar colonias sobre ciertos puntos costeros, y á entablar alianzas con los pueblos vecinos, como había sucedido en el año 396 (antes de J. C.), sino que quisieron enseñorearse de todo el país, penetrando en él á viva fuerza. El fraccionamiento y las rencillas, que separaban á los pueblos españoles, como igualmente, los escasos medios de comunicación, de que entonces se podían echar mano, y la superioridad de las armas, táctica y disciplina de los invasores; dábanle mucha ventaja, á todo lo cual podemos agregar, que los cartagineses habían venido al mando del mejor, sin duda, de los generales de la república: Hamilcar.

La actividad de este conquistador, fué verdaderamente grande, pues antes del primer año de su mando, había recorrido todo el vasto territorio de la Bética, habiendo agobiado á los pueblos con crecidas contribuciones y tributos, ordenados en nombre de Cartago; más tarde, la costa oriental y el país de los Batestanos y Contestanos, (1) sufrieron igualmente el peso de su victoria, lo mismo que la ciudad de Sagunto á la que no juzgó oportuno declarar guerra, esperando á que el dominio de Cartago se hubiese extendido hasta los Pirineos. El general Hamilcar, desplegó en la posesión de España, toda la inteligencia que indudablemente le adornaba, por eso vémosle, manejando con gran éxito, ya la astucia, ya la fuerza. Dedicábase principalmente al dominio de las costas,

(1) Murcia y Valencia.

afianzando las victorias con nuevas fundaciones de ciudades, lo cual se explica claramente, si recordamos que el poderío de Cartago había nacido, y se consolidaba en los mares. En cuanto á las tierras del interior, bastábanle á los cartagineses el contar con aliados, ó por lo menos, con no reconocer enemigos. Recatóse hábilmente, de exigir demasiado á los españoles, que voluntariamente se habían alistado en sus banderas, y los fué acostumbrando á una alianza que debía terminar en la servidumbre. Con esta conducta granjeóse prontamente la voluntad de muchos puntos de la costa oriental hasta el Ebro, echando probablemente en esta triunfante expedición, los cimientos de una ciudad ó factoría cartaginesa, muy célebre después en los anales históricos, á la cual dió el nombre de Barchino (Barcelona), (1) de su apellido Barca, por más que algunos historiadores, y entre ellos Romey, crean que Hannibal fué, si nó, el fundador; por lo menos el restaurador de Barcelona.

La poca resistencia que Hamilcar, había notado entre los españoles, halló, sin embargo, gloriosa excepción en el Norte del Betis, donde los iberos de la Bética y los tartesios, (2) sin duda los turdetanos, y los célticos del Cuneo, acaudillados por Istolacio, jefe de los celtas, y por su hermano, se sublevaron contra los cartagineses; pero vencidos, Hamilcar, taló su territorio, dispersó á toda la nación, y mandó dar muerte á los dos príncipes hermanos y á otros generales insignes, no conservando más que á 3.000 hombres que tomó al servicio y sueldo de la república. (3)

Refiere Estrabón, (4) que el vencedor Hamilcar encontró tan ricos á los turdetanos; que las copas y toneles de que se servían, eran de plata. No fueron los del Norte de la Bética, los únicos que se levantaron contra el poder de la república; sino que también los lusitanos y los vetones, reunidos en número de 50.000 combatientes, á las órdenes de un valiente general ibero llamado Indortes, se lanzaron contra las tropas de Hamilcar. (5) El resultado para España fué tan infeliz como el de la primera tentativa; pero acobardó tanto al cartaginés, el brio y la fiereza de aquellas gentes, que casi consideró á esta acción como una verdadera derrota, tanto que sin razón que lo justifique, devolvió la libertad á más de 10.000 prisioneros, sacrificando tan solo á Indortes que también había caido en

---

(1) Barcino, Barcinona, según Jornandez y Avieno.
(2) Según Diodoro de Sicilia.
(3) *Πολεμήσασ δὲ Ιβηρας και Ταρτεσιους μετα Ιστολατιον στρατηγοῦ τῶν Κελτῶν και τοὐαὐτου παντας κατέτροφεν.* Diod. Sículo, l. XXV. c. 5.
(4) L. III., cap. II.
(5) A. J. Church refiere, que Indortes no se atrevió á desafiar al cartaginés y que fué á colocarse en un lugar elevado, pudiendo, á favor de las tinieblas de la noche, escapar del sitiador Hamilcar; todo lo cual no fué óbice para que cayera vivo en poder del enemigo,

sus manos (1) Después de estos acontecimientos, que en algún modo vinieron á modificar la historia, hasta entonces monótona, de las armas cartaginesas en España, el general Hamilcar dirigióse cargado de despojos á la costa oriental, donde se hallaba enfrente de la más pequeña de las Pituisas, una ciudadela, construída sobre un peñón, nombrado Acra Leuké, (2) la cual servía de cuartel general y de arsenal á la vez. Allí se hallaban los elefantes, las municiones de boca y los almacenes de armas, y desde allí se enviaban anualmente á Cartago, naves cargadas de caballos, hombres y dinero. (3) Sobre este peñasco, exclama un famoso historiador, (4) crecía el odio á los romanos del joven Hamilcar, su hijo, que había llevado consigo á España, desde la edad de nueve años (5) el vencedor venidero de Italia, participaba de todas las expediciones de guerra de Hamilcar, formándose de este modo á la dura y ardua tarea á la cual, le había destinado su padre desde niño.

La estrella de Hamilcar hasta entonces, no eclipsada, comenzó á velarse en el ataque de una población llamada Helice, (6) situada sobre un riachuelo al poniente de Alicante y no lejos del mar. Los habitantes valerosamente sostuvieron muchos asaltos, por lo que desesperanzado Hamilcar de hacerse dueño de la plaza, convirtió el sitio en bloqueo, hecho que determinó el que los olcados (7) y oretanos, que formaban parte de la confederación celtíbera, los habitantes de la cordillera mariánica; y los vetones, resentidos de antiguo con el cartaginés, unidos todos á porfía; acudieron á socorrer á la angustiada Helice. Orisson, jefe de una de las naciones próximas á la campaña, aparentó entonces socorrer á Hamilcar, quien salió de sus trincheras, presentándoles batalla en campo abierto. Ciertamente, á pesar del crecido número de combatientes españoles, llenos de valor y de nobleza de ánimo, la victoria se hubiera inclinado á favor de los cartagineses, dada su táctica y disciplina; sino hubieran imaginado los celtíberos un ardid, que después empleó Hánnibal contra Fabio, y que consistió en colocar enfrente del ejército enemigo una multitud de carros tirados por bueyes y cargados

---

(1) Ibrid, ub. sup.

(2) Acra Leuca ó Leuké, (Peña blanca) nombre tomado de las condiciones locales; Tito Livio la llama *Castrum Album*, no siendo difícil leer en algunos manuscritos *Castrum Altum*; bien pudiera ser el lugar llamado Montalban donde, según Zurita, se fundó á Teruel. Según otros, es la actual Peñiscola.

(3) Según Cornelio Nepote, *In vit. Hamilcar*, Hasdrúbal, su yerno fué al Africa á combatir contra los Númidas, á quienes venció, dejando en el campo 8.000 hombres y tomándoles 2.000 prisioneros.

(4) Romey, ob. cit.

(5) Antes, refieren todos los historiadores, que le hizo jurar en el ara sagrada, odio eterno á Roma.

(6) O Vélice, Belchite de hoy.

(7) Los olcados habitaban en Castilla, los oretanos en la Mancha, cerca de los ojos del Guadiana.

de leña (1) á la que dieron fuego. No bien los bueyes, sintieron de cerca el calor, echaron á correr espantados por entre las filas cartaginesas, á las que desbastaron por completo. Mientras tanto, Orisson vuélvese contra Hamilcar, y combate al lado de sus compatriotas, los que alcanzan una gran victoria. El general cartaginés, después de haber agotado su pericia, y su innegable valor, fué arrollado en el descalabro, ahogándose en el paso de un río (2) por más que otros suponen que alcanzase la muerte en una acción contra los vetones. (3) Un grupo de soldados supervivientes de esta desastrosa campaña, se fueron entonces á refugiar á Acra-Leuké, donde Hasdrúbal, yerno de Hamilcar, por haber casado con su hija Himilce, fué proclamado su sucesor, cuya elección aprobó el Senado cartaginés, en cuanto tuvo noticia de ello. No bien Hasdrúbal, tomó el mando de los ejércitos, vengóse cruelmente de Orisson, calificado por algunos escritores españoles de traidor, lo que en rigor de verdad, nos causa suma extrañeza, toda vez que este caudillo bárbaro, usó del engaño para con unos extranjeros, á quienes parecía lícito, por otra parte, en aquella época, cualquier medio que se emplease para la conquista. En cambio, nada tiene de particular, que tanto el Senado de la República, como cada uno de sus hijos execrásen la memoria de Orisson, por que para ellos verdaderamente existió la deslealtad. Hasdrúbal taló las tierras de Hélice, sembrando el espanto y la desolación por doquiera, tomó y saqueó á la ciudad, hizo prisionero á Orisson y lo condenó al último suplicio, llevando la guerra hasta el país de los olcados. Los pueblos que vivían en el interior, allende el Orospeda, se declararon independientes, teniendo el cartaginés que celebrar un tratado de paz, dando como garantía de su lealtad, su mano de esposo á una mujer española. (4)

Terminados estos primeros encuentros, la política de Hasdrubal, encaminóse á grangearse ante todo, el cariño de los pueblos circunvecinos, procurando al efecto por cuantos medios disponía, atraerlos halagüeñamente á sus banderas, lo cual algunas veces no logró del todo; merced á los desaciertos, que alguna que otra vez, cometió en su gobierno. Mientras tanto, los ribereños del Mediterráneo, y sobre todo, las colonias de origen griego (5) que veían

---

(1) Según Apiano de Alejandría y Frontino, los carros llenos de leña fueron incendiados, y no la paja y la brea, colocada en los testuces de los bueyes.

(2) Silio Itálico, afirma que murió en la pelea (occubuit sacro Tyrius certamine ductor) lo mismo que Polibio y Apiano.

(3) Cornelio Nepote, en su *Vita Hamilcaris*, así lo dice; pero en esto hay, sin duda error, nacido de la confusión de Velia (Hélice) con Vetia ó Vetonia, país de los vetones.

(4) Diodoro Siculo, lib. XXV., cap. II.

(5) Entre ellas Sagunto, fundada por expedicionarios de Zanthe, una de las islas occidentales de la Grecia, y situada á unas 50 millas dentro de los límites que sirvieron para celebrar el tratado entre Hasdrubal y España.

el adelanto de las armas cartaginesas en España, comprendieron su debilidad para defenderse por sí mismos; é imploraron el auxilio y protección de Roma, la que acogió benévola sus pretensiones, enviándole un diputado á Cartago á fin de que se celebrara un tratado en virtud del cual se garantizase la vida y territorios de los pueblos con ella aliados.' Tito Livio, nos refiere los puntos principales de este acuerdo internacional encaminado, primero, á que los cartagineses no adelantarían en ningún caso sus conquistas, más allá del Ebro, y segundo, á que mirarían como inviolables, la libertad y el territorio de los saguntinos, y demás colonias marsellesas. Todo esto, celebróse en paz completa, según las teorías de la diplomacia antigua, y como Cartago, no pensaba desairar á Roma, por no hallarse ahora en condiciones de hacerle frente, pasó por todos los extremos concluídos, sin perjuicio de irlos más tarde atropellando uno á uno, ó todos á un tiempo, según le conviniera. Semejante tratado, aparte de lo que en sí encierra, es sumamente curioso, porque demuestra el concepto tan equivocado que de la topografía de la Península, se tenía en aquella época, como lo es en efecto, el hecho de dividirla en dos partes, Citerior y Ulterior, más allá ó más acá del Ebro, como si efectivamente fuesen dos partes iguales en extensión. Tal división territorial, aunque imperfecta, como acabamos de ver, subsistió durante largo tiempo hasta que instruídos los romanos de su irracionalidad, fué sustituída por otra que aunque mejor, no acabó sin embargo de llenar las exigencias tanto políticas como administrativas.

Hasdrubal, también pensó en dejar á las generaciones venideras, algún recuerdo de su gobierno tan duradero como provechoso, y sin duda por ésto el historiador Polibio, (1) le atribuye la fundación de Cartago-Nova (2), no léjós de las minas descubiertas por Aletes, que tanta importancia hubo de alcanzar en los momentos históricos á que nos contraemos.

Al levantar Hasdrubal dicha ciudad, soñando sin duda, con ser el señor absoluto de la República, edificó un palacio soberbio que ha subsistido durante muchos siglos. Situada ventajosamente Cartagena, en las costas de España, y en el fondo de un golfo de dos millas de longitud, y de cerca de una de ancho, fué digna, como le aconteció, de ser uno de los establecimientos más considerables que los cartagineses poseyeron en nuestro territorio; pues además de ser una ciudad esencialmente marítima, en donde podían anclar, los bajeles procedentes de Cartago, fué declarada por orden de

(1) Este historiador llama á Cartagena, Kaine Polis, traducción griega del nombre fenicio Cartha-Hadat (ciudad nueva.)

(2) Hoy la hermosa ciudad de Cartagena, y uno de los mejores puertos del Mediterráneo.

Hasdrubal, algunos años después, plaza fuerte, conservando aún en la época romana su esplendor.

El gobierno de Hasdrubal, duró unos ocho años en España, al cabo de los cuales, una mano homicida cortó su existencia. Algunos historiadores, han creido ver en este hecho, un acto de venganza, por haber sacrificado el general extrangero al caudillo Orisson, cuando tomó posesión de su mando en España (1). A su muerte los soldados, eligieron á pluralidad de votos, al joven Hannibal, cuyo nombramiento, después de una acalorada discusión en el senado cartaginés, fué aprobado en todas sus partes, viniendo de esta manera la suerte á colocar en manos de un joven de 27 años, los grandes intereses de la república de Cartago en España.

(1) Se dice que fué su esclavo quien lo mató.

VIII

Hannibal: sus planes

Hora es ya, de que nos ocupemos del hombre más grande, que floreció en la República cartaginesa, no solo por sus dotes de general entendido y valiente, sino por ser el carácter en quien se observa como si fuera de bulto, el odio implacable que naciera entre las dos grandes repúblicas del pasado; Cartago y Roma. No había ninguno, nos refiere el veraz Tito Livio, cuando de este personaje se ocupa, á quien Hasdrubal prefiriese para el encargo de un mando, cuando se requerían como virtudes especiales el valor y la constancia; ni ningún oficial bajo cuyo mando se mostrasen los soldados más confiados é intrépidos. Verdaderamente ofrecía el modelo del militar; atrevido sin degenerar en temerario, frío en presencia del peligro, y fecundo en recursos, parecía inaccesible á la fatiga, soportando igualmente el frío que el calor. De comida y bebida, solo tomaba lo extrictamente necesario, para reparar las fuerzas, al sueño, solo dejaba el tiempo que le permitían los negocios, hallándose dotado de la maravillosa facultad de conciliarlo en cualquier momento y sitio. Viósele en más de una ocasión, echado en tierra, envuelto en su manto militar, entre los centinelas, y al lado de los caballos. No ponía cuidado en sus vestidos, ni por lo común los llevaba, mejores, que los más humildes de sus guerreros; solo en las armas y corceles tenía empeño especial, procurando fuesen de lo mejor que pudiera encontrarse. Era apuesto ginete, experimentado en las armas y no ménos valiente que hábil (1). El primer hecho de armas, con que Hannibal empezó su gobierno en España; fué el castigo del asesino de Hasdrubal, con quien hubo de mostrarse verdaderamente cruel, sin que á pesar de esto, le faltase á aquel bárbaro español, toda la energía necesaria, según nos lo refiere el historiador Valerio Máximo, para soportar el castigo. Más tarde empuñó las armas, internándose con un numeroso ejército en el centro de España, hácia la región en que se encuentra hoy, Casti-

(1) Church, ob. cit., pág. 55.

lla la Nueva, entonces, el país de los Olcados, cuya rica capital Altea, tomó después de recio asedio, como así mismo á otras muchas pobiaciones comarcanas. En la primavera siguiente, dirigióse contra los Vacceos arrebatándoles á Helmantica (1) y á Arbocala, de cuya guerra vino á distraerle la noticia de que 100,000 hombres, naturales del centro de España, se habían levantado contra sus huestes. Los carpetanos, en mayor número que los Olcados, y demás tribus que componían el ejército contrario, no contaron de seguro, con la llegada tan rápida de Hannibal, y así fué que cuando más distraidos se halladan, hácia las comarcas de Levante y Mediodía, se enfrentaron de pronto con el cartaginés.

Cuarenta elefantes, se encargaron de destrozar á estos bárbaros, como igualmente la caballería ligera, que hizo una horrible mortandad entre los españoles. Después de esta acción, en la que quedaron, según refiere Polibio, 10.000 hombres en el campo, y cuya duración había sido el otoño del año 221 (antes de J. C.) y parte del 220; los inquietos peninsulares, aquende el Ebro, se apaciguaron completamente, excepción hecha de los saguntinos, que se veían en la necesidad de discutir con los turboletas (2) á quienes secretamente, ostigaban los cartagineses, por diferencias de límites. En estas discordias, sin importancia, alló motivo suficiente Hanníbal, para mediar y quitarles la razón, como como árbitro al pueblo de Sagunto, enviando además al Senado de su patria, una embajada con encargo expreso de hacerle saber que los romanos (toda vez que Sagunto era aliada de Roma) suscitaban sediciones en España, estimulando de una manera encubierta á los de Sagunto, para que oprimiesen á los amigos de Cartago, añadiendo que en la dignidad de la república estaba el no consentir tamaños desafueros, para cuyo pronto castigo solicitaba la inmediata autorización. La respuesta anhelada por Anníbal no se hizo, en efecto, esperar; el senado le otorgó ámplios póderes para que obrase del modo que más oportuno creyere. Poco importábale á Hanníbal el que la ciudad de Sagunto hubiera sido declarada independiente en el tratado de paz celebrodo en tiempos de su pariente Hazdrúbal, pues era evidente que lo que deseaba este gran general, era herir vivamente el sentimiento patriótico de Roma. En la

(1) O sea Salamanca hoy día. Polibio, en el libro III., cap. XIV de su Historia, Tito Livio; XXI. V. y Polyeno en sus *Estrata milit.*, refieren que en este sitio, los ciudadanos pactaron el salir desarmados de la ciudad, lo cual cumplieron, pero mientras las mujeres, debajo de sus vestidos escondieron las armas, persuadidas de no ser registradas por el enemigo, con las cuales armaron á los hombres que de repente y con un brío extraordinario cargaron sobre los cartagineses; más, repuestos estos de la emboscada, se vieron los salmantinos en la necesidad de huir, teniendo que entablar, por último, una alianza de paz con los enemigos.

(2) Tito Livio, así llama á este pueblo (Lib. XXI, caps. VI y VII.) Apiano de Alejandría los nombra Turboletas, y ni Cornelio Nepote, ni Polibio, designan sus nombres.

primavera del año 219 púsole cerco, no ocultándose á su mirada perspicaz desde los primeros instantes, el lado más débil de sus muros, al cual tomó como punto de ataque. A 150.000 hombres hace ascender Tito Livio (1) las fuerzas conque comenzó la guerra, llevando además consigo, gran acopio de máquinas para derribar las murallas, catapultas, y por último, las famosas torres de madera, desde las cuales los sitiadores luchaban con los de dentro de la ciudad ventajosamente. En tanto que esto acontecía, como era natural, Sagunto volvió los ojos á su protectora Roma, con objeto de que enviase embajadores, que les hicieran comprender á Hannibal lo injusto de su proceder, toda vez que como hemos dicho, Sagunto era una ciudad libre, así reconocida desde años atrás: pero sus esperanzas resultaron fallidas; pues Hannibal tuvo la calma y la osadía á un tiempo, de responder á los representantes de Roma, que no garantizaba sus vidas, si sus bárbaros soldados llegaban á verlos en su campamento, y que por tanto, no podía recibirlos. Ante tal desaire, los embajadores romanos, dirigiéronse á Cartago; donde si bien es verdad que fueron atendidos por Hannon, jefe del partido de la paz entonces, que en su favor hubo de representar en el senado de la República (2), la mayoría de sus miembros, veían con cierto agrado, la próxima lucha que en el horizonte se divisaba entre Roma y Cartago, y así fué que despacharon á los diplomáticos, sin haber podido éstos conseguir nada absolutamente, ni de Hannibal, primero, ni del senado cartaginés después. Hannibal, sordo, pues, á las reclamaciones de los saguntinos y de su aliada, continuaba el cerco vigorosamente, y los sitiados, á pesar de su crítica situación, defendíanse heróicamente, tanto que el mismo Hannibal fué gravemente herido por una flecha dirigida desde los muros. Más llegó un momento, en que debilitados los saguntinos y por otra parte, sin esperanza alguna, lanzáronse á una lucha desesperada, momento que hubo de aprovechar el cartaginés, para ofrecerles la paz con la condición, de que los habitantes, abandonarían la ciudad con sus mujeres é hijos, llevándose dos trajes consigo, é igualmente, que todos sus bienes, pertenecerían á sus enemigos. (3)

Como era de esperarse, la invicta cuidad de Sagunto, no hubo de aceptar tan leonino pacto, y ya desahuciada del auxilio de Roma; acordó morir antes que rendirse. Entonces sus habitantes fue-

(1) Libro XXI.

(2) Hannon dijo, se debía atender á la demanda de Roma, disponiendo que el ejército, se alejase de Sagunto; que se indemnizase á esta ciudad, y que por último, el mismo Hannibal, fuese entregado á los enemigos por haber roto los tratados.

(3) Tales condiciones las obtuvieron, Alcón y Alorco, más siendo tan duras, el primero no las quiso llevar á la ciudad, y sí el segundo; al saberlo el pueblo se reunió en una Asamblea en el Senado para tratar el asunto, pero mientras duraba la discusión, advirtióse que los principales ciudadanos se retiraban gradualmente; sabiéndose después, que se preparaban á morir como ya sabemos.

ron hacinado, para aquel trance, cuantas preciosidades atesoraban, y dispusieron una hoguera; tras esto intentaron todavía una salida durante la última noche que les quedaba libre. ¡Noche tremenda! en ella se barajaron sitiadores y sitiados con desesperada saña, causándose mútuamente horrorosa carnicería. Les amaneció peleando más y más, y á los primeros albores, viendo las mujeres de Sagunto, desde lo alto de las murallas, á sus maridos y sus hijos muertos ó rechazados, coronaron los portentos de la defensa con la heroicidad de un sacrificio inaudito; pegaron fuego á cuanto habían amontonado sus maridos é hijos en la plaza pública, y se abalanzaron allá todas con sus hijos, después de haber muerto á los más ternezuelos, y hasta hubo algunas, que se traspasaron á puñaladas, antes de arrojarse á la hoguera, (1) como si la hubiesen conceptuado insuficiente para su esterminio.

Dejó despavorido al mismo vencedor esta catástrofe, cuya memoria nos han conservado escritores, á quienes no puede tacharse de parcialidad á favor de aquel pueblo heróico. Así yació Sagunto, primer ejemplar de aquella intrepidez que avasalla todo peligro, y del tesón indómito conque tantas veces sobresalió el pueblo español, sobre todo, durante la guerra, cuyo principio vino á ser la toma de Sagunto.

Los saguntinos, según la gallarda expresión de Floro, dejaron un testimonio grandioso y aciago de su afecto á los romanos en sus escombros y cenizas (2). En vano se han querido achacar á urgencias políticas, las demoras de Roma, en socorrer á unos aliados que se habían comprometido por su causa; la caída de Sagunto fué sumo baldón, para el nombre romano.

En la misma Roma se avergonzaron muchos de semejante conducta, y un proverbio muy antiguo alude á este acontecimiento: se aplicaba á los que solo dan consejos cuando les piden auxilios: *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur.*

Muchos años después, los romanos, avergonzados de dejar por mas tiempo, las ruinas de aquella heróica ciudad en manos del vencedor, emprendieron eficazmente su conquista, como lo verémos en su lugar, y colocaron á Sagunto en el número de las ciudades esclarecidas. Durante su señorío en España, se dedicaron á hermosearla, realizarla y enriquecerla, echando el resto de la arquitectura romana, como para hacerle olvidar sus quebrantos anterio-

(1) Chassang en su *Histoire du roman et de ses rapports avec l' histoire dans l' antiquité grecque et latine.* París 1862, p. 85, considera lo del incendio de la ciudad de Sagunto, como una verdadera novela; fundándose en que Polibio, el historiador más antiguo que de estas cosas se ocupa, no lo menciona; lo mismo que Tito Livio, que solo consigna que se arrojaron á las llamas, los principales caudillos, *(primores plerique)* con sus alhajas, para que no pasasen al poder de los cartagineses.

(2) Fidei erga Romanos magnum quidem sed triste monumentum. Lucii Annæi Flori, Epitome Rerum Romanarum l. II, c. 6.

res; pero sus ráfagas más esplendorosas fueron siempre los recuerdos llorosos y sempiternos de su heróico exterminio. En Murviedro, la moderna ciudad que ocupa casi el mismo solar que Sagunto, se ven aun, los mismos vestigios de su antiguo esplendor, tales como el famoso teatro, descrito por muchos autores latinos, los restos de un templo, los escombros de dos hermosas cisternas, y otros muchos edificios suntuosos.

Con esta ofensa, dirigida á Roma, por Cartago, la guerra entre ambas naciones, hízose inevitable. Preparábanse á ella los romanos, pero ganosos de obrar en todo cuerdamente, enviaron otra embajada á Cartago. Los diputados, recibieron encargo, dice Church, (1) de dirigir solo esta pregunta al Senado cartaginés: ¿Ha atacado Hannibal á Sagunto por órden del gobierno? La Asamblea, rehusó responder de una manera categórica; pero el orador encargado de representar su opinión, sostuvo que el verdadero tratado entre ambos estados, no mencionaba á Sagunto, y que Cartago no podía reconocer oficialmente, como válido, un pacto privado celebrado con Hasdrubal. Al escuchar estas razones, refiere Tito-Livio, Quinto Fabio Máximo, el embajador romano, recogió el extremo de su túnica en un pliegue, y dijo con solemnidad: "Aquí os traigo la paz y la guerra, elegid." Grandes voces, entonces dijeron: "Danos lo que quieras"; soltando luego su vestidura el romano, exclamó: "Os doy la guerra", á lo cual aquella Asamblea, agregó: "La aceptamos, y con el aliento conque la aceptamos, la hemos de sostener. Así tuvo su origen la segunda guerra púnica, de cuyos hechos notables nos vamos á ocupar de seguida.

Después de la toma de Sagunto, Hanníbal retiróse á Cartagena, y allí fué donde supo, cuanto habia pasado en Roma y Cartago. En cuanto á sí, convencido de que no solamente había cumplido con las intenciones del senado cartaginés, sino que había también obrado, conforme á la mayor trascendencia para su país, distribuyó ó vendió los despojos recogidos en el saqueo, dándole, además, cuenta á su ejército, de la empresa grandiosa que estaba recapacitando para la próxima campaña.

Hanníbal, al manifestar á sus tropas sus planes de conquista, que podía tenerlos separados de su patria por mucho tiempo; precisó á todos los que antes de su partida deseaban ver sus hogares y su familia, á aprovecharse del invierno, para trasladarse á Cartago, encargándoles únicamente, que á principios de la primavera debian hallarse otra vez reunidos: proceder del todo opuesto á nuestras costumbres y á nuestras instituciones políticas y militares. Toda la exquisita disciplina, de los ejércitos nacionales antiguos, cifrabase no más, que en un contrato voluntario entre soldados y caudillos; toda ella estribaba, en el juramento que ha-

(1) Ob. cit.

bían prestado, los unos de obedecer, y los otros de mandar, por el honor del país.

Los cartagineses fueron á invernar á su patria, y repusieron allí sus fuerzas postradas con las anteriores fatigas. En el plazo señalado por Hannibal, se hallaron reunidos de nuevo. El caudillo, tras la reseña de las varias naciones que componían su ejército, se trasladó á Cádiz para cumplir los votos que había hecho á Hércules y hacerlos de nuevo por el felíz éxito de su grande empresa. Atendiendo á la defensa de su patria al propio tiempo que proyectaba distraer al enemigo, envió al Africa fuerzas bastante considerables para resguardarla contra una invasión de los romanos. Tomó enseguida sus disposiciones con respecto á España, y encargó de su defensa á su hermano Hasdrubal, dejándole fuerzas suficientes: ocho mil ochocientos cincuenta hombres de infantería africanos, trescientos ligurios, y quinientos honderos baleares, á los que añadió, cuatrocientos cincuenta de caballería líbico-fenicia, mil ochocientos númidas ó moros, y veinte y un elefantes. Estas tropas, cuyo total no pasaba de quince mil hombres, no formaban más que el nucleo de los ejércitos cartagineses en España. Las restante, en mucho mayor número, componíanse de españoles que impropiamente compararíamos, á los Cipayos, que actualmente llenan las filas del ejército inglés de la India Finalmente, como Hannibal, no dudaba de que los romanos guerrearían igualmente por mar, dejó para la defensa de las costas, cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, dos de cuatro órdenes y cinco de tres. (1)

Listo, pues, en la primavera de aquel año, partió Hannibal de Cartagena, llevando consigo más de cien mil hombres de infantería doce mil caballos y cuarenta elefantes. Atravesó el Ebro, y sin dificultad fué franqueándose el paso por los pueblos que encontró en su marcha. No es muy probable que sojuzgase, como dicen algunos historiadores, todas las gentes del territorio que iba atravesando; porque además de ser conquista en balde, le hubiera sido imposible conservarla. Dió á Hannon el mando de un cuerpo de once mil hombres destinado á mantener las comunicaciones entre el Ebro y los Pirineos, y le confió además los bagajes del ejército. Pasó los Pirineos y llegó al Ródano (2) después de haber trabado

---

(1) Polib., l. III, cap. 7. "Si me he detenido en esta enumeración, dice el sabio historiador, ha sido porque la he conceptuado muy auténtica, habiéndola hallado escrita en una plancha de cobre por orden de Hannibal, cuando estuvo en Italia. Me era imposible seguir mejores datos."—Igual escrupulosidad y esmero puso en todas sus narraciones Polibio, cuya excelente historia, igualmente que á Tito-Livio podrán consultar nuestros lectores en cuanto á los hechos y pormenores tácticos de nuestra relación.

(2) El camino seguido por Hannibal en su expedición contra Italia, es objeto de discusiones por parte de los historiadores. Sin embargo parece lo más probable que se dirigiese por la margen izquierda del Ródano, llegase á Vienne, y dejando el rio cruzase la comarca del Delfinado, hasta encontrar en San Genis al

varias peleas con los Galos, que si bien habían rehusado la alianza de Roma, tampoco querían la de los vencedores de España. Cuando el ejército cartaginés llegó á las orillas del Ródano, no constaba ya más que de cincuenta mil infantes y nueve mil caballos. (1)

El primer encuentro de esta guerra ocurrió entre quinientos númidas y trescientos caballeros romanos. Al desembarcar el cónsul Escipión en Marsella, supo con harta extrañeza, que Hannibal estaba ya cerca del Ródano. Inmediatamente destacó trescientos caballos á un reconocimiento, los que se encontraron con otro destacamento númida, encargado de una comisión semejante, resultando una victoria para Roma. Enterado Escipión (2) del estado de los negocios, marchó con su ejército en busca de Hannibal; pero á pesar de su diligencia, no llegó al Ródano sino tres días después de haberlo pasado el Cartaginés. Desesperanzado de alcanzarle, se volvió á su armada y dividió sus fuerzas. La mayor parte las envió á España al mando de su hermano Cneo Escipión, yendo á desembarcar con las restantes en el punto donde estaba situada la capital de los Ligurios, (3) á fin de reunirse al ejército romano que ocupaba la alta Italia, y hacer resistencia á Hannibal. El objeto principal del general romano, era atajar la entrada de los cartagineses en Italia. Hasta su desembarco en Marsella, parece que obró con cuanta diligencia y tino cabían. Su marcha hasta la desembocadura del Ródano, siguiendo el cauce del río, era un movimiento acertado, puesto que se encaminaba á alcanzar por un costado al ejército cartaginés, ya atropellado con marchas y peleas, afanado en el tránsito de un río peligroso, y que podía racionalmente pensar, según la expresión atinada de Napoleón, en cojerlo en fragante. Pero ya fuese por la actividad de Hannibal, ó por las pausas de P. Escipión, este no llegó como ya digimos hasta después de tres días del paso del Ródano. Lo que

---

rio otra vez; de donde continuó marchando por el alto Isere y cruzando por el pequeño San Bernardo, descendiese al valle de Aosta. Por el pequeño San Bernardo, dice Mommem (ob. cit. tomo III, cap. V) aunque el camino es más largo, pasado el primer estribo de los Alpes, al E. del Ródano, se remonta el alto Isere, que corre cerca de Chambery, y se llega hasta el pié del collado, el más ancho y fértil de los valles de este país.

(1) Cuando pasó el Ebro. contaba con 12.000 caballos, 90.000 infantes y 40 elefantes. Curiosa es la manera como hizo pasar estos enormes animales por los ríos que encontraba en su camino. Para ello, mandó construir una gran balsa que cubrió de arena, colocándola en la orilla, como si efectivamente fuese la continuación de la tierra firme, y al lado de aquella, otra más pequeña. Guiados ahora los elefantes por dos hembras, se les colocó en las balsas sin que opusieran la menor resistencia, más al verse en medio del agua comenzaron á temblar de miedo, y sin atreverse á mover, lo cual facilitó el paso grandemente.

(2) Es decir, Publio Cornelio Escipión.

(3) *Genebane:* hoy *Genova:* Church sin embargo escribe que fué en *Pisa* donde desembarcó.

sería árduo de sincerar, es el extraño regreso de Escipión á Marsella, y la división todavía mas extraña de sus fuerzas, cuando se embarcó para Italia á fin de apoderarse de la cuenca del Pó atravesando la Liguria, pero es el caso que los resultados que produjo tal evolución fueron tan satisfactorios como inesperados.

Hanníbal marchaba por un país enemigo, sus tropas habían trabado repetidas refriegas con los Galos, (1) y hasta el mismo tránsito del Ródano se hizo notable por una batalla algo sangrienta. Los cartagineses no contaban, á la sazón, más allá de sesenta mil hombres: el cónsul debía tener un ejército casi igual. Llevaba cuarenta y ocho mil soldados, á que es preciso añadir la caballería y algunos Liguros auxiliares. En la distribución de fuerzas, los ciudadanos eran los únicos de que se hacía mención. Los aliados eran los pueblos de Italia que se habían incorporado con Roma y que peleaban con el mismo denuedo y disciplina, y regularmente eran en número igual al de los Romanos: finalmente, los auxiliares servían por lo común en clase de tropas ligeras. Escipión capitaneaba, pues, un ejército de cincuenta y cinco á sesenta mil hombres, y sabía que un segundo cuerpo de tropas guardaba el país á la otra parte de los Alpes. Aunque Hanníbal le llevase en la marcha tres días de ventaja, no obstante, nada le estorbaba el que emprendiese su alcance, mayormente cuando el general cartaginés iba á tropezar con un poderoso obstáculo en el valladar de los Alpes. El cónsul podía recobrar la ventaja que había malogrado por la diligencia de su contrario, y ponerle en situación apuradísima; por otra parte, no se exponía á ningún riesgo, y en caso de un revés, su armada, que se hállaba por las costas de la Galia, podía fácilmente trasportarle á Italia. Si salía vencedor, Hanníbal quedaba aniquilado, cortadas sus comunicaciones con España, dispersado su ejército en un país enemigo, y teniendo al frente los Alpes y á la otra parte un ejército romano. Si quedaba vencido, Hanníbal no ganaba más que el tránsito de los Alpes, que Escipión le franqueó garbosamente volviéndose á Marsella.

Mas ya en Italia, bien pronto Escipión y Hanníbal se encontraron dispuestos al combate, cuyos preliminares así acontecieron.

Cruzó Escipión el Tesino en un puente construído á este propósito, y de esta suerte halláronse ambos ejércitos en el lado septentrional del Po: los cartagineses invasores, caminando hacia Oriente y teniendo el río á su derecha; los romanos, en defensa del país, dirigiéndose desde Occidente á su encuentro. Al terminar el segundo día de marcha, los dos ejércitos acamparon, y á la mañana siguiente la caballería de ambos lados, mandada por los mismos caudillos Hanníbal y Escipión, avanzó buen trecho de sus respecti-

(1) Como sucedió con la tribu de los *Taurinis* (Turin) cuya capital tomó uniéndosele entonces todas las demás.

vos campos, en busca cada cual de la contraria. Los romanos se dirigieron al combate con sus tropas ligeras y los ginetes galos al frente; en segundo término iba el resto de sus caballos. Hannibal había colocado hábilmente su caballería pesada en masa compacta en el centro; mientras que la caballería ligera y los activos caballeros africanos, diestrísimos ginetes que gobernaban sus caballos sin frenos, estaban á los lados. Las tropas ligeras romanas, después de una sola descarga de flechas, se retiraron precipitadamente por entre los caballos, á guarecerse detrás de ellos; y entonces principió la pelea entre los dos formidables cuerpos de caballería enemigos, con tanto esfuerzo por una, como por otra parte. La suerte, sin embargo, aunque no muy declaradamente, parecía favorecer á los romanos, cuando los ligeros ginetes numidas, atacando los flancos contrarios, después de pasar sobre las tropas ligeras, cayeron sobre la retaguardia de los caballos, trastornando la línea de combate. Siguióse entonces general derrota, y no fue, ciertamente, el menor golpe conque los cartagineses afligieron á sus contrarios, en ocasión semejante, la terrible herida que sufrió su caudillo Escipión, quien, si salvó la vida, debiólo á la bravura y amor de su hijo, joven de 17 años, de quien más adelante habremos de hablar. Rodeando este mancebo, con algunos soldados fieles el cuerpo del caudillo, pudo sacarle del campo de batalla. (1)

Esperaba Hannibal que sus contrarios, buscando el desquite, le provocáran á una batalla más general; pero como pasase el tiempo, sin que los enemigos aparecieran, avanzó en su busca y notando que habían abandonado el campo, cruzó el Tesino primero y luego el Po, donde hizo prisioneros á 600 soldados que habían dejado allí los Romanos. Escipión había acampado bajo los muros de Plasencia, y Hannibal, que le seguía, le presentó en vano batalla, y tomó posiciones, á sólo seis millas de distancia de su campamento. Allí comenzó á tocar los resultados de la última victoria; pues además de que los jefes galos del lado Sur del Po llegaron á engrosar sus filas, obtuvo otra prueba del cambio que se había obrado en las ideas de estos pueblos, en la deserción de los que servían á los romanos, pues aquellos, abandonando á éstos una noche, después de haber dado muerte á muchos, se presentaron en el campo cartaginés, (llevando una porción de cabezas romanas) á solicitar que les permitiesen entrar á su servicio. Tal fué la alarma que produjo á Escipión aquel movimiento general de los Galos que, levantando el campo en seguida, se dirigió hacía el Mediodía, donde cerca del Trebia creyó hallar, juntamente con una posición ventajosa, el valioso apoyo de las ciudades amigas. Sabedor Hannibal de este movimiento, envió en persecución de los

(1) Seguimos en la descripción de las campañas de Hannibal al historiador Church, tan bien informado, como veraz en sus descripciones.

romanos á sus ligeros ginetes númidas que, á no entretenerse, como se entretuvieron en vaguear y abrasar el abandonado campo de los enemigos, pudieran haber causado á éstos. sensibles pérdidas; pero habiendo perdido el tiempo en ocupación tan miserable, diéronles lugar de pasar el Trebia, á excepción de unos cuantos soldados, la hez de sus tropas, que fueron aprisionadas.

Tomó el general romano entonces, cerca del Trebia, fuertes posiciones en una altura, donde esperó á que su colega Sempronio, que se hallaba en camino hacia el Norte, se reuniese con él. Hannibal, que le había seguido con todas sus fuerzas, fijó su campo á cinco millas del de Escipión, no sin haber logrado antes la ventaja de apoderarse de la fortaleza de Clastidium, cerca de Plasencia (donde los contrarios tenían gran acopio de víveres), merced á la política artera del jefe de aquella plaza, natural de Brundusi, quien recibió, según se asegura, cuatrocientas monedas de oro en premio de su traición.

No pasó mucho tiempo sin que Sempronio, llegase con su ejército á acrecentar poderosamente el romano; pero á pesar de que el número de soldados de la República había aumentado con la llegada de Sempronio, hubiera tenido más cuenta á Roma que Escipión hubiese permanecido solo. Este era un verdadero general; Sempronio, sólo un hombre valeroso, á quien la casualidad de ser consul aquel año, enviaba al frente de los ejércitos. Escipión, á consecuencia de la grave herida, que recibiera en las márgenes del Tesino, hallábase imposibilitado para el mando; Sempronio, único jefe de los Romanos, por tal desgracia, no podía imaginar siquiera que el enemigo, de aventurarse á combatir contra su poderoso ejército, no fuese destrozado. Ansiaba, por tanto, la pelea, que imaginaba había de coronarle de laureles, y deseaba que ésta tuviese lugar lo antes posible, temiendo que, con el invierno, que se acercaba, se suspendiesen las hostilidades y que, al reanudarlas de nuevo, hubiese dejado ya de sur consul.

Y, en verdad, que si alguna duda del éxito atormentara á Sempronio se habría desvanecido por completo, después de la pequeña victoria que alcanzaron sus gentes sobre los cartagineses; pues sucedió que, habiendo enviado Hannibal unos cuantos ginetes africanos y galos, á devastar las tierras de una tribu, que había hecho alianza con Roma, cuando volvían ya cargados de botín fueron atacados por algunos escuadrones enemigos, que los vencieron y obligaron á huir, con considerable pérdida, hasta su propio campo.

En vista de esto, y por las expresadas razones, decidió Sempronio el combate. Escipión, no pudo lograr, á pesar de intentarlo, que cambiase de designio, y como quiera que, en el fondo, ambos ansiaban igualmente la pelea, comprendiendo que el adelantar

el encuentro sería tan en favor suyo, como en contra de sus adversarios, el conflicto no se retrasó largamente.

Reunió Sempronio 40.000 hombres á sus órdenes: Hannibal, que había visto reforzado tan numerosamente su ejército por los Galos, disponía de una fuerza igual; mas á pesar de esto, y para augurar la victoria ordenó que 2.000 hombres escogidos con el mayor cuidado se emboscasen detrás de unos matorrales, cercanos al rio. Su hermano Magón, por su parte, había escogido un ciento de soldados de á pié y algunos de á caballo, cada uno de los cuales había elegido nueve compañeros; todos debían jugar importante papel en la jornada.

Al amanecer, envió Hannibal algunos ginetes africanos á cruzar el rio con encargo de causar algún daño en el campo de los romanos, para provocar á éstos á la pelea: era un cebo lanzado á Sempronio que no tardó en tragarle, enviando fuera de su campo primero la caballería, luego las tropas ligeras y por último las legiones; todas con tal prisa, que ni siquiera les dejó el tiempo necesario para tomar algún alimento. A pesar de no haber entrado aún el invierno, la nieve caía con gran fuerza, y el Trebia, hinchado por las lluvias, se había desbordado. Las aguas llegaban á los hombres al pecho; de tal suerte tuvieron que atravesarlo los romanos hambrientos, quienes, cuando ateridos de frío seguían su camino, veían á lo léjos á los soldados cartagineses, los cuales no sólo habían tomado su acostumbrado desayuno, sino que, habiendo encendido grandes hogueras, se regalaban á su lado. Con tiempo de sobra, desenvolviendo perfectamente su plan, ordenó Hannibal los suyos: puso en el centro 20.000 infantes africanos, galos y españoles, y caballos en número de 10.000 con los elefantes al frente de las alas; las tropas ligeras habían recibido orden de avanzar, en socorro de los jinetes númidas.

Los romanos arreglaron sus tropas de un modo semejante, sin tener en cuenta que los elementos que las formaban no eran los mismos; y esta vez, como anteriormente en el Tesino, la debilidad de su caballería, muy inferior en número y calidad á la enemiga, debía serles funesta. Los jinetes cartagineses, con su acostumbrada fiereza, cargaron sobre las alas del ejército enemigo, y las derrotaron obligándolas á huir casi sin ningún esfuerzo; de este modo, el gran cuerpo de infantería, que formaba el centro romano, quedó en descubierto por los flancos y expuesto, por consiguiente, no sólo á los golpes de las tropas ligeras del enemigo, sino también á los ataques de sus caballos. A pesar de esto, se defendieron largo rato con intrepidez digna de mejor éxito, mostrando aquella bravura y tenacidad proverbial en los legionarios; pero á la postre tuvieron que cejar. Magón, emboscado, como hemos dicho, cerca del rio, desde antes de empezar la batalla, abandonó súbitamente su escondite, para caer furiosamente sobre la retaguardia, con lo cual

se perdió definitivamente la jornada para los romanos. Si alguna cosa fuera necesaria para completar su ruina, mostróse en los daños causados por los elefantes, terribles y gigantescos animales, que gran número de los romanos y de sus aliados no habían visto hasta entonces. De todo el ejército de Roma, la retaguardia padeció en particular, pudiéndose asegurar que fué destruida casi totalmente. Del frente pudo escapar, atravesando las filas de la infantería gala y africana que les combatia, y replegándose hacia Plasencia, un número de 10.000 hombres, á los que después se consideró feliz en reunirse alguna gente baldía de la que formaba parte del ejército, más para su daño que para su fuerza. Otros, volviendo sobre sus pasos, lograron también salvarse, por no llevar los vencedores su persecución más allá del rio; más, con todo, es casi seguro que los romanos perdieron cerca de la mitad de su ejército entre prisioneros, muertos y extraviados.

Los cartagineses no alcanzaron, en verdad, esta victoria sin alguna pérdida; pero la mayor parte de las bajas las sufrieron los Galos, gente la menos estimada por Hannibal de cuantas formaban su ejército y aquella que más fácilmente podía ser reemplazada. Sus mejores infantes, sus soldados españoles y africanos, no sufrieron gran cosa, salvo á causa del frio, que verdaderamente fué muy grande. A los que causó daño terrible la baja temperatura fué á los elefantes: todos aquellos gigantescos animales, que Hannibal llevara á Italia, perecieron, á excepción de uno solo.

La segunda batalla librada por Hannibal, cuyo recuerdo se conserva vivo en los historiadores latinos, tuvo lugar de la siguiente manera:

El camino de Cortona á Perusa por el cual se dirigia, pasaba por cerca de la costa septentrional del lago Trasimeno (hoy de Perusa) en cuyo angulo Noroeste había un desfiladero, cuyas alturas se aproximaban tanto que llegaban casi á tocarse; al Nordeste había otro paso estrecho formado por las montañas al Norte y el lago al Sur; entre ambos existía como una pequeña llanura parecida en su figura á un arco, cuya cuerda formasen las aguas del Trasimeno, marcando las alturas el arco mismo. Frente á las rocas, que dominaban el límite oriental del desfiladero, Hannibal apostó sus tropas españolas y africanas á cuya cabeza se puso; al extremo del paso, detrás de algunos accidentes del terreno, que habían de ocultarla perfectamente, estacionó su caballería gala; el resto del ejército lo escalonó en las alturas, que cerraban el llano por el Norte.

Flaminio alcanzó el extremo occidental del lago al anochecer; fijó su campo en aquel sitio para pasar la noche; y al siguiente dia, cuando la claridad no permitía aún distinguir bien los objetos, sin detenerse á reconocer el camino, continuó su marcha. Cuando todo su ejército, después de haber atravesado el desfiladero, penetró en el llano que estaba á continuación de aquél, Hannibal dió la

señal convenida de antemano, y la caballería númida y la infantería gala, bajando de las alturas súbitamente ocuparon la retaguardia del enemigo. Hallóse éste de tal suerte cercado; pero tal movimiento protegido por la espesa bruma, que se levantaba del lago no fué notado por los romanos, hasta que el sol empezó á disipar las nieblas; éstos, antes de que pudiesen formarse en línea de batalla, casi antes de que pudieran desenvainar las espadas, se encontraron con que el enemigo los acuchillaba por todos lados.

Flaminio, sin embargo, procuró ordenar algo sus legiones; pero no pudo conseguir nada. Ni de espacio, ni de tiempo podía disponer para lograr sus propósitos, y la batalla que se trabó fué más que otra cosa un combate de guerreros; en que cada hombre se batía por sí mismo, sin otra dirección, que la que, el ódio ó el afán de morir matando, le señalaba. Por otro lado, los soldados de Roma, reclutados recientemente entre los campesinos y demás gente baldía, sin conocer siquiera el manejo de un arma, no podían competir con los veteranos cartagineses: éstos alcanzaron en seguida sobre ellos señalada ventaja. Con todo, la desesperación les dió alientos para sostenerse firmes por algún tiempo; durante tres horas la batalla siguió con fiereza, refiriéndose que ninguno de los combatientes se dió cuenta siquiera del terrible efecto de un temblor de tierra que, en otros parajes convirtió mas de una ciudad italiana en ruinas: al cabo de dicho tiempo cayó herido mortalmente el cónsul, Envuelto en su magnífica armadura había podido librarse de los golpes de los enemigos, cuando uno de los jinetes de Hannibal, un galo insubrio, reconociéndole por el semblante (pues Flaminio había conquistado á los Insubrios ocho años atrás) decidió darle muerte. «Mirad, gritaba este hombre á sus compañeros, ahí está el asesino de nuestros hermanos, el devastador de nuestros campos. Yo quiero darle muerte y ofrecerle á los manes de nuestros compatriotas»; y efectivamente, á pesar de haberse interpuesto en su camino el escudero del Cónsul, después de haberle rechazado con terrible ímpetu, Ducario (que así se llamaba el Insubrio), atravesó con su lanza de parte á parte á Flaminio. Entonces los romanos cesaron por completo de resistir en Trasimeno, á la manera que los ingleses no resistieron ya en Senlac, cuando Haroldo fué muerto. Algunos trataron de escapar, escalando las alturas; otros de vadear el lago, despues de recorrer por entre los enemigos la corta distancia que de él les separaba: viéronse hombres cargados de hierro que no podían esperar salvarse á nado, arrojarse desesperadamente ó intentarlo y encontrar la muerte en el fondo de las aguas. y otros asesinados á mansalva por los jinetes, que habían tomado posiciones en el mismo Trasimeno. Sólo unos 6.000 de la vanguardia romana se abrieron paso á través de las filas enemigas por el lado oriental del desfiladero, y haciendo alto en una eminencia situada á lo léjos, pudieron ob-

servar el resultado de la batalla. Cuando estos soldados que verdaderamente no pelearon, sino para abrirse camino, se convencieron de que sus compañeros estaban completamente derrotados, tomando sus estandartes se apresuraron á huir. Sin embargo, sólo se libraron por el momento de caer en manos de Hanníbal; pues sin provisiones é ignorando que camino tomar, ellos mismos fueron á entregarse al siguiente día á los cartagineses.

Los romanos que se salvaron de tan terrible rota, no pasaron de 10.000, cuya mayor parte dirigióse á Roma, donde llevaron la terrible noticia; el resto, cerca de 15.000 hombres, pereció en el campo de batalla y en la matanza de la fuga. Los cartagineses tuvieron de pérdida 2.500 hombres, testimonio de que, al menos por algún tiempo, los romanos habían devuelto los golpes recibidos. Cuéntase que Hanníbal, con objeto de dar á su adversario Flaminio honrosa sepultura, ordenó á sus soldados largas pesquisas entre los cadáveres pero no habiendo coronado el éxito su deseo, el cuerpo del Cónsul quedó como el de sus soldados junto al lago.

Cuando el primer movimiento de terror causado en Roma por la pérdida de sus ejércitos se hubo desvanecido, la república se aprestó á seguir la guerra con mayor vigor, si cabe, que el empleado hasta entonces; pues si abatidos por la desgracia, durante un momento, parecían inclinados los romanos á pedir la paz, no volvieron á pensar en ello, siendo creíble que si el vencedor se la hubiera propuesto (lo que no era probable) la habrían rechazado con desprecio. Designóse para el supremo mando de los ejércitos del Estado á un veterano guerrero llamado Quinto Fabio Máximo, quien unos veinte años antes había alcanzado la honra de un triunfo por sus victorias. Era Fabio hombre prudente y religioso, y su primer cuidado fue consultar los libros de la Sibila, (1) los cuales prescribían para tales momentos de amargura, á modo de desagravio á los dioses indudablemente ofendidos, varios actos de adoración reverente como ofrendas, plegarias, sacrificios, consagraciones de templos y celebraciones de juegos públicos. Mucha parte de estas prescripciones de los libros proféticos fueron observadas ó prometidas para lo por venir: sólo después de ésto el dictador (que tal fué el título dado á Máximo) ordenó el levantamiento de dos nuevas legiones y de fuerza suficiente, para defender la ciudad y tripular los barcos, que tenía Roma. Ordenó también que todos los pueblos y campos, que en el camino que seguía Hanníbal se hallasen situados, fueran destruidos por completo con la intención de que el cartaginés no encontrara á su paso más que un desierto:

(1) Libros de profecía escritos por una sibila, vendidos á Tarquino Prisco, quinto rey de Roma y colocados más tarde en el templo de Júpiter del Capitolio, para ser consultados en los grandes apuros del Estado. "*Historia de Roma.*" por Bertolins, t. I, página 52, de la trad. del Sr. D. Salvador López Guijarro.

luego marchó hacia el Norte. En Ocricullun de Umbría reuniose con Servilio, quien se dirigia á Roma, y aumentó con sus trropas las legiones que mandaba; luego le envió á capitanear la armada de la república, que para defensa de los mares italianos, se hallaba en Ostia, mientras él en persona con ejército fuerte á la sazón de 50.000 hombres, marchó en persecución del enemigo. Este, que había tratado en vano de aliarse con las gentes de la Apulia, dirigía sus pasos hacia Occidente, camino de Samnio, cuyos naturales habian sido, poco menos de un siglo antes, los más encarnizados enemigos de Roma. Esperaba encontrar allí sin duda la amistad que Apulia le había negado, más se engañó de igual manera, siendo vanos todos sus esfuerzos para despertar el dormido odio de los antiguos adversarios de Rómulo. Entonces se encaminó á lo que era quizá la parte más rica de Italia, la gran llanura falernia, cuyas vides habían de hacer famoso su nombre en todo el mundo. Había seguido Fabio á los cartagineses, vigilando todos sus movimientos, estorbando todos socorros de gente y bastimento, que pudieran llegarles y acosándoles de todos los modos que podían imaginar, aunque rehuyendo siempre batalla con ellos: más cuando los vió debajo de el en la llauura de Falermo (pues es preciso advertir que Fabio procuraba conducir á sus soldados por las alturas, para prevenir cualquier sorpresa) creyó que, por fin, había llegado el momento de obrar.

Efectivamente, los cartagineses se hallaban en posición muy desventajosa. A la parte del Norte, tenían cerrados los pasos del Lacio y del camino de Roma; delante estaba el mar: hacia el Sur la profunda corriente del Volturno; por la parte del Este las alturas, cuyos pasos habían sido ocupados por las tropas romanas. Imposible parecía que escapase: mas entonces se mostró cuán grande maestro era Hanníbal en el arte de la guerra; pues salió de tan grave apuro no sólo con todo su ejército, sino con el infinito botin que habia reunido y que consigo llevaba. Su plan fué el siguiente: escogió dos mil bueyes de las grandes vacadas que había reunido saqueando los pueblos que encontrara en su camino, y mandó atarle fuertemente en los cuernos manojos de mimbres secos. Hecho esto, á la caída de la tarde dejó silenciosamente el campo y dirigióse por la parte oriental hacia las alturas con los animales mencionados, un poco adelante del frente de la vanguardia. Cuando el ejército alcanzó el extremo inferior de las alturas había cerrado la noche. En aquel momento Hanníbal ordenó que los manojos de mimbres fuesen encendidos. Los que conducían las bestias cumplieron la órden, y las dirigieron hacia las faldas de las alturas. Los animales, locos de terror y de dolores, pues las luces que ardían sobre sus cabezas, al par que les causaban terrible espanto, les producían vivísimos dolores, se precipitaron á correr por las montañas con terrible furia, Los 4.000 hombres apostados por

el romano, para guardar el paso principal, llenáronse de pavor á la vista de aquellas luces, que corrían las unas tras de las otras; pues aunque no podían comprender lo que aquello significaba, presentían que algún peligro se cernía sobre sns cabezas.

Probablemente su principal temor fué el de que el enemigo estaba á punto de envolverlos, porque el temor de ser cogidos por la espalda es siempre el primero que asalta hasta á las tropas más disciplinadas y valientes; pero fuera de ello lo que quiera, es lo cierto que, abandonando el lugar en que habían sido apostados, se retiraron á las alturas. El mismo Fabio que presenciaba el extaño espectáculo desde su campamento, no acertaba á explicarse perfectamente lo que era, y hasta llegado el día siguiente, no se aventuró, temeroso de alguna estratagema, á dar ningnna orden. (1) Entretanto, Hanníbal, tranquila y reposadamente, atravesaba el paso con todas sus tropas y bagajes, fijando su campo á la mañana siguiente en Allifas, al otro lado de las alturas. Siguióle Fabio, y como el otro se encaminase hacia el Norte por todo el Samnio hasta la comarca de los Pelignos, destrozando todo cuanto á su paso encontraba, caminó hacia allí Fabio, conservando su ejército entre el enemigo y Roma.

El efecto producido por la estratajema de Hanníbal fué doble: no sólo había conseguido salir con todas sus gentes y bagajes de la difícil posición, en que le había colocado su adversario, sino que consiguió desautorizar la política guerrera adoptada por éste. Fabio tenía ya contra sí á muchos, tanto de los aliados, que veían devastada su comarca por el enemigo, como de los mismos ciudadanos romanos, cuyas propiedades se hallaban situadas en la parte de la península, que era teatro de la guerra. Todos clamaban contra el Dictador, y su cólera era más grande, por cuanto el astuto Hanníbal, al propio tiempo que se ensañaba en las tierras de los propietarios vecinos de Fabio, atravesaba las que eran propiedad de éste, sin causar en ellas el más leve daño. El cambio producido en la opinión por las artes del cartaginés, se evidenció pronto. Habienpasado Fabio á Roma, dejando el ejército á Minucio, maestre dela caballería (título que seguía en autoridad al de dictador en el mando de las tropas), contrariando éste la órden expresa de su jefe para que no combatiese, peleó con los invasores y alcanzó sobre ellos una pequeña victoria. La noticia de lo sucedido llegó con extraordinaria rapidéz á la capital, donde los adversarios de Fabio aprovecharon aquella circunstacia, para lograr del pueblo que di-

(1) Esta relación de Livio, dice Niebuhr, presenta á los romanos bajo un aspecto poco favorable; la verdad del caso es referida por Polibio. Nada es más común entre los antiguos que el marchar por la noche á la luz de linternas ó antorchas. Cuando los puestos avanzados romanos vieron las luces entre ellos y los puntos no ocupados por el enemigo, creyendo que los cartagineses forzaban el camino acudieron prontamente hacia el supuesto peligro, con intención de evitarlo (Lectura LXXIV).

vidiese las fuerzas del ejército, encomendando una mitad al dictador y otra al maestre de la caballería.

Hallóse, pues, Hannibal, en breve, con el ejército enemigo dividido en dos, acampados á una milla el uno del otro, y conociendo la causa que había motivado aquel cambio y cuán ventajoso le era, decidió aprovechar enseguida la ocasión, que se le presentaba, para dirigir un nuevo golpe al enemigo. Minucio estaba obligado, moralmente, á satisfacer á sus amigos, peleando sin demora, y Hannibal le ofreció pronto lo que el romano imaginó oportunidad favorable. Colocó gentes en un terreno desigual que había entre su propio campo y el de los enemigos, en términos, que sólo pareciera un destacamento poco numeroso; salieron los últimos á desalojarle de allí; pero como había emboscados 5.000 hombres cayeron éstos sobre la retaguardia enemigo (no sin dejar transcurrir el tiempo necesario, para que los contrarios creyeran que la suerte estaba de su parte) y la forzaron á retroceder con pérdidas, que hubieran sido mayores, si Fabio que vigilaba todos los movimientos de amigos y enemigos, no hubiera terciado en la pelea á tiempo de hacer cambiar por completo el aspecto de ella. Retrocedieren los cartagineses, y los romanos, que no habían sufrido pérdidas irreparables, alcanzaron en esta escaramuza la ventaja de que Minucio reconociera su error, y resignara en el dictador su mando.

Mientras tanto, el partido más belicoso había logrado un gran éxito en las elecciones, y uno de los cónsules, elegido, por cierto, con inmensa mayoría, era un hombre del pueblo. Llamábase C. Terencia Varrón, quien había llegado á aquel puesto, merced á la guerra, que había hecho con sus declamaciones, á los defensores del sistema de Fabio. Tal hombre no se había contentado con menos que con proclamar, que los nobles prolongaban en beneficio propio la guerra; con lo cual estaba comprometido á pelear; y deseaba entrar en batalla, dado que solicitaba prudentemente que se aumentasen antes las tropas, reuniendo las legiones recientemente formadas al ejército del año anterior. Cuando se cumplieron sus deseos, á principios del mes de Junio, se encaminó un ejército fuerte de 90.000 hombres á combatir á Hannibal. Hallábase éste recogiendo la primera cosecha de los campos vecinos al mar, en Apulia. Los dos Cónsules (el colega de Varrón era un noble llamado Paulo Emilio) alternaban en el mando todos los dias: Emilio, como soldado veterano, dudaba del resultado de la batalla y quiso retrasarla rodavía algún tiempo: Varrón. por el contrario, confiaba de tal manera en la victoria, que deseaba combatir; de suerte, que ya, en el primer día de mando, se produjo un conflicto por haber tomado el último posición entre Hannibal y el mar, pero desgraciadamente idéntico resultado que en Tesino alcanzaron las águilas romanas.

Roma, sin embargo, pensaba en la revancha, Cannas, significa-

ba para ella su independencia futura, pero veamos los acontecimientos como la encadenan, y al fin la conducen á la desolación y la ruina. El grito de guerra, resonó de nuevo, y ya en campaña los Cónsules enviados por la república contra Hannibal, dictaron las órdenes siguientes.

Componían el ala derecha la caballería, que se hallaba colocada enfrente de la del enemigo; cerca de ella ocupaba sitio la infantería de las legiones, fuerte de más de 70.000 hombres, aunque colocados, ó más bien apiñados, de tal suerte, que formando más en columna que en línea, no podían abrumar de ningún modo á la pequeña fuerza de sus adversarios; en el ala izquierda estaba apostada la caballería de los aliados, mandada por Varrón: Paulo Emilio se hallaba en el ala derecha. El total de sus fuerzas, descontado el destacamento que había quedado, para guardar los reales, ascendia á 80.000 hombres.

Los romanos miraban hacia el mar, lo cual era ciertamente desventaja considerable, no tanto por la molestia que pudieran producirles los rayos del sol (ocurría esto á las primeras horas del dia), sino por la violencia del viento, que los naturales de aquella parte de Italia llamaban Volturno, el cual, arrojando nubes de polvo á sus rostros, les impedia ver lo que tenian delante.

Principió la batalla, según costumbre, con algunas escaramuzas, en las cuales llevaron los cartagineses la mejor parte. Eran sus honderos baleares (1) mucho más habiles y certeros que ninguna de las tropas ligeras que tenían los romanos, con lo cual produjo grandes estragos en sus filas la lluvia de piedras, que hicieron caer sobre las legiones enemigas, hiriendo gravemente al cónsul Paulo entre otros. Luego la pesada caballería cartaginesa cargó sobre la romana, colocada como queda dicho frente á ella. Los romanos, que la componían, eran indudablemente valerosos y pertenecían en su mayor parte á las familias más ilustres de su patria; pero eran inferiores en número, asi como en calidad de hombres y caballos y en lo relativo al equipo militar. Ninguno de ellos vestía coraza, sus escudos eran poco consistentes y acontecía lo mismo con las lanzas que llevaban. Demás de esto, desconocían probablemente la táctica de caballería, y aun cuando la hubiesen conocido no hubieran podido aplicarla allí por carecer de espacio en que maniobrar. Fué, por tanto, un combate cuerpo á cuerpo el sostenido por ellos contra los españoles y galos, muchos de los cuales saltando á tierra arrancaban con sus brazos nervudos á sus adversarios de las monturas y los arrojaban al suelo.

En el centro, donde las legiones romanas se las habían con la infantería gala y española, pareció al principio menos venturoso

(1) Mallorca, Menorca é Ibiza. El lector no ha de dejarse tentar por la plausible derivación del griego (*ballo*), arrojar ó tirar. El nombre según Church puede tener su origen en alguna forma del dios Baal.

Hannníbal. Había avanzado considerablemente con aquellas tropas, hasta rebasar la línea de las enemigas, y hubo de retroceder atacado por las formidables columnas contrarias. Formaban los romanos una apretada masa imposible de manejar, y, en el momento en que creyeron tener asegurada la victoria, se vieron asaltados por ambos costados y por la retaguardia. Acometieron uno y otro lado los dos cuerpos de infantería africana, que hasta entonces no habían tamado parte en la acción, los cuales cayeron sobre ellos vigorosamente y casi al mismo tiempo con la caballería pesada cargó Hanníbal, el cual ya había derrotado la caballería romana del ala derecha y la del ala izquierda, compuesta de los aliados. Estos hallábanse ya en situación tan crítica por el inesperado ataque de 500 africanos, que habían aparentado rendirse, los cuales les hirieron por la espalda en tan crítico momento y les desjarretaron los caballos. Hanníbal apareció á tiempo de completar su derrota, y no confiando la terea de perseguir á los fugitivos á los jinetes africanos cayó, como hemos dicho, sobre la retaguardia de la infantería romana. Hallábase ésta cercada por todos lados y los galos y españoles delante de ella, empañados en rechazar su empuje. Los cartagineses cargaron, entonces, con sus espaldas sobre aquella masa inmensa, hasta que se cansaron de matar. Cuántos hombres quedaron en el campo, despues del anochecer es imposible decirlo. Polibio ofrece el número 70,000, con ser mejor autoridad probablemente que Livio, quien le reduce á 50.000. Contáronse entre ellos uno de los Cónsules, el Ex-Cónsul Servilio, 21 tribunos militares (que eran de un rango semejante alde nuestros coroneles) y 8 miembros del Senado. Varrón consiguió huir del campo con 70 caballos. Las pérdidas de Hanníbal calcúlanseen seis mil hombres. La importancia de las pérdidas sufridas por los romanos, y el botín recojido por los cartagineses en esta batalla; puede colegirse del hecho, citado por varios autores, de haberse llenado dos modios y medio con los anillos arrancados á los nobles romanos muertos en el campo. Dichos anillos fueron enviados por Hanníbal al senado cartaginés.

La pregunta, que ocurre ahora á los labios, es: qué quedaba á Hanníbal por hacer. Había destruído completamente el ejército enemigo (pues hasta la fuerza, á que se encomendara la custodia del campamento, había tenido que entregarse), sin que tuviera ya Roma otro ejército en el campo. La mayor parte de los capitanes cartagineses, al reunirse en torno de su general, para felicitarle por la victoria, le aconsejaban que se diese algún tiempo de descanso al ejército y á sí mismo, á excepción de Maharbal, jefe principal de la caballería, quien se mostró de parecer muy diferente. «¿Sabéis, dijo, lo que habéis conseguido con la victoria de este día? Voy á decíroslo. De aquí á cuatro podéis estar cenando en el Capitolio de Roma. Dejadme ir delante con mi caballería, que yo os

respondo de que antes sentirán mis golpes que sabrán mi llegada.» Hannîbal no confiaba hasta ese extremo, por cuyo motivo después de darle las gracias á Maharbal por su celo le manifestó que asunto tan grave debía tomarse con maduréz. Entonces exclamó aquel encendido en ira: «Ya veo que los dioses no otorgan todos sus dones á un mismo mortal. Tú, Hannîbal, conoces el secreto de la victoria; pero ignoras el modo de aprovecharte de ella.»

No se ha podido averiguar aún; cuál de los dos, Hannîbal con su prudencia, ó Maharbal con el atrevimiento propio de su carácter estaba en lo cierto; dado que nos sintamos dispuestos á declararnos por el primero, como quien era general tan prudente, y al cual era imposible tachar de falta de atrevimiento (¿pues qué mayor osadía, ni qué audacia pudiera compararse con su marcha por Italia?), siendo ciertamente el que mejor comprendía lo que eran capaces de emprender y lo que no podían intentar sus tropas. Por otra pate, no podía prometerse en rigor alcanzar su objeto, á menos que los muchos aliados de Roma la abandonasen del todo, y esperaba á que esto se verificase. Hasta tener seguridad sobre este punto, no podía atreverse á nuestro juicio avanzar; pues si una derrota en la posición, en que se hallaba, le habría sido funesta siempre, no lo hubiese sido menos un golpe en vago ante las murallas de Roma. Con todo, si aquello hubiera podido ser, si ciertamente aquello era una oportunidad, semejante oportunidad jamás volvió á presentarse. Porque, si es verdad que llegó la ocasión de que se pusiera delante de Roma, dicho movimiento fué más estratagema que verdadero ataque. Aquel día de mediados del estío, correspondiente al año 216 antes de Cristo, llegó á la mayor altura á que jamás se elevara la fortuna de Cartago: entonces y sólo entonces, pudiera aquella república haberse hecho la señora del mundo.

Pero abandonemos á los cartagineses en la Italia, y veamos lo que estaba sucediendo mientras tanto en España. Cneo Escipión, desqués de haber partido de la desembocadura del Ródano, llega á Emporio, ataca sucesivamente todas las posesiones de la costa hasta el Ebro, y se apodera de ellas, avasallando á viva fuerza á cuantas se resistían, y celebrando alianzas con las que aceptaban la amistad de los romanos. Como estos pueblos contiguos á los de la liga celtíbera no se habían rendido á los cartagineses, no fué difícil á Cneo Escipión, que se internaba, no como conquistador, sino como vengador de los Saguntinos, bien quistarse con los principales é incorporarse muchas de las comarcas celtíberas de esta parte del Ebro. Pero no muy lejos de allí tenían loscartagineses un ejército, y cuantas ventajas había logrado Escipión, iban á desvanecerse, si no las afianzaba con una victoria. Hannon que Hannibal había dejado en el país, no se hizo aguardar mucho y fué á presentar batalla á los romanos. Era la primera que se trababa en España entre las dos naciones rivales. Los

cartagineses quedaron enteramente derrotados, y como los romanos eran tan supersticiosos, tuvieron por agüero favorable tan felíz principio. Hannon fué hecho prisionero y su ejército absolutamente dispersado, después de haberle muerto de cinco á seis mil hombres. Aquella batalla tuvo resultados aún más crecidos para los romanos, pues se apoderaron del campamento enemigo, donde hallaron todos los bagages que había dejado Hanníbal antes de entrar en las Galias. Los despojos eran cuantiosos y fueron distribuídos según lo ordenaba la disciplina militar.

Hasdrúbal, que ocupaba el país allende el Ebro, sabedor de aquel descalabro, encaminóse al rio y lo pasó al frente de ocho mil infantes y mil caballos. Al principio logró ventajas, más no atreviéndose á aguardar al general romano, se retiró á Cartagena, donde situó sus cuarteles de invierno. Escipión, después de reunir todas sus fuerzas de mar y tierra, dirigióse á Tarragona. (1)

Hasdrúbal no permaneción por mucho tiempo en la inacción. pues mandó salir de Cartagena 40 buques, cuyo mando dió á Hamílcar, con órden de encaminarse hacia la desembocadura del Ebro, partiendo él con todo su ejército, por la costa con rumbo de la armada. Pero instruído Escipión de aquel proyecto, estorbó su ejecución. Embarcó en sus galeras la flor de sus soldados y embistió á la armada cartaginesa en la desemdocadura del rio, antes de la lle;ada de Hasdrúbal. Los romanos apnesaron la armada de Hamílcar, apoderándose de todes sus buques sin echar ninguno á pique, teniendo Hasdrúbal que presenciar este segundo desastre sin acertar á reponerlo. La pérdida de la armada le obligó á retirarse á Cartagena. Los romanos se hicieron dueños de toda la costa y se aseguraron la intimidad de todos los pueblos aquende el Ebro. Los historiadodes cuetan que ciento veinte ciudades españolas les entregaron rehenes y aceptaron su alianza.

Los celtíberos fueron los primeros en tomar las armas en su favor; entraron en las posesiones de los cartagineses; desbarataronr á Hasdrúbal y franquearon á los romanos el camino para penetrar por el interior de España. De esta suerte reparaba |Cneo Escipion con una serie de victorias las desgracias de la Italia. El senado clavaba la vista en España y reconocía la necesidad de hacer aquí una llamada poderosa á fin de imposibilitar á los cartagineses el el mar, y el envi o de auxilios á Hannibal. Sobresalió entonces Roma con la sublimidad de su politica,mandando á España tropas de refresco con un general invariablemente victorioso, no temieudo debilitar la Italia en ocasión de estar padeciendo extremados descalabros. Aportaron en Tarragona á las órdenes de P.

(1) Tit. Liv., Décad. III; y Polib., l. III, cap. 16.—Nuestra relación se ha redactado tenieudo presente á entrambos historiadores, á los que debemos remítir á nuesstros lectores por punto general.

Escipión treinta buques y 8.000 hombres de desembarco. Los dos hermanos reunidos pasaron el Ebro, y avanzaron hasta Sagunto. De aquí se colige cuan entrañablemente había conmovido á los romanos el esterminio de aquella ciudad; cuantos anhelaban borrar aquel baldón que les había cabido con tan lastimoso acontecimiento. Los Escipiones se apoderaron de la ciudadela, donde hallaron los rehenes que había recogido Hanníbal en todos los pueblos de España y hacía custodiar con el mayor desvelo, no malogrando coyuntura tan favorable para conciliarse el afecto de las familias más poderosas del país, y libertaron aquellos rehenes colmándolos de presentes. No era por cierto importuna aquella generosidad, por cuanto son sumamente intensaslas primeras impresiones de unos hombres que están en el grado de civilización en que se hallaban los españoles de aquellos tiempos, eu que la conducta de los romanos convirtió casi todos los ánimos y la prueba la tenemos en su favor, hasta el punto que gran número de pueblos hubiera desde luego tomado las armas, á no hallarse tan adelantado el invierno que suspendió las operaciones militares.

Los dos años que siguen son notables por los triunfos de los Escipiones. P. Escipión no era ya aquel general irresoluto que ni había sabido anticiparse á Hanníbal, ni atacarle, ni detenerle, sino que sobresalía por su pujanza, actividad incesante y denuedo arrebatado rayano á veces en la temeridad. Enmendó sus primeros desaciertos, y salvó tal vez en la Peninsula á la república que había puesto en gran peligro con su campaña de las Galias. Cneo y Publio, de común acuerdo, echaron con sus victorias y su moderación los cimientos del poderío romano en España, postetad que más tarde no pudieron derrocar sus reveses pasageros, y que predispuso las glorias del más esclarecido de los Escipiones y el vuelco más tarde de Hanníbal. No habiendo las consecuencias de la batalla de Cannas podido separar de Roma ni la lengua latina, ni á los extrangeros, ni á al Samio erismo, asestaron sus conatoslos romanos á España y á Sicilia, ciñéndose á hacer una guerra defensiva en Italia, Siendo tan venturosos fuera, como desgraciados habían sido hasta allí dentro de su país. Ya desde el principio de aquel año lograron los Escipiones considerables ventajas sobre el enemigo, talaron las costas de las posesiones cartaginesas y obligaron á Hasdrúbal á retirarse al interior, viéndose Cartago en necesidad de enviar resfuerzos que desembarcaron en Cartagena á las órdenes de Himilcón. Hasdrúbal tuvo entonces que sugetarse á un nuevo plan de campaña, cuyos resultados debían ser mucho más azarosos á los romanos que la mismas victorias de Hanníbal. Himilcón sucedió á Hasdrúbal en el gobierno de la España, y á éste se le mandó trasladarse á Italia con lo más escojido de sus tropas. Más la diligencia de los Esci-

piones logró precaver el riesgo, atacando á los cartagineses antes de que hubiesen verificado la reunión de sus fuerzas, poniéndolos en fuga y apoderáncose de su campamento. Aquella victoria fué decisiva, y todos los pueblos de España, que hasta entonces habían permanecido neutrales abrazaron el partido de los romanos. (1)

En esta campaña sobresalió el desinterés de Roma cuyos soldadados y caudillos se esmeraron á porfia en trance tan arduo. El ejército y los proscónsules, después de tantas victorias, se hallaban en la más lastimosa desnudéz. Los Escipiones, al participar al senado los últimos triunfos de sus armas, añadían que los vencedores carecían enteramente de dinero, de víveres, de bagajes y de vestuario. Tanto comedimiento de parte de los romanos en un país de que eran dueños, prescindiendo de su derecho, se contrapone en extremo á la conducta de los cartagineses, cuyo gobierno á más de violento, y obraba influenciado por las doctrinas del más exagerado mercantilismo. El erario de Roma estaba exhausto; pero los ciudadanos proporcionaron cuanto fué necesario, y se encaminaron inmensos convoyes á España. Llegaron de Africa nuevas tropas, y volvió á aparecer Hasdrúbal, auxiliado de un tercer caudillo cartaginés, Magón, otro hermano de Hannibal. Los tres generales tampoco fueron más felices. Vencidos por dos reyes y obligados á levantar el sitio de Illiturgis, retiráronse á la Bética, no conservando más posicición avanzada que la de Cartagena.

Uno de los rasgos fundamentales del pueblo romano consistía sacar partido de las derrotas igualmente que de las victorias. Sin desdorar el númen de Hannibal, puedense señalar algunas causas parciales de sus continudaas victorias. Una de éstas era la caballería númida, muy superior á la romana, ya fuera por la destreza de los ginetes, ya por la calidad de los caballos. Los romanos procuraron pues tener en sus filas hombres y caballos númidas, y el primer uso que hicieron los Escipiones de sus victorias en España fué volver sus miras al Africa. Sifaz, caudillo de parte de la Numidia, y en el servicio hasta entonces de los cartagineses, acababa de declarles la guerra. Pocos días después, recibió en embajada á 3 centuriones (un centurión equivale á lo que llamamos hoy día un capitán) que iban á proponerle la alianza del pueblo romano. Aquel, rey, príncipe ó caudillo de bárbaros, lisongeado por aquel paso, pidió á los enviados, como primera prenda de la amistad que iban á ofrecerles, que uno de ellos se quedase á su lado para instruir á los númidas en el arte de pelear á pié. La historia nos ha conservado el nombre del centurión que llevó, el primero, á los pueblos africanos la hermosa disciplina romana.

(1) Tun veró onnes prope Hispaniæ poduli ad romanos deferunt. Tit. Liv., I. XXIII.—Véase tambien á Polib., lib. III, c. 20.

Q. Estatorio quedóse en Numidia, y Sifaz envió por su parte una embajada á los Escipiones. Aquella embajada tuvo para los romanos un resultado inmenso, el de enganchar en sus filas un número considerable de ágiles númidas.

Vemos durante la contienda de las dos ciudades, asestados todos los conatos de la guerra y de las negociaciones á Sicilia, á España, á las Galias y al Africa; ¡presagio aciago para los demás pueblos! Aquella lucha era toda de destrucción entre las dos naciones; pero sus consecuencias debían alcanzar al mundo entero. En los vaivenes de esta guerra es imposible ver sin asombro el importante papel qne en ella están haciendo los españoles. Aliados alternativamente de los romanos y de los cartagineses, véseles á pesar de la movilidad de sus resoluciones, dominados por una especie de aversión á los cartagineses y por una especie de confianza en la amistad de los romanos. Son muy escasos los datos que nos han llegado acerca de las poblaciones de la Celtiberia, de la Bética y de la Aquitania; pues los antiguos tan solo noshan trasladado lo que tenía relación inmediata con los acontecimientos militares de la segunda guerra púnica pero no obstante puedese compendiar esta historia diciendo, que la conquista romana se verificó por medios muy propios para seducir á los españoles. Los romanos, por sistema y por índole; no apetecían de un país más que el influjo politico, dejándole por otra parte su religión, sus leyes y sus costumbres, y favoreciendo además su industria y comercio á que nunca habían querido dedicarse los ciudadanos de Roma. Su engreimiento, que venia á ser parte de su religiosidad, debía necesariamente impresionar á pueblos menos adelantados, mayormente cuando, no realizándose materialmente la conquista, no les trascendían sus resultados sino muy soslayadamente. De aquí el que Cartago, ciudad comerciante avarienta y quisquillosa, tuviera que ceder á una nación que el gran poeta latino ha retratado de un modo tan expresivo en estes grandiosas pinceladas:

Tu régere imperio populos, romane; memente:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere moren,
Parcere subjetis et debellare superbos (1).

Ningún pueblo del orbe ha puesto mayor ahinco que el romano para alcanzar una conquista; ninguno más que el ha querido apropiarse todo entero su poder moral; pero ninguno tampoco ha abusado menos quizá de sus consecuencias materiales: De este modo los españoles, creyendo ser sus aliados y comenzando por una amistad sencilla, se hayaron bien pronto súbditos suyos, y tales que obedecían á una nación orgullosa por su superioridad, que

(1) Acuérdate, romano, que has nacido para mandar al universo: tu tarea debe ser imponer la paz, perdonar al rendido y abatir al soberbio.—Virjil., Eneida., lib. VI, vers 851 y siguientes.

no se ponía jamás en contacto con ellos y que les abandonaba todos los bienes de la vida, con tal que perdiesen su título de nación. Tales son los rasgos más generales de esta parte de nuestra historia; mas no se crea por ésto que careció de rasgos partiaulares y que todas las partes de la España con igual indiferencia el yugo de Roma: Veremos las guerras parciales que sobrevinieron, al paso que fué manifestándose la dominación romana, y llegaremos por fin á la consecuencia de que fué necesario emplear la fuerza moral y la material para avasallar á la España. Mas adelante examinaremos bajo su concepto filosófico los resultados de esta conquista.

Aquí presenta la historia una de aqueilas mudanzas de la suerte que nadie nos ha descifrado hasta ahora. Los Escipiones, dueños ya de casi toda la Península, quedan derrotados y muertos uno y otro; y á no mediar el denuedo de un mero caballero romano, Roma todo lo hubiera perdido en España. Los cartagineses pusieronen egecución el plan de los años anteriores. Hasdrúbal reforzado con nuevas tropas, y sobre todo con la llegada de Masinisa, príncipe númida, enemigo de Sifaz, dividió sus fuerzas, y cediendo el mando de la Bética á Asdrúbal Gisgón y á Magón, hermano de Hanníbal, se encaminó al centro de la España. Los escipiones se separaron igualmente, y ésta fué la causa de su ruina. Cneo cuyo ejército se componía, en las dos terceras partes, de celtíberos, se vió desamparado de sus compañeros, seducidos probablemente por el oro de Hasdrúbal, y tuvo que retirarse á toda prisa al norte, sorteando la pelea. Todo pareció conjurarse para el tríunfo de los cartagineses. Masínisa y sus númidas, la deserción de los princípales caudillos celtíberos, todo acongojó á Publio, que perdió la batalla, y con ella la vida. Hasdrúdal, Giscón y Magón completaron la victoria reuniéndose á Hasdrúbal. Atacado Cneo Escipión por los tres ejércitos á un tiempo y en su campamento, fué derrotado y muerto. El ejército romano de España había dejado de existir. Felizmente los tres generales que habían echado el resto de su actividad en sus movimientos, confiaron demasiado en sus victorias, y los restos de los dos ejércitos de Cneo y Publio Escipión pudieron reunirse, confiriendo el mando á un simple caballero romano, llamado Marcio. Este, capitaneando un cuerpo de tropas compuesto únicamente de caballeros romanos, aguardó el avance de Giscón, y le rechazó con el mayor denuedo. Al día siguiente, aquella cuadrilla fué á asaltar el campamento de los dos generales, lo tomó y dispersó ambos ejércitos. Jamás se ha verificado revolución más completa. Marcio se franqueó de nuevo la comunicación con Sagunto, Valencia y otras ciudades de la costa, conservó los aliados de aquel país: y Hasdrúbal, que se encaminaba á los Pirineos, tuvo que retroceder hácia el interior, no conceptuándose en disposición los otros dos generales de guardar el país.

Marcio, encargado del mando de los dos ejércitos consulares en fuerza de las circunstancias, había salvado de una vez la España y la Italia, Las victorias de este general repentino, pero acreedor á su ensalzamiento, atajaron á Hasdrúbal el tránsito de los Pirineos y su aparición en Italia, cuando Hannibal estaba todavía conservando toda su prepotencia, y no se habían los romanos posesionado aún definitivamente de la Sicilia. Desconceptuóse sin embargo Marcio por una particularidad muy agena á su desempeño y sus triunfos. En la carta que dirigió al Senado usó el dictado de *Pro-pretor*, por cuanto leha bía nombrado el ejército para reemplazar al pretor; y esta elección despertó en sumo grado la altanería de la nobleza romana. Se justipreció la habilidad de Marcio, se reconoció que había ejecutado grandiosas proezas;más no por ésto se revalidó su nombramiento. Sin embargo se guardó algún miramiento al invalidar aquella elección del ejército, no se la anuló expresamente, sino que trataron de inutilizarla por medio del nombramiento de un nuevo pretor, Claudio Nerón, que salió inmediatamente para España. Semejante conducta del Senado y del pueblo romano puede conceptuarse de diversos modos. Nos ceñiremos á reparar el sumo respeto y el desprendimiento de aquellos ciudadanos á favor de la patria. Marcio, tan mal recompensado por sus servicios, después de haber reunido los restos de dos ejércitos y derrotado á los enemigos en unos momentos en que todo parecía perdido, entregó á Nerón el mando de unas tropas que le habían nombrado general, y se puso bajo las órdenes del pretor, sin manfestar otro anhelo que el de servir á su país en las filas y en la clase donde plugiese á Roma colocarle.

IX

Publio Cornelio Escipión y su política.

Muertos en España, los dos Scipiones, Cneo y Publio, y consternados además los romanos con las derrotas que acababan de sufrir pensaron en abandonar su ciudad Eterna, cuando la extraña determinación de Hannibal, de ir á invernar á Capua; (1) dejóles reponerse hasta el punto de enviar á España un procónsul, con objeto de ver si atacando á los cartagines en sus propios dominios Hanníbal abandonaba la Italia.

Reunida la Asamblea Nacional para elegir el general que pasase á España, extrañose el pueblo al ver que, contra la costumbre en casos semejantes nadie solicitaba tal honor.

Ya iba á darse por terminada aquella sesión, cuando un jóven que apenas contaba veinticinco años, levántase pidiendo para sí, tan comprometido puesto. A su voz el Senado vacila, pero Publio Cornelio Escipión, que así se llamaba el peticionario, pónese en pié, y alzando nuevamente su brazo, jura que él y no otro será el vengador del nombre romano añadiendo: yo soy Escipión, y pido que se me nombre procónsul; entre las tumbas sagradas de mi padre y de mi tío; sabré alcanzar las victorias, pues poseo el secreto de ellas.

Ante este hecho el Senado acordó por unanimidad, depositar en Publio Cornelio Escipión su confianza, poniéndolo al frente de diez mil infantes, mil caballos y treinta naves que del puerto de Ostia, salieron con dirección á España.

Publio Cornelio Escipión, llamado el primer Africano, Africano el Mayor, ó simplemente el Africano, para dintinguirle del otro Publio Cornelio Escipión Emiliano, llamado el segundo Africanó, ó Africano el Menor, y también el Numantino; era hijo de Publio Cornelio Escioión muerto en España por los cartagineses. Diez y siete años tenía cuando salvó la vida á su padre, que se encontraba rodeado de enemigos, en la célebre batalla del Tesino, (2) siendo

---

(1) Esta ciudad fué célebre por sus liviandades en la antiguedad.

(2) Los romanos llamaron á este rasgo de amor filial *piedad* (*pietas.*)

también testigo de la famosa de Cannas en calidad de Tribuno Legionario, debiéndose á su sangre fría el que las dispersas tropas recobrasen el valor. Juro, les dijo, al ver como huían, que con ésta espada atravesaré el corazón de todo aquél que intente tomar el camino de Roma; juro por Júpiter, no hacer traición á la República; y dirigiéndose á Cecilio, y á los que lo acompañaban, les exigió igual juramento. Los soldados, al ver entónces en boca de un jóven, tal lenguage, y actitud tan resuelta; contiénense en la fuga reúnelos Esscipión y los conduce á Caniusum (Canosa) ciudad próxima, perteneciente á la Apulia. Más tarde á los veinte y dos años; desempeñó la Edilidad Curul obteniendo préviamente los sufragios populares.

Escipión, era un hombre verdaderamente dueño de sí, pues aunque de violentas pasiones, sabía someterlas á su voluntad. Jamás, refieren los historiadores, realizaba acto algnno, sin subir al Capitolio, y celebrar una conferencia secreta con las divinidades; no desmintiendo á aquellos que lo suponían hijo de Júpiter, razón por la que los soldados, y el pueblo entero lo respetában y consideraban como si fuera un dios. (1)

Llegado que hubo á España por Tarragona, ante todo procuró atraerse las voluntades de los españoles, lo que en efecto consiguió con la promesa de libertad que les hizo; pues si bien es verdad que los indígenas, esquivaban toda alianza con Roma, recordando sin duda, el fin desgraciado de Sagunto, sin embargo, los crecidos tributos impuestos por los cartagineses á los españoles, tratados casi como esclavos, empleándolos en la explotación de las minas, cuyos productos llevávanse, y sobre todo; la odiosa contribución de sangre, tenían tan disgustados á los naturales del país, que muchas ciudades hallábanse dispuestas á favorecer á los romanos; esperando mejorar de condición.

Entre tanto Escipión, ideaba una espedición traascendental por sus resultados efectivos y por sus consecuencias, para lo cual iba tomando cuantas disposiciones lo habían de llevar al logro de sus deseos.

Esta no podía ser otra, que la tóma de la ciudad de Cartago-Nova, (2) corazón de la dominación cartaginesa en España. El historiador Polibio, al ocuparse de esta importante plaza, se expresa en estos términos. La Nova-Cartago, está situada en un golfo cuyo semicírculo da el frente al Africa. La profundidad de aquel golfo es de unos 20 estadíos (es decir poco menos de una legua,) y su abertura de diez estadíos. Forma una especie de puerto natural, y su entrada se halla ocupada por una isla cuya estensión no

(1) Cuenta la leyenda, que Júpiter en forma de serpiente había tenido comercio carnal con la madre de P. C. Escipión.

[2] Cartagena.

deja más que un paso estrecho á cada lado. (1) Las olas del mar, van á estrellarse contra la isla, lo que hace que reine dentro del golfo, la más completa bonanza, á menos que el viento de Africa, soplando directamente, atropelle las olas por ambas aberturas. Aquel puerto se halla resguardado de todos los demás vientos, por el continente que los encajona. Del fondo se eleva una montaña en forma de península. Allí esta Cartagena, defendida por el mar, por la parte de Levante y de Medio día, y al Occidente por un estanque; este estanque se dirige igualmente hácia el Norte, de suerte que el itsmo que une la ciudad al continente, no tiene más que dos estadíos (el estadío vale unas ciento cinco toesas.) La ciudad es baja y hundida hácia el centro. Por la parte de Medio día se llega á ella por una llanura, y todo lo demás está rodeado de cerros, de los cuales dos son altos y tajados, y otros tres de una pendiente más suave; están todos agrietados y son trabajosos de trepar. El recinto tiene veinte estadíos.

Afortunadamente para Escipión los tres generales cartagineses, Hasdrúbal Gisgón, Magón y Hasdrúbal Barcino, (hermano este último de Hannibal,) hallábanse en operaciones lejos de Cartagena, ocasión que no desperdició enviando á Cayo Lelio, con su escuadra á dicha ciudad, mientras que él, costeando, atravesaría el Ebro con su ejército, llegando secretamente á Cartagena, con objeto de poder sorprender á los cartagineses. A los 7 días, de marcha Escipión, con 25.000 infantes, y dos mil quinientos caballos por tierra; y una regular armada encontróse frente á frentede los muros de Cartagena. Guarnecíanla escasas fuerzas de 1.000 hombres, pues los cartagineses la consideraban casi inexpugnable, y esperaban vencer fácilmente á Escipión, quien por su juveutud, y aparente timidez, no era por cierto para ellos, el hombre que había de acabar con la dominación cartaginesa en España. Más contra lo que suponían sus enemigos, el romano apoderóse de la ciudad de Cartago-Nova. Al principio, fué rechazado ne las varias acometidas que dirigió á la plaza; pero habiendo observado que durante algunas horas del día era fácil vadear el brazo de mar que se extendía en forma de estanque de Mediodía á Norte, acercóse álos muros, sin peligro alguno á pié. Escipión, para dar más autoridad sus órdenes, hizo creer á sus soldados que había hablado á los dioses, y que Neptuno retiraba las aguas del mar para favorecer su empresa. En efecto; aquel día, á la hora de la baja mar, Escipión, mientras entretenía á los cartagineses por el lado del Nor-

[1] Esto bien pudo acontecer en la época de Polibio, pero hoy no, el Islote llamado *Escombreras*, está muy ladeado, pudiendo entrar por el Poniente muchos barcos completamente de frente. La plea y baja mar solo sube ahora á la altura de un palmo: la llamada *montaña*, en medio es solo un cerrillo del castillejo antiguo, en donde aún se lee la inscripción del tiempo de Escipión.

te; una compañía de escogidos con agua á la cintura atravesaba el vado, y escalando la muralla entraba en la ciudadela. Una vez, ya dentro los romanos, abrieron las puertas, y Escipión con sus tropas tomó poseción de Cartagena, comenzando una terrible matanza, que no concluyó, hasta que Magón hubo de rendirse, apoderándose entónces Lelio, de la escuadra cartaginesa.

Inmenso botín recogieron allí los romanos, pues Cartagena estaba considerada como puerto de España en el Mediterráneo: á ella afluía todo el comercio de la península, siendo además la plaza más fuerte; y el arsenal de provisiones de guerra y boca de la metrópoli de la España Cartaginesa. (1)

En este hecho de armas, comenzó Escipión á mostrar su generosidad con los españoles. Las crueles leyes de la guerra, hacían esclavos á los prisioneros; mas Escipión no sólo les dió la libertad sinó que les devolvió sus bienes todos.

En cuanto á las mujeres, también pertenecían al vencedor; pero el romano, dominando sus juveniles pasiones, devolviólas puras á sus padres ó esposos, entre las cuales se hallaba, descollando por su hermosura, la prometida de Allucio, príncipe celtíbero. Al verla los soldados, presentáronla á Escipión, pero éste, al enterarse quién era, la devolvió á su padre, exigiéndole solamente á Allucio su amistad á Roma (2). También entre las prisioneras se hallaban la mujer de Mandonio y las hijas de Indívil, ambos famosos régulos españoles, las cuales fueron igualmente devueltas á sus familiares.

---

[6] El botín que la toma de Cartagena produjo á P. C. sEcipión fué grande: 120 catapultas del mayor tamaño, 251 menores, 23 balistas grandes, 52 pequeñas y muchas máquinas de las llamadas *escorpiones* y de armas arrojadizas. 74 enseñas militares, oro y plata a montones, 270 pateras de plata, del peso de una libra, vagillas de plata en cantidad considerable, representando su peso y el de la moneda acuñada del mismo metal 18.300 libras, 73 buques fueron apresados en el puerto, algunos con su carga entera de trigo, armas, cobre y hierro y con sus velas y todo el menaje propio para formar una escuadra. Además fueron hechos prisioneros 10.000 hombres, 2.000 artesanos y gran número de rehenes españoles. A los primeros dióles libertad, devolviéndoles sus casas y cuanto habíase salvado del saqueo; á los segundos redujo á la condicion de esclavos romanos, prometiéndoles la libertad si lo ayudaban en la guerra; y en cuanto á los españoles, mandó á tomar nota de las ciudades que los habían enviado, ordenando además que varios mensajeros fuesue á decirles que viniesen á recojerlos.

(2) Os devuelvo, le dijo, á vuestra esposa, persuadido de que es un presente digno de vos y de mi. Ha estado entre nosotros como en casa de su padre, en recompensa de este don, no os pido mas que vuestra amistad con el pueblo romano. Si me juzgais hombre de honor, tal como parecieron á los pueblos de vuestro pais, mi padre y mi tio, quisiera que os convencieseis de que hay en Roma, muchos que se nos parecen, y que no hay otro pueblo en el Universo, que os debais retraer mas, de tener por contrario, y que debais anhelar mas, poseer por amigos. Agradecido el enamorado joven, que había recibido también como dote el oro que llevaba como regalo, reclutó entre sus parientes 1,400 ginetes, y se puso á las órdenes del general romano. Además refieren los historiadores que esta accíon la hizo grabar en un escudo de plata. V. á Lafuente ob. cit.

Después de esto Escipión envió á Lelio á Roma, á dar cuenta de la toma de Cartagena, llevando además prisionero al gobernador Magón, como á varios senadores cartagineses. En cuanto á la plaza dejóla custodiada por soldados romanos, volviéndose á invernar á Tarragona con el resto del ejército.

Llegada la primavera el infatigable Hasdrúbal Barcino trató de reponerse del desastre de Cartagena, levantándose contra el poder romano. Escipión al saberlo, acompañado de Lelio que había vuelto ya de Roma, y de Indívil, que les servía de guía, dirigióse contra el cartaginés hacia Bécula donde lo encontró, alcanzando otra victoria, si bien no debió ser tan importante (1) como refiere el historiador Polibio, pues no impidió al cartaginés llevar á cabo el plan que su Senado le había encargado, hacía ya muchos años, y que por dos veces distintas habían logrado desbaratar Publio y Cneo Escipión y mas tarde Marcio. El proyecto no era otro que pasar á Italia Hasdrúbal con un crecido ejército español, por el mismo rumbo que tenía ya expedito y embestir á Roma, mientras Hanníbal tenía embargados en el medio día de Italia á los ejércitos de la república. En reemplazo de Hasdrúbal vino Hannon el cual unido á Magón que acababa de llegar con honderos de las Baleares, penetró en la Celtiberia con el objeto de levantar los pueblos de aquella parte de la península contra los romanos, Escipión lo sabe y ordena á su lugarteniente, Marco Silano, les salga al encuentro, lo que en efecto sucede, derrotándolos y haciendo además prisionero al mismo Hannon. Mientras tanto el romano dirígese contra Hasdrúbal Giscón, que huye á Cádiz, teniendo Escipión que internarse en la Bética, por ser este país, conocidamente aliado de los cartagineses, después de lo cual vuélvese á Cartagena. Mas el reposo, no agradaba al inquieto espíritu de P. C. Escipión, por lo que envió á su hermano Lucio, apedillado el Asiático, á sitiar á Oringis (2), que fué tomada después de una corta resistencia, siendo libertados los españoles que en ella se encontraban, cuyos bienes, además, les fueron devueltos.

Por este tiempo (206 años A. de J. C.) varios caudillos españoles hacen amistad con los romanos, y el númida Masinisa, que no olvidó jamás el acto de generosidad de Escipión, al dar libertad á un sobrino suye hecho prisionero en la batalla de Bécula (3) se pasó al partido romano.

Escipión, después de dejar á Lucio Marcio en Tarragona, y á Marco Silano en Cartagena, con el grueso del ejército, pasó al Africa á solicitar de Sifax, rey Númida, alianza, para que en caso de

(1) Según Romey esta batalla tuvo lugar cerca de Baeza.

[2] Llamada también Flavio Aurigitano, mas tarde Giene y hoy dia Jaen.

[3] En la acción de Bécula fué hecho cautivo un joven sobrino de Masinisa, á quien Escipión dió un anillo de oro, un traje militar español, un caballo ricamente enjaezado y con buena escolta lo devolvió á la tienda de su pariente.

realizar su pensamiento de destruir á Cartago, los cartagineses en su propia tierra tuviesen un obstácula grave. Hecho lo cual, tornó muy regocijado á España, donde pudo enterarse de que las ciudades de Cástulo é Illiturgo habían agraviado á los romanos, sacrificando á los que buscaban en ella asilo, por lo cual juró venganza, y si grande fué la falta, dice un historiador, grande y cruel fué el castigo. Cayo Marcio fué encargado de la toma de Cástulo, y él personalmente, dirigióse á Illiturgo, la cual se defendió con un valor desesperado, pero en una salida que hicieron sus defensores alejáronse tanto del recinto de la ciudad, que Escipión los rodeó y envolvió por todas partes, clavando él mismo la primera escala, por la que treparon sus legiones, alcanzando á los habitantes de Illiturgo todo el rigor de las leyes de la guerra.

No sufrió tan triste suerte Cástulo, la cual abrió sus puertas con la sola condición de ser entregados cuatro de los principales autores del asesinato de los romanos, y de quedar prisionera toda su guarnición.

Mas tarde, volviose el proconsul á Cartagena, donde honró los manes de su padre y tio con pomposos juegos fúnebres; pero estas ceremonias, no eran hijas todas del amor filial, sinó que tenían por objeto el reunir á los principales jefes españoles, de los cuales se constituyó en amigo y amparador. (1)

Mientras Escipión descansaba en Cartagena, Marcio, iba rindiendo las ciudades de la Bética, tales como Sevilla, Córdoba, é Ilípula, las que opusieron muy poca resistencia, exepto Astapa, (Estepa) aliada de los cartagineses, que se había hecho acreedora á un castigo semejante al de Illiturgo, puesto que había cometido análoga falta.

Sus habitantes ofrecen, dice el historiador Romey (2), un segundo ejemplo de aquel valor desesperado que ilustró á Sagunto: reunieron á sus mujeres y á sus hijos en la plaza pública, hacinaron cuanto poseían, y dispusieron una hoguera inmensa. Al mismo tiempo encargaron á cincuenta mozos de los mas denodados que en caso de que el enemigo penetrase en la ciudad, degollasen á sus familias y pegasen fuego á la hoguera, á fin de frustrar al vencedor el saqueo que esperaba de su victoria. Practicadas estas disposiciones, hicieron sus habitantes una salida general y se arrojaron á los atrincheramientos de del campamento romano. Fue tal el ímpetu del avance, que arrollaron las prime-

---

[1] Refiere Tito Livio que aquí se verificó por primera vez un «juicio de Dios,» ó sea un duelo. Dos caudillos, Orsua y Corbis, disputábanse el señorio de la ciudad de Ibe. Escipión quiso intervenir en el asunto, y arreglarlos amistosamente, pero Orsua propuso zanjar la contienda con un reto particular. Orsua fué muerto y el derecho al señorio de Ibe pasó á su competidor.

[2] Obr. cit.

ras cohortes que les salieron al encuentro. Pero en vez de contrarestar este desesperado arrojo, les dejó avanzar Marcio hasta que estuviesen enteramente acorralados. Estrechóles entónces por todas partes, y se postraron al número, aunque vendiendo caras sus vidas. Los romanos marcharon hacia la población; pero la tragedia no había hecho más que empezar en el campo de batalla: el degüello y el incendio no dejaron á los romanos ni un esclavo, ni un mueble, y los pocos habitantes encargados de la ejecución se mataron ellos mismos, después de haber degollado á las mujeres y los niños y pegado fuego á la hoguera. Tan solo España, entre todos los pueblos de la antigüedad, ofrece así, en tan breve plazo de años, dos ejemplares de la más denodada resistencia, ferocísima en verdad, pero que acredita en sumo grado cuanto horrorizaba la esclauitud a aquellos pueblos. Sagunto y Astapa tuvieron la misma suerte por aliados diferentes, pero sustancialmente por la misma causa. Si hubo yerro en sus alianzas, fueron voluntarias y permanecieron fieles hasta la muerte, pereciendo por mantener en toda su integridad la parte de independencia que les correspondía.

Sin embargo tenía que cumplirse el destino de Cartago, y Escipión no pensaba en otra cosa que llevar sus tinfantes laureles al último baluarte que los cartagineses ya posían en España; á Cádiz, primera de las coonlias fenicias. Esta plaza. cuya situcción es aventajada, hubiera dado mucho que hacer al ejército romano, si la hubiesen tenido que tomar á viva fuerza, pero tomaron los negocios otro rumbo. Algunos prófugos se presentaron á Escipión y le ofrecieron entregarle la ciudad, su guarnición y el general que la mandaba. Magón, que se había retirado á Cádiz después de su última derrota, había ido juntando en la plaza algunas tropas africanas, á las cuales agregó un cuerpo de lusitanos; reunió muchas naves y echóel resto de su ahinco en conservar les escasos restos del dominio cartaginés en España. Tuvo que acudir á todos los medios para sacar dinero á los gaditanos, y éstos resolvieron sacudir el yugo, ó más bien mudar de amo. Así es que enviaron algunos diputados á Escipión para tratar con él. Este no rehusó las condiciones que le pidieron, y en egecución de sus convenios recíprocos, mandó partir el procónsul un ejército de tierra á las órdenes de Marcio y uná escuadra á las de Lelio.

Este primer paso de los romanos sobre Cádiz no tuvo buen exito por varias causas. El general cartaginés descubrió la conspiración en la ciudad, y redobló los resguardos, aumentó la guarnición, y por último mandó prender á los capataces de la trama á los que envió á Cartago. Adherbal, que era quien tenía la orden de trasportarlos, encontróse con la escuadra de Lelio, que, conforme á los avisos que había recibido de los últimos acontecimientos, se había ocultado cerca de donde está hoy en día Algeciras. Adherbal fué vencido, la mayor parte de sus naves apresadas ó echadas á pique:

pero favorecido por un temporal que sobrevino, salvó la galera que mandaba y llevó sus prisioneros á Cartago.

Lelio y Marcio, deshauciados de tomar la ciudad cuyos defensores estaban muy sobre sí, volviéronse con la escuadra y ejército á Cartagena.

En aquel mismo tiempo ocurrió un acontecimiento que por poco derriva el poderío romano en España, cuando se conceptuaba arraigado incontrastablemente. Enfermó Escipión. de gravedad, y corrió la voz de que había muerto. Con esta nueva, Indibil y Mandonio, el primero caudillo de los ilergetes, y el segundo de los ausetanos, aliados de los romanos, levantaron tropas en la Celtiberia y se presentaron armados en los pueblos allende el Ebro. ¿Cuál era el verdadero intento de aquellos caudillos? esto es lo que no cabe apurar en el día. Los romanos los trataron de rebeldes, y los escritores españoles los miran como ambiciosos que intentaban plantear su señorío arrojando á los romanos después de haberles ayudado á derribar á los Cartagineses. Esta segunda interpretación no es muy probable. La España estaba dividida en muchos concejos casi iguales entre sí, y sus caudillos no aspiraban á alzarse con lo que llamamos una autoridad soberana. Mandonio é Indibil eran hermanos, según dicen. Acaudillaron gente al saber la noticia de la muerte de Escipión, y el único afán que manifestaron fué el de libertar á España de los ejércitos romanos.

Puede ser que si la contienda durara más tiempo, si todos los pueblos de la península se hubiesen acostumbrado por algunos años á acudir á las órdenes de ambos caudillos, ó de uno de ellos, Mandonio ó Indibil hubieran parado en idear para luego, á vueltas de su influjo, un poderío duradero, entablando un sistema usurpador. Decimos que esto hubiera podido suceder así, por que tal ha sido muchas veces el orígen de la potestad regia; pero tal conjetura no abona la reconvención de los historiadores españoles sobre dos hombres que pusieron seguramente conatos muy laudables en librar á su país de conquistadores, y que ninguna muestra dieron de ambiciosos. Veremos á uno y á otro fenecer en segunda contienda contra los romanos, y su muerte afianzar el dominio romano en la parte oriental de España. Aunque los tiempos de que hablamos son muy remotos de los nuestros, y los pueblos cuya historia referimos son tan diferentes de nosotros por sus costumbres, sus leyes y su estado social, no podemos menos de condolernos de cuantos se han alzado contra las tropelías de todo prepotente, y conceptuamos la causa de dos reyezuelos de unos pueblos reducidos llamados bárbaros, peleando por la independencia, tan digna de interés como la de las naciones modernas que han sobresalido con el mismo intento.

Sea como fuere, Mandonio é Indibil tuvieron un aliado con el cual no contaban. Ocho mill romanos que estaban acampados

allende el Ebro con encargo de resguardar, ó más bien de celar los aliados, se sublevaron contra la autoridad del procónsul, so color de que no se les pagaba su estipendio. Depusieron á sus tribunos, y eligieron en su lugar á meros soldados. Persuadido que Escipión había muerto, este cuerpo de ejército se dirigió á Cartagena, y ya había llegado hasta el rio Sucron, hoy el Júcar, no lejos de Cullera.

Escipión se manejó muy atinadamente sobre este acontecimiento, pues aguardó á los revoltosos, los dejó avanzar hasta Cartagena, y los acorraló con todo su ejército. Pero como no trataba de esterminarlos ni de diezmarlos, los subordinó de nuevo con un discurso muy elocuente y mañoso, prometiéndoles dinero, y satisfaciendo la disciplina militar con el suplicio de un corto nómero.

El consejo de Mandonio é Idibil y el ejemplo que daban á los españoles, aliados ó no de los romanos, no quedaron comprendidos en la clemencia de Escipión. Prometió por otra parte á sus soldados aprontarles la paga que habían pedido, con los trsoros de los dos rebeldes españoles, y los condujo en derehura contra ellos.

Estos noticiosos á un tiempo del restablecimiento de Escipión y del paradero de la sublevación de los ocho mil romanos, con los cuales creían poder contar, volvieron á pasar el Ebro al frente de un ejército de seis mil hombres de á pié y dos mil quinientos caballos. Escipión los alcanzó muy en breve. Pasó el Ebro tras ellos, y al cábo de cuatro días se encaró con los celtiberos. Dos días duró la refriega, perdiendo en ella los españoles toda su caballería y los dos tercios de su infantería; pero Mandonio é Indibil se salvaron, acompañados tan solo de algunos soldados. Para conceptuar la saña con que lidiaban, basta considerar la doble pérdida que tuvieron los romanos, superiores en armamento y disciplina. El número de muertos y heridos pasó de cinco mil hombres.

Desesperanzado Indibil de contrarrestar el predominio de Escipión, recurrió á la astucia, y fué á pedir rendidamente indulto y una paz que estaba muy ageno de observar, pues la quebrantó luego que salió Escipión de España para ir al Africa. Envió pues á Scipión á su hermano Mandonio. el cual se echó á los piés del procónsul, atribuyendo su rebelión á cierta fatalidad que reinaba entonces en el país de los aliados de los romanos. Dióle por prueba de este contagioso influjo, que al parecer estaba en el ambiente, la sedición de los mismos soldados romanos que habían desacatado la autoridad de un caudillo tan esclarecido; suplicó á Escipión que no fuese más justiciero con los ilergetes y ausetanos que con sus conciudadanos. También le declaró que hechos cargo del yerro que habían cometido, tanto él y su hermano como los demás amigos que le reconocían por su superior, se avenían á fenecer si

lo mandaba, y que poniéndole su suerte en sus manos, no querían merecer sino lo que cifrase en su indignación.

Quien refiere este discurso es Tito-Livio, y se hace probable que el historiador se mostrase más fidedigno en su contenido que el caudillo ausetano en sus protestas, si es cierto, sin embargo, que prorrumpiese en parte de cuanto le supone. Tito-Livio se complace en poner en boca de sus personages históricos, discursos á su moño, de los que están cuajados sus escritos. La repuesta de Escipión no es menos curiosa. Entró diciendo á Mandonio, según la misma relación de Tito-Livio, «que tanto él como Indibil habían merecido la muerte; pero que el pueblo romano, siempre grandioso y desprendido, se dignaba concederles la vida. Añadió que, contraponiéndose á la práctica de los romanos en desarmar cuando menos á los pueblos vencidos, les dejaba sus armas, porque no temía su rebelión y la sabría arrollar segunda vez, si fuese necesario. No les pedía rehenes en prenda de sus promesas, porque no cabía en su índole castigar la traición en los inocentes, caso que faltasen á su palabra; en aquel extremo estaba resuelto á encrudecerse con ellos.»

No cabe duda en que eran entrambas arengas sumamente diplomáticas: las protestas de fidelidad del ilerjete no eran más sinceras que la generosidad de Escipión. El procónsul se atemorizó, como se echa de ver, de esta especie de sublevación, y sabía muy bien que el escarmiento de ambos caudillos no desentrañaría el amor á la patia en los pechos celtíberos. Antepuso el ver de grangearlos con una clemencia aparente, al peligro de recrudecer la guerra, hechocargo además de que habían de mediar redobladas refriegas antes de posesionarse los romanos por entero de la Península, siendo más asequible el arrojar á los avenedizos que el avasallar á los naturales.

Por más que nos arriesguemos á padecer equivocación, achacarémos á otro móvil la condescendencia de Escipión en aquel caso. Conceptuaba haberse afanado harto ya en España, y estaba ideando trasladar la guerra al Africa, esperanzado de trasponer allá con esta llamada al mismo Hannibal con toda su hueste. Ansiaba pues zanjar todos sus negocios en España, y aunque su perspicacia estuviese ya viendo una nueva sublevación de la Celtiberia, le suponía poco aquel estallido, cuando estuviese embargado en Africa, contando además con razón que bastarían sus oficiales para sofocar qualquier movimiento. Su mayor deseo se cifraba en poder salir de la Reninsula, afianzando por algún tiempo la paz para realizar sus proyectos contra Cartago.

Aquietada la Celtiberia, envió Escipión á Tarragona á Marco Silano con parte del ejército, é hizo marchar la otra hacia Cádiz á las órdenes de Marcio, yendo el mismo poco después en persona.

Masinisa había conceptuado mucho antes que Cartago se postraría en su contienda con Roma, y Silano se esforzó en infundirle suma confianza con la intimidad de los romanos. El viaje que hizo Escipión al Africa el año anterior; había demostrado á Masinisa que los romanos andaban en busca de arrimo en el propio país; y como era soberano de una parte de la Numidia, pensó que le era preferible engrandecer su imperio á costa de Sifax, que exponerse á ver parar sus estados en manos de este último.

El jóven caudillo númida solicitó tratar con Escipión, pero solo con él y sin medianero alguno. Masinisa se hallaba á la sazón en Cádiz como aliado de los cartagineses. Encamicóse Escipión hacia este punto importante con parte de su ejército, y al saber Masinisa la llegada del Procónsul, representó á Magón, gobernador de Cádiz, que sus caballos no podían permanecer en la isla (1) porque los acosaba la sequía, afeminándose además los ginetes con la inacción. Solicitó del cartaginés que le dejase hacer una espedición en el continente para ejercitar á sus soldados y sacar algunos despojos de los pueblos comarcanos; pero no bien salió de la isla, Masinisa, cuando envió á Escipión tres ginetes para acordar desde luego el paraje del avistamiento.

El convenio se concluyó muy en bréve, porque era sumamente ventajoso á entrambos contratantes. Luego que se dieron y recibieron mútuamente sus prendas, tuvo Masinisa buen cuidado de regresar á la isla, después de haber forrajeado por el campo con avenencia de los romanos, para no infundir asomo de recelo al gobernador.

Este, por su parte, no pensaba en defender á Cadiz. El senado de Cartago había tomado últimamente la resolución de evacuar la España agolpando las tropas en su postrer intento sobre Italia. Magón recibió la orden de partir de Cádiz con su escuadra, de pasar á Génova en Liguria para ver de coligarse con los Galos y Liguros, marchando después á Roma. El general cartaginés, como preparativo de su espedición, sacó de los habitantes de Cádiz cuanto oro y plata pudo hallar; puso también su mano en el tesoro público, y saqueó hasta los templos de los dioses, sin respetar el de Hércules. Embarcóse después llevándose toda la guarnición, sin dejar en la ciudad más que á Masinisa y sus númidas. con los cuales contaba al parecer todavía.

Magón desembarcó cerca de Cartagena, donde los romanos carecian á la sazón de fuerzas; pero se malogró la empresa, y tuvo que reembarcarse; agregóse á ésto que sabiendo que la escuadra romana estaba por las cercanías, no se atrevió á seguir su rumbo, y regresó á Cádiz. Pero durante su ausencia abolieron los habitantes la autoridad de Cartago, y cerraron las puertas de la ciudad

(1) En el día isla de León.

al presentarse Magón. Arribó á Ambis, puertecillo cercano de Cádiz, y envió desde allí diputados á la isla para quejarse de la traición de los habitantes; pero se culpó á la plebe de aquella novedad. Magón se manifestó entónces deseoso de hablar con los magistrados; éstos cometieron el desacierto de írsele á presentar, y así que llegaron al campo, los mandó prender y crucificar, después de azotarlos sangrientamente. Tal fué la despedida de los cartagineses en España. Magón, después de esta herocidad, se volvió á embarcar atropelladamente, y fué á arribar en á una de las Pitiusas, ocupada por los fenicios. (1) Recibió allí los auxilios que necesitaba de hombres, armas y víveres. Pasó después á las islas Baleares (Mallorca y Menorca,) distantes cincuentas millas de las islas Pitiusas.

Queriendo tantear un desembarco en la mayor de las dos (Mallorca,) esperimentó un revés por parte de los habitantes, y tuvo enseguida que reembarcarse. Fué más venturoso en la segunda (Menorca:) los isleños, ajenos de manifestarle enemiga, le permitieron recoger soldados. Alistó Magón en sus banderas cerca de dos mil hombres ejércitados y aguerridos, y para acabar de acostumbrarles á la disciplina, les envió á invernar á Cartago. Permaneció entre tanto en Menorca, y según el uso de los antíguos, varó sus naves en el mismo paraje donde está hoy día el puerto de Mahón. Los historiadores y los geógrafos derivan el nombre de este puerto del de Magón: *Portus Magonis*, Puerto Mahón, por corrucción.

Luego que Cádiz se sugetó á los romanos, todas la demás ciudades de la Bética hicieron otro tanto. Así pues despojó Escipión en cuatro años á los cartagineses de cuantas posesiones tenían en España; pero no por ésto llegó á ser toda la España una provincia romana. Los romanos no habían conquistado más que la Bética y las ciudades que se extendían por las playas desde Cádiz hasta Tarragona; el interior del país no los neconocía más que como aliados, y la Lusitania, que comprendía una gran porción de la Península, no los había visto aún bajo ningún título. La Celtiberia de una y otra parte del Ebro contenía muchos pueblos aliedos de los romanos, y otro número mayor que no los quería ni como vecinos ni como aliados. Por entonces empezó en España aquella larga lucha que no se terminó hasta el tiempo de Augusto: aún parece cierto que el país que forma hoy la Galicia, las Asturias y la provincia de Tras-os-Montes en Portugal, tardó mucho tiempo en avasallarse al imperio.

Ya no quedaba en España ningún Cartaginés; todos los pueblos de la Península estaban ó subyugados ó arredrados por las

(1) Ya hemos dicho que los antiguos daban este nombre á las dos islas (islas de los Pinos,) que se llaman hoy dia Iviza y Formentera. [Baleares.]

armas romanas, y la república había llamado al vencedor de España para que fuese á Roma donde recibiría los honores del triunfo. Antes de separarse Escipión de los soldados á quienes, en nombre de Roma, confiaba su conquista, deseando premiar á los veteranos del ejército, los juntó á todos en una población vistosa y en clima bonacible cerca del sitio donde se levanta en el día Sevilla. Puso á esta ciudad el nombre de Itálica, y sus ruinas se están viendo ahora mismo cerca del recinto llamado Sevilla la Vieja. (1)

---

(1) Lo que se llama hoy los *Campos de Talca* es una corrupción de *Campi Italici.*

X

Conquista de España por los romanos.

Los romanos que vinieron á España, como defensores de los naturales y como vengadores además de los agravios que éstos, habían recibido de los cartagineses; aunque fuera otro el sentimiento político que los animara, diéronse tal arte para atraerse voluntades que los españoles juzgaron de la intención de Roma por la conducta de sus generales y se hicieron sus aliados, no faltando, sin embargo, quien penetrara sus ulteriores planes de dominación y tratara de atajarlos con energía.

Pero, por más avisados que supongamos á aquellos hombres, dice Lafuente, (1) cuando pudieron sospechar las encubiertas miras de sus huéspedes era demasiado tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habían captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenía que ser ahogada como lo fué.

Una vez lanzados de España los cartagineses y habiendo desaparecido del mapa de los pueblos la república de Cartago; como razonablemente exclama Ortega y Rubio; (2) varió por completo la conducta de los romanos y aquel trato afable, humanitario y generoso de los Escipiones durante la guerra, fuese convirtiendo en verdadera dominación, conprendiendo al fin los españoles que no habían luchado sino para cambiar de dueños y señores.

Tal conducta reconocía por causa, el estado social y político de de Roma, en el que ya alboreaban los gérmenes mortíferos que la habían de conducir á la muerte.

A la marcha de Escipión dejó encargado del gobierno de España (3) á dos procónsules; Léntulo y Accidino, no con la mira de dividir el territorio en dos provincias, sino atendiendo únicamente á sus cuarteles generales de Tarragona y Cartagena, divisiones que fueron más tarde aceptadas por el senado, cuando siendo procónsules Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Stertinio, marcáron-

---

[1] Obr. cit. T. I, pág. 250

[2] Historia de España tomo 1º página 32.

[3] En un principio como hemos visto, los romanos consideraban á España como una sola provincia.

se por primera vez; los límites de dos provincias, Citerior y Ulterior, (1) que tenían por base el Ebro; la primera comprendía el territorio situado entre este rio y los Pirineos teniendo por capital á Tarragona, y la segunda comprendía el resto de la Península pero sin capital fija que al principio eligieron á Cádiz; pero después esta ciudad consiguió de los romanos, que por hallarse situada en una isla y no en la Península se la considerase solamente como aliado. Pero más adelante, comprendiendo los romanos la diferencia en la extensión de territorio que existía entre la España Citerior y la Ulterior, determinaron agregar á la Citerior parte pe la Ulterior.

Para gobernar estas provincias enviaba Roma cada dos años Pretores ó Procónsules, especie de gobernadores, hombres corrompidos por lo general y que debían su elección al soborno. Gobernaban estos con autoridad suprema en lo civil y en lo militar, teniendo cada uno bajo sí, dos ó tres Tenientes ó Vice-Legados, quienes residían en las ciudades principales de cada gobierno. (2) Esta fué la división que España sufrió primeramente bajo el gobierno de la república.

Andando el tiempo, bajo la dominación imperial, fué más acertada la división que de España hicieron sus conquistadores, en el reinado de Augusto, en tres grandes provincias, Tarraconense, Bética y Lusitánica. La Bética fué gobernada por un Procónsul, la Tarraconense y Lusitánica lo fueron por *legados augustales;* la primera era provincia senatorial, y las otras dos imperiales, denominación debida á Augusto; las primeras estaban regidas por el Senado y eran las comarcas cuya vida había sido pacífica, al paso que las imperiales dependían del emperador directamente, y por lo general lo fueron las comarcas inquietas y levantiscas.

Cada una de estas provincias, Tarraconence, Bética y Lusitánica, componíanse para la administración de justicia de varios distritos judiciales, llamados *Conventos Jurídicos*, que no eran otra cosa que *tribunales colegiados*, muy semejantes á nuestras audiencias.

En la Tarraconence existían siete: el Tarraconense, en Tarrago-

---

[1] En el año 195 antes de J. C. La España citerior comprendia toda la parte septentrional desde los Pirineos hasta la embocadura del Duero sobre el Océano y hasta la ciudad de Murjis, sobre el Mediterráneo. La España ulterior se formaba del resto de la Península y contenía el Portugal, Granada y Andalucía. Llamábanse celtíberos los pueblos de la parte oriental y central, y esta denominación se aplicaba con frecuencia á naciones separadas por grandes distancias y desconocidas casi unas á otras, pero que todas se suponian descender de la mezcla de los Celtas con los Iberos. La Lusitania, como ya lo hemos dicho antes, se estendia mucho mas allá de los actuales límites de Portugal hacia el Norte, hasta cerca de diez leguas de Toledo. Mas tarde todo el pais conocido bajo el nombre de Granada y Andalucía fué confundido con la denominación general de Bética.

[2] Duhan Historia de España tomo 1º pág. 54.

na; el Cartaginense, en Cartagena; el Cesar-Agustano, en Zaragoza; el Caluniense, en Coruña del Conde; el Asturiense, en Astorga; el Luciense en Lugo y el Bacarense en Braga. Tres en la Lusitánica; el Pacense, en Braga; el Emeritense, en Mérida, y el Escalabitano en Santaren. Cuatro en la Bética: el Cordubense, en Corduba; el Gaditano en Gades; el Tingitano, en Ecija y el Hispalense en Sevilla. Semejante división alcanzó hasta la época del Emperador Constantino, que formó seis provincias, (1) de las tres anteriores, á las que llamó Tingitana, Bética, Lusitania, y Gallica ó Galicia, Cartaginense y Tarraconense. En cuanto á la ciudades, en tiempo del imperio gozaron de distinta categoría, segun los derechos de que disfrutaban, y de aquí el nombrarse *colonias*, *municipios*, *ciudades inmunes*, *estipendiarias*, *ciudades contributas*, *latinas*, *libres*, *aliadas y confederadas*. Fueron las *colonias* las ciudades pobladas por Roma, ó que habían obtenido sus mismos privilegios, tanto que tenían igual consideración que la metrópoli y se regían por sus mismas leyes. El *municipio* administrábase á sí propio y se gobernaba por sus leyes; pero no disfrutaba del derecho lato de ciudadanía romana y pagaba mayores tributos. Las *inmunes* no pagaban tributo de ninguna clase. Las llamadas *estipendiarias* satisfacían los impuestos, que solventában los gastos públicos. Las *contributas* dependían de otras ciudades mayores á cuyo tributo estaban sujetas. *Latinas*, las habitadas por gentes del Lacio, ó las que tenían el derecho latino. Llamóse *libres* á las que consrvaban su organización propia y dependían políticamente de Roma, á quien auxiliaban en la guerra con recursos, hombres y caballos; y por último, *confederadas*, á las que por medio de alianzas mantenían estrechas relaciones con Roma.

Para la administración y gobierno local de los pueblos, tenían cada uno de ellos su *curia* ó *concejo*, formados de varios indivíduos, llamados *decuriones* y presididos por dos magistrados electivos denominados *duumviri*. Además de estos funcionarios existían los *ediles*, que eran los encargados de la policía municipal, los *viri-viarum* ó celadores de caminos, los *decemviri*, que ejecutaban las sentencias, los *defensores civitatis* y otros, tales como los *cuatorviros* y los *curatores*.

Pero volvamos los ojos á los primeros dias de la dominación romana en España, y observemos los acontecimientos que se realizaron. Ya hemos dicho, que no faltó quiénes descubriesen los deseos de los romanos y estos fueron los regulos Indíbil y Mandonio, celtíberos ilustres que habían adquirido fama en la anterior contienda, ya militando bajo las banderas romanas, ya bajo las cartaginesas, pero siéndoles odiosos ambos pueblos, á los que veían

[1] Adriano, antes había añadido, á las provincias que Augusto formara, la «Galaica» y la «Cartaginense.»

como usurpadores de su independencia, contra ellos hicieron armas. (1)

Cuando Escipión dirigióse á Roma, el único que había sabido sujetarlos, recorrienron el país de los ausetanos é ilerjétes exitándolos á la lucha y haciéndoles ver que si se unían les sería fácil arrojar de España á los romanos, y á sus llamamientos treinta mil hombres respondieron valientemente, si hemos de creer á Lafuente. (2)

Mientras tanto, Léntulo y Accidino que habían quedado gobernando á España, dirigiéronse contra los insurrectos, y encontrándolos en los campos cedetanos trabóse la pelea. Indecisa mantúvose la victoria por algún tiempo, pero habiendo muerto en la refriega Indibíl, atravesado por una saeta, la suerte favoreció á los romanos, pues los españoles desordenados emprendieron la fuga. Peor suerte cúpole á Mandonio, que, hecho prisionero, murió enclavado en una cruz. A esta primera tentativa de independencia, cuyo resultado fué bien triste por cierto, sucediéronse otras varias, siendo una de las principales el levantamiento de algunos pueblos en 555 de la f. de Roma, apaciguados por Cétego y la de los régulos Colca y Luscinón. (3)

Era el primero señor de diez y siete pueblos, y el segundo de *Cardona* y *Bardona*, ciudades fuertes y considerables, al decir de Tito Livio, no dudando nosotros que fuese Luscinón un príncipe catalán, pues la ciudad de Cardona, en Cataluña conócese hoy día con el mismo nombre, y Bardona, perteneciendo al mismo señor, no debía estar muy distante de aquella. Dedúcese de ésto, que la conjuración de Luscinón se formó en la España Citerior, y en particular en Cataluña. El motín de Colca, por el contrario, tuvo orígen en la España Ulterior, y hubo de ser la primera en manifestarse, pues sabemos que Marco Elvio, á cuyo carrgo estaba confiada aquella provincia, despachó el aviso de la sublevación á Roma. Tal levantamiento tramóse en Andalucía por los mismos pueblos que en otro tiempo tomaron las armas contra Escipión: el de Luscinón fomóse hacia los mismos países en donde los ausetanos, juntos con los ilerjetes, salieron en otra ocasión á campaña contra los romanos. De esta suerte, se explica con facilidad, como armadas una parte de Andalucía y otra de Cataluña, fué tomando cuerpo y extendiéndose la sublevación por casi todas las costas, desde los Pirineos hasta el estrecho de Hércules ó Gibraltar. En esta ocasión las guerras de los españoles y romanos fueron poco gloriosas para esta nación, por cuyo motivo no las hallamos descritas en sus historiadores, sabiendo únicamente que

[1] En el año 555 de la f. de Roma, varios pueblos ademas se levantaron contra el invasor.

[2] Obr. cit. pág. 256. T. I.

[3] En el año 557 de la f. de Roma.

en la España citerior, los naturales derrotaron al ejército invasor, y que á mas de la pérdida de muchos hombres nobles é ilustres, murió el mismo Pretor Cneyo Semproníio Tudetano de una grave herida que recibió en la batalla. (1)

Después de estos hechos, viendo Roma el aspecto que iba tomando España, en donde las sublevaciones eran frecuentes, determinó enviar al Cónsul Marcio Porcio Catón; llamade el Censor, (2) con dos legiones, cinco mil caballos y veinte y cinco galeras.

Catón fué uno de los romanos más distinguidos de su tiempo; poseía grandes virtudes, pero también graves defectos. Muy austero en sus costumbres (3) y de enérgico carácter, procuró moralizar la administración militar, prodigando otros beneficios, pero al lado de ellos, empleó en la guerra una crueldad y dureza no ejercida por ninguno de sus predecesores. Tomó á Rosas y después se dirigió á sujetar á los ausetanos y bergistanos á quienes vendió como esclavos y pasando á cuchillo á otros. En trescientos días, refieren los historiadores, demolió cuatrocientos pueblos. Apaciguados los españoles entonces por poco tiempo, Catón fué á Roma por orden del Senado. (4)

Uno de los ramos de riqueza de España eran las minas. En los primeros tiempos de la conquista los romanos dejaron á los naturales el cuidado de beneficiarlas, seguros de que sus productos habían de ir á parar á sus manos. Los emperadores se reservaron la explotación de algunas minas, dando el resto en arriendo á compañías que las subarrendaban á habitantes del país. Estaba prohibido emplear en el trabajo de una mina á más de cinco mil operarios, que generalmente eran esclavos ó criminales de la más ínfima plebe, y pueblos había, á quienes se les daba tierras en que vivir, á condición de que elaboraran las minas de plomo á beneficio del estado, de donde les vino el nombre de *plumbarii*. Los romanos apenas tuvieron que hacer en este ramo, sino perfeccionar las obras empezadas por los Fenicios y Cartagineses. Bautizábanla generalmente con el nombre de algún emperador ó emperatríz ó de alguno de sus favoritos ó amigos. (5)

---

[1] Obr. cit. Masdeu.

[2] Año 559 de la f. de Roma.

[3] Masdeu refiere que en su navegación á España gastó en su persona solo quinientos ases contentándose con el trato de los marineros, así en la comida como en la bebida; su cama en España era de pieles de cabras y toda su familia tres criados.

[4] En tiempos de este Cónsul se acalora extraordinariamente en España la explotación de las minas, tanto que después de haber repartido entre sus soldados grandes riquezas, entregó en el Erario Público 148,000 libras de plata y 540 de oro según unos autores, ó bien mil cuatrocientas libras de oro, mil doscientas treinta de plata amonedadas y veinte y cinco mil de plata en barras.

(5) Lafuente ob. cit.

Muy grande y activa, debió ser la explotación de las minas, cuando César Cantú asegura que los romanos tenían empleados en ellas cuarenta mil hombres, y tiene su explicación sencilla á poco que nos fijemos en lo que llevamos expuesto, pues los pretores venían á España con el deliberado intento de hacerse ricos y terminadas las preturas volverse á Roma cargados de riquezas, comprando con ellas su absolución en el Senado si acaso eran acusados de cualquier delito, y en comprobación de lo que decimos, recuérdese á Quinto Fulvio Flaco que depositó en el tesoro público ciento veinte y cuatro coronas de oro, (1) treinta y una libras del mismo metal en barras, y cienio setenta y tres mil monedas de plata de Osca, lo cual de seguro fué poco, en comparación con lo que había amontonado en su caja particular; á Cneo Léntulo que se había llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata y treinta y cuatro mil monedas del mismo metal; á Lucio Stertinio que entregó quinientas mil libras de plata y á otros más, que sería embarazoso el ir mencionando. Para los romanos solo era España, un país de donde se debía extraer todo el oro que se pudiera; y era el mayor triunfo, el del general que á su regreso llevabase más barras de ese precioso metal. (2)

Pero sigamos las peripecias de la guerra:

Era Certima una rica y poderosa población de la Celtiberia, situada á poca distancia hacia el Mediodía de Munda, y la segunda á la cual se dirigió Graco. Viéndose sitiados los certimanos enviaron una embajada al romano exponiéndole francamente que su intención era defender la ciudad; pero que no tenían fuerza ssuficientes para ello, por lo cual esperaban se les permitiese recibir socorros del campo celtíbero y que en caso contrario, celebrarían una junta para ver el partido que debían tomar. El general, accedió á la petición y los certimanos pidieron socorro á los celtíberos; pero éstos antes de ayudarlos enviaron diez embajadores al romano. Llegados que hubieron al pabellón de Sempronio Graco, el más anciano dijo al general, que el objeto de la embajada era informarse de las fuerzas que el traía. Entonces Graco respondióles que delante de sus ojos, haría formar á todas sus tropas lo que en efecto hizo en orden de batallay; habiendo observado los embajadores que ellas eran superireso á las suyas, determinaron negarles lo que pedían los certimanos, quienes se entregaron entonces al Pretor, que los obligó á darles cuarenta caballeros de los principales, que debían militar bajo las banderas romanas y además á pagar dos millones y cuatrocientos mil sestercios. Mientras tanto en Roma, á consecuencia de las durezas, rapinas y crímenes de los Pretores, causa de la mayor parte de los levantamientos de

(1) Ob. cit.
(2) C. Cantú ob. cit.

España, habíase formado un partido llamado español, á la cabeza del cual figuraban Escipión y Catón el Censor, y á cuyos esfuerzos debióse el que consiguieran abolir las preturas. (1) que se nombrase un procónsul para el mando de toda la Península, que los indígenas fijasen la cuota de los impuestos, y que se abriese un proceso contra los pretores, para averiguar los hechos de que eran acusados que al fin no tuvo resultado pues sobornaron al senado.

Sin embargo, tales conceciones no duraron mucho tiempo. Las preturas se restablecieron á los cuatro años y los pretores siguieron el camino de los anteriores, llamando la atención entre ellos Lúculo y Galba por las perfidias y traiciones que cometieron. El cónsul Lúculo vino á la España Citerior trayendo de lugarteniente á Escipión Emiliano, y Galba como Pretor de la Ulterior.

Lúculo penetró por la Carpetania, pasó el Tajo y puso sitio á Caucia (2) ciudad que tenía fama de rica. Los caucios vencieron en un encuentro; pero derrotados en otro tuvieron que aceptar la paz, una de cuyas condiciones fue admitir en la ciudad guarnición romana. Descansaban tranquilos los habitantes, cuando á una señal dada, se lanzaron sobre ellos los soldados de Lúculo, degollando sin respetar sexo ni edad, y ordenando después un saqueo general. Lúculo recorrió el país hasta la Turdetania, arrasando cuanto encontraba á su paso y haciendo odioso su nombre.

Con no menos crueldad se conducía Sergio Galba en la Lusitania.

Convenció a los españoles que, habiéndose compadecido de su suerte, quería repartirles tierras para que pudiesen entregarse á los trabajos del campo. Creyeron los españoles de buena fé, lo que les decía el Pretor, y se establecieron en las comarcas que les designó; pero cuando éste los vió tranquilos y entregados al trabajo, cayó sobre ellos matando á 30.000 y vendiendo á los demás como á esclavos.

Los que se salvaron de esta perfidia, recorrieron todo el país pregonando tal traición y excitando á los pueblos á un levantamiento general, que halló eco al fin; reuniéndose al poco tiempo 10.000 lusitanos que nombraron jefe á Viriato hombre de corazón hidalgo y ya conocido por su valor y capacidad para la guerra.

---

(1) Varias fueron las ventajas que esta protesta reportó á los españoles; que no se vendiese el trigo por la tasa que fijaban los romanos; que no se arrendase la alcabala vicésima; que no se los encabezase, la supresión de los arrendadores de tributos, y que con los hijos de los soldados romanos, y madres españolas se formase una colonia en Tarifa llamada de *libertinorum*.

(2) *Coca.*

XI

Viriato y Numancia.

Viriato, despues de haberse milagrosamente salvado con algunos de sus compañeros de infortunio del degüello dispuesto por Galba, recorrió las poblaciones y campiñas de la Lusitania, proclamando por todas partes la infame traición del pretor. Tal relato encendió en ira á los paisanos de Viriato, los que reuniéndose en número de diez mil, determinaron tomar venganza, no de Galba, que acababa de dejar á España, sino de sus cómplices, por la execrable alevosía con que habían sido cobardemente asesinados gran número de sus hermanos. Pasaron desde luego á la Turdetania, donde inmediatamente salioles al encuentro el pretor C. Vetilio con fuerzas superiores, siendo esta la primera vez que llegaron á las manos, y la ventaja quedó de parte de Vetilio; quien mató un número bastante crecido de lusitanos, obligando á los demás á trepar desconcertadamente por las breñas más empinadas, de donde parecía imposible el que escapasen. Ellos mismos, conociendo lo arriesgado del trance, ya trataban de enviar comisionados á Vetilio para pedir la paz, cuando Viriato, aquél soldado que les había incitado á sublevarse, tomó la voz y los disuadió de su intento. Trájoles á la memoria la abominable conducta que en circunstancias parecidas había seguido Galba, y hubo de asombrarse cómo, después de las perfidias de los romanos, podía hallarse un solo español ntre ellos capaz de dar crédito á sus promesas. Hacer un pacto con los enemigos era poner la cerviz debájo de la cuchilla, y antes que hacer semejante cosa era cien veces preferible vender cara la vida ó abrirse paso espada en mano por entre las legiones romanas. El peligro por otra parte, no era tan grande como ellos creían, tanto que se comprometía á sacarlos de él, si llegaba á alcanzar su confianza. En estos ó parecidos términos habló Viriato á sus compañeros, y su arenga no tan solo vino á rehacerlos, sino que redundó además en mayor aprecio del mismo caudillo. Hasta entonces siempre le habían visto denodado como los demás guerreros; mas con aquél lenguaje lo conceptuaron acreedor al mando, y por unanimidad lo proclamaron por su jefe y capitán, poniéndose todos á

sus órdenes, resueltos á ejecutar cuanto tuviese á bien ordenarles. Así elegido expontáneamente caudillo de los suyos, Viriato, trató de patentizarles ya en aquel primer hecho que no se habían equivocado al creerle capaz de grandes proezas. Y en efecto despues de ordenarlos, les encargó que en viéndole montar á caballo, se desordenasen y fuesen por diversos rumbos á aguardarle en Tríbola; mientras que él al frente de mil caballos esperaba al enemigo dispuesto á arrostrarlo en caso de avance. Esta osada maniobra, cuyo principal objeto era resguardar la retirada de los suyos, tuvo felicísimo resultado. Viendo Vetilio que los lusitanos huían acá y acullá tan atropelladamente que desesperanzaba de alcanzarlos, tuvo por acertado embestir al caudillo y á su caballería que estaba por la falda de la sierra, mas su altura y la llegada de la noche imposibilitó á los romanos un avance trascendental. Viriato los aguardó un rato; y cuando calculó que los que huían hácia Tríbola se hallaban en salvo, volvió la espalda y con toda la velocidad de sus caballos siguió el mismo rumbo, dejando atrás á los romanos y á su general corrido de haber proporcionado salvamento á un ejército que ya creía tener en sus manos.

Enfurecido con esta estratagema, Vetilio resolvió perseguir á Viriato y poner sitio á Tríbola, mas habiéndolo sabido el eusitano, salió al encuentro del pretor, emboscó el grueso de su gente en una espesura inmediata al camino del ejército romano, y puesto al frente tan solo de algunos millares de hombres, aguardolos á pié firme aparentando el deseo de trabar la lid tan pronto asomasen los contrarios. Mas no bien había empezado la refriega, cuando fingió Viriato tener que retirarse. Inmediatamente persiguiolo el ejército romano, que vino á caer en el lazo que le habían armado. Cuando lo conceptuó bastante empeñado, dió arrojadamente media vuelta con la caballería, de suerte que atacado de frente por ésta y en los costados por la infantería, quedó completamente destrozado el enemigo. Cuatro mil romanos perdieron la vida en aquel encuentro y quedaron prisioneros un número mucho más considerable. Entre los muertos se contó al mismo pretor, quien, despues de hecho prisionero, fué muerto por Descio, un soldado de Viriato, porque, al decir de un historiador (1), era en extremo barrigudo.

Cerca de seis mil de los que evitaron la muerte huyendo, se refugiaron con el cuestor (el primer encargado de la hacienda según Mayerne de Turquet) en Tarteso, en donde se fortificaron temiendo verse sitiados (2). Los de este punto pidieron auxilios entonces á los pueblos aliados y cinco mil hombres se encaminaban á incoporarse al cuestor; cuando advertido de tal movimiento

---

[1] Apián., de Bell. Hispan., p. 490.

[2] Según Masdeu, se retiraron á Carpeya, ciudad de los carpetanos; segun otros historiadores, á Carteya: Mariana y Ferreras, siguiendo á los historiadores antiguos, indican que á Tarteso.

Viriato, los aguardó al paso, y los esterminó, sin quedar uno solo para que llevase al cuestor la noticia de aquel exterminio. Viriato sin embargo no atacó entre tanto al cuestor en Tarteso, sino que le dejó descansar durante todo el año (1).

Otro pretor, Cayo Plancio no tardó en venir á reemplazar á Vetilio, quien además, encargado de continuar la guerra de la Lusitania. Mas tampoco fué Plancio más venturoso que sus antecesores. A su llegada supo que Viriato acababa de pasar el Tajo y que era preciso ir á buscarle en la Carpetania: trasladose allá inmediatamente, y alcanzó por fin á los Lusitanos. Apenas los dos ejércitos estuvieron uno frente de otro, Viriato acudió al ardid, hasta entonces tan certero; aparentó temer y se puso en retirada. Plancio cayó de nuevo en el lazo: emprendió la persecución de los lusitanos con solos cuatro mil hombres, creyendo suficiente este número para acabar con ellos. Mas apenas hubieron visto á los romanos estraviados siguiendo sus pisadas, volvieron contra ellos cargándoles denodadamente. Esta vez quedó la victoria enteramente á favor de Viriato,

Sin perder un momento después de este triunfo, repasó el caudillo el Tajo, y acampó en un olivar muy bien situado á algunas millas de Evora, para aguardar allí ál enemigo que no tardó en aparecer al mando de Plancio. Trabóse la refriega en una llanura, y fué una de las más sangrientas y porfiadas que se dieron entre los soldados de ambas naciones. pues en suma vino á ser una batalla grandiosa, atendido el número de los combatientes y el resultado de la victoria. Se echó el resto por una y otra parte, pero por fin la suerte se inclinó á favor de los lusitanos, quienes se sobrepusieron en gran manera á sus enemigos. Apareció Viriato en aquella contienda con ínfulas de esclarecido capitán; sus miradas eran certeras, sin par su denuedo, y se le veía acudir á todo con tal tino, que dejó desconcertados á los mismos tácticos romanos. Hasta entonces no había tenido ocasión en donde demostrar prendas tan sublimes, y fué para los suyos este momento motivo de regocijo por tener á su frente un caudillo tan esforzado como entendido.

A partir desde este hecho vinieron á quedar desengañados los romanos acerca de los contrarios con quienes se las habían. Aquel capitán de bandoleros tan menospreciado iba á vencerlos, así en batalla campal como en la guerra de emboscada.

Despues de su derrota, todo lo que venía á quedar del ejército romano retiróse desordenadamente á las ciudades de la frontera en que había guarnición romana, y no osó dejarse ver en todo el resto de la campaña, aunque le había sobrevenido el desmán á mediados del estío. Viriato se internó mucho en la España cite-

---

[1] Año 606 de Roma [147 antes de Jesucristo].—Diodoro de Sicilia, fragmentos del lib. XXXII, égloga 5.—Véase Apiano, I. C.; Paulo Orosio, I. V., c. 4, etc.

rior sin encontrar enemigos, concretándose á exigir una contribución de guerra á las diferentes poblaciones súbditas ó aliadas de Roma que fué visitando, y en las que fué recibido como vencedor (1).

Sucedía esto en el año 607 (2) de Roma, y en el siguiente Cayo Unimano pasó á España en calidad de pretor para relevar á Plancio, que yacía en el mayor abatimiento y en una especie de desesperación despues de la derrota acaecida junto á Evora. A poco tiempo de su llegada se encontró Unimano con el ejército de Viriato que cada día iba medrando con desproporción aterradora, y aún fué más desgraciado que Plancio. Destrozado por entero ya en el primer encuentro, murió también en la demanda. Los lusitanos cogieron al enemigo todos los bagajes, como también un considerable número de banderas, y espusieron estos despojos on diferentes puntos, juntamente con las insignias de la pretura quitadas á Unimano, como trofeos de la victoria (3).

Cayo Nljidio, que sucedió á Unimano, no logró tampoco mejor éxito, aunque emprendió la guerra con un refuerzo considerable de tropas. Consiguió internarse por la Lusitania, pero quedó muy pronto derrotado. En esta batalla perecieron un crecido número de romanos junto al lugar donde está actualmente Viseo, al nordeste de Coimbra. Aun hoy día se encuentra en Portugal, cerca de donde estaba la ciudad de Lancia, una inscripción puesta por esta ciudad en honor de un romano llamado L. Emilio, muerto de las heridas que recibió en esta batalla.

Cayo Lelio, sucesor de Nijidio, logró cambiar por una temporada la suerte de la guerra; llegó con numerosos refuerzos y en disposición de oponerse á los progresos de los lusitanos. Lelio obligó á Viriato á embestirle en descampado, y sacó á luz parte de aquella maestría romana, cuyo secreto parecía haberse perdido hacía algunos años. Logró el alto timbre de arrollar á Viriato por la primera vez, y sostuvo con ventaja aquella campaña hasta la llegada de Fabio Emiliano, que vino á España con el encargo terminante de reducir á los lusitanos.

Las repetidas victorias de Viriato habían llenado de asombro y sobresalto á Roma, donde llamaban *guerra de salteadores* á las empresas de los lusitanos; pero finalmente se había hecho cargo el senado de que se trataba de una guerra formal, y que se hacía forzoso enviar á la Lusitana un consul con fuerzas extraordinarias á fin de reducir á aquél enemigo que al principio se presentaba tan des-

---

[1] Véase Apiano y el Epitome de Tito Livio, I. III.

[2] 146 antes de Jesucristo.

[3] Floro, I. II, c. 19: Victor, de los Varones Ilustres, núm. 7.

preciable. Fabio Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, fué encargado de tan arriesgada empresa (1).

Partió llevando consigo quince mil hombres de á pié y dos mil caballos enardecidos con gallardo entusiasmo, y de los cuales algunos habían guerreado ya con éxito en la Península. Parecía natural que Viriato no pudiese resistir á estas fuerzas, que reunidas á las legiones que había ya en España, eran por cierto grandiosas: sin embargo no sucedió así. Viriato correspondió colmadamente á su esclarecido predicamento; no porque siempre fuese igualmente venturoso contra Fabio, sino por cuanto en todos los encuentros se encumbró con esforzado pecho y sumo cariño á la patria de que en tanto grado escasean los ejemplos en la historia de las naciones.

Llegado á España, Fabio había plantado su campamento en Urso, hoy Osuna, no lejos de Astapa, y allí se esmeraba en ir incorporando cuantos soldados podia, de los alistados en las naciones vecinas, aliadas de la república. Partió después para Cádiz, á donde había hecho voto de ir á implorar la protección de Hércules por el felíz éxito de la guerra. La superstición de Fabio es aquí un hecho digno de notarse; nunca ha tenido aplicación más adecuada aquel famoso proyerbio; tan bien espresado por Samaniego:

Hecho cuanto estuviere de tu parte
Pide al cielo favor, que ha de ayudarte.

Porque mientras que el romano estaba en Cádiz haciendo al adios sus sacrificios para que favoreciese su empresa, dejaba éste destrozar su ejército cerca de Osuna. Con efecto, enterado Viriato de la llegada de Fabio, se trasladó inmediatamente á Urso á fin de sobrecojerle, y fué ciertamente una sorpresa cruel para unos soldados que no se hallaban bien repuestos aún de las fatigas de un largo viaje. Algunos de ellos que se hallaban forrajeando en la campiña inmediata á Urso, se vieron atacados de improviso y precisados á volver atropelladamente al campamento, pero dejando un número considerable de muertos. Luego que el lugarteniente de Fabio supo que Viriato se hallaba á poca distancia, anhelando medir sus fuerzas con las del cónsul. quiso avalorar aquella coyuntura de granjearse gloria en ausencia del general en jefe, más el éxito no fué cual él se había lisonjeado. Porque arrostrando á Viriato, fué completamente derrotado y perdió un despojo considerable. Noticioso de este desmán, acudió Fabio apresuradamente á su ejército, y no queriendo atropellarse á ciegas en un país que, sobre sus arduos tropiezos, le era enteramente desconocido, creyó

(1) Era hijo de Paulo Emilio y hermano del segundo Escipióu el Africano, que hemos visto ya figurar en España.

cordura el tomar algunas disposiciones antes de abrir la campaña de la Lusitania.

Los pueblos de aquel país se habían envalentonado y engreido tanto á las órdenes de Viriato, que trescientos no rehuyeron la pelea contra mil romanos, sin que en esta ocasión perdiesen más que setenta hombres, al pasó que les costó trescientos veinte á sus enemigos. En la retirada, uno de ellos se había separado de las filas, y viéndose repentinamente acometido por un piquete de caballería enemiga, no se azoró por esto, sino que hizo frente de modo que del primer bote de lanza mató a uno de los caballos que lo rodeaban y partió la cabeza del ginete de un sablazo. Tan fiera resistencia llenó de asombro á los caballeros romanos, los que le dejaron seguir sosegadamente su camino sin volverle á embestir (1).

Fabio, sobrado imitador, á lo que parece, de su tocayo esclarecido, había pasado cerca de un año haciendo preparativos, de suerte que llegó el momento de espirar sus poderes antes de que hubiese entablado empresa alguna formal. Pero habiendo reconocido el senado que ninguno de los cónsules reunía las cualidades necesarias para continuar la guerra de España, prorogó por otro año los poderes de Fabio, y éste volvió á ponerse en campaña á principios del año 609 (2) de Roma.

Los preparativos de Fabio habían sido atinados, si hemos de juzgar por sus resultados, pues ganó la primera batalla que dió á Viriato, y todo el resto de la campaña no fué más que una série de triunfos. Fabio persiguió al general lusitano hasta Becor, que se cree ser la Béjar moderna, y el pretor Q. Cocio le obligó á internarse más, hasta las inmediaciones de Evora.

Viriato no obstante no se desalentó por esto. Levantó nuevas tropas y no tardó en asomar de nuevo por la Bética con crecidas fuerzas, y venció de nuevo á los romanos, los tuvo bloqueados en sus cuarteles de cerca de Córdoba, se apoderó de Ituca, y adelantó sus correrías hasta los confines de las actuales provincias de Murcia y Granada.

Procuró al mismo tiempo eficazmente estrechar los lazos de una liga general de los pueblos españoles contra el enemigo común. Escitó á los arevacos, los tricianos, los segoncianos y á muchas otras naciones aliadas ya á reunírsele, y se esmeró en persuadirles de que era facil conseguir la libertad de su país, si querían ponerse acordes y reunir todas sus fuerzas. Procuró más y más aunar todas las naciones de la península para oponerlas á los romanos, y lo consiguió en parte. Allá se le iban derramando caudales y pertrechos, y en toda la Celtiberia se empezaron los preparativos de guerra.

(1) Orosio, l. V., c. 4.—Apiano trae también este hecho.

[2] 144 antes de Jesucristo.

Queda ya dicho lo que debemos entender por Celtiberia. La geografía ha servido de poco auxilio á la historia para darnos á conocer las innumerables poblaciones que cuajaban en aquellos tiempos el suelo español. Asomaban á la sazón edificios agolpados y por lo común toscamente construidos, pero en que se albergaban varones esforzados é indómitos, y rebosando de independencia como tribus montaraces, y de índole en estremo estraña. Si esceptuamos un corto número de ciudades más ó menos crecidas y opulentas, donde florecían las artes de la paz y los primeros principios de la civilización, todo el resto de la península estaba salpicado de pueblecillos que ni siquiera tenían nombre en el idioma de los vencedores, á menos que les estuviese unido algún interés romano, ya fuese de gloria, ya de posesión. A más de esto, en aquellos tiempos se escribía poco; el recuerdo de los acontecimientos no se traspasaba sino con dificultad, desapareciendo muy pronto, y la ciencia geográfica se hallaba todavía en mantillas. De aquí proviene toda aquella lobreguéz que reina aun en las relaciones de los historiadores eminentes. Cuando pues se habla de la Celtiberia, no solamente se hace preciso ver en ella la reunión de concejos cuyos nombres se encuentran indicados en los mapas antíguos, para explicar tan cabalmente como quepa los hechos, sino de un número centuplicado de pueblos, aldeas y reuniones de edificios ó chozas, si se quiere, donde respiraban unos hombres engreidos y osados, algo propensos al robo, pero rebosando ardimiento, que tenían sus leyes y costumbres á parte y que no abrigaban otro anhelo de mancomún con los demás moradores de la misma tierra que el odio á la esclavitud. Tal debía de ser sin duda la España de aquellos tiempos antiguos. La Celtiberia se componía pues entonces de todas las naciones que vivian en el nordeste y centro de la península, y por celtíberos es necesario entender siempre cierto número de aquellas naciones reunidas.

Desde entonces, y á pesar de sus diferencias características, pudieron llamarse españoles todos los pueblos que habitaban por las campiñas que abarcan ambos mares y los Pirineos, y que se diferencian fisonómicamente del resto del continente europeo, y empezaba ya aquel temple de nacionalidad que forma los grandos estados.

Apelando á este impulso, Viriato podía prometerse felices resultados, y en efecto acertó a enardecer á la mayor parte de aquellos pueblos en un empeño que era verdaderamente la causa común.

El consul L. Cecilio Metelo pasó á España á continuar la guerra de Celtiberia, sumamente complicada en lances y dificultades que es imposible circunstanciar, y que no se nos han trasladado sino muy de bulto por los escritores antiguos. A Q. Cocio se le encargó el mando del ejército romano del oeste.

A su llegada á España atacó Metelo reciamente á todos los pueblos que estaban ocupando aquella parte del país que se llama hoy día Castilla y León y que habían tomado el partido de Viriato. Algunas ciudades le opusieron tenaz resistencia, y entre otras Contrebia, de que hemos hablado ya. Esta ciudad había cargado á los romanos con tanto vigor, que, enteramente acobardadas algunas de las cohortes que la sitiaban, no querían absolutamente exponerse al ímpetu del enemigo. Metelo les mandó marchar al momento al asalto y dió al mismo tiempo órden al resto del ejército de tratar como enemigo y matar á todo el que buscase su salvación en la fuga. Esta entereza produjo aventajados efectos, y aquellos soldados que no parecían ir á la pelea sino en busca de la muerte, volvieron de allá vencedores (1).

Cuentan de Metelo un rasgo de clemencia que le es muy honorífico. Sitiaba á Nertobriga; obraban ya contra la muralla los arietes: algunos golpes más y quedaba practicable la brecha, cuando se acordaron los habitantes de que vivían en Nertobriga los hijos de un español que servía en el ejército romano y que los historiadores llaman Retojenes, nombre muy poco español, como sucede siempre. Airados con la traición de su conciudadano, le colocaron los hijos en el sitio más espuesto del muro embestido por los romanos, de tal modo que si estos preponderaban, aquellos debían fenecer los primeros. Sabedor Metelo del peligro que corrían los hijos de su centurión español, antepuso levantar el sitio á tomar la ciudad á costa de su vida. Si nos referimos á Veleyo Patérculo, á Eloro y al continuador de Tito-Livio, este rasgo impresionó en gran manera á los españoles y cobraron sumo aprecio al general romano (2)

El consul Serviliano, sin embargo, continuaba la guerra de Lusitania con alguna ventaja. Reconquistó á Ituca y otras ciudades anteriormente ganadas por Viriato: habiendo recibido un refuerzo considerable con la caballería, de Macipsa, rey de Numidia é hijo de Masinisa, alcanzó al lusitano y le retó á la pelea, de la cual salió vencedor el primer día; sin embargo, habiéndose afanado esclusivamente los romanos por acosar á los soldados fugitivos de Viriato, estos, como ya les había sucedido muchas veces bajo el mismo caudillo, cambiaron el aspecto de la acción, volviéndose repentinamente contra los perseguidores, ahuyentándolos.

Este Viriato era batallador consumado, y sobresaliente en ardides que arrollaban á los capitanes romanos que se creían ya vencedores.

---

(1) Perseverantiá ducis quem moriturum miserat militem victorem recepit. [Vel. Patérc., l. II., c. 5.]

(2) Tito-Livio, *Epítome*, l. LIII; Veleyo, l. II, c. 7. Valerio Máximo, l. II, c. 16, y Victor, LXX, refieren también el mismo hecho atribuyéndole las mismas consecuencias.

Apesar de estos logros, sea que careciese de tropas ó de soldados, dispuso por entonces su retirada á Lusitania, pues solía tras la campaña recogerse á su patria, para enardecer siempre más y más á los suyos. Utilizo Serviliano su ausencia para apoderarse de la Beturia, que confinaba con la Turdetania, y del país de los cinesios ó cuneos, de los cuales habla Herodoto, acuartelándose allí para el invierno, en tanto que Metelo se estaba rehaciendo en la Tarraconense.

Pero con Viriato se tenía siempre que empezar de nuevo. Asoma la primavera, acude con mayores fuerzas, se apodera sucesivamente de cuatro poblaciones cuyos nombres nos espresan en confuso; Gemela, Escadia, Obolcola y Buccia ó Baccia, situada, según Masdeu, en el solar que ocupan hoy día las ciudades modernas de Martos, Escua, Porcuna y Baeza; pero no consta semejante correspondencia. Toda la geografía antigua adolece de iguales incertidumbres, y prescindiendo de los puntos principales de la ciencia, casi no se pueden formar sino conjeturas sobre todas estas particularidades.

El mismo Serviliano sitió á la ciudad de Erisana, cuya situación no es ménos desconocida que la de todas las anteriores. Acudió Viriato, hizo levantar el sitio, forzó á Serviliano en su mismo campamento, y rechazó á los romanos con la punta de la espada, hasta una garganta encajonada, donde por muchos dias los tuvo absolutamente acorralados y á su discreción. Hubiera podido degollarlos á todos, según el mismo testimonio de sus historiadores, pero antepuso ajustar la paz en aquel trance ventajoso al facil esterminio de unos enemigos á quienes el hambre había ido diezmando en gran manera. Esto no hubiera sido más que una represalia obviamente sincerada, y un desquite de la horrenda carnicería en la cual por poco muere él mismo al filo de los aceros romanos.

En tal conflicto, accedió Serviliano ansiosamente á las condiciones del vencedor, por otra parte justísimas y comedidas; admitiose algún tanto en ese tratado el principio de *statu quo;* pactose también que los romanos se contentarían con solas sus posesiones anteriores, juramentándose formalmente para no traspasar sus límites; y según refiere Apiano, quedó el convenio solemnemente ratificado en Roma.

Nos estamos ya acercando al hecho en que la memoria de la conducta generosa de Viriato y de los términos de este tratado va á hacer aún más odiosa y torpe la bastardía con que lograron quitar de en medio al caudillo lusitano. La vileza del consul Cepión corrió parejas con la de Galba.

Acababa de suceder á Fabio Serviliano, en el gobierno de la España ulterior, Q. Servilio Cepión, el cual, á pesar de haber mediado muy poco tiempo desde la confirmación de la paz, á impulsos de su ambiciosa codicia, persuadió al senado de la necesidad de

continuar la guerra con Viriato. Olvidaron que debían la paz á la magnanimidad del caudillo español, y que muchos miles de romanos solo á su generosidad debían la vida, y se arrojaron al rompimiento protestando disparatadamente que semejante paz era indigna del pueblo romano.

Salió Cepión inmediatamente á campaña, en extremo pertrechado y robustecido con tropas recientes, para renovar la guerra con toda actividad. Viriato se había retirado desahogadamente á una población del interior de la Lusitania, y se hallaba allí á la sazón. Luego que supo la renovación de las hostilidades y la marcha de Cepión, acudió á contrarrestar al nuevo Cónsul; pero por desgracia escaseaba de fuerzas en su compañía. Embestido de improviso por Cepión, se fué retirando hasta juntar un ejército y agenciar auxilios por los pueblos de la Celtiberia, que estaban mancomunados con él. Internóse hasta allí Cepión en su alcance, y logró atacacarlos, aún escasos de fuerzas, en la Carpetania, entre el Tajo y el Guadiana. Viriato usó también esta vez del medio que le sirviera para salvar su ejército once años antes, en su primer encuentro con Vetilio. Queriendo ahorrar á toda costa la sangre de los suyos y no derramarla en refriega desproporcionada, emboscó y condujo reservadamente su ejército, permaneciendo luego tan solo con un corto número de ginetes para entretener á los romanos, aparentándoles disposiciones de batalla. Pero apenas juzgó á su ejército en salvo, volvió la espalda con sus caballos, y quedaron todos incorporados, eon sumo asombro de los romano, los cuales empachados con sus bagajes y cansados con las marchas violentas no pudieron perseguirlos.

Enfurecióse Cepión en gran manera por la fuga de Viriato, á quien daba ya por vencido á causa de su desprevención. Para vengarse y desahogarse, taló ferozmente las campiñas inmediatas, pasó el Tajo, entró en la Lusitania, donde lo llevó todo á sangre y fuego, y se internó hasta Brácara, hoy día Braga, en la Galicia, sin más objeto que el deasolar aquellos pueblos recónditos y agenos á la guerra.

Pero acosaba ya el instante mortal á Viriato. Imposibilitado de escudar su patria contra el desenfreno del Cónsul, entabló negociasiones que redundaron en su esterminio. Había venido Cepión con ánimo invariable de triunfar á todo trance y apoderarse del esforzado caudillo. Habiéndose presentado al Cónsul los enviados de Viriato para preguntarle que motivos tenía Roma para atropellar violentamente sus convenios, en vez de contestarles acorde, trató de cohecharlos, y lo consiguió. Sobornados con los regalos y promesas del Cónsul, se allanaron á sus propuestas reservadas y se comprometieron á dar muerte á su general.

De vuelta á su campamento, ya muy entrada la noche, y bajo pretexto de comunicar á Viriato la respuesta de Cepión, se introdu-

jeron en su tienda, y habiéndole encontrado dormido lo degollaron.

Así feneció por un cobarde crímen aquel Viriato, uno de los varones más esclarecidos que produjo la Península. Ya hemos visto cuál era su carácter militar; sus demás prendas corrían parejas con aquella. El denuedo y el desaprecio de todo interés personal eran los rasgos fundamentales de su índole heróica. Partía siempre los despojos con sus compañeros voluntarios en sus expediciones guerreras. Pudiendo hacerse rico, nunca trató de atesorar riquezas. Jamás se jactó de haber combatido ó derrotado tantas veces á los ejércitos romanos, sin alterar en lo más mínimo ni su trage, ni sus armas, ni los hábitos de su vida, que era, con pasmo de todos, la de un soldado de aquellos tiempos (1). Cuéntase que el día de su casamiento, cuando se acabó la comida de familia, donde no se propasó en lo más mínimo, se armó de su lanza, y habiendo montado á su mujer en un caballo, la condujo á su campamento de las montañas, pues apetecía alternar en él en los afanes guerreros.

Desmayaron con la muerte de Viriato sus lusitanos, y tras una tentativa desesperada en la Bética, esterminando cuanto recordaba el nombre de romano, enriscáronse por los derrumbaderos recónditos, conservando, en medio de sus desdichas, los resíduos postreros de su independencia.

En el mismo año de la muerte de Viriato, se sublevaron de nuevo los numantinos; pero esta vez debía el intento costar mucha más sangre á una y otra parte. Las armas de Metelo habían avasallado á los celtíberos, escepto los numantinos y termesinos, quienes siguieron conservando plenamente su libertad, al resguardo de los convenios sancionados por el senado. Entretanto; Pompeyo, mal hallado con todo género de paz, andaba solícito tras un pretesto para atropellarla. Habían los numantinos acogido repetidas veces á los celtíberos afectos á Viriato, y les reconvinieron con este cargo. Por más que se esmeraron en desvanecer las quejas de Pompeyo, dándole mil satisfacciones candorosas, contestó siempre con ímpetus altaneros, que no le cabía el tratar con naciones enemigas, sino cuando hubiesen depuesto las armas; contestación que era en suma una declaración de guerra, Los numantinos fueron juntando sus fuerzas, harto escasas respecto á la de los romanos, pues no tenian más que ocho mil infantes y dos mil caballos, y nombraron á Me ara su general. Pompeyo por su parte echó el resto y acampó junto á Numancia con treinta y dos mil caballos, apoderándose de antemano de las alturas vecinas.

(1) Sus mismos enemigos le han tributado este testimonio. Véase Cicerón, de Officiis, l. II, c. 11; Justin., l. XLIV, c. 2, y App., de Bell. Hispan.—Floro [l. II, c. 17] dice que hubiera sido el Rómulo de su país, si le hubiese secundado la fortuna: Hispaniæ Romulus, si fortuna cessisset.

Estaba situada Numancia en el declive de una loma y rodeada de sierras por tres partes; su embocadura única era una llanura cortada por un arroyo llamado el Ter, por el lado del mediodía; ocupaba el centro del país de los arevacos, en las fuentes del Duero. Aunque zanjada en derredor y en situación aventajada, parecía que solo contaba con su fuerza, su tesón y su amor á la independencia. En medio del recinto formado por el caserío, descollaba una ciudadela que conceptuaban como el Páladio de su libertad. Allí estaba el depósito de sus preciosidades en las revueltas, y allí se celebraban los consejos de su gobierno y se ventilaban los asuntos de guerra. Esta ciudad, quo tan mezquina nos pareciera hoy día, fué la que hizo frente por tanto tiempo al poderío descomunal de Roma, con un corto número de ciudadanos en estado de llevar las armas, y no vino á derrocarse sino tras estremados ataques. Había permanecido sin alteración independiente y sobre las armas, y tratado con los romanos en términos de absoluta igualdad.

Ansiaba Pompeyo comprometer á los numantinos en refriega campal y sortear el trance del asalto, y lo intentó con mil arbitrios. Escaramuzábanse sitiadores y sitiados sin trascendencia, y habían los numantinos entablado un sistema de defensa que trastornaba en gran manera al general de la república; pues este trataba de llamarlos al campo raso, pero los numantinos se desentendían, y si asomaban en tal ó cual salida, reducían la contienda á lances muy parciales.

Luego que veían ponerse en movimiento á todo el ejército romano y tremolar sus estandartes. regresaban los numantinos á sus muros, por ser sus fuerzas en dos tercios inferiores á las de aquellos. El obrar en otros términos fuera arrojo inconsiderado, y por más heroismo que abrigasen sus pechos, se hace dignísima de alabanza esta conducta,

Cansado Pompeyo con tanta maniobra, rechazado constantementa con pérdida, cuando intentaba el ataque de las trincheras colocadas delante de la ciudad. y acostumbrado á conquistas más obvias, suspendió el sitio de Numancia para ir en demanda de Térmes, población que Apiano llama Termentia, situada á nueve leguas de allí. Los habitantes de Térmes hiciéron una salida esforzada, y precisaron á Pompeyo á retirarse por senderos quebrados, quien perdió muchos soldados, teniendo los romanos que pasar la noche sobre las armas, lo que no dejaba de inquietarlos, por más acostumbrados que estuviesen á las fatigas. Al día siguiente volvieron á la carga, pero esperimentaron la misma suerte. Pompeyo, por no estar ocioso, atacó entonces á Manlia sin éxito alguno; resuelto por fin de todo punto, embistió denodadamente á Térmes, cuyo vecindario tuvo por último que rendirse, por la escasez de sus fuerzas y la postración de tanta fatiga enviando á decir

á Roma que acababa de tomar una de las principales ciudades de España, mas por su desgracia no era aquella Numancia.

De este modo iba empleando Pompeyo á sus soldados, esperando la coyuntura de renovar el sitio de la indómita ciudad para que se decantasen su nombradía y sus hazañas, pues este Pompeyo, tronco de la familia del gran Pompeyo, era un hombre de mediana inteligencia mas de descompasada vanagloria.

Con el innumerable ejército que mandaba, fué avasallando todas las poblaciones vecinas y aliadas de Numancia.

Restábale esta, y acordó estrechar con ahinco el sitio, la embistió por todas partes, y dispuso atajadizos para que ningún barco subiese por el Duero hasta la ciudadela, mas los habitantes hicieron una salida tan desesperada contra los soldados que se afanaban en esta faena, que los mataron á casi todos. y un destacamento que protegía á los farrajeadores pereció también á manos de los sitiados. Encrudecióse el invierno y vino el ejército á padecer tantas bajas, que Pompeyo levantó el sitio y fué con la tropa á invernar á sus cuarteles. Próximo á entregar el mando Pompeyo al cónsul Popilio Lenas, y no queriendo dejar al sucesor la gloria de dar fin á la guerra, propuso la paz, pero en términos tan generales, y tan mal deslindados en punto á las condiciones, que zozobrara la buena fe de los numantinos si accedieran á ella: enviaron sin embargo embajadores á Roma para negociar el ajuste. Popilio declaró la guerra á los lusones y fué vencido. Habiendo continuado en el mando al año siguiente, le derrotaron los numantinos, quienes habían vuelto á tomar las armas.

Decio Bruto, uno de los nuevos cónsules, fué enviado á la España Ulterior, sin que sonase operación alguna suya en todo el primer año; mas como se requería gobernador nuevo para la España Citerior, enviaron á Q. Hostilio Mancino. Vencido éste repetidas veces por los numantinos auxiliados de los cántabros, se retiró á los pueblos avasallados por la república. Entretanto los numantinos ignoraban esta retirada, y la supieron por un rumbo tan estraño: que los historiadores españoles lo han ido desfigurando al referirlo con más ó menos individualidad. Galanteaban dos jóvenes á una de sus conciudadanas y competían por el logro de su enlace. Convinieron en partir entrambos á internarse en el campamento contrario, y el que antes matase á un enemigo había de ser el árbitro del objeto idolatrado; mas hallando vacío el sitio, trajeron los campeones la noticia de aquella novedad á Numancia. Reuniéronse al momento en la plaza pública, tomaron las armas, volaron en alcance de los romanos; y lejos de ceñirse á los límites de su territorio, quisieron esta vez atacar por su parte en campo raso á los mismos que acababan de bloquearlos tan estrechamente. Con efecto, fueron denodadamente arrollando á Mancino de trinchera en trinchera, hasta acosarlo de muerte. Hallábase ya des-

provisto de todo é iba á perecer, cuando se allanó á negociar, y despues de varias conferencias, ajustó un nuevo tratado con la entera y libre independencia de los Numantinos, concediéndoles además otras ventajas terminantemente pactadas.

San-Real refiere la historia de este tratado, la cual trasladamos aquí, confiados en que se ha de leer con satisfacción.

«La ciudad de Numancia, dice, era célebre en España por sus riquezas y su poderío; y más todavía por el tesón y heroismo de sus ciudadanos, los cuales, sin haber armado nunca más de diez mil hombres de su juventud, rechazaron á los generales más sobresalientes de Roma, y obligaron á algunos á hacer tratados ajenos á aquella primera potencia del orbe. Tal fué el que tuvo que firmar Q. Pompeyo, despues que le hubieron derrotado enteramente. El que firmó el consul Hostilio Mancino no fué menos vergonzoso; y como se ejecutó por consejo y conducto de Tiberio Graco, el mayor de los dos hermanos, y este es el principio de mi historia (la Historia de los Gracos) se hace forzoso puntualizar los pormenores con algún esmero y escrupulosidad.

»Despues de la derrota de Q. Pompeyo y del rompimiento del ajuste que había formalizado con los numantinos, Q. Hostilio Mancino, uno de los cónsules, fué enviado en ademán de avasallar á aquel pueblo. Tiberio Graco, hijo de otro Tiberio Graco (aquel de quien ya hemos referido su hidalga conducta en España), le servía de cuestor en esta espedición, y era el primer empleo de entidad que había ejercido inmediatamenie despues de servir á las órdenes del segundo Escipión en Africa, donde se granjeó sumo concepto.

»Desayudó la suerte al cónsul Mancino, y sea que incurriese en algún yerro capital desde el principio de la guerra, ó bien que el denuedo de sus contrarios y los lances sobrevenidos le acarreasen su fracaso; lo cierto es que, despues de varias escaramuzas, fué derrotado en batalla campal, acaeciéndole en su quebranto lo que suele sobrevenir á todo general de escaso desempeño; perdió el tino; el peligro ó su aciaga estrella le descarrió más y más, y ageno á toda disposicióu acertada, levantó el campo de noche y en rematado desconcierto.

»Enterados de su atropellada huida, los numantinos persiguieron al enemigo con tal diligencia y denuedo, que saqueando su propio campamento y acorralándole más y más, tuvo que enviar un heraldo para tratar de algún arreglo.

»Los caudillos de Numancia, en medio de su situación aventajada, se acongojaban con aquella guerra dilatada y asoladora contra la potencia más formidable de la tierra, y estaban anhelando su terminación; sobre todo con el auje de sus victorias, y en el trance de dar la ley á los romanos, debían esperanzar un resultado para siempre felicísimo. Para este ansiado momento se hacía indis-

pensable afianzar á los comprometidos en la paz, á fin de que fuese luego ratificada por Roma; y como estaban desconceptuados los romanos acerca del pundonor que antes los realzaba en tan gran manera, los numantinos no quisieron fiarse más que del cuestor Tiberio Graco, acordándose de que su padre guerreando en España, les había dado la paz y héchola revalidar en Roma con todo esmero y puntualidad.

Tiberio Graco fué pues á tratar la paz con ellos, bien sabedor de que, en el estado en que se hallaba el ejército romano, se debía aceptar toda clase de condiciones, y que más bien se iba á recibir una merced que á pactar un tratado legal; con efecto, tuvieron que entregar campamento, equipajes y cuantas cosas poseía el ejército tales como máquinas de guerra y vasos de oro y plata, único medio que habia para salvar á más de veinte mil ciudadanos y muchos aliados y esclavos de que se componían las tropas romanas, reducidas ya por el hambre á su total esterminio.

»Por imprescindible que hubiese parecido aquella paz al cuestor y á todo su ejército, se reputó en Roma por la más indigna y vergonzosa que se hubiese ajustado jamás; y el senado, poco cabal en aquel juicio, se empeñó en mostrar al pueblo aquel tratado como un padrón perpetuo de afrenta nacional. Fueron enmarañando los yerros y la desprevención del consul con la vergüenza del convenio; y sin curarse de que se había tenido que salvar la vida á más de veinte mil ciudadanos, los padres conscriptos, que se hallaron muy lejanos del peligro y del hambre, manifestaron tranquilamente que más hubiera valido dejarles morir á todos de necesidad que recibir una ley tan odiosa.

»El pueblo se hermanó con el senado, aunque medió la diferencia de no equivocar los desaciertos del consul con la cordura del cuestor; y distinguiendo la impericia en la guerra de la necesidad del tratado, descargó toda su ira sobre Mancino, sin olvidar que Graco había salvado á los ciudadanos que restaban de aquel ejército.

»Rompióse el tratado con mucha solemnidad, por indigno é injurioso, y se mandó que el consul fuese enviado á los numantinos, atado de piés y manos, para que se vengasen en él de este rompimiento.

»Consideraremos aquí de paso la sin razón del senado y del pueblo, que condenaron á un general cuya culpa única se reducía á ser desgraciado, sin haber incurrido en traición ni cobardía. Q. Pompeyo había esperimentado también algunos reveses antes que él, sin que se pensase ni remotamente en imponerle la afrenta que estamparon en Mancino.

»Se hace reparable por otra parte el cariño del pueblo á Graco, deslindando sus procederes de los del cónsul: porque antiguamente, cuando se rompían los convenios ajustados por los generales,

se entregaban todos los oficiales del ejército á la venganza de aquellos con quienes habían hecho el tratado: pero en esta ocasión, el pueblo salvó á todos los oficiales para no perder á Graco; y el senado, que se lisonjeaba con la esperanza de arrollarlo en la desventura común, vió con pesar que se vinculaban los odios populares en el sacrificio de Mansino, conservando á un hombre, que, desde su primer paso en el mundo, prometía llegar á ser algún día el dueño de la república.

»Tiberio Graco se apesadumbró en el alma de no haber podido preservar al consul de una afrenta de que no le conseptuaba merecedor, y que le alcanzaba en alguna parte: resintiéndose contra los autores del rompimiento del tratado. No hay desaire. decia en ajustar una paz que proporcione un desahogo decoroso; hemos cedido lo que ya no teníamos, y hemos salvado la vida á veinte mil ciudadanos que podrán conquistar nuevas provincias.

»¿Qué dirán los pueblos que han puesto á mi cuidado la paz, por la exactitud con que se la proporcionó mi padre? ¿no hallarán que hay gran diferencia entre aquellos tiempos y los de ahora?»

«Pero todos estos discursos se estrellaron contra la liga formada; rompióse el tratado, como acabo de decir, y se envió el cónsul á los numantinos, quienes se desentendieron de su entrega, protestando que el escarmiento de tantos culpables no debía recaer en uno solo.»

Había pasado entretanto Lépido á reemplazarlo, y prescindiendo de las instrucciones del senado, entró con mano armada por el país de los Vacceos, socolor de haber abastecido á los numantinos durante la última guerra. Cina y Cecilio salieron de Roma en calidad de legados para intimar al cônsul que suspendiese las hostilidades contra los vacceos. Pero había ya asolado los campos de las cercanías de Palancia, recogido cuantiosos despojos y sitiado á esta última ciudad, cuyos habitantes le rechazaron de sus muros; y un día que estaba forrajeando en las campiñas á corta distancia del pueblo, arrojáronse sobre él de improvito y le desbarataron. Habían fenecido ya hasia seis mil romanos en esta refriega y demás que mediaron durante el sitio, cuando llegaron los legados con las órdenes del senado. Así que supieron en Roma la noticia de este descalabro, se decretó la deposición de Lépido, á quien no cupo mejor suerte que á su compañero Mancino, pues procesado por sus robos, incurrió en la condenación del senado.

En este intermedio iba corriendo el tiempo del segundo año del gobierno de Decio Bruto en la España ulterior. Había avasallado á los galáicos y los lusitanos que se sublevaron un año despues de la muerte de Viriato; rindió á discreción á los talabicanos, pueblos muy propensos á desmandarse, les impuso crecidas con-

tribuciones de guerra, y mereció con sus ventajas el dictado de Galaico y la prorogación de sus poderes (1).

No logró tan obviamente Decio Bruto tamaños resultados, pues con el hecho siguiente se comprenderá el grado de resistencia que vinieron á esperimentar sus armas. Mientras estaba sitiando á los bracaros, salieron ellos en su busca acompañados de las mujeres. Trabóse la refriega, en la cual éstas batallaron al par de los hombres, hallándose en lo más arriesgado y sangriento del trance. Acosados por el número, desfallecieron los bracaros, pero no pudo menos el romano de encarecer el valor de las escelsas heroinas que. en medio de la lid horrorosa y revueltas en la sangrienta mortandad, prescindían de todo cuanto no se refiriese á la gloria de sus esposos y á la libertad de su patria.

El consul Publio Furio Filón fué el nombrado para reemplazar á Lépidó en la España citerior; destino que le acarreó la emulación de dos personajes, eminentes á la sazón, Metelo y Q. Pompeyo, quienes vieron con despecho recaer en Furio un mando de tanta importancia. Este, bajo el carácter de general, les mandó que le siguiesen, concediéndoles el dictado de tenientes suyos. Este consul fué el encargado de la ejecución de Mancino. Llegado que fué ante Numancia, mandóle que se desnudara, le tiznó las manos y lo afianzó á la puerta de la ciudad antes de amanecer. Practicado luego todo el ceremonial prescrito, lo puso en manos de los numantinos, quienes fueron más generosos con Mancino que sus compatricios los romanos.

Parece que la violencia con que Furio trató á Mancino, indispuso contra él á sus propios soldados, y desde entónces se manifestó en el ejército romano cierto interés favorable á los numantinos, que fueron en parte la causa de la inacción en que permaneció el nuevo consul.

Furio no mejoró en un ápice los negocios de la república en la España citerior, y el año siguiente, cuando fué relevado por el cónsul Calpurnio Pisón no fué más felíz, y sus resultados se redujeron á recojer tal cual despojo por las campiñas de Palancia.

El senado sin embargo estaba viendo con suma desazón la interminable de la guerra de Numancia. Trás un cúmulo de descalabros, se acordó echar el resto en las disposiciones, y enviar á España al asolador de Cartago. Escipión Emilio fué revestido por segunda vez con el consulado, el año de Roma 619 (2), y se

---

(1) Cuéntase de Bruto que en una de sus espediciones á Lusitania halló en el camino un río llamado Leteo ó *Rio del olvido*, y viendo que sus soldados sobrecogidos de un pavor supersticioso no se atrevían á pasarlo, temerosos de olvidarlo todo, asió él mismo el estandarte de un teniente y lo pasó el primero. Esto es una especie de imágen anticipada del paso del Puente de Arcola.—El Leteo sobredicho es el moderno Lima.

(2) 134 antes de Jesucristo.

habilitó ejecutivamente para ir á desempeñar su destino. Cuatro mil jóvenes de las familias más visibles de la republica pidieron permiso para seguirle, vanaglor'ándose de servir bajo tan eminente caudillo. Escipión formó con ellos un cuerpo selecto que reservaba para los trances más urjentes (1).

El ejército romano de España, mandado por los anteriores generales, había contraído tan aciagos resabios de lujo, molicie y desenfreno, que Escipion cifró desde luego todo su ahinco en atajar aquellas demasías y entonar la disciplina. Arrojó del campamento á los buhoneros, sirvientes y rameras, que eran en número de dos mil. Vendió los carros y acémilas que no creyó absolutamente precisos, sin dejar más que los utensilios necesarios á cada soldado romano, á saber: un asador, una olla de hierro y un puchero (2), suprimiendo los lechos para las comidas, y mandando que los sustituyesen con una especie de jergones (3), dándoles él mismo el ejemplo.

Restableció la disciplina en toda su rigidéz primitiva y ejercitó desde luego á sus soldados en las faenas más trabajosas. Les mandaba hacer marchas muy largas, cargados con todos sus equipajes, la provisión de trigo para quince ó veinte días y seis ó siete varales harto pesados. Les hacía abrir fosos, levantar estacadas, construir murallones, y lo derribaba todo al instante sin más objeto que amaestrarlos á las fatigas. «Que se cubran de lodo, decía, ya que temen salpicarse de sangre» (4). Presenciaba por lo más todos aquellos afanes, é imponía el trabajo y la obediencia á todo trance. Solía decir que «los generales adustos y cabales redundaban en provecho de sus ejércitos, y que los flojos abogaban por los enemigos; porque, añadía en el campamento de estos últimos hierve el júbilo, pero se menosprecian las disposiciones del caudillo, al paso que en los de aquellos reina la formalidad y con ella la más ciega obediencia. Cerca de Escipión se hallaban entónces aprendiendo el arte de la guerra dos hombres que con el tiempo se afamaron por muy diversos rumbos, Llugurta y Mario.

Con tan penosos ejercicios se disponía Escipión para el sitio de

---

(1) Este cuerpo de jóvenes patricios tenía el nombre de *Filonida*, que significa *escuadrón de los amigos*. Era de caballería. Véase Apian. p. 304 c. 305.

(2) Montesquieu nos remite á Polibio y á Josefo, *de Bello Judaico*, l. III, c. 6, para puntualizarnos cabalmente las armas del soldado romano. Hay muy poca diferencia, dice este último, entre un caballo cargado y un guerrero romano. «Lleva consigo, dice Cicerón, provisiones para quince dias, todo lo necesario para fortificarse y cuantos trebejos han menester para su uso particulat; y con respecto á sus armas, se hallan tan espeditos como con las manos.» [Tuscul. l. II., c. 15].

(3) Eran, propiamente hablando, unas haces de hojas y cañas envueltas con una tela.

(4) Luto inquinari, qui sanguine nollent, jubebantur. Flor., l. II., c. 18.—En cuanto al resto de la relación, véase à Tit. Liv., Epit., l. LV; App., de Bell. Hispan.; Aurel. Victor, c. 58 y 59, etc.

Numancia, y pasó una gran parte del año en ir así entonando el temple de la soldadesca. Acercó luego su campamento á Numancia; mas no quiso embestirla hasta haber ensayado á su gente contra algunos pueblos vecinos: traspasó la guerra al país de los vacceos y de los palancianos allende el Duero, y logró sobre ellos algunas ventajas.

Consumió luego el invierno en talar los alrededores de Numancio. Había á la sazón, inmediata á la ciudad una aldehuela situada en un terreno pantanoso (1) y ceñida de peñascos empinados, cuyo paraje tiene hoy el nombre de Henar. Detrás de aquellos atrincheramientos naturales se emboscaron recatadamente los numantinos, y lograran sin duda el destrozo ideado de los romanos que salieron á forrajear por aquella parte, si noticioso del intento el desvelado general, no acudiera á desalojarlos. Envió contra ellos tres mil caballos, y mientras creyeron los numantinos pelear con fuerzas iguales, sostuvieron con tesón la refriega; mas al ver tremolar ya las enseñas de las legiones, se pusieron en huida y se volvieron á sus hogares. Una retirada tan estraña, aún cuando fuese tal vez parto de cordura, alentó en gran manera á los romanos, los que, en medio de su asombro, esclamaron gozosos que «en larguísimo plazo no habían logrado ver la espalda á los numantinos.» Elogio bien justo por cierto y sumamente lisonjero saliendo de boca de un enemigo.

Por fin el año siguiente (2), á la vuelta de la primavera, marchó Escipión con estandartes desplegados contra Numancia al frente de todo su ejército, compuesto de unos sesenta mil hombres. Esta vez colocó su campamento cerca de la ciudad y entabló en seguida las faenas del sitio.

Ufanos los numantinos con las repetidas victorias que habían alcanzado sobre los romanos, aunque reducidos á ocho mil combatientes, estaban resueltos á presentar la batalla y á vencer ó morir antes que verse precisados á sobrellevar los desmanes de un cerco dilatado. Escipión iba por su parte sorteando todo compromiso, anhelando terminar la guerra por cualquier otro medio que el de una refriega. Se hacía cargo de lo arriesgado del trance con gente tan desesperada, y dispuesto á irlos reduciendo más y más, dió cuantos pasos conducían al desempeño de su intento.

Apiano y Polibio traen la relación de todas las operaciones del sitio (3) y el sistema de Escipión en su avance sobre la ciudad, «cerrándole la última salida por la parte donde bañaba sus muros el Duero, por medio de cuatro malecones que mandó levantar sobre ambas orillas en los puntos donde se desviaba el rio del

(1) Apiano no habla sino de un lago.
(2) Año 620 de Roma [133 antes de Jesucristo.]
(3) Apian., de Bell. Hispan.—Polibio, Coment. de Folard.

recinto, y entre los que mandó echar gruesas almadías afianzadas con estacas guarnecidas de puntas de hierro. La parte de las estacas que calaba en el agua, á impulsos de la corriente perpétua, tenía á la máquina en vaivén incesante, y esta circunstancia sirvió al general romano para cerrar el paso, no solo á los auxilios que se intentase introducir de fuera, sino también á los buzos espuestos á clavarse las puntas sumerjidas.»—«Concluida la obra, prosigue el comentador de Polibio, se colocaron baterías de balistas y catapultas sobre las torres y fuertes, á donde se mandaron trasportar las municiones necesarias para el servicio de aquellas máquinas. Los flecheros y honderos guarnecieron los fuertes, y se plantaron además algunos puestos de trecho en trecho, que comunicaban unos con otros por medio de centinelas que observaban la mayor vigilancia noche y día. Los de las torres tenían la órden de hacer al asomo del peligro las señales convenidas, y los de los otros parajes debían repetirlas en los términos de los primeros á fin de que en un momento se supiese en toda la línea el punto que se hallaba amenazado.»

Durante aquellas operaciones, habían los numantinos echado el resto para desbaratar los intentos del enemigo; pero arrollados siempre por el número, se habían visto precisados á retroceder. Apenas les quedaba más que la aciaga alternativa de fenecer de hambre ó á los filos de la espada enemiga, ó bien capitular. Levántase no obstante un hombre en medio de la muchedumbre: era Retójenes Caurino; se agrega á cuatro de sus conciudadanos, escala las fortificaciones romanas por el costado más endeble, degüella á cuantos centinelas y hombres apostados encuentra al paso, y se encamina al país de los arevacos. Reune á sus prohombres y les suplica encarecidamente qué no se desentiendan por más tiempo del sitio de su antigua aliada. Les retrata al vivo de la animosa Numancia; les habla de su antigua amistad, de la desventura que está amagando á todos; de la codicia, de la crueldad, y sobre todo de la mala fé de los romanos; les recuerda la destrucción de Cauca y el último tratado concluido con Mancino. «Nuestra causa es la vuestra, les dice, no separemos nuestros intereses; tomad las armas, acudid á nuestro auxilio, porque con Numancia os esponeis á perder la libertad de la España entera.» Conmovidos los arevacos con este discurso, prorrumpen todos en llanto; mas no eran las lágrimas sino los brazos lo que se necesitaba para salvar á Numancia. Temerosos los arevacos del encono de los romanos, se retrajeron de socorrer á su antigua aliada. No se sabe lo que fué de Retójenes. Una sola ciudad se compadeció de la malhadada suerte de Numancia, acordándose del vínculo que á entrambas enlazaba en tiempos más felices; prescindió Lucía de las calamidades que podía acarrearle su procedimiento, y voló al auxilio de los sitiados. Los numantinos

confiaban aun que este gallardo ejemplo sería tal vez seguido por otras ciudades españolas; pero derrotados por Escipión los habitantes de Lucia, quedó desvanecida toda esperanza para lo sucesivo.

No quedaba ya á los numantinos otro medio que el de las negociaciones, y lo intentaron. Recibido en presencia de Escipión Aluro (1), jefe de una diputación, tomó la voz en nombre de sus conciudadanos. «¿Has visto tú jamás, dijo al romano, hombres más esforzados, más valientes y constantes que los numantinos? ¡Pues bien! estos hombres vienen ahora á tu presencia á declararse vencidos. ¡Qué gloria la tuya de poder blasonar de haber logrado sojuzgarlos! En cuanto á nosotros, imposible nos fuera sobrevivir á tamaña desgracia, si no nos alentase la reflexión de que, si hemos rendido nuestras armas, ha sido á un capitán como tú. Hoy que la suerte nos desampara, venimos en tu busca; imponnos pues condiciones que podamos aceptar; mas no acabes con nosotros. Si niegas la vida á los que te la piden, ellos sabrán buscar la muerte en la refriega; y si te desentiendes del trance, abrigan harto denuedo para clavar el acero en sus pechos antes que dejarse degollar por tus soldados. Cede á tus impulsos de humanidad, y haz que tu conducta no mancille infructuosamente tu nombre con ese borrón indeleble de sangre.» Pasmado quedó Escipión del arrojo de aquel razonamiento y del señorío de quien lo había pronunciado, y contestó con desvío, asegurando á los embajadores que no tenía facultades para tratar con ellos, sino despues de entregada la ciudad en poder del vencedor. Al oir tal respuesta los numantinos, se avergonzaron de haber dado un paso que les había sido tan doloroso, y ahora les redundaba en mayor quebranto; tanto que, enfurecidos, degollaron á los diputados. Desahuciados ya de salvamento y de muerte heróica en la pelea, se arrojaron sin embargo al postrer esfuerzo. Despues de haber bebido en gran cantidad una especie de bebida fermentada, hecha de trigo y llamada *celia* (especie de cerveza), salen de la ciudad y piden con alaridos la refriega al pié de las fortificaciones romanas; pero embestidos desde luego y arrollados con el número, se ven precisados á encerrarse en su recinto. Carecían enteramente de abastos, habían consumido todas las provisiones y estaban reducidos los desdichados á alimentarse con la carne de sus cadáveres. Algunos propusieron la fuga, pero no era ya posible, y se avinieron por fin á darse la muerte. Los unos se envenenaron, los otros se atravesaron con sus mismas espadas, muchos, despues de haber dado fuego á sus casas, se arrojaron á las llamas, y algunos otros se fueron matando mutuamente; presentaba Numancia el cuadro de una ciudad en-

(1) Apiano da el nombre de Avaro. Carecemos de elementos para enderezar este descamino de nombres.

tera en la agonía. No tardaron los romanos en franquearse el paso é internarse en el recinto; mas reinaba por donde quiera la muerte y el silencio, y no se encontraban más que cadáveres, fuego y cenizas. Los edificios que el fuego había perdonado, quedaron arrasados hasta sus cimientos, y las tierras que habían pertenecido á los numantinos, fueron repartidas entre los pueblos inmediatos. Tal fué la suerte de Numancia, la única ciudad de España que hubiese conservado intacta hasta su esterminio la independencia nacional.

«Yo creo, dice el bondadoso Rollín, gran celebrador de los romanos, que no hay hombre ajeno de compasión por la suerte lastimosa de aquellos pueblos, cuyo único crímen parece haber sido no haber querido doblar su cervíz al yugo de una república ambiciosa que estaba aspirando á avasallar el universo. Floro dice sin rodeos que nunca han hecho los romanos una guerra más injusta que la de Numancia. Y aun cuando pueda recusarse el testimonio de este escritor, español de orígen, no cabe duda en que durante la guerra hicieron los numantinos repetidas proposiciones de paz, todas decorosas, y que manifestaron siempre más sencilléz y pundonor que los romanos. No carece pues de dificultad la empresa de sincerar el esterminio de aquella ciudad. No hay por qué estrañar que Roma destruyese á Cartago, pues le era una competidora ya formidable á la sazón, y podía serlo más en lo sucesivo; mas los numantinos no debían causar zozobra á los romanos; y no se alcanza con qué fundamento quiso Cicerón venirlos á comparar con los Cimbrios (1) que trataban de apoderarse de la Italia. El partido que tomaron los romanos de destruir Numancia no cabe más que en su despecho vengativo ó en su sistema de conquista. Tal vez fué su ánimo encarecer con aquel ejemplar el paradero de cuantos intentasen arrostrar sus iras.

En Puente Garray, como á una legua más arriba de Soria, no lejos del nacimiento del Duero, todavía se descubren hoy á flor de tierra los restos de la heroica ciudad cuya memoria hacer latir de fundado engreimiento á todo pecho español.

Consumado este sacrificio, la península permaneció por mucho tiempo avasallada y pacífica á la manera de que habla Tácito: *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.* Decio Bruto, despues de haber dominado á los galecios, acababa de hacer su entrada triunfal en Roma, y Escipión, añadíendo al dictado de africano el de numantino, corrio en pos de los mismos blasones.

Despues de la destrucción de Numancia, la España soportó con resignación por espacio de algunos años la presencia de los romanos, se cree que Roma continuó en estos términos cerca

---

(1) Sic cum Celtiberis, cum Cimbris bellum, ut cum inimicis, gerebatur, uter esset, non uter imperaret. (Cic. de Officiis, l. I, c. 38.)

de veinte años sin que asomase por toda la península sublevación alguna de entidad.

El mismo año de aquel acontecimiento, el senado juzgó oportuno disponer una especie de información acerca del estado del país, y al efecto comisionó á diez senadores para que le formaran una reseña del arreglo que conceptuaran oportuno para afianzar el sosiego. El sistema de ocupación prevaleció al de civilización, y á fin de conservar el órden en los pueblos conquistados, Roma los dejó allá en manos de la soldadesca desmandada y de los pretores avarientos.

En este plazo de dos años apenas medió ocurrencia reparable; ásoman sin embargo hechos que no debe el historiador pasar en silencio. Tal es particularmente la empresa dirigida contra los habitantes de las islas Baleares, que mancomunados con otros piratas isleños de la vecindad, habían asolado los establecimientos romanos de las costas orientales de la península. Esta espedición naval se confió á Q. Cecilio Metelo y se pusieron á sus órdenes las fuerzas necesarias para reducirlos. Metelo, al acercarse á tierra y temiendo la maestría suma de los honderos bravíos que iba á hostilizar, fué forrando los costados de sus bajeles con zaleas recias y capaces de resistir las pedradas, y detrás de las cuales sus soldados estuviesen al resguardo de sus tiros, y de esta suerte logró desembarcar sin mucha dificultad. Se trabó una refriega en la orilla, donde desde luego se vieron abrumados los romanos con una granizada de piedras; novedad que los trastornó algún tanto. No obstante los flecheros dispararon tan certeramente, que los honderos baleares no pudieron hacerles frente por más tiempo, y tuvieron que cejar huyendo á las cuevas y grietas de los peñascos en que tenían la costumbre de albergarse, y de donde tan solo á duras penas consiguieron los romanos desalojarlos, y sobre todo sujetarlos. Metelo celebró tratados con ellos, les enseñó á seguir una vida ménos montaraz y desastrada, los sujetó á un gobierno regular, y fundó en Mallorca una colonia romana. Más de tres mil españoles de las colonias de España se trasladaron á la principal de las islas Baleares, y de este modo Palma y Polencia se vieron convertidas en poco tiempo en verdaderas ciudades romanas.

La España entretanto permaneció sosegada á impulsos del terror que infundía generalmente á las ciudades españolas el escarmiento de Numancia: con todo no tardaron en formalizarse hordas guerreras, que prescindiendo de toda comunicación, vivían en los montes y bajaban de tarde al llano á hostigar á los conquistadores. Se puede decir que ya entonces venían á ser unas verdaderas guerrillas. Los historiadores latinos y algunos modernos, desentendiéndose de justipreciar las cosas, se han adelantado á tildar de foragidos á unos hombres que defendían su libertad del único modo que les cabía. En algunos puntos de la península

tuvieron los pretores que guerrear contra los supuestos bandoleros; pero esta guerra de sorpresas y emboscadas nunca fué de tanta trascendencia que merezca circunstanciarse.

Estos hechos menores vienen á ser el preliminar de nuevos movimientos de suma entidad. Los gobernadores romanos en nada habían variado su conducta, y lejos de afanarse en mejorar la suerte de los vencidos, clavaban al parecer su conato en airar los ánimos con sus violencias y rapiñas. Toleraba el senado tamañas demasías por dos razones, ya para que se aumentase el erario, ya también para que se proporcionasen caudales á sus individuos. Las causas que acarreaban tantas rebeliones mas ó menos formidables, no tardaron en surtir sus efectos acostumbrados. Los lusitanos fueron los primeros que despechados con las tropelías de los pretores, se alzaron por el año 644 (1) de Roma. Algunos restos del antiguo ejército de Viriato, les trasladaron las tradiciones de su caudillo, y aquella contienda porfiada duró con diferentes vaivenes por espacio de cerca de quince años. Licinio Craso no consiguió sojuzgar á la Lusitania, hasta que por una larga serie de reencuentros sangrientos vino á quedar desprovisto de hombres en estado de manejar las armas. Lo mismo había sucedido cuando la guerra de Viriato: la Lusitania se había entregado al vencedor casi desierta.

Hácia la mitad de esta guerra, la España tuvo que pelear con otras clases de enemigos: los cimbrios que desde las lejanas regiones del oceano septentrional desembarcaban ó más bien se precipitaban por la Italia, llegados á las bocas del Ródano, se habían dividido, y cerca de tres mil de aquellos bárbaros, marchando por las playas de la Galia, habían llegado hasta aquella parte de los Pirineos. A la noticia de esta irrupeiód de los cimbrios, los celtíberos, aunque de un mismo orígen, auxiliaron eficazmente á los romanos, y bajo la dirección de Fulvio, pretor de la Tarraconense, rechazaron á aquellos nuevos enemigos hasta más allá de las cumbres, despues de haber muerto un número considerable de ellos.

Estos mismos celtíberos, que acababan de arrojar á los cimbrios, dos años despues idearon el intento de aventar á los romanos, y prontos á contrastar todo género de opresión, volvieron sus armas contra Roma. El consul Tito Didio Nepote tuvo el encargo de rendirlos; salióles al encuentro, y al avistarlos, les presentó batalla. Reñida fué la refriega, y duró hasta la noche con pérdida igual por una y otra parte. La victoria había quedado dudosa: el consul durante la noche mandó retirar, según dicen, del campo de batalla. gran parte de los romanos que habían muerto en la acción; y cuando al día siguiente vieron los españoles el suelo cubierto de los cadáveres de los suyos, se tuvieron por vencidos y capitularon.

---

(1) 109 antes de Jesucristo.

Séase lo que fuere de este caso, que pudiera muy bien fraguarse en algún cuerpo de guardia romano, ello no tiene duda que los celtíberos tuvieron una pérdida considerable, y que Tito Didio no logró reducirlos sino mancillando su nombre con desafueros irracionales. Mandó arrasar hasta los cimientos á las ciudades de Términes y de Segovia; despues de un sitio de siete meses se apoderò de Colenda, que se cree ser la moderna Cuellar en Castilla, é hizo vender como á esclavos á todos sus habitantes, sin ni aun esceptuar á las mujeres y niños. Apiano le achaca un atentado todavía más abominable. Tito Didio. según este historiador, despues de haber despoblado de aquella suerte á Colenda, reunnió allí á un gran número de españoles de las provincias inmediatas que durante la contienda no habían tomado parte sino á medias á favor de los romanos, les prometió repartirles las tierras y casas de los vencidos, y cuando los tuvó en su poder, los mandó rodear de tropa y degollarlos á todos. De ahí es qne los romanos, en vez de civilizar á la España, no hacían más que ir sembrando y arraigando enconos y provocarla á represalias inevitables.

